

NEW LEFT REVIEW

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

La nueva edición de la *New Left Review* en español se lanza desde Ecuador, desde la Revolución ciudadana, desde una universidad pública, el Instituto de Altos Estudios Nacionales y la Secretaría Nacional de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación. Esta iniciativa trata de contribuir al cambio ofreciendo instrumentos analíticos para alimentar los debates e incrementar la potencia de las revoluciones latinoamericanas, pretende formar militantes e intensificar las formas de transformación para impedir que esos procesos sean capturados, desvirtuados o paralizados por las viejas y nuevas elites nacionales o por las estrategias de las potencias y las elites globales. Esta publicación ofrece a los movimientos sociales dispositivos intelectuales para constituirse como sujetos políticos constituyentes. Y hará, finalmente, que las ideas adquieran la materialidad densa y fluida de una fuerza poderosa que se convierte en acción revolucionaria.



La Universidad
de postgrado
del Estado

| | |
|------------------------------------|---|
| Edición en castellano: | Secretaría Nacional de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación & IAEN, Ecuador |
| Editor de la edición en castellano | Carlos Prieto del Campo |
| Diseño y coordinación editorial | David Gámez Hernández Iñaki Vázquez Álvarez |
| Edición conceptual | Francisco Sanz Esteban |
| Traducción | Jose María Amoroto, Alvaro García-Ormaechea, Nuria Cortés, Ethel Odriozola, Cristina Piña, Ana Useros |
| Corrección ortotipográfica | Carlos Vidania |
| Editor | Susan Watkins |
| Deputy Editor | Tony Wood |
| Associate Editor | Francis Mulhern |
| Editorial Committee | Tariq Ali, Perry Anderson, Kheya Bag, Gopal Balakrishnan, Emilie Bickerton, Robin Blackburn, Robert Brenner, Malcolm Bull, Mike Davis, Daniel Finn, Tom Mertes, Francis Mulhern, Dylan Riley, Julian Stallabrass, Jacob Stevens, Wang Chaohua, Tony Wood, JoAnn Wypijewski |
| Publishing Director | Kheya Bag |
| Subscriptions | Johanna Zhang |
| Online Publisher | Rob Lucas |
| Assistant Editor | Daniel Finn |

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Edita:

Secretaría Nacional de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación

Whymper E7-37 y Alpallana, 170516, Quito, Ecuador

Tel: (593) 22505660

www.educacionsuperior.gob.ec

Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), Ecuador

Av. Amazonas N37-271 y Villalengua, esq., Quito, Ecuador

Tel: (593) 023829900

www.iaen.edu.ec

Produce:

Trama Ediciones

Juan de Dios Martínez N34-367 y Portugal, Quito, Ecuador

Tel: (593) 22246315

Editorial Traficantes de Sueños

Calle Embajadores 35, 28012, Madrid, España

Tel: (34) 911857773

www.traficantes.net/nlr

nlr@traficantes.net

ISSN Ecuador: 1390-8553

ISSN España: 1575-9776

ISSN digital: 2341-1686

Imprenta: VyM Gráficas

NEW LEFT REVIEW 87

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO-AGOSTO 2014

ENTREVISTA

VOLODYMYR ISHCHENKO Las fracturas de Ucrania 7

ARTÍCULOS

WOLFGANG STREECK ¿Cómo terminará el capitalismo? 38

AMINATA TRAORÉ Y
BOUBACAR BORIS DIOP Imposturas africanas 69

SEAN STARRS La quimera de la convergencia 84

JOSÉ EMILIO BURUCÚA Y
NICOLÁS KWIATKOWSKI El doble ausente 101

SVEN LÜTTICKEN Sobre la Revolución Cultural 119

CRÍTICA

FRANCIS MULHERN Orwell *forever* 137

ROBIN BLACKBURN La cañonera del abolicionismo 149

BARRY SCHWABSKY Términos de disparidad 161

CONTENIDOS

VOLODYMYR ISHCHENKO: Las fracturas de Ucrania

Antecedentes y réplicas de las protestas del Maidán. Un sociólogo ucraniano analiza el desgarrado panorama político e ideológico que ha quedado al descubierto tras la caída de Yanukóvich y las tensiones que están siendo avivadas al este del país por la injerencia rusa y el ataque militar en curso de Kiev.

WOLFGANG STREECK: ¿Cómo terminará el capitalismo?

Con sus rivales aparentemente derrotados, la principal amenaza que se cierne sobre el capitalismo podría venir ahora de los desórdenes que acechan dentro del propio sistema. Wolfgang Streeck lleva a cabo un diagnóstico de los síntomas de esta crisis, desde el persistente estancamiento hasta la anarquía global, y se pregunta qué nos espera ante su multiplicación.

AMINATA TRAORÉ Y BOUBACAR BORIS DIOP: Malí

Intercambios entre dos intelectuales de África Occidental en medio de la última incursión francesa en la región, esta vez en territorio maliense. La falsa ilusión de la guerra humanitaria y la constante sumisión de las elites locales a París.

SEAN STARRS: La quimera de la convergencia global

¿Ha debilitado el auge de los BRIC el control occidental sobre los sectores clave de la economía mundial? Sean Starrs compara las impresiones sobre el declive de Occidente con las pruebas empíricas de este y encuentra numerosas señales de la fortaleza del poder empresarial estadounidense y europeo.

JOSÉ BURUCÚA Y NICOLÁS KWIATKOWSKI: El doble ausente

¿Qué imágenes afloran cuando la representación alcanza sus límites? Dos historiadores culturales exploran el surgimiento desde la antigüedad clásica de una serie de recursos visuales para describir masacres: desde escenas de caza y martirios hasta infiernos y *Doppelgänger*.

SVEN LÜTTICKEN: Sobre la revolución cultural

Mutaciones de un concepto intempestivo, en un periodo en el que el capitalismo se ha arrogado el poder de la transformación radical. De Debord y Marcuse al mundo del arte contemporáneo, pasando por el punk rock y el hip hop.

CRÍTICA

FRANCIS MULHERN reseña el libro de Rob Colls, *George Orwell: English Rebel*. El culto proteico de Eric Blair encuentra su última iteración.

ROBIN BLACKBURN reseña el libro de Richard Huzzey, *Freedom Burning*. La cruzada de la Gran Bretaña victoriana contra la esclavitud como cómplice de la expansión imperialista.

BARRY SCHWABSKY reseña el libro de Jacques Rancière, *Aisthesis. Episodios de una historia del arte moderno*, de Winckelmann a Mallarmé y Vertov.

AUTORES

JOSÉ EMILIO BURUCÚA: *enseña en la Universidad Nacional de San Martín, Argentina; coautor de De cómo sucedieron estas cosas. Representar masacres y genocidios (2014).*

BOUBACAR BORIS DIOP: *novelista senegalés; la traducción inglesa de su libro Murambi, The Book of Bones apareció en 2006.*

VOLODYMYR ISHCHEENKO: *trabaja en el Centre for Society Research de Kiev y en la Universidad Nacional de Kiev-Academia Mohyla. Es editor de Commons: Journal for Social Criticism.*

NICOLÁS KWIATKOWSKI: *enseña en la Universidad Nacional de San Martín, Argentina; es coautor de De cómo sucedieron estas cosas. Representar masacres y genocidios (2014).*

SVEN LÜTTICKEN: *enseña en la Vrije Universiteit de Ámsterdam; es autor de History in Motion (2013); véase también, entre otras, NLR 45, 54, 66, 76 y 80.*

BARRY SCHWABSKY: *Crítico de arte y poeta residente en Nueva York; su último libro es: Words for Art (2013); véase también NLR 44, 56 y 78.*

SEAN STARRS: *investigador visitante sobre el capitalismo global en el MIT.*

WOLFGANG STREECK: *Director del Max-Planck-Institut für Gesellschaftsforschung, Colonia; su último trabajo es: Buying Time (2014); véase también NLR 71, 73 y 76.*

AMINATA TRAORÉ: *activista, autora de L'Áfrique mutilé, (2012); antigua ministra de Cultura de Malí (1997-2000).*

LAS FRACTURAS DE UCRAANIA

Desde el comienzo de las protestas del Maidán hace seis meses, Ucrania es el epicentro de una crisis que ha sacado a la luz y profundizado las líneas de fractura (geopolítica, histórica, lingüística, cultural) que atraviesan el país. Estas divisiones han crecido por el entrecruzamiento de las facciones políticas opuestas con las ambiciones estratégicas de Rusia y Occidente; la primera, pujando por mantener su control sobre el dominio exsoviético, mientras que el segundo, ampliando sin cesar su esfera de influencia. La caída de Yanukóvich, provocada por un movimiento de protesta prooccidental en febrero, produjo una oleada de oposición en el este del país que se desbordó hasta convertirse en una revuelta separatista tras la anexión de Crimea por Rusia en marzo. Actualmente, el ejército ucraniano lleva a cabo lo que denomina una «operación antiterrorista» contra una serie de milicias en Donetsk y Lugansk, compuestas de una mezcla de residentes locales y combatientes nacionalistas rusos. El espectro de un desmembramiento del país, considerado antes como una pesadilla lejana, ha dado paso a una partición de facto, al entrar Ucrania en lo que pueden ser las etapas embrionarias de una guerra civil. La combinación de las crecientes tensiones locales y las rivalidades de las grandes potencias plantea desafíos significativos para el análisis y el juicio políticos. En este artículo, el sociólogo residente en Kiev Volodymyr Ishchenko analiza el desarrollo de la crisis ucraniana y sus consecuencias hasta el momento, con el telón de fondo del orden político y económico que surgió tras 1991. Nacido en 1982 en una familia de la intelectualidad técnica soviética, Ishchenko alcanzó la mayoría de edad política con el cambio de siglo, en las acampadas y los mítines del movimiento Ucrania sin Kuchma de 2000, que fue uno de los precursores del Maidán de 2013. Formó parte del entorno marxista ucraniano mientras estudiaba en la Universidad Nacional de la Academia Kiev-Mohyla, en la que, a pesar de su orientación prooccidental, surgió una pequeña subcultura izquierdista en los últimos años de la década de 2000 en cuyo medio se publicó la revista Spilne (Comunes), de la que Ishchenko fue uno de los fundadores. En un panorama intelectual dominado por los temas nacionalistas, Spilne intentó reconducir el interés hacia los temas socioeconómicos desde un punto de vista explícitamente internacionalista y anticapitalista. Estos temas se han hecho todavía más marginales debido a la presión que la actual situación de emergencia del país ha ejercido sobre su cultura política, al disminuir la posibilidad de expresión del pensamiento crítico independiente. Mientras las bajas comienzan a acumularse en el este, el resultado final de la crisis de Ucrania sigue siendo alarmantemente imprevisible.



Entrevista

LAS FRACTURAS DE UCRANIA

Desde el colapso de la URSS, Ucrania ha destacado entre los Estados postsoviéticos por tener un panorama político mucho más abierto y disputado. ¿Por qué ha sido la excepción a la norma de su región?

NO PIENSO QUE Ucrania represente la democracia mejor que otros países: es más apropiado decir que es un régimen autoritario más competitivo. El sistema político que surgió en Ucrania fue desde un principio más pluralista que los de, digamos, Rusia, Kazajistán o Bielorrusia. Una de las principales razones fue la diversidad cultural del país. Existían diferencias regionales muy significativas entre el este y el oeste que se reflejaron en los resultados electorales desde la década de 1990 en adelante. Cualquier candidato que ganaba las elecciones presidenciales no era considerado legítimo por casi la mitad de la población, que inmediatamente expresaba su decidida oposición al vencedor. La fuerza de las identidades regionales también solía politizar las cuestiones socioeconómicas con gran rapidez. Por esta razón, entre otras, las reformas neoliberales no se llevaron a cabo tan rápidamente como, por ejemplo, en Rusia: las fuerzas políticas que las apoyaban no pudieron alcanzar el mismo impulso. También existe una notable diferencia en el sistema constitucional de Ucrania, que era mucho menos presidencialista que el de los otros Estados postsoviéticos. En Rusia, 1993 fue claramente un momento crucial, cuando Yeltsin impuso su voluntad al Parlamento por la fuerza, enviando el ejército a Moscú. En Ucrania no sucedió nada parecido. La Constitución de 1996, aprobada con Kuchma en el gobierno, concedió al presidente más poderes que al Parlamento, pero no hasta los extremos de Rusia: era una república

presidencial-parlamentaria, más que puramente presidencialista. Esto fue también un factor muy importante en la evolución del sistema político: en las elecciones presidenciales el ganador no se lo llevaba todo, por lo menos no en la medida en que de hecho ocurría en muchos de los antiguos países soviéticos.

¿Cómo describiría los primeros Gobiernos postsoviéticos de Ucrania?

Ninguno de ellos fue totalmente autoritario; desde luego no era un Estado dictatorial. En el último periodo de Kuchma, el presidente enviaba temas recomendados a los medios de comunicación para sus programas de noticias, pero no está claro hasta qué punto eran tenidos en cuenta; no había censura directa. El auténtico problema para la libertad de expresión ha sido que la mayoría de la televisión, la radio y la prensa escrita es de propiedad privada. En ese sentido ha funcionado más al estilo occidental, donde las empresas de comunicación difunden las ideas políticas de sus propietarios. Desde el punto de vista económico, se podría decir que Kuchma y, después, Yanukóvich jugaron el papel de una especie de Estado proteccionista para el capital ucraniano. Con el apoyo del Estado, personajes como Rinat Ajmétov, Ihor Kolomoiski y Viktor Pinchuk compraron antiguas industrias soviéticas a precio de saldo e hicieron inmensas fortunas, no tanto a base de invertir en ellas o mejorarlas, sino utilizándolas para ganar dinero rápidamente y sacar su capital a Chipre u otros paraísos fiscales en el extranjero. Durante muchos años, Kuchma y Yanukóvich fueron también capaces de hacer equilibrios sobre la cuestión de si integrarse en la esfera económica de Europa o en la de Rusia, sin acercarse ni al Oeste ni al Este. Esto protegió a los oligarcas ucranianos, evitando que fueran absorbidos por competidores rusos o europeos más poderosos. También merece la pena señalar que los oligarcas pudieron jugar un papel diferente en el sistema político del que jugaron sus colegas rusos: el Estado no pudo dominarlos y excluirlos de participar como hizo Putin.

¿Por qué la recesión económica de la década de 1990 fue mucho peor en Ucrania que en otros lugares?

Uno de los factores más importantes fue que Rusia tenía recursos naturales (petróleo y gas) que Ucrania no tenía; de ahí que consiguiera mantener el nivel de vida por lo menos un poco mejor. Ucrania tenía una sólida infraestructura en sectores de alta tecnología como el aeronáutico,

el cibernético y la industria espacial, que sufrieron mucho por el colapso de la URSS. Gran parte de las industrias de ingeniería y construcción de maquinaria también cayeron al perder sus conexiones con las antiguas repúblicas soviéticas y las que se salvaron no eran competitivas comparadas con la producción de Europa Occidental. La década de 1990 en Ucrania fue un periodo de grave declive industrial. Algunas personas, incluidas muchas de la izquierda, piensan que todavía es un país industrial desarrollado. No estoy de acuerdo en absoluto, porque aunque el sector metalúrgico, que representa una parte importante de sus exportaciones, implica algo de procesamiento (producir acero laminado a partir de mineral de hierro, por ejemplo), no conlleva un nivel alto de valor añadido. Aun así, el aumento de los precios de las materias primas en la década de 2000 produjo una especie de recuperación, concentrada principalmente en el este y en el sector metalúrgico, pero ese ligero crecimiento se distribuyó de manera muy poco uniforme, produciendo una desigualdad mayor.

¿Cómo calificaría los resultados de la Revolución Naranja de 2004?

Fue un cambio de elites más que una revolución: no creó el potencial para un cambio estructural e institucional radical. Una de las razones por las que se resolvió tan rápidamente (se acabó en tres semanas) fue que la elite llegó a un acuerdo. Kuchma aceptó rendirse y dejar de apoyar a Yanukóvich, a cambio de revisiones en la Constitución que disminuían el poder del presidente para que Yúshchenko no saliera ganando tanto. Se podría decir que después de 2004 el sistema pasó de ser presidencial-parlamentario a ser parlamentario-presidencial. El sistema electoral cambió también para otorgar más control a la dirección de los partidos. Antes de 2004, la mitad de la Rada salía elegida de las listas de los partidos; la otra mitad, de los distritos mayoritarios. Tras la Revolución Naranja, el sistema se basó exclusivamente en las listas de los partidos, sin ningún mecanismo de control popular sobre a quién se incluía en ellas. La dirección de los partidos tenía un poder tremendo: podía excluir a cualquier parlamentario disidente y sustituirlo automáticamente por otra persona de la lista del partido. Debido en parte a todo esto, Yúshchenko terminó siendo un presidente muy débil, con el contrapeso de un primer ministro con una base parlamentaria fuerte: Timoshenko y Yanukóvich ostentaron cada uno el puesto durante un periodo. Pero la debilidad de Yúshchenko se debió también en parte a sus propias decisiones: no hizo casi nada en el tema económico, y hacia

el final de su mandato se dedicó totalmente a los temas nacionalistas, centrándose en asuntos como hacer a Stepan Bandera héroe nacional y conmemorar el *Holodomor*, la gran hambruna de 1932-1933, como un genocidio étnico de la nación ucraniana a cargo de los comunistas. Al final, se había alejado completamente de su electorado y obtuvo solo el 5 por 100 en las elecciones presidenciales de 2010.

Incapaz de robar las elecciones de 2004, Yanukóvich ganó en 2010, derrotando a Timoshenko en la segunda vuelta. ¿Cómo resumiría su presidencia antes de las protestas de finales de 2013?

Una de las primeras cosas que hizo Yanukóvich fue aumentar de nuevo los poderes del presidente, al conseguir una sentencia del Tribunal Constitucional que anulaba las enmiendas de 2004 y volvía a la Constitución de 1996. Esto significaba también que la mitad de la Rada de nuevo saldría de la elección por el sistema mayoritario en los distritos electorales y la otra mitad, de las listas de los partidos. Además de intentar monopolizar el poder político, Yanukóvich intentó concentrar el poder financiero y económico en torno a su propio equipo, especialmente su familia, lo que tuvo como resultado una tremenda corrupción personalizada: visible en el lujo de su primera residencia en Mezhyhirya. En el campo económico, para cuando tomó posesión, Ucrania había sido ya golpeada duramente por la crisis global: hubo un derrumbamiento de los precios de los bienes producidos en Ucrania, especialmente del sector metalúrgico. La *grivna* se devaluó el 50 por 100 a finales de 2008, una serie de grandes empresas cerraron y el desempleo creció; la pequeña empresa también sufrió. En 2010, Yanukóvich comenzó a introducir medidas de austeridad, que por supuesto resultaron rápidamente impopulares. En algunos casos (por ejemplo, una subida de los impuestos de las pequeñas empresas) las reformas habían sido solicitadas de hecho por el FMI, pero como la mitad de la población ya no se fiaba de Yanukóvich por las razones mencionadas anteriormente, recibió todas las culpas. El problema subyacente era que los niveles sociales básicos, que permitían sobrevivir a la mayoría de la población, se estaban deteriorando, y Yanukóvich fue incapaz de encontrar la manera de mantenerlos.

El anuncio de Yanukóvich de 21 de noviembre de 2013 de que suspendería las negociaciones sobre el Acuerdo de Asociación con la UE fue el desencadenante inicial de las protestas que finalmente llevarían a su caída. Antes de analizar

el desenvolvimiento de la propia crisis, ¿podemos preguntarle cuál era su valoración del Acuerdo con la UE?

Yo diría que Yanukóvich, de hecho, tomó la decisión correcta al suspenderlo. Ahora el nuevo gobierno ha separado los componentes políticos de los económicos, pero no existían esos matices en 2013. No muchas de las industrias ucranianas se iban a beneficiar del libre comercio: significaría una competencia intensificada y la pérdida de muchos empleos. Las condiciones del crédito del FMI que el Gobierno estaba negociando en esos momentos también jugaban un papel importante: el FMI exigía la subida de los precios del gas de consumo, la congelación de los salarios y recortes presupuestarios significativos, todo lo cual implicaba un golpe para las clases pobres de Ucrania. No tanto para la clase media; en términos de nivel de consumo, solo llega al 10-15 por 100 de la población y está concentrada en las ciudades más grandes, trabajando para las industrias de nuestros oligarcas o en los despachos de las empresas occidentales. Asimismo, se debe recordar que Yanukóvich suspendió el Acuerdo sin rechazar para nada lazos más fuertes con la UE: la integración europea era una de sus propias estrategias, y lo que movilizó a la gente fue que dio un giro radical de 180 grados. Lo paradójico del asunto es que la gente que salió a las calles en noviembre protestaba para apoyar la política original del Gobierno.

¿Cuál era la división de opiniones sobre el Acuerdo entre el conjunto de la población?

De acuerdo con las encuestas de noviembre, Ucrania estaba bastante dividida sobre el tema: el 40 por 100 estaba a favor de la firma del Acuerdo de Asociación y otro 40 por 100 apoyaba un acuerdo con la Unión Aduanera Euroasiática liderada por Rusia. Algunas personas apoyaban ambos: no era cuestión de uno u otro. Otras personas estaban en contra de ambos acuerdos. Así que, cuando comenzaron las protestas, no fueron, desde luego, una revuelta popular de toda la nación.

La primera manifestación fue convocada supuestamente por el periodista afgano-ucraniano Mustafa Nayem en respuesta al giro de 180 grados de Yanukóvich y después el movimiento creció en los días siguientes. ¿Cómo describiría la fase inicial de las protestas del Maidán?

Al principio el movimiento se nutría mayoritariamente de personas de Kiev de clase media y estudiantes. Estaban motivados principalmente por una ideología europea: un «sueño europeo» que ofrecía la esperanza de algún tipo de gran avance hacia una sociedad mejor. El movimiento no estaba especialmente concienciado o meditado; pero, como pensamiento utópico, no necesitaba un fuerte contacto con la realidad para atraer a la gente. Había también un fuerte componente nacionalista en contra de Rusia. Desde el principio las protestas del Maidán planteaban la elección entre el Acuerdo de Asociación con la UE y la Unión Aduanera en términos muy drásticos, casi de elección entre dos civilizaciones: ¿Ucrania está con Europa o con Rusia, se va a alinear con Putin, Lukashenko y Nazarbáyev o no va a tener nada que ver con ellos?

Las primeras concentraciones no fueron en absoluto pequeñas: en Kiev el 24 de noviembre de 2013, un domingo, había aproximadamente entre 50.000 y 60.000 personas, una de las mayores concentraciones de los últimos años. Las protestas también brotaron en otras ciudades: Lviv, Odessa, Dnipropetrovsk, así como en el este y en el sur, aunque fueron mucho más pequeñas allí que en el oeste. En Kiev, durante los primeros días hubo de hecho dos acciones separadas, un «Maidán civil» y un «Maidán partidista», pero pronto se fundieron. Los partidos involucrados eran la oposición a Yanukóvich en el Parlamento: el Batkivshchyna (Patria) de Timoshenko; la Alianza Democrática Ucraniana para la Reforma (UDAR), que es el partido de Vitali Klitschko, y Svoboda, el partido de extrema derecha. Solo Svoboda puede considerarse una fuerza real de base con células locales fuertes. El partido de Timoshenko y la UDAR son más bien estructuras electorales, diseñadas para aupar a ciertas personas al poder. Más que alrededor de una ideología, giran en torno al líder y sus equipos. No sabría decir, por ejemplo, cuáles son las ideas políticas de Klitschko. La parte «civil» del Maidán era muy diferente de Occupy o los Indignados: estaba a favor del neoliberalismo y el nacionalismo.

¿Cuál fue su relación con esa etapa de las protestas del Maidán?

Al principio era muy escéptico, especialmente cuando era puramente «Euromaidán»: no podía ser tan poco crítico con la UE. Hubo gente de la izquierda ucraniana que se unió a las protestas con pancartas que decían que Europa también significa sindicatos fuertes, educación de calidad, acceso a la sanidad pública, igualdad. Como poco, tenía mis dudas sobre

ello: precisamente la UE ha estado destruyendo los Estados del bienestar establecidos en las décadas precedentes, y en cuanto a la igualdad, ¿qué hay de todos los migrantes que mueren al intentar entrar en la zona Schengen? Como muchos otros, también consideraba que una zona de libre comercio con la UE podía ser algo peligroso para Ucrania. Pero después, cuando, en la mañana del 30 de noviembre, se intentó reprimir severamente las protestas, el carácter de estas cambió: ahora era un movimiento contra la brutalidad de la policía y contra el gobierno; aunque nunca se distanció de la cuestión europea o del nacionalismo y de otros asuntos que crean división en la sociedad ucraniana y que más tarde resultaron desastrosos.

Esto marcó claramente el comienzo de una segunda fase en las protestas. ¿De dónde partió la orden de atacar la acampada del Maidán esa noche?

Todavía no se sabe realmente quién dio la orden. No estoy seguro de que fuera Yanukóvich: habría sido absolutamente irracional que lo hiciera cuando la protesta estaba ya apagándose; para cuando trataron de desalojar la acampada, quedaban unos 300 o 400 estudiantes y activistas de derecha pernoctando en la plaza de la Independencia. Por supuesto, Yanukóvich cometió muchos errores después, así que pudo haber sido simplemente uno más. Algunos han especulado con que Putin insistiera en que desalojara la acampada, pero tampoco parece muy racional. Lo que también resulta extraño es la forma en que el intento de desalojo de la protesta fue difundido por las principales cadenas ucranianas de televisión, propiedad de los oligarcas. Normalmente, su cobertura apoyaba al Gobierno y criticaba a la oposición, pero al día siguiente los reportajes difundidos por las principales cadenas fueron muy favorables a los manifestantes. En algunas teorías de la conspiración, el cambio fue obra de Serhiy Lyovochkin, jefe del gabinete presidencial. Se le considera relacionado con el oligarca de los sectores minero y químico Dmytro Firtash, una de las pocas personas de la burguesía nacional que podría de hecho estar interesada en la integración europea: la idea sería que Lyovochkin ordenó el ataque para precipitar los acontecimientos.

En cualquier caso, el ataque y la cobertura mediática del mismo jugaron un papel muy importante en la movilización de la gente. La protesta que tuvo lugar en Kiev el 1 de diciembre fue enorme. Por supuesto, la oposición exageró la cifra, afirmando que había hasta dos millones de personas: lo que es simplemente imposible, no hay suficiente

espacio. Algunas evaluaciones más o menos independientes calcularon un máximo de 200.000. Aun así, se podía comparar con el tamaño de los mítines durante la Revolución Naranja. El movimiento también se expandió geográficamente: hubo Maidán en casi todas las ciudades; aunque en el oeste de Ucrania no tenía mucho sentido manifestarse, allí las autoridades locales eran de la oposición, así que no había nadie contra quien protestar. Durante los primeros días de diciembre, la gente empezó a levantar barricadas en el centro de Kiev y los manifestantes entraron y ocuparon edificios oficiales. La extrema derecha estuvo bastante activa en esas ocupaciones: lideraron la toma del edificio del Gobierno local de la ciudad de Kiev en Khreshchatyk, la calle principal de la ciudad, y establecieron allí su cuartel general. Fueron también los extremistas de derecha los que atacaron la administración presidencial el 1 de diciembre; hubo enfrentamientos violentos con la policía antidisturbios durante varias horas, con el resultado de cientos de personas heridas. La oposición se distanció rápidamente del ataque, diciendo que había sido llevado a cabo por provocadores. Es posible que agentes del Gobierno empezaran la violencia, pero los vídeos de los acontecimientos mostraron que la masa de atacantes era gente del partido Sector de Derechas. Se habían organizado ya en unidades de autodefensa y se entrenaban abiertamente en las calles, así que se habían preparado para la violencia antes de que comenzara.

¿Los grupos de extrema derecha activos ahora en Ucrania (Svoboda, Sector de Derechas, Tridente) tenían algún tipo de existencia clandestina durante el gobierno soviético?

No, surgieron después de 1991. Había algunos grupos nacionalistas de la diáspora en Occidente que regresaron a la Ucrania independiente en 1991-1992, pero no tuvieron éxito. Svoboda se fundó en 1991 como el Partido Socialnacional de Ucrania (una referencia directa al nacionalsocialismo) y tomó prestadas muchas cosas del legado del nacionalismo ucraniano, pero al mismo tiempo intentó basarse en la experiencia de movimientos de extrema derecha europeos como el Frente Nacional. El Sector de Derechas es un fenómeno reciente, surgió como coalición paraguas de varios grupos de extrema derecha. Algunos de ellos son abiertamente neonazis, por ejemplo, Patriotas de Ucrania, que usa el símbolo *wolfsangel*, es declaradamente racista: estuvo involucrado en incendios provocados en hostales de migrantes. El Sector de Derechas incluye también a la Asamblea Socialnacional y a la Asamblea Nacional Ucraniana-Autodefensa Nacional Ucraniana

(ASU-ANU). El grupo principal en el Sector de Derechas, Tridente (*Tryzub* en ucraniano) no es neonazi, pero desde luego son nacionalistas radicales de extrema derecha. Sería demasiado suave llamarles conservadores nacionalistas, como hacen algunos analistas, entre otros Anton Shekhovtsov, que es bastante conocido en el campo del análisis en lengua inglesa de la extrema derecha ucraniana. El Sector de Derechas se ha registrado ahora como partido político.

¿Están conectados con la Iglesia?

No, yo no diría eso, aunque promueven valores cristianos: están en contra de los derechos de los grupos LGTB, dicen que la familia tradicional está en peligro y cosas así. La propia Iglesia ortodoxa está dividida en Ucrania: cuando el país se hizo independiente, hubo una división entre la Iglesia del Patriarcado de Kiev y la Iglesia del Patriarcado de Moscú. Que yo sepa, no hay diferencias doctrinales significativas entre ellas: es una cuestión política, una cuestión simbólica. Está también la Iglesia greco-católica uniata, mayoritariamente ubicada en la antigua parte polaca de Ucrania. Como fuerza social, las Iglesias son más poderosas en el oeste de Ucrania: zonas rurales con tradiciones patriarcales fuertes, donde el sentimiento nacionalista está más enraizado. Tanto la Iglesia del Patriarcado de Kiev como los greco-católicos se oponían a Yanukóvich, mientras que la Iglesia del Patriarcado de Moscú le apoyaba. Pero no diría que las Iglesias jugaran un papel político importante en el movimiento Maidán, aunque los sacerdotes estuvieran presentes a menudo en la propia plaza.

¿Cómo valoraría la contribución de la extrema derecha al Maidán en términos de presencia numérica e impacto ideológico?

Toda esta discusión resultó muy difícil para los seguidores liberales del Maidán: para conseguir el beneplácito occidental, las protestas tenían que venderse como pacíficas, democráticas, etcétera. Este era el mensaje de la carta de apoyo firmada por muchos intelectuales occidentales a principios de enero¹. Así que existía un interés real por rebajar el papel de la extrema derecha o, más bien, por rechazar por completo el reconocimiento de su presencia. Naturalmente, habría sido demencial proclamar

¹ «Support Ukrainians and they can help us build a fairer Europe», *The Guardian*, 3 de enero de 2014. Los firmantes incluían a Anne Applebaum, Ulrich Beck, Mark Leonard, Claus Offe, Saskia Sassen, Michael Walzer y Slavoj Žižek.

que varios cientos de miles de neonazis habían salido a la calle en Kiev. En realidad, solo una diminuta minoría de los manifestantes era de extrema derecha, pero en el campamento de la plaza de la Independencia no eran un grupo tan pequeño si se tiene en cuenta que solo unos pocos miles de personas se quedaban allí de forma permanente. Y lo que es más importante, tenían la fuerza de una minoría organizada: tenían una ideología clara, funcionaban con eficacia, establecían sus propias «centurias» dentro de las estructuras de autodefensa. También consiguieron que sus eslóganes prevalecieran: «Gloria a Ucrania», «Gloria a los héroes», «Muerte a los enemigos», «Ucrania por encima de todo» (una adaptación de *Deutschland über Alles*). Antes del Euromaidán, solo se usaban en la subcultura nacionalista, ahora se popularizaron. Probablemente, cualquiera que utilizara la estación central de metro de Kiev en diciembre pudo ser testigo de una escena como esta: un grupo de nacionalistas empieza a cantar «¡Gloria a la nación! ¡Gloria a Ucrania!», y cualquier transeúnte camino de su trabajo o sus estudios contesta: «¡Sí, gloria a los héroes! ¡Muerte a los enemigos!». Todo el mundo sabía ahora cómo responder, sabía qué se esperaba de ellos.

Por supuesto que no todo el que canturreaba «¡Gloria a los héroes!» era un simpatizante de la extrema derecha, ni por asomo. La mayoría interpretaba los eslóganes en un cierto sentido, no refiriéndose a los héroes de la Organización de Nacionalistas Ucranianos de Stepan Bandera, sino a los héroes del Maidán. Aun así, era un gran éxito para la extrema derecha, algo que ni los liberales ni el pequeño número de izquierdistas que tomaron parte fueron capaces de conseguir. ¿Por qué esos eslóganes y no otros menos cuestionables? ¿Por qué no algunas exigencias socioeconómicas? Ello demuestra quién ostentaba de hecho la hegemonía del proceso. Sí, numéricamente, la extrema derecha tenía una presencia menor, pero dominaba política e ideológicamente.

¿Qué papel jugaron en las protestas la intelectualidad ucraniana y la elite cultural?

Probablemente, fue más significativo al principio, en la fase del Euromaidán, que después, cuando se convirtió en un auténtico movimiento de masas. Los liberales y los progresistas solían apoyar el Maidán, pero adoptaban la estrategia retórica de rebajar el papel de la extrema derecha, proclamando que su papel estaba siendo exagerado por la propaganda rusa. Por ejemplo, criticaban a Svoboda por organizar

una marcha masiva con antorchas en el cumpleaños de Stepan Bandera, el 1 de enero, pues era negativo para la imagen del movimiento. Pero no hicieron nada por disociar el Maidán de esos partidos. Fue un grave error: si hubieran trazado una línea entre ellos y la extrema derecha, podrían haber planteado algo así como un programa democrático-burgués (a favor de unos derechos civiles fuertes, contra los abusos de la policía, contra la corrupción, etcétera) que los ucranianos del este también podrían haber apoyado con facilidad. En su lugar, lo que surgió fue una amalgama turbia de varias fuerzas políticas con preocupaciones sociales y económicas muy débilmente articuladas, en las que las ideas y el discurso de la derecha predominaban. Parte de la razón por la que la intelectualidad no marcó distancias con la extrema derecha puede atribuirse a que sabían que su posición era objetivamente muy débil y que un desligamiento de Svoboda y del Sector de Derechas significa quedarse totalmente fuera del movimiento; la alianza era demasiado importante para ellos. Pero, al mismo tiempo, este error impidió que el movimiento consiguiera un apoyo verdaderamente nacional.

¿Cómo explica el hecho de que los referentes ideológicos de la construcción del nacionalismo ucraniano sean todos muy reaccionarios: Pavlo Skoropadsky, Symon Petliura, Stepan Bandera? ¿Ha habido algún intento de una versión alternativa de izquierdas que tomara los legados populistas o anarquistas de figuras como Mykhailo Dragomanov o incluso Néstor Majnó?

Sí, el nacionalismo ucraniano tiene ahora mayoritariamente estas connotaciones de derecha y el énfasis en las figuras mencionadas ha dominado a las vetas izquierdistas. Pero cuando surgió a finales del siglo XIX, el nacionalismo ucraniano era predominantemente un movimiento izquierdista, incluso socialista. La primera persona que reclamó un Estado ucraniano independiente fue un marxista, Yulian Bachinski, que escribió un libro titulado *Ucrania irredenta* en 1895; y hubo muchos otros que escribieron desde posiciones marxistas a principios del siglo XX. Pero hoy en día todos los intentos de revitalizar las ideas socialistas dentro del nacionalismo ucraniano han sido muy marginales. Parte del problema es que no es tan fácil actualizar esas ideas: las personas mencionadas escribían para un país fundamentalmente agrícola, ya que aproximadamente el 80 por 100 de los ucranianos eran campesinos. El hecho de que la clase obrera no fuera ucraniana fue, como sabemos, un gran problema para los bolcheviques que intensificó la dinámica de la guerra civil de 1918-1921, porque no fue solo una guerra de clases, sino también una guerra nacional; las

fuerzas de los pequeñoburgueses proucranianos pudieron movilizar esos sentimientos nacionales contra un movimiento obrero que era visto como prorruso. Por supuesto, actualmente Ucrania ya no es un país agrícola, sino industrializado, y como aproximadamente la mitad de la población habla ucraniano y la mitad habla ruso ya no es fácil decir cuál es la nación oprimida y quién la opresora.

Además está el hecho de que la derecha ha trabajado para reinterpretar figuras como la de Majnó desde un punto de vista nacionalista: no como anarquista, sino como otro ucraniano que luchó contra el comunismo. A sus ojos, el comunismo fue una imposición rusa y el anarquismo también es descrito como «antiucraniano». En el Maidán, la extrema derecha expulsó a un grupo de anarquistas que intentaba organizar su propia «centuria» dentro de las estructuras de autodefensa. También atacaron físicamente a izquierdistas y sindicalistas que fueron a distribuir octavillas de apoyo al Maidán: uno de los oradores los señaló diciendo que eran comunistas y una muchedumbre de derechas los rodeó y los golpeó.

¿Hubo muchos incidentes así durante las protestas?

Se habló mucho de ataques a sinagogas en Kiev, pero probablemente fueron realizados por provocadores del Gobierno más que por activistas del Maidán; en conjunto no hubo ningún problema grave de delitos de odio motivados étnicamente. De hecho, hubo algunas centurias judías en las estructuras de autodefensa: un dato citado por los defensores del Maidán para demostrar que el movimiento no era xenófobo o antisemita. Hubo también una centuria de mujeres, así como una iniciativa interesante llamada La Mitad del Maidán, iniciada por algunas feministas, que intentó plantear allí cuestiones de igualdad de género. Pero en el Maidán hubo también algunas escenas casi medievales: por ejemplo, «las banquetas de la vergüenza», en las que algunos supuestos ladrones fueron obligados a subirse con la palabra «ladrón» escrita en la frente y soportar todo un proceso de humillación pública. Otro lado oscuro del Maidán fueron las llamadas «cazas de *titushka*». Los *titushki* son jóvenes pobres, a menudo desempleados, a quienes el Gobierno solía pagar como provocadores y matones callejeros para acosar o atacar a los manifestantes, a menudo en colaboración con la policía. Entre algunos de los manifestantes de clase media del Maidán había una especie de chovinismo social hacia estas personas. El AutoMaidán era una parte del movimiento que llevaba a cabo acciones utilizando caravanas de coches: bloqueaban las

calles, hacían ruido delante de la residencia de Yanukóvich o la casa de Pshonka, el fiscal general. En determinado momento organizaron cazas del *titushka*, en las que circulaban por Kiev en su busca; los atrapaban y los obligaban a hacer una confesión pública. Pero ¿cómo decidían quién era un *titushka* y quién no? A menudo se basaban en su aspecto, si llevaban un chándal, utilizando ese tipo de marcadores sociales.

¿Sería correcto afirmar que el Maidán no representó una amenaza inmediata para Yanukóvich hasta mediados de enero?

Cada domingo había mítines en el centro de Kiev y decenas de miles de personas venían a escuchar a los políticos y a otros oradores. Pero el movimiento estaba empezando a estancarse: no tenían una estrategia para derribar a Yanukóvich. A lo largo de la primera mitad de enero, cada vez menos gente salía a las calles. La gente quería que la campaña progresara, quería acción. Una vez más, Yanukóvich les brindó la oportunidad cuando su Gobierno aprobó un paquete de diez leyes represivas el 16 de enero. Las llamaron «leyes turbo» porque el Parlamento las aprobó en poco más de una hora. Algunas eran medidas que ya había intentado aprobar antes: una ley sobre el extremismo, restricciones a la libertad de reunión y a la libertad de expresión, una ley para las ONG que exigía a las organizaciones con financiación occidental que se declarasen agentes extranjeros. Otras tenían en el punto de mira las acciones que el Maidán había llevado a cabo: una prohibición del uso de máscaras, así como una ley que prohibía la formación de caravanas de más de cinco coches, dirigida contra los activistas del AutoMaidán. Después de esto, la gente empezó a exigir pasos más decisivos contra Yanukóvich, pero cuando una multitud se reunió para protestar contra las leyes el 19 de enero, los partidos de la oposición no propusieron ningún plan de acción convincente. Entonces, uno de los líderes del AutoMaidán, Serhiy Koba, subió al estrado y pidió a la multitud que avanzara hacia el Parlamento por la calle Hrushevskoho, donde a continuación comenzaron los enfrentamiento con la policía. Entonces, cuando el nivel de violencia aumentó, los mítines y las reuniones pasaron a un segundo plano.

¿Cambió la composición social y regional de las protestas del Maidán de una fase a otra?

Los sociólogos hicieron encuestas al respecto a finales de enero, que mostraron que, tras la violencia que comenzó el 19 de enero, la gente

en el Maidán pertenecía a sectores menos acomodados y con menos formación que en la primera fase. Había menos personas de Kiev y más de las pequeñas ciudades del centro y oeste de Ucrania, que es una parte del país mucho menos urbanizada: aproximadamente el 40-50 por 100 vive en ciudades, comparado con más del 90 en la provincia de Donetsk. Estas regiones son en su mayoría pobres y tienen problemas muy graves de desempleo: perdieron gran cantidad de empleos en la industria electrónica, en el sector de la ingeniería mecánica, etcétera, después de 1991. Mucha gente sobrevive únicamente gracias a que tiene sus propias tierras y los pocos que tienen un empleo estable están muy mal pagados. Hay muchos migrantes de esas regiones a las ciudades más grandes de Ucrania y un número enorme de ellos van ilegalmente a la UE (a España, Portugal, Polonia, Italia) para trabajar en la construcción, la limpieza, el cuidado de niños o ancianos. Es difícil obtener cifras precisas, pero hay estimaciones que sitúan el número de migrantes en cualquier punto entre 1 y 7 millones. La gente de estas regiones están obviamente muy a favor de la integración europea, de que se les permita ir a Occidente libremente y trabajar allí. También tienen motivos claros de queja social contra Yanukóvich y casi nada que les retenga: por eso estaban dispuestos a unirse a las fuerzas de autodefensa del Maidán y enfrentarse a la policía. Los sociólogos empezaron a llamar a la acampada el *Sich*, como los campamentos militares de los cosacos, pero se puede afirmar que el Maidán era hasta cierto punto un movimiento de trabajadores desposeídos.

A partir de mediados de enero las protestas parecieron entrar en una tercera fase, en la que las negociaciones entre el Gobierno y la oposición continuaron, a pesar de la escalada de violencia, hasta la destitución de Yanukóvich el 22 de febrero. ¿Qué se jugaba en esas negociaciones y qué es lo que forzó la marcha de los acontecimientos?

Una de las exigencias de los manifestantes era la liberación y la amnistía incondicional de los arrestados durante los enfrentamientos (había más de 200); el Gobierno insistía en que los manifestantes evacuaran antes los edificios que habían ocupado. Finalmente, se llegó a un compromiso con Pshonka, el fiscal general. Pero la cuestión principal era la derogación de las leyes del 16 de enero, que el Parlamento también aceptó finalmente. Mientras tanto, los partidos de la oposición exigieron que la Constitución de 2004 se restableciese inmediatamente, para dar más poderes al Parlamento. Aparentemente, Yanukóvich estaba dispuesto a

discutir una Constitución nueva, pero no aceptaba regresar a la de 2004: quería crear una comisión constitucional, adoptar una larga ruta legal para retrasarla lo más posible. El 18 de febrero, cuando el Parlamento había programado votar sobre el cambio de la Constitución, el presidente de la Rada, Volodymyr Rybak, del Partido de las Regiones, se negó a permitir que se registrara el proyecto de ley. Una multitud había acudido al Parlamento para expresar su apoyo a la oposición, en lo que había sido llamada la «Ofensiva Pacífica», pero se encrespaban mucho cuando se bloqueó incluso la discusión del cambio constitucional. La violencia estalló de nuevo, la policía respondió con especial brutalidad: cierto número de personas fueron asesinadas por la policía antidisturbios.

Quizá el punto de inflexión más importante fueron los disparos de los francotiradores contra los manifestantes en el centro de Kiev el 18, 19 y 20 de febrero. ¿Quién fue el responsable?

Es una cuestión importante. ¿Quiénes eran los francotiradores, quién les ordenó disparar a matar? No lo sabemos todavía. Algunos señalan que los francotiradores disparaban tanto a los manifestantes como a la policía, lo que evidenciaría que había una tercera fuerza que intentaba una escalada de los acontecimientos. Hubo también una filtración de una conversación entre el ministro de Asuntos Exteriores estonio y Catherine Ashton, de la UE, que sugería que algunos creían que los francotiradores estaban controlados por la oposición. Fue un acontecimiento crucial que produjo un montón de muertes: unas cuarenta o cincuenta personas fueron asesinadas solo el 20 de febrero, muchas de ellas por los francotiradores. Hubo otra novedad importante el 18 de febrero en el oeste de Ucrania, donde los manifestantes empezaron a atacar comisarías de policía y asaltar sus arsenales, haciéndose con gran cantidad de armas de fuego. Sucedió en Lviv, en Ternopil, en Ivano-Frankivsk, en muchas zonas. La situación cambió drásticamente: los policías antidisturbios estaban dispuestos a dispersar a los manifestantes cuando iban armados con palos, piedras y cócteles Molotov, pero no estaban dispuestos a morir por Yanukóvich. Después del 18 de febrero, las partes occidentales de Ucrania quedaron bajo el control de los manifestantes, que ocuparon los edificios oficiales y los cuarteles generales de la policía y de los servicios de seguridad. En algunos lugares la policía disparó contra los manifestantes, pero en muchas zonas se fueron sin ofrecer mucha resistencia. Era una de las debilidades del régimen: se basaba principalmente en redes de corrupción más que en lealtades ideológicas

fuertes. Por supuesto, otro factor fue la imposición de sanciones europeas: la escalada de la represión gubernamental empujó definitivamente a Bruselas a aprobarlas más rápidamente. Después del 18 de febrero la facción parlamentaria del Partido de las Regiones que ostentaba el gobierno comenzó a disolverse rápidamente y muchos diputados se unieron a la oposición. Esto transformó el equilibrio de fuerzas en la Rada: ahora había una mayoría de la oposición que podía votar el regreso a la Constitución de 2004 y pedir la dimisión de Yanukóvich. En cierto sentido fue el momento en el que la toma del poder fue definitiva. Y por supuesto, los tiroteos acentuaron la decisión de la gente en las calles.

¿Cuál era la relación entre los manifestantes y los partidos de la oposición en aquel momento?

Los partidos de la oposición eran mucho más moderados que la gente de la calle e intentaron convencer al Maidán de que era necesaria una solución de compromiso con Yanukóvich. Por ejemplo, el 20-21 de febrero, los líderes de la oposición [Klitschko, de la UDAR; Arseniy Yatseniuk, de Unión de Todos los Ucranianos-Patria (Batkivshchyna); Oleh Tyahnybok, de Svoboda] alcanzaron un acuerdo con Yanukóvich, con la mediación de los ministros de Asuntos Exteriores de Francia, Alemania y Polonia: habría elecciones en diciembre, la Constitución de 2004 sería reinstaurada en veinticuatro horas y la policía, retirada del centro de Kiev. El ministro de Asuntos Exteriores polaco, Radoslaw Sikorski, fue al Consejo del Maidán, un órgano dominado por políticos de la oposición, y dijo: «Si no aceptáis este compromiso, estáis todos muertos». El Consejo apoyó el compromiso, pero cuando lo comunicaron a la multitud en la calle, no fue aceptado. Uno de los miembros de las fuerzas de autodefensa (un joven de 26 años de Lviv, llamado Volodymyr Parasiuk) subió al estrado y dijo que si Yanukóvich no dimitía antes de las 10 de la mañana del día siguiente, comenzarían a ocupar los edificios del Gobierno en Kiev. Esto sí lo apoyó la multitud. Unas pocas horas después, Yanukóvich huyó de la capital. Tal como demostraron después las secuencias de las cámaras de seguridad de su residencia de Mezhyhirya, ya había empezado a empaquetar sus cosas el 19 de febrero: lo que significa que la oposición y los ministros europeos pretendían convencer a los manifestantes de que aceptaran un compromiso con Yanukóvich cuando él ya estaba preparando su huida de Kiev.

¿Cómo describiría al Gobierno interino que asumió el poder?

No estoy de acuerdo con la idea de que fue un golpe fascista. La palabra «golpe» implica que hubiera una toma del poder armada, bien organizada, planificada desde arriba, y eso no es lo que sucedió. La extrema derecha tenía una posición ciertamente prominente en el nuevo Gobierno: el presidente interino, el primer ministro y otros varios ministros eran del partido de Timoshenko, pero Svoboda tenía cuatro carteras (viceprimer ministro, ministro de Defensa, ministro de Agricultura, ministro de Medio Ambiente) más la Fiscalía General. Había también varias personas que no eran de Svoboda pero tenían un perfil de extrema derecha: Serhiy Kvit, ministro de Educación, había sido anteriormente un cuadro medio en Tridente, aunque probablemente lo abandonó hace muchos años; Andriy Parubiy, el jefe del Consejo de Seguridad Nacional y Defensa, fue uno de los fundadores del Partido Social-Nacional y lideró su sección juvenil paramilitar, Patriotas de Ucrania, antes de unirse a Batkivshchyna. Era también comandante de los grupos de autodefensa de Maidán. O también Tetiana Chornovol, una periodista que fue secuestrada del Maidán por las autoridades y golpeada de gravedad en diciembre: había sido secretaria de prensa del ultraderechista Asamblea Nacional Ucraniana-Autodefensa Nacional Ucraniana (ASU-ANU) y jefe del Comité Nacional Anticorrupción desde marzo. Pero al Gobierno se le describe mejor como neoliberal que como de extrema derecha. Su programa económico se caracterizaba por las medidas de austeridad: aceptaron todas las condiciones del crédito impuestas por el FMI: tarifas sobre los servicios públicos cada vez mayores, salarios congelados, recorte de todo un abanico de prestaciones sociales. Era un programa que cargaba el peso de la crisis económica sobre los pobres.

Desde ese punto de vista, la anexión de Crimea por parte de Rusia tuvo lugar en un momento muy oportuno para el nuevo Gobierno, porque ayudó a darle legitimación nacional, al apartar de los focos las cuestiones sociales y unir a la gente contra la intervención extranjera. Algunas personas comenzaron a presentarse voluntarias para el ejército y para la recientemente establecida Guardia Nacional, y se celebraron mítines masivos en apoyo de la soberanía y la integridad territorial del país. Al mismo tiempo, Ucrania comenzó a polarizarse rápidamente. Había habido mítines contra el Maidán en el este (Járkov, Donetsk, Lugansk, Dnipropetrovsk) desde finales de 2013, aunque habían sido básicamente orquestados por Yanukóvich y el Partido de las Regiones en el gobierno. Cuando Yanukóvich fue derrocado, las movilizaciones del este se hicieron más descentralizadas, con un perfil más popular, más intensas:

especialmente, con la intervención rusa en Crimea. Hubo mucha oposición al nuevo Gobierno y exigencias de una mayor devolución de competencias a las regiones.

Entre las zonas de habla rusa de Ucrania, parece que Crimea ocupaba un lugar aparte, incluso antes de la anexión.

Siempre fue una provincia problemática de Ucrania. De 1992 a 1995, la península tuvo su propia Constitución por separado, que proclamaba que Crimea es una república autónoma que delega algunos poderes en Ucrania; Kuchma la abolió y estableció el gobierno directo durante unos pocos meses, hasta que se acordó una nueva Constitución. La segunda opción en el referéndum de marzo de 2014, aparte de unirse a la Federación de Rusia, era permanecer en Ucrania pero regresar a la Constitución de Crimea de 1992.

El hecho de que Kruschev transfiriera la península de Rusia a Ucrania en fecha relativamente reciente debe de haber contado también, especialmente en la opinión pública rusa.

Sí, es una de las explicaciones ideológicas ofrecidas, pero otras partes de Ucrania también fueron añadidas no mucho antes: partes del noroeste pertenecieron a Polonia hasta 1939; partes del suroeste fueron rumanas hasta 1940; Transcarpatia fue territorio checoslovaco antes de la Segunda Guerra Mundial, ocupado por Hungría durante la guerra y entregado a Ucrania en 1945. Y si se entra en estas discusiones históricas, entonces, por supuesto que los tártaros de Crimea estaban allí mucho antes, junto con otros pueblos. Ahora son algo así como el 12 por 100 de la población de la península. Se oponían con fuerza a la anexión rusa y boicotearon en masa el referéndum de marzo.

¿Cuáles cree que fueron las motivaciones de Rusia para tomar la península?

O bien asuntos internos, el intento de adelantarse a una revolución en Rusia, o bien un deseo de dar un aviso a Kiev y a Occidente. Económicamente, no tiene mucho sentido para Rusia absorber Crimea. Es una de las partes más pobres de Ucrania y depende de los subsidios de Kiev; de hecho, será beneficioso para Ucrania no tener que pagar a Crimea. Hay algo de actividad económica asociada con la armada, especialmente en torno a Sebastopol, pero mucha de la industria de Crimea

se derrumbó en la década de 1990, y el turismo no ha sido muy rentable: para los turistas rusos es más barato ir a Turquía o Egipto. Toda la costa del sur, con su exclusivo clima subtropical, ha sido dividida en territorios de propiedad privada más que desarrollado para el turismo. La agricultura tampoco se encuentra en buen estado. Se necesitaría una inversión realmente importante para mantener la economía de Crimea a flote: mucha inversión para pocas ganancias. La demografía está también muy mal: aproximadamente el 20-25 por 100 de la población está económicamente activa, el resto son pensionistas y escolares. La infraestructura de la península está muy conectada con Ucrania: es una de las razones por las que podría haber tenido sentido para Kruschev transferir su jurisdicción. Crimea recibe agua fresca para la agricultura desde la provincia de Jersón y no hay manera de recibir aprovisionamientos por tierra sin cruzar a través de Ucrania. En resumen, era obvio desde el principio que Crimea sería una pesada carga para los rusos. Los beneficios potenciales del gas de la plataforma del mar Negro y de una posible rectificación de la ruta del gasoducto South Stream por Crimea, así como las cuestiones militares sobre la base naval de Sebastopol y la adhesión de Ucrania a la OTAN no fueron, creo, las razones principales para la anexión de Crimea, sino más bien incentivos adicionales. La razón fundamental fue incrementar el apoyo a Putin con una «pequeña guerra victoriosa».

Después de la anexión de Crimea, el foco de las tensiones se trasladó a las provincias de Donetsk y Lugansk, donde en marzo se formaron grupos separatistas que empezaron a tomar edificios oficiales locales. ¿Qué distingue a estas dos regiones de las otras zonas del este y del sur de Ucrania donde la lengua rusa es predominante?

No sé cuánto queremos remontarnos, pero hasta el siglo XVIII esta área era el *dikoe pole*, el «campo salvaje» de las estepas dominadas por nómadas: más tarde, los tártaros de Crimea. Los campesinos rusos y ucranianos comenzaron a colonizar la estepa y luego el Gobierno imperial se involucró, invitando a alemanes, serbios y algunos judíos. Pero cuando se descubrió carbón, y especialmente cuando se construyeron los ferrocarriles en la segunda mitad del siglo XIX, se convirtió en una región industrial de vital importancia. Trabajadores de diversas partes del Imperio ruso vinieron a trabajar a las minas del Donbás a finales del siglo XIX y principios del XX, y con el empuje de la industrialización de Stalin la mano de obra trabajadora aumentó masivamente. Desde entonces ha sido la zona más industrializada de Ucrania, y la más urbanizada.

Es también la región más poblada, con más de 6 millones de personas, por encima del 13 por 100 del total nacional. La economía de Donetsk y Lugansk se basa principalmente en las antiguas empresas soviéticas: minas de carbón y plantas metalúrgicas. Los oligarcas robaron prácticamente estas fábricas al Estado durante las privatizaciones delictuales de la década de 1990. Son todavía complejos industriales muy grandes (por ejemplo, Ajmétov emplea aproximadamente a 300.000 personas en su grupo Systems Capital Management. Muchas de estas plantas venden a Rusia todo lo que fabrican, así que, al margen de otras consideraciones, es la principal razón para que deseen evitar cualquier disputa grave con Rusia. Simplemente, temen por sus puestos de trabajo. Estructuralmente, las razones no se diferencian de las de la gente del oeste de Ucrania para apoyar la integración europea: el Acuerdo de Asociación fue considerado una forma de facilitar las cosas a los que trabajaban ilegalmente en la UE o tenían familiares allí.

La conexión con Rusia es quizá también una razón por la que las movilizaciones prorrusas fueran más fuertes en esta zona que en, digamos, Dnipropetrovsk u Odessa, donde la economía local está mucho menos estrechamente ligada a Rusia. Járkov es un caso interesante: fue la primera capital de la Ucrania soviética, pero no ha habido tanta agitación separatista allí, algo que también tiene que ver con la manera en que el Gobierno interino de Kiev manejó la situación: cuando el movimiento contra el Maidán empezó a levantar barricadas y tomar edificios del Gobierno en las ciudades del este, enviaron a Járkov al ministro del Interior, Arsen Avakov; al secretario de Seguridad Nacional, Parubiy, a Lugansk; y al viceprimer ministro, Vitaliy Yarema, a Donetsk. Solo en Járkov se consiguió bloquear las movilizaciones separatistas, supongo que gracias a unas negociaciones más eficaces. También es verdad que en Dnipropetrovsk, Kolomoyskyi pareció hacerse con el poder bastante eficazmente después de ser nombrado por Kiev gobernador de la región. Pudo organizar y pagar batallones progubernamentales y pareció ganarse la confianza de la población local.

Las revueltas del este ¿tenían también raíces culturales e ideológicas?

Otra particularidad del Donbás es que la identidad étnica ha sido históricamente mucho más débil que la identidad regional y profesional. Siempre ha habido allí una mezcla de nacionalidades, pero no se consideraba importante y ante todo se han visto a sí mismos como gente del Donbás

o como mineros. En el oeste de Ucrania ocurre lo contrario: la identidad nacional es mucho más significativa, lo cual explica en parte por qué la gente del Donbás rechazó el nacionalismo ucraniano, que les parecía completamente ajeno a ellos. La tolerancia del Maidán a la veneración de los grupos de extrema derecha por Stepan Bandera fue también un factor que movilizó a la gente del este. Evidentemente, la propaganda rusa describió todo el movimiento como *banderovtsi*, lo que era una exageración inmensa. Pero especialmente para la generación más mayor, la victoria sobre los nazis fue un elemento crucial en la construcción de un tipo de identidad nacional soviética, ni rusa ni ucraniana, y la presencia de tantas banderas rojas y negras y de los retratos de Bandera en el Maidán fue una razón poderosa para rechazar al nuevo Gobierno.

Otro punto de fricción parece haber sido la lengua. ¿Cuál es el estatus del ruso en Ucrania, tanto oficial como extraoficialmente?

Formalmente, el ucraniano tiene prioridad: es la única lengua oficial. Pero la situación formal difiere de la real, puesto que aproximadamente la mitad de la población utiliza el ruso y casi todo el mundo lee y entiende ambos. Históricamente, Kiev era predominantemente de habla rusa, igual que la mayoría de las ciudades, mientras que en las zonas rurales se hablaba más el ucraniano, aunque esta situación se debía en parte al Imperio ruso y después a las políticas de rusificación soviéticas, puestas en marcha tras un breve periodo de ucranización en la década de 1920. Hoy en día, el ucraniano es más fuerte en el ámbito oficial, pero la cultura en lengua rusa domina el terreno comercial: por ejemplo, la mayoría de los libros, revistas y periódicos se escriben en ruso. Hasta hace poco, las películas extranjeras se doblaban, por regla general, al ruso, no al ucraniano. Para los nacionalistas el desarrollo de la cultura en lengua ucraniana requiere que se elimine el ruso, pero me parece que hay otras posibles soluciones: ¿por qué no otorgar más apoyo estatal a la cultura en lengua ucraniana, como subsidios para los libros, financiación para las escuelas, los artistas, los escritores, los teatros o los directores de cine? Pero, por supuesto, eso precisaría algo de gasto e inversión pública, lo que lo convertiría en una política opuesta al criterio neoliberal. Así que, en lugar de eso, lo que han hecho es movilizar el sentimiento nacionalista.

En 2012, a pesar de la fuerte resistencia de los nacionalistas, la Rada aprobó una ley que decía que, si el censo de una zona determinada muestra que un grupo étnico representa el 10 por 100 de la población, el

Gobierno local tiene derecho a conceder a su lengua el estatus de lengua regional. Por lo tanto, no era un desafío para el ucraniano como lengua oficial, y no concernía solo al ruso: hay una minoría búlgara, una minoría rumana, una minoría húngara, una minoría tártara y todas tienen el derecho a una lengua regional. Pero el Partido de las Regiones la utilizó como una herramienta para movilizar al electorado prorruso, desviando la atención de las cuestiones sociales y económicas hacia una especie de guerra cultural con el oeste de Ucrania. Los nacionalistas estaban eufóricos: eran sus temas, luchaban por su lengua materna. El nuevo Parlamento anuló la ley sobre las lenguas el primer día que se reunió tras la caída de Yanukóvich. Fue una medida realmente incendiaria, las personas del este de Ucrania se sintieron personas de segunda categoría en el tema lingüístico. A finales de febrero, ante las movilizaciones contra el Gobierno en el este, el presidente en funciones, Turchínov, anuló la decisión que había derogado la ley. En cierta forma, sienta un límite a las políticas culturales nacionalistas en el futuro.

¿Cómo evaluaría la escala y la importancia de la implicación rusa en las revueltas antigubernamentales en el este?

Desde luego hubo ciudadanos rusos implicados en las protestas contra el Maidán por ejemplo, en Járkov a principios de marzo fue un moscovita quien intentó colocar una bandera rusa en el edificio del Gobierno regional; pero no se puede afirmar que las protestas fueran enteramente manejadas desde el exterior. Para empezar, había muchos tipos de manifestantes: algunos pedían la separación o la unión con Rusia, pero muchos otros se habrían quedado satisfechos con lograr un referéndum de autodeterminación y la federalización de Ucrania. Y también tenían miedo de Sector de Derechas, de gente que llegara a sus ciudades y derribara los monumentos de Lenin, lo que estaba sucediendo en toda Ucrania. Fueron movilizaciones bastante grandes: en Donetsk hubo decenas de miles de personas en las calles a principios de marzo.

Pero el punto de inflexión llegó a principios de abril, con la llegada de voluntarios rusos muy bien equipados que organizaron la toma armada de Sloviansk. Muchos de ellos eran nacionalistas rusos de extrema derecha con ideas muy conservadoras y cuyos objetivos van mucho más allá del Donbás; para ellos, Kiev es la madre de las ciudades rusas y piensan que deberían anexionarse una parte de Ucrania mucho mayor que solo el este. Estas personas ejercieron una indudable influencia en el carácter

ideológico de la proclamación de la República Popular de Donetsk, a principios de abril. Por ejemplo la Iglesia ortodoxa del Patriarcado de Moscú fue declarada la Iglesia estatal de la RPD y la Constitución de la RPD prohibió el aborto con el argumento de que la defensa de los derechos humanos comienza en la concepción. La apreciación de los separatistas por el pasado soviético se basaba principalmente en la idea imperial de un gran país que pudiera competir con la superpotencia estadounidense; los elementos socialistas del legado soviético eran muy débiles. Algunos izquierdistas expresaron su admiración hacia la República Popular de Donetsk porque defendía la nacionalización, pero la Constitución no daba prioridad a la propiedad del Estado, sino que ponía en primer lugar a la propiedad privada. La idea de nacionalizar las fábricas de Ajmétov se planteó porque la posición del oligarca se mantuvo muy ambigua durante mucho tiempo, y después, a mediados de mayo, se posicionó en contra de los separatistas e intentó movilizar a los trabajadores en su contra, sin mucho éxito, diría yo. Una multitud se dirigió a la residencia de Ajmétov a finales de mayo (igual que la gente de Kiev había ido a la de Yanukóvich) exigiendo que se les dejara entrar. Pero la gente de la RPD intentó calmarles, diciendo: «Sabemos cómo os sentís, pero no es el momento». Es evidente que estas personas no son socialistas, son nacionalistas populistas.

¿Hasta qué punto fue iniciativa del Gobierno de Putin la presencia de los voluntarios?

No tengo muy claro el grado de interferencia estatal rusa. La propaganda oficial ucraniana insiste en que todo el movimiento está dirigido por Rusia, pero es una interpretación errónea de la situación. Por supuesto que algunos voluntarios rusos podrían ser agentes estatales, pero es probable que la mayoría sean simplemente voluntarios: y hay muchos rusos dispuestos a luchar en Ucrania para ayudar a la causa nacionalista rusa. La gente del resto de Ucrania tiende a ver la rebelión del este como una intervención rusa o una «acción terrorista», siguiendo la línea marcada por el anuncio del Gobierno a mediados de abril de que comenzaba una «operación antiterrorista». Pero en el Donbás, de acuerdo con una encuesta de mayo, el 56 por 100 la llama una revuelta popular; para ellos, es algo que tiene raíces locales y una base de apoyo local, a pesar de la participación de voluntarios rusos. Sea como sea, no creo que su presencia cambie la naturaleza del conflicto. Decenas de miles de voluntarios internacionales lucharon en la Guerra Civil española y Alemania e Italia enviaron tropas regulares, pero esto no modificó el hecho de

que el conflicto era interno, entre republicanos y franquistas. Si se cuentan los combatientes separatistas que han caído frente a las fuerzas del Gobierno ucraniano, hay desde luego cierto número de rusos, pero una proporción significativa son ucranianos. Es realmente una guerra civil.

En el periodo previo a los referéndums separatistas de Donetsk y Lugansk que se celebraron a mediados de mayo, parecía como si Putin estuviera considerando seriamente una intervención en el este de Ucrania: y los separatistas esperaban evidentemente que el Donbás siguiera a Crimea en su anexión por la Federación de Rusia. ¿Qué probabilidad existía de que esto sucediera?

No estoy seguro ahora de que Putin en algún momento fuera a invadir el este de Ucrania. Los regimientos del ejército ruso plantados en masa en la frontera probablemente estaban allí para disuadir a Kiev de cualquier intento de recuperar Crimea militarmente, y sobre todo para mantener la presión y desestabilizar la situación. Lo que Putin necesita realmente es un gobierno leal en Kiev, o por lo menos uno que no ingrese en la OTAN o realice otras maniobras antirrusas. No tiene interés en incorporar el Donbás en Rusia. Por una parte, estas zonas dependen de los subsidios estatales para las industrias mineras y, por otra, están los grupos armados y la movilización popular que atesora grandes expectativas sobre el Estado ruso. La gente solía hablar a menudo de exportar la revolución, pero aquí existe el peligro de importarla. Putin también se encuentra en una posición delicada en el interior: los rusos esperaban que interviniese, así que ahora está bajo la presión de la opinión pública allí. Puede parecer que está jugando sus bazas de manera irregular o inconsistente, pero es realmente un reflejo de la complejidad de su posición.

A finales de mayo pareció producirse un cambio en Donetsk, con más grupos armados evidentemente rusos asumiendo el control del Gobierno rebelde. ¿Fue quizá un intento encubierto de Putin de tomar las riendas de la situación?

No creo que Putin controle a esta gente. Controla las unidades del ejército ruso cercanas a la frontera, de las que unas cuantas han sido retiradas ahora. Pero los separatistas siguen luchando en Sloviansk, Donetsk, Krasny Liman y otras zonas, y no parece que vayan a rendirse pronto.

El 25 de mayo, en medio de la «operación antiterrorista», se celebró una elección presidencial en Ucrania que ganó Petro Poroshenko. Cuéntenos primero sobre el propio Poroshenko.

Es un multimillonario, la sexta persona más rica de Ucrania según la lista Forbes. Es propietario del emporio de productos de confitería Roshen, de ahí su apodo, el «Rey del Chocolate»; aunque también es propietario de otros negocios, como la cadena de televisión Canal 5. Políticamente, es un oportunista todoterreno: estuvo originalmente en un partido a favor de Kuchma a finales de la década de 1990, y luego fue uno de los fundadores del Partido de las Regiones. Después formó su propio partido, el Partido de la Solidaridad, y apoyó a Yúshchenko en 2004: de hecho, fue una de las figuras destacadas de la Revolución Naranja. Más tarde fue director del Banco Central, ministro de Asuntos Exteriores y después ministro de Comercio con Yanukóvich. Pero quizá el factor más importante para su actual popularidad es que apoyó el Maidán y fue uno de los políticos que con mayor frecuencia apareció en el estrado de la plaza de la Independencia.

Los resultados oficiales de las elecciones parecieron indicar un desplazamiento del voto: Poroshenko consiguió la victoria en la primera vuelta con el 55 por 100 del voto, mientras que Timoshenko, su rival más cercana, consiguió menos del 13 por 100. Pero, como es presumible, ¿hubo variaciones regionales amplias tras esta imagen de unanimidad?

Sí, hubo diferencias geográficas importantes. Pero la primera cosa llamativa es la participación general: fue la más baja de una elección presidencial desde la independencia de Ucrania. La cifra oficial fue el 60 por 100, pero se calculó teniendo en cuenta solo los distritos en los que la votación se llevó a cabo. En la mayoría de los distritos de Donetsk y Lugansk no hubo votaciones y simplemente se excluyeron del cálculo. Son algunas de las partes más pobladas del país. Si añadimos a las cifras la gente que no votó allí, la participación habría quedado probablemente un poco por encima del 50 por 100. Por supuesto, hubo razones objetivas por las que mucha gente no pudo acudir a las urnas en el este: se hablaba de grupos armados que intentaban detener las elecciones y de personal administrativo electoral que estaba siendo amenazado, pero no se debe exagerar la escala de todo eso. Una encuesta llevada a cabo el día de las elecciones por el Instituto Internacional de Sociología de Kiev en Donetsk y Lugansk mostró que dos tercios de los encuestados no iban a votar, y de esos dos tercios, el 50 por 100 dijo que era por motivos políticos, no por pura intimidación: la elección no les parecía justa, pensaban que el Donbás ya no era realmente parte de Ucrania, no se fiaban de los candidatos. Existía, por lo tanto, una evidencia bastante clara de

un boicot político masivo, de ahí la participación tan baja incluso en las zonas en las que hubo votación. La participación también fue baja en otras partes del sureste, por debajo del 50 por 100 en Járkov y Odessa, por ejemplo, lo que representa veinte puntos porcentuales menos que en la elección presidencial previa de 2010. En el oeste de Ucrania y en Galitzia la participación fue alta, y el resultado de Poroshenko fue muy bueno. Pero en la mayor parte del país, incluso en Kiev, votaron menos personas que hace cuatro años.

Esto significa que Poroshenko no es el líder nacional unificador que mucha gente esperaba: esa era la idea que motivó la celebración de las elecciones lo más pronto posible, tener un presidente legítimo nuevo que pudiera estabilizar la situación. Poroshenko es el presidente para el oeste y el centro de Ucrania, pero mucho menos para el este y el sur. Incluso hay cierto escepticismo entre la gente que le votó. Un chiste que comenzó a correr el mismo día de las elecciones fue que los ucranianos son el único pueblo del mundo que elige un presidente con mayoría absoluta un día y se une a la oposición contra el mismo al día siguiente. También existe un cierto sentimiento en contra de la oligarquía: han comenzado a circular imágenes en los medios sociales que funden la cara de Yanukóvich con la de Poroshenko, como indicando que hemos cambiado un oligarca caradura por otro; ¿es esta la victoria del Maidán después de todo?

Participación en la elección presidencial de Ucrania, mayo de 2014 (%).



Los candidatos presidenciales de Svoboda y Sector de Derechas obtuvieron unos resultados bajísimos, de alrededor del 1 por 100 cada uno, mientras que otro candidato de la extrema derecha, Oleh Lyashko, quedó tercero con el 8 por 100. ¿Cómo explica estos pobres resultados y cuál es su significado?

No se pueden extrapolar los resultados de una elección presidencial a los niveles de apoyo a los partidos, especialmente cuando tantas personas votaron a Poroshenko para que las elecciones se resolvieran en la primera vuelta. Tyahnybok puede haber obtenido el 1 por 100, pero el apoyo a Svoboda en las encuestas ha seguido subiendo: tenían el 5 por 100 en marzo y el 7 por 100 en mayo. Es verdad que Lyashko se llevó parte del electorado de Tyahnybok y Yarosh; pero no está tan claro que todo el apoyo de Lyashko represente un voto de extrema derecha, aunque estuviera colaborando con neonazis indudables de la Asamblea Social-Nacional que tienen una ideología racista y hablan sobre la jerarquía de las razas y cosas así. Por lo tanto, sería equivocado afirmar en base a los resultados presidenciales que la extrema derecha ucraniana no es importante.

¿Con qué claridad apoya la gente a la extrema derecha en Ucrania? En el Reino Unido, por ejemplo, los votantes de extrema derecha suelen hacerlo sin admitirlo en público, mientras que en Francia la base social del Frente Nacional es mucho más fácilmente identificable.

Creo que en Ucrania el conjunto de la ideología política dominante está muy a la derecha de Francia o Gran Bretaña y algunas cuestiones que allí son problemáticas para los centristas liberales o incluso para los conservadores moderados (el nacionalismo, la raza, la inmigración) no son tan controvertidas aquí. El hecho de que algunos países europeos hayan tenido partidos de extrema derecha en el gobierno se ve aquí como una legitimación de la misma, aunque ello tuviera, por supuesto, consecuencias para los propios ucranianos que han sufrido las restricciones a la inmigración a la UE entre otras políticas. De hecho, mi teoría sería que la deriva derechista de la ideología política dominante en Ucrania es en realidad mucho más peligrosa que la gente que apoya a los partidos de extrema derecha, cualquiera que sea su número exacto. Una novedad muy preocupante ha sido la expansión de la retórica deshumanizante contra el movimiento del este de Ucrania. Allí la gente adoptó como símbolo el lazo negro y naranja de san Jorge, que conmemora la victoria sobre los nazis en lo que los soviéticos llamaron la Gran Guerra Patria. Entonces, la extrema derecha comenzó a llamar a los ucranianos del

este «escarabajos colorados», por las franjas negras y naranja, y ahora la metáfora se ha convertido en algo común y generalizado. Después de la masacre de Odessa del 2 de mayo, en la que treinta personas murieron quemadas en el edificio de los Sindicatos, algunos nacionalistas ucranianos estaban exultantes. Este tipo de discurso político del odio es extremadamente peligroso y es lo primero contra lo que hay que luchar.

¿Qué cree que hará Poroshenko con su mandato?

Puede convocar elecciones anticipadas para conseguir una base parlamentaria sólida. Las encuestas señalan actualmente que su Partido de la Solidaridad obtendría aproximadamente el 20 por 100 del voto, que lo convertiría en una de las facciones mayores. Así, sin necesidad de cambiar la Constitución, podría acumular más poder del que tiene ahora. En términos de política exterior se dice que seguirá una línea proeuropea, aunque, por supuesto, las posibilidades de una entrada de hecho en la UE sean muy bajas. Lo que vaya a hacer respecto a la entrada en la OTAN es una auténtica incógnita: incluso tras la intervención rusa, esta cuestión no tiene un apoyo mayoritario en Ucrania. Desde luego, ha aumentado, de quizá un 20 por 100 a un 40 por 100, pero la opinión popular no está a favor, incluso ante una clara amenaza exterior. Naturalmente, la elite es mucho más partidaria del ingreso.

¿Cuáles han sido los efectos de la «operación antiterrorista», tanto en la opinión pública interna como sobre el terreno en el este?

Por el momento, no me creo los reportajes ni en los medios ucranianos ni en los rusos: circulan tantos informes falsos y las descripciones de los acontecimientos están completamente polarizadas. Los funcionarios, portavoces militares y medios de comunicación ucranianos reducen las bajas en su propio campo y exageran las del campo contrario. Es una guerra informativa. En términos del propio combate, lo que sucede normalmente es que el ejército acude a defender el perímetro de una zona determinada, pero gran parte de la lucha la llevan a cabo unidades de operaciones especiales y batallones de voluntarios que dependen formalmente del Ministerio del Interior. Es significativo que no quieran enviar reclutas a las zonas de guerra: les preocupa que el ejército no vaya a luchar. Una de las brigadas de voluntarios es el batallón Dnipro de Kolomoyskyi, y otras son efectivamente ejércitos privados de los oligarcas. Está también el batallón Azov, que incluye a muchos combatientes

de extrema derecha: aparecieron fotos de ellos formados ante su bandera amarilla con el símbolo *wolfsangel*. Parece ser que hablan de ir a luchar al Frente Oriental, como hicieron los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. Es un auténtico regalo propagandístico para los rusos. Y solo ayudará a consolidar el apoyo a los separatistas de Donetsk.

Actualmente la «OAT» [operación antiterrorista] está estancada. El Gobierno de Kiev ha anunciado media docena de veces las últimas etapas de la operación, pero todavía sigue. No podrán conseguir una victoria militar sin infligir bajas graves a la población civil. Es una elección básica: o provocas un grave derramamiento de sangre, con millones de refugiados y muchas ciudades destruidas (y eso incluso si ningún otro bando, como Rusia o la OTAN, interviene) o negocias. Kiev dice que no negociará con terroristas, pero estos «terroristas» se están convirtiendo en algo parecido a las autoridades legítimas, en ausencia de cualquier otra fuerza representativa. Si quieres la paz, tienes que hablar con ellos. Una postura firme a favor de una solución negociada y contra esta guerra civil es la posición más racional y coherente actualmente.

16 de junio de 2014

¿CÓMO TERMINARÁ EL CAPITALISMO?

EXISTE ACTUALMENTE LA sensación generalizada de que el capitalismo pasa por una situación más crítica que nunca desde el final de la Segunda Guerra Mundial¹. En retrospectiva, el derrumbe de 2008 fue solo el último de una larga serie de problemas políticos y económicos que tienen su origen en el final de la prosperidad de la posguerra a mediados de la década de 1970. Las sucesivas crisis han sido cada vez más graves, extendiéndose más amplia y rápidamente por una economía global cada vez más interrelacionada. La inflación global en la década de 1970 fue seguida de un aumento de la deuda pública en la década de 1980, y la consolidación fiscal en la década de 1990 llegó acompañada de un aumento elevado de la deuda del sector privado². Hace ya cuatro décadas que la falta de equilibrio ha sido más o menos la situación normal del mundo industrial «avanzado», tanto a nivel nacional como global. De hecho, con el tiempo, las crisis del capitalismo de posguerra de los países de la OCDE se han generalizado de tal modo que se perciben cada vez más como algo cuya naturaleza está por encima de la economía, lo que tiene como consecuencia el redescubrimiento de la antigua noción de sociedad capitalista: el capitalismo como orden social y forma de vida, que depende de manera vital del progreso ininterrumpido de la acumulación de capital privado.

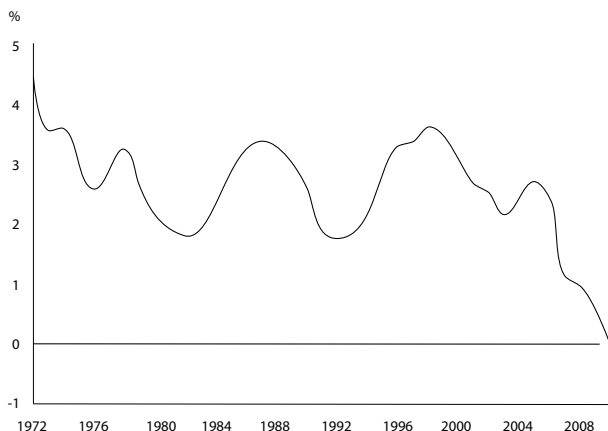
Los síntomas de la crisis son muchos, pero entre ellos destacan tres tendencias a largo plazo en las trayectorias de los países capitalistas ricos y altamente industrializados, o mejor dicho, crecientemente desindustrializados. La primera es el declive persistente de la tasa de crecimiento económico, agravado recientemente por los acontecimientos de 2008 (Figura 1). La segunda, asociada a la primera, es un crecimiento igualmente persistente de la deuda global en los principales Estados capitalistas, donde

¹ Una versión de este texto constituyó el discurso de la Anglo-German Foundation, pronunciado en la British Academy el 23 de enero de 2014.

² He analizado este tema en profundidad en *Buying Time: The Delayed Crisis of Democratic Capitalism*, Londres y Nueva York, 2014.

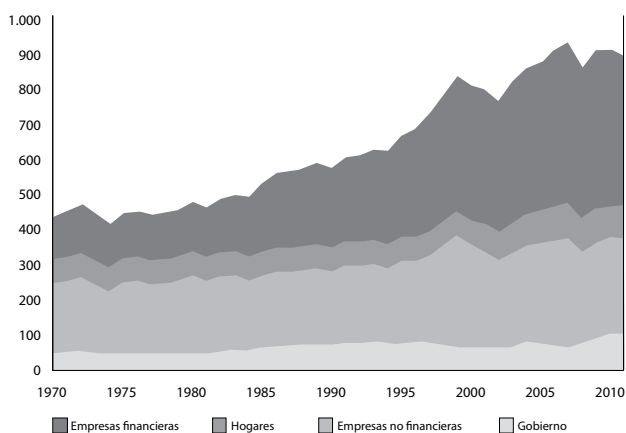
los Gobiernos, los hogares y las empresas financieras y no financieras llevan más de cuarenta años apilando obligaciones financieras (para el caso de Estados Unidos, véase la Figura 2). La tercera, la desigualdad económica, tanto de ingresos como de riqueza, lleva varias décadas aumentando (Figura 3), junto con el aumento de la deuda y el declive del crecimiento.

FIGURA I: *Tasas de crecimiento medio anual de 20 países de la OCDE, 1972-2010**.



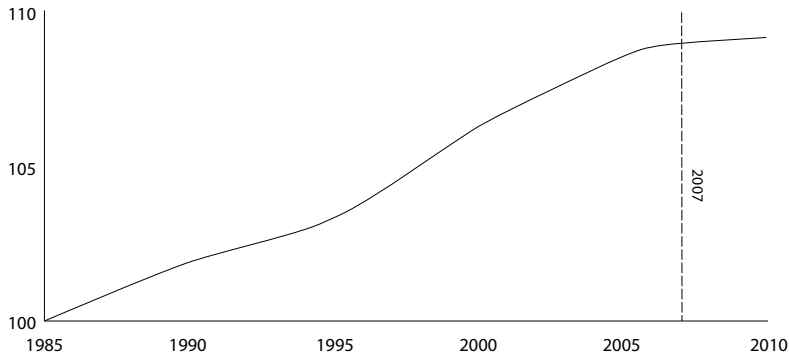
* media móvil de 5 años. *Fuente:* Perspectivas Económicas de la OCDE: Estadísticas y Proyecciones.

FIGURA 2: *Deuda como porcentaje del PIB de Estados Unidos por sectores, 1970-2011*



Fuente: Cuentas nacionales, OCDE.

FIGURA 3: Aumento del coeficiente de Gini, media de la OCDE.



Fuente: Base de datos de la distribución de las rentas de la OCDE.

El crecimiento constante, la moneda sólida y un mínimo de equidad social, que extienda algunos de los beneficios del capitalismo a los que no tienen capital, se han considerado desde hace mucho tiempo los prerequisites para que una economía política capitalista obtenga la legitimación que necesita. Lo que resulta más alarmante es que las tres tendencias críticas que he mencionado pueden reforzarse mutuamente. Cada vez hay más evidencia de que la desigualdad creciente puede ser una de las causas del declive del crecimiento, ya que la desigualdad obstaculiza las mejoras de productividad y debilita la demanda. El bajo crecimiento, a su vez, fortalece la desigualdad al intensificar el problema de la distribución, ofreciendo concesiones a los pobres que son más costosas para los ricos y obligando a estos a insistir más que antes en el respeto estricto del «principio de Mateo», que gobierna el libre mercado: «Porque a todo el que tiene, más se le dará, y tendrán abundancia; pero al que no tiene aun lo que tiene se le quitará»³. Es más, la deuda creciente, además de no detener el declive del crecimiento económico, agrava la desigualdad por medio de los cambios estructurales asociados a la financiarización, que a su vez tenía por objetivo compensar a los asalariados y a los consumidores por la creciente desigualdad de ingresos provocada por el estancamiento de los salarios y los recortes de los servicios públicos.

³ Mateo 25:29. Fue descrito por primera vez como mecanismo social por Robert Merton en «El efecto Mateo en la ciencia», *Science*, vol. 159, núm. 3810, pp. 56-63. El término técnico es *ventaja acumulativa*.

¿Puede continuar indefinidamente lo que parece ser un círculo vicioso de tendencias dañinas? ¿Existen fuerzas contrarias que puedan romperlo y qué ocurrirá si estas no se materializan, tal como ha sucedido durante casi cuatro décadas? Los historiadores señalan que las crisis en el capitalismo no son nada nuevo y de hecho pueden ser necesarias para su salud a largo plazo. Pero se refieren a movimientos cíclicos o sucesos puntuales, tras los cuales las economías capitalistas entran en un nuevo equilibrio, por lo menos, temporalmente. Lo que observamos actualmente, sin embargo, parece representar, si lo miramos en retrospectiva, un proceso continuo de declive gradual, aplazado, pero a pesar de ello aparentemente inexorable. La recuperación de una *Reinigungskrise* [crisis de purgamiento] ocasional es una cosa, interrumpir la concatenación de tendencias a largo plazo interrelacionadas es algo bien distinto. Asumiendo que la perpetuación de un crecimiento cada vez menor, una desigualdad cada vez mayor y una deuda paulatinamente creciente no es un escenario sostenible de modo indefinido, que puede desembocar además en una crisis de naturaleza sistémica cuyas características son difíciles de imaginar, ¿se pueden atisbar señales de una marcha atrás inminente?

Otro parche

Las noticias no son buenas. Han pasado seis años desde 2008, el punto álgido hasta ahora de la secuencia de crisis de la posguerra. Mientras el recuerdo del abismo estaba todavía fresco, abundaron las peticiones y los planes de acción para una «reforma» que protegiera al mundo de una repetición. Los congresos internacionales y las cumbres de todo tipo se sucedieron, pero media década más tarde no ha salido prácticamente nada de ellas. Mientras tanto, la industria financiera, de donde partió el desastre, ha escenificado una recuperación completa: los beneficios, los dividendos, los sueldos y los bonos han vuelto donde estaban, mientras que la nueva regulación se enfangaba en negociaciones internacionales y grupos de presión nacionales. Los Gobiernos, el primero y principal, el de Estados Unidos, han seguido estando manejados con firmeza por las industrias de hacer dinero. Estas a su vez reciben generosamente dinero en efectivo barato, que sus amigos de los bancos centrales (entre los que destaca el antiguo hombre de Goldman Sachs, Mario Draghi, al timón del BCE) crean de la nada para ellos, un dinero que inmovilizan o invierten en deuda de los Gobiernos. El crecimiento sigue siendo anémico, como los mercados de trabajo; una enorme liquidez carente de precedentes no ha podido relanzar la economía; y la desigualdad está

alcanzando cotas cada vez más sorprendentes, mientras que el 1 por 100 de los rentistas se ha apropiado del poco crecimiento que existe: la parte del león para la fracción más pequeña⁴.

Parecería que, desde luego, hay pocas razones para ser optimista. Durante bastante tiempo el capitalismo de los países de la OCDE ha seguido adelante gracias a generosas inyecciones de dinero fiduciario, siguiendo una política de expansión monetaria cuyos diseñadores saben mejor que nadie que no puede continuar indefinidamente. De hecho, en 2013 se hicieron varios intentos de romper con esa costumbre en Japón y en Estados Unidos, pero cuando, como consecuencia de ellos, las cotizaciones bursátiles se derrumbaron, las «reducciones» (*tapering*), como se las vino a llamar, se pospusieron. A mediados de junio el Bank for International Settlements (BIS) de Basilea (la madre de todos los bancos centrales) declaró que la *quantitative easing* [flexibilización cuantitativa] debía terminarse. En su informe anual, el Banco señalaba que los bancos centrales, como reacción a la crisis y a la lenta recuperación, habían expandido sus balances, «que se encuentran ahora colectivamente a un nivel aproximadamente tres veces superior al que tenían antes de la crisis: y subiendo»⁵. Aunque esto había sido necesario para «evitar el colapso financiero», ahora el objetivo tenía que ser «reconducir a unas economías muy debilitadas a un crecimiento fuerte y sostenible». Sin embargo, esto estaba por encima de la capacidad de los bancos centrales, que:

no pueden aprobar las reformas estructurales económicas y financieras necesarias para que las economías recuperen la senda del crecimiento auténtico que tanto las autoridades como los ciudadanos quieren y esperan. Lo que los acuerdos de los bancos centrales han conseguido durante la recuperación es ganar tiempo [...]. Pero ese tiempo no se ha aprovechado bien, ya que los tipos bajos de interés persistentes y las políticas poco convencionales aplicadas han facilitado que el sector privado posponga la reducción de su endeudamiento, que los Gobiernos financien los déficits y las autoridades retrasen las reformas necesarias en la economía real y en el sistema financiero. Al fin y al cabo, el dinero barato hace que sea más fácil beneficiarse de un préstamo que ahorrar, gastar que introducir impuestos, permanecer igual que cambiar.

⁴ Véase Emmanuel Saez, «Striking It Richer; The Evolution of Top Incomes in the United States», 2 de marzo de 2012, disponible por medio de la página web personal de Saez en UC Berkeley; y Facundo Alvaredo, Anthony Atkinson, Thomas Piketty y Emmanuel Saez, «The Top 1 per cent in International and Historical Perspective», *Journal of Economic Perspectives*, vol. 27, núm. 3, 2013, pp. 3-20.

⁵ BIS, *83rd Annual Report, 1 April 2012-31 March 2013*, Basilea, 2013, p. 5.

Aparentemente este punto de vista era compartido incluso por la Reserva Federal con Bernanke al mando. A finales de verano de 2013, parecía intuirse una vez más que la época del dinero fácil se estaba acabando. Sin embargo, en septiembre, la esperada vuelta a tipos de interés más altos fue de nuevo pospuesta. El motivo aducido fue que «la economía» parecía menos «fuerte» de lo que se esperaba. Las cotizaciones bursátiles globales subieron inmediatamente. Por supuesto, una institución internacional como el BIS tiene más libertad que un banco central nacional, que (por ahora) está más expuesto políticamente, para desvelar la verdadera razón por la que una vuelta a políticas monetarias más convencionales es tan difícil: tal como están las cosas, la única alternativa al mantenimiento del capitalismo mediante el incremento ilimitado de la oferta monetaria es intentar reanimarlo por medio de reformas económicas neoliberales, como se desprende con toda precisión del segundo subtítulo del informe anual del BIS de 2012-2013: «Mejorar la flexibilidad: la clave para el crecimiento». En otras palabras, remedios amargos para la mayoría, combinados con mayores incentivos para unos pocos⁶.

Un problema con la democracia

Al llegar a este punto, el análisis de la crisis y del futuro del capitalismo moderno debe recurrir a la política democrática. El capitalismo y la democracia se han considerado adversarios durante mucho tiempo, hasta que el acuerdo de la posguerra pareció lograr su reconciliación. Bien entrado el siglo XX, los propietarios capitalistas habían temido que las mayorías democráticas abolieran la propiedad privada, mientras que los trabajadores y sus organizaciones temían que los capitalistas financiaran la vuelta a un régimen autoritario que defendiera sus privilegios. Solo durante la Guerra Fría parecieron alinearse juntos el capitalismo y la democracia, cuando el progreso económico hizo posible que la mayoría de la clase trabajadora aceptara un régimen de libre mercado y propiedad privada, resaltando a su vez que la libertad democrática era inseparable, y de hecho dependiente, de la libertad de los mercados y la búsqueda de beneficios. Sin embargo, hoy en día, han vuelto con fuerza las dudas sobre la compatibilidad de una economía capitalista con un sistema de gobierno democrático. Entre la gente corriente existe ahora una sensación omnipresente de que la política no puede ya cambiar sus vidas, tal como se refleja en las percepciones comunes de estancamiento, incompetencia y corrupción entre una clase

⁶ Puede ser aún menos prometedor en países como Estados Unidos y el Reino Unido, donde es difícil señalar qué «reformas» neoliberales pueden quedar todavía por aplicarse.

política que parece crecientemente egoísta y autosuficiente, unida en su proclama de que «no hay alternativa» para ellos y sus políticas. El resultado es el descenso en la participación electoral combinado con una volatilidad mayor del voto, que tiene como consecuencia una fragmentación electoral mayor, debido a la subida de partidos de protesta «populistas», y una inestabilidad general del gobierno⁷.

La legitimidad de la democracia de posguerra se basaba en la premisa de que los Estados tenían capacidad para intervenir en los mercados y corregir sus resultados en beneficio de los ciudadanos. Décadas de desigualdad creciente han sembrado dudas sobre esta capacidad, como también lo ha hecho la impotencia de los Gobiernos antes, durante y después de la crisis de 2008. Como respuesta a su creciente irrelevancia en una economía de mercado global, los Gobiernos y los partidos políticos en las democracias de los países de la OCDE se dedicaron a observar con mayor o menor complacencia cómo la «lucha de clases democrática» se convertía en entretenimiento político posdemocrático⁸. Mientras tanto, la transformación de la economía política capitalista del keynesianismo de la posguerra al hayekianismo neoliberal progresaba con fluidez: de una fórmula política para el crecimiento económico por medio de la redistribución desde arriba hacia abajo, a una que esperaba que se produjera crecimiento por medio de una redistribución desde abajo hacia arriba. La democracia igualitaria, considerada por el keynesianismo como productiva económicamente, se convierte en una carga para la eficacia según el hayekianismo contemporáneo, en el que el crecimiento proviene del aislamiento de los mercados (y de la ventaja acumulativa que supone) frente a las distorsiones políticas redistributivas.

Un tema fundamental de la retórica antidemocrática actual es la crisis fiscal del Estado contemporáneo, tal como queda reflejada en el extraordinario aumento de la deuda pública desde la década de 1970 (Figura 4). El creciente endeudamiento público se achaca a la mayoría del electorado que vive por encima de sus posibilidades a base de aprovecharse del «fondo común» de la sociedad, y a los políticos oportunistas que compran el apoyo de los votantes miopes con dinero que no tienen⁹. Sin embargo, puede constatararse que

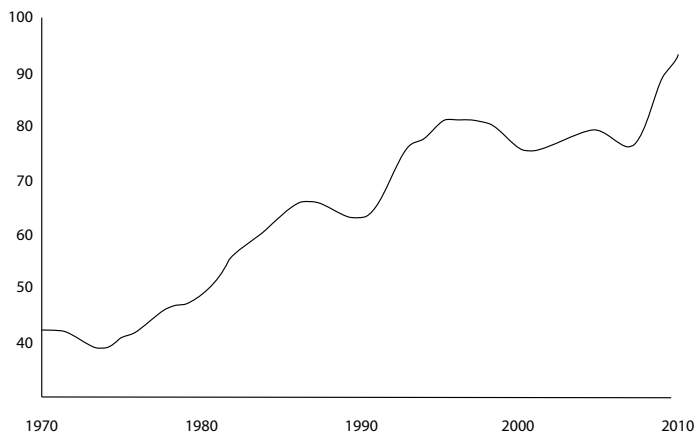
⁷ Véase Armin Schäfer y Wolfgang Streeck (eds.), *Politics in the Age of Austerity*, Cambridge, 2013.

⁸ Walter Korpi, *The Democratic Class Struggle*, Londres, 1983; y Colin Crouch, *Post-Democracy*, Cambridge, 2004 [ed. cast.: *Posdemocracia*, Madrid, Taurus, 2004].

⁹ Esta es la teoría de *public choice* [elección pública] de la crisis fiscal, tal como la presentan con fuerza James Buchanan y su escuela; véase, por ejemplo, James Buchanan y Gordon Tullock, *The Calculus of Consent. Logical Foundations of Constitutional Democracy*, Ann Arbor, 1962 [ed. cast.: *El cálculo del consenso. Fundamentos lógicos de la democracia constitucional*, Madrid, Espasa, 1980].

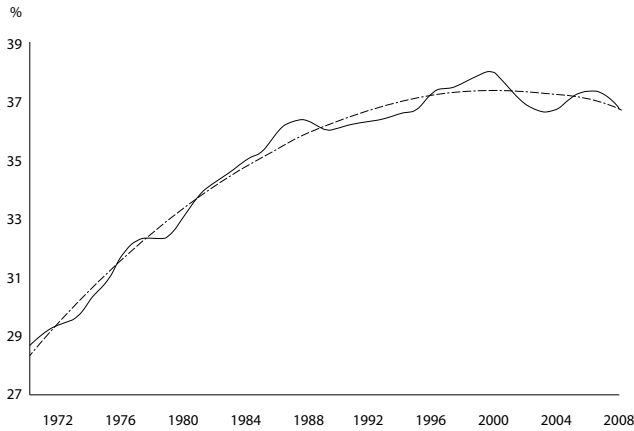
es improbable que la crisis fiscal haya sido causada por un exceso de democracia redistributiva, ya que la acumulación de la deuda pública coincidió con un descenso de la participación electoral, especialmente en los extremos inferiores de la escala de renta, y progresó al hilo del debilitamiento del sindicalismo, la desaparición de las huelgas, los recortes del Estado del bienestar y la explosión de la desigualdad de los ingresos. El deterioro de las finanzas públicas *estaba* relacionado con las bajadas generales de los niveles de tributación (Figura 5) y las características cada vez más regresivas de los sistemas tributarios, como resultado de las «reformas» de los tipos impositivos aplicados a las rentas más altas y a las empresas (Figura 6). Además, al reemplazar los ingresos tributarios por la deuda, los Gobiernos contribuyeron todavía más a la desigualdad, al ofrecer oportunidades de inversión seguras a aquellos cuyo dinero no querían o podían ya confiscar, a los que, en cambio, tenían que pedir prestado. Al contrario que los contribuyentes, los compradores de bonos públicos siguen siendo propietarios de lo que pagan al Estado, y de hecho reciben intereses sobre ello, generalmente provenientes de una imposición cada vez menos progresiva; también pueden legárselos a sus hijos. Además, el aumento de la deuda pública puede ser, y de hecho está siendo, utilizada políticamente para justificar los recortes en el gasto estatal y la privatización de los servicios públicos, constriñendo aún más la intervención democrática redistributiva en la economía capitalista.

FIGURA 4: *Deuda de los Gobiernos como porcentaje del PIB, 1970-2011**.

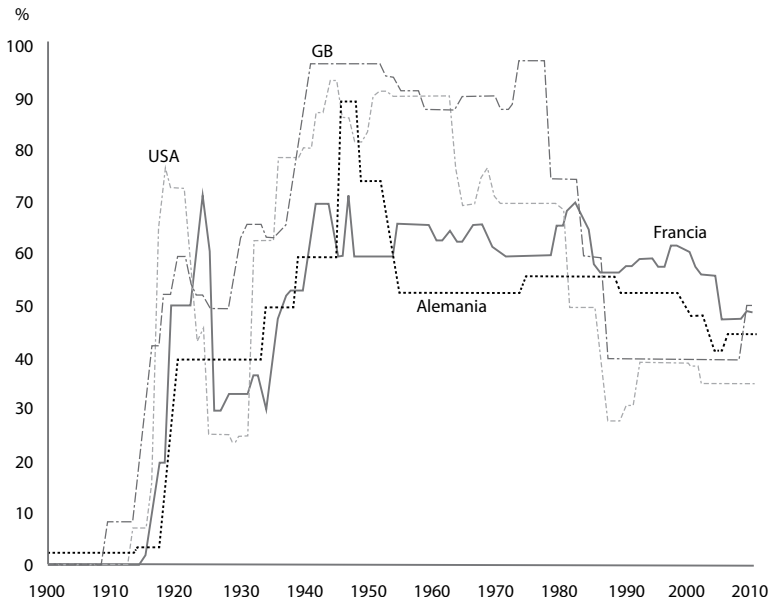


* Países incluidos con medias no ponderadas: Alemania, Austria, Bélgica, Canadá, Estados Unidos, Francia, Italia, Japón, Noruega, Países Bajos, Reino Unido, Suecia.

Fuente: Perspectivas Económicas de la OCDE: Estadísticas y Proyecciones.

FIGURA 5: *Ingresos fiscales totales en porcentaje del PIB, 1970-2011*†.

† Países con medias no ponderadas: Alemania, Australia, Austria, Bélgica, Canadá, Dinamarca, España, Estados Unidos, Finlandia, Francia, Grecia, Irlanda, Italia, Japón, Noruega, Países Bajos, Portugal, Reino Unido, Suecia, Suiza. *Fuente:* Cuadros comparativos. Base de datos de estadísticas fiscales de la OCDE.

FIGURA 6: *Tipos impositivos marginales máximos sobre la renta, 1900-2011.*

Fuente: Facundo Alvaredo *et al.*, «The Top 1 per cent in International and Historical Perspective».

La protección institucional de la economía de mercado frente a las interferencias democráticas ha avanzado mucho en las últimas décadas. Los sindicatos están de capa caída en todas partes y en muchos países prácticamente han desaparecido, especialmente en Estados Unidos. La política económica se ha entregado en muchos Estados a bancos centrales independientes (es decir, sin responsabilidad democrática) preocupados sobre todo por la buena salud y el fondo de comercio de los mercados financieros¹⁰. En Europa, las políticas económicas nacionales, incluso el establecimiento de los salarios y la elaboración del presupuesto, están cada vez más gobernadas por agencias supranacionales, como la Comisión Europea y el Banco Central Europeo, que están por encima del alcance de la democracia popular. Esto supone la des-democratización del capitalismo europeo, sin, por supuesto, despolitizarlo.

Aun así, las clases que viven de la obtención de beneficios no están seguras de que la democracia (incluso en su versión castrada contemporánea) permita las «reformas estructurales» neoliberales necesarias para que su régimen se recupere. Como los ciudadanos corrientes, aunque por motivos opuestos, las elites están perdiendo la fe en los gobiernos democráticos y su idoneidad para reestructurar la sociedad de acuerdo con los imperativos del mercado. La desdeñosa concepción de la *public choice* de la política democrática como una corrupción de la justicia del mercado, al servicio de políticos oportunistas y su clientela, ha sido completamente adoptada por las elites: igual que la creencia de que el capitalismo de mercado, liberado de políticas democráticas, no solo será más eficiente, sino que también será virtuoso y responsable¹¹. Países como China reciben parabienes porque sus sistemas políticos autoritarios están mucho mejor equipados para lidiar con lo que se supone que son los desafíos de la «globalización» que la democracia mayoritaria, con su tendencia igualitaria: una retórica que comienza a parecerse manifiestamente a los elogios de las elites capitalistas, durante los años de entreguerras, a los

¹⁰ A menudo se olvida que la mayoría de los bancos centrales, incluyendo el BIS, han pertenecido durante mucho tiempo o todavía pertenecen parcialmente al sector privado. Por ejemplo, el Banco de Inglaterra y el Banco de Francia fueron nacionalizados después de 1945. La «independencia» de los bancos centrales, tal como se formalizó en muchos países en la década de 1990, puede ser considerada como una forma de privatización.

¹¹ Por supuesto, tal como Colin Crouch ha señalado, el neoliberalismo en su forma realmente existente es una oligarquía, muy afianzada políticamente, de empresas multinacionales gigantes; véase Colin Crouch, *The Strange Non-Death of Neoliberalism*, Cambridge, 2011.

fascismos italiano y alemán (incluso al comunismo estalinista) por su gestión económica aparentemente superior¹².

Hasta ahora, la utopía política predominante en el neoliberalismo es una «democracia adaptada al mercado», desprovista de poder de corrección del mismo y que apoye la redistribución «compatible con los incentivos» desde abajo hacia arriba¹³. Aunque ese proyecto está ya muy avanzado tanto en Europa Occidental como en Estados Unidos, sus promotores siguen preocupándose de que las instituciones políticas heredadas del compromiso de posguerra puedan en algún momento volver a ser dominadas por mayorías populares, en un intento de última hora de bloquear el avance hacia una solución neoliberal de la crisis. Por consiguiente, no han disminuido en lo más mínimo las presiones de las elites a favor de la neutralización económica de la democracia igualitaria; en Europa, esto se lleva a cabo por medio de una reubicación permanente de la toma de decisiones político-económicas en las instituciones supranacionales como el Banco Central Europeo y las cumbres de los líderes gubernamentales.

¿El capitalismo al borde del precipicio?

¿Ha llegado el final del capitalismo? En la década de 1980 se abandonó la idea de que el «capitalismo moderno» podía ser gestionado como una «economía mixta», dirigida tecnocráticamente y controlada democráticamente. Más tarde, con la revolución neoliberal, el orden económico y social fue

¹² Véase Daniel A. Bell, *Beyond Liberal Democracy. Political Thinking for an East Asian Context*, Princeton, 2006; y Nicolas Berggruen y Nathan Gardels (eds.), *Intelligent Governance for the 21st Century. A Middle Way between West and East*, Londres, 2012 [ed. cast.: *Gobernanza inteligente para el siglo XXI. Una vía intermedia entre Occidente y Oriente*, Madrid, Taurus, 2012].

¹³ La expresión «democracia adaptada al mercado» es de Angela Merkel. La retórica pública de la canciller parece diseñada deliberadamente para confundir y embaucar. Cito su declaración de septiembre de 2011 sobre el tema en la lengua materna de Merkel: «Wir leben ja in einer Demokratie und sind auch froh darüber. Dast is eine parlamentarische Demokratie. Deshalb ist das Budgetrecht ein Kernrecht des Parlaments. Insofern werden wir Wege finden, die parlamentarische Mitbestimmung so zu gestalten, daß sie trotzdem auch marktkonform ist, also das sich auf den Märkten die entsprechenden Signale ergeben». Una traducción aproximada sería: «Desde luego, vivimos en democracia y también estamos contentos de ello. Es una democracia parlamentaria. Por consiguiente, el derecho al presupuesto es un derecho fundamental del Parlamento. En este sentido encontraremos formas de modular la co-decisión parlamentaria de tal manera que esté, sin embargo, también adaptada al mercado, para que las señales respectivas emerjan en el mercado».

concebido de nuevo como algo que surge benevolentemente del «libre juego de las fuerzas del mercado». Pero con el crac de 2008 la promesa de que los mercados autorregulados alcanzaran el equilibrio por su cuenta quedó en evidencia también, sin que apareciera en el horizonte una fórmula nueva verosímil de gobierno político-económico. Puede considerarse como el síntoma de una crisis que se ha hecho sistémica, y más cuanto más dure.

En vista de las décadas de caída del crecimiento, de aumento de la desigualdad y de endeudamiento creciente (así como de la agonía constante de la inflación, de la deuda pública y de la implosión financiera desde la década de 1970), considero que ya es hora de definir el capitalismo como un fenómeno histórico, que no solo tiene un comienzo, sino también un final. Para ello, necesitamos apartarnos de modelos engañosos de cambio social e institucional. Mientras sigamos imaginando que el final del capitalismo sea decretado, al estilo de Lenin, por un gobierno o comité central, no podemos más que considerarlo eterno. (El comunismo, por estar centralizado en Moscú, es el que de hecho podía ser y fue terminado por decreto). La cuestión es diferente si, en lugar de imaginar que el capitalismo es sustituido por medio de una decisión colectiva, por algún orden nuevo diseñado providencialmente al efecto, dejamos que el capitalismo se derrumbe solo.

Sugiero que nos acostumbremos a pensar en el final del capitalismo sin asumir la responsabilidad de contestar a la pregunta de qué proponemos poner en su lugar. Es un prejuicio marxista (o en realidad: moderno) que el capitalismo como época histórica solo terminará cuando una sociedad nueva y mejor esté lista, y un sujeto revolucionario preparado para ponerla en marcha en pro del progreso de la humanidad. Esta idea implica un grado de control político sobre nuestro destino común que no podemos ni siquiera soñar tras la destrucción, en la revolución neoliberal global, de la acción colectiva y, desde luego, de la esperanza de recuperarla. Para validar la tesis de que el capitalismo se enfrenta a su *Götterdämmerung* [crepúsculo de los dioses] no debería ser necesario ni una visión utópica de un futuro alternativo ni una previsión sobrehumana. Estoy dispuesto a plantear exactamente esa tesis, aunque soy consciente de la cantidad de veces que el capitalismo ha sido dado por muerto en el pasado. De hecho, todos los principales teóricos del capitalismo han pronosticado su defunción inminente desde que el concepto se comenzó a utilizar a mediados del siglo XIX. No solo críticos radicales como Marx o Polanyi, sino también pensadores burgueses como Weber, Schumpeter, Sombart y Keynes¹⁴.

¹⁴ Así que, si la historia demuestra que me equivoqué, por lo menos estaré en buena compañía.

Que algo no haya sucedido a pesar de previsiones razonables de que sucedería no quiere decir que no vaya a suceder nunca; no es una prueba inductiva. Creo que esta vez es diferente y síntoma de ello es que ni siquiera los tecnócratas máximos del capitalismo tienen la más remota idea hoy en día de cómo recomponer el sistema de nuevo: véase, por ejemplo, las actas recientemente publicadas de las deliberaciones de la junta de la Reserva Federal en 2008¹⁵, o la búsqueda a la desesperada de los presidentes de los bancos centrales, mencionada anteriormente, para encontrar el momento adecuado de terminar con la *quantitative easing*. Sin embargo, esto solo representa la superficie del problema. Por debajo de ella está el tozudo hecho de que el avance capitalista ha destruido ya prácticamente todas las agencias que pudieran estabilizarlo a base de limitarlo; la clave está en que la estabilidad del capitalismo como sistema socio-económico depende de que se contenga su *Eigendynamik* [dinámica interna] por medio de fuerzas compensatorias: por intereses e instituciones colectivas que sometan la acumulación de capital a controles y equilibrios sociales. La idea es que el capitalismo puede autodebilitarse por un exceso de éxito. Presentaré esta cuestión con más profundidad a continuación.

La imagen que tengo del final del capitalismo (un final que creo que ya está de camino) es la de un sistema social con un fallo crónico, por sus propias causas y al margen de la ausencia de una alternativa viable. Aunque no podamos saber con exactitud cuándo y cómo desaparecerá el capitalismo y qué vendrá después, lo que importa es que no existe ninguna fuerza disponible de la que pueda esperarse que cambie las tres tendencias en caída libre: el crecimiento económico, la igualdad social y la estabilidad financiera, y termine con su mutuo reforzamiento. Al contrario que en la década de 1930, no existe hoy en día ninguna fórmula político-económica a la vista, de izquierda o derecha, que pudiera proporcionar a las sociedades capitalistas un régimen nuevo de regulación coherente, o *régulation*. La integración social así como la integración sistémica parecen dañadas sin remisión y propicias a deteriorarse aún más¹⁶. Con el paso del tiempo lo más probable es que se produzca una acumulación continua de

¹⁵ Comentadas por Gretchen Morgenson, «A New Light on Regulators in the Dark», *The New York Times*, 23 de abril de 2014. El artículo describe «una imagen alarmante de un banco central que estaba en la inopia de cada uno de los desastres que se avecinaban a lo largo de 2008».

¹⁶ Sobre estos términos, véase David Lockwood, «Social Integration and System Integration», en George Zollschan y Walter Hirsch (eds.), *Explorations in Social Change*, Londres, 1964, pp. 244-257.

disfunciones pequeñas y no tan pequeñas; ninguna de ellas necesariamente mortal por sí sola, pero la mayoría sin solución, especialmente cuando lleguen a ser demasiadas para su consideración individual. En el proceso, las partes del todo se engarzarán cada vez peor; se multiplicarán todo tipo de fricciones; las consecuencias inesperadas se extenderán por causas cada vez más difíciles de explicar. Proliferará la incertidumbre; las crisis de todo tipo (de legitimidad, de productividad o ambas) se sucederán rápidamente a la vez que la previsibilidad y la gobernabilidad disminuirán aún más (tal como llevan décadas haciendo). Al final, la miríada de parches provisionales diseñados para la gestión a corto plazo de la crisis reventarán bajo la presión de los desastres cotidianos producidos por un orden social en una situación de total desorganización anómica.

Concebir el final del capitalismo como proceso en lugar de como acontecimiento plantea la cuestión de cómo definir el capitalismo. Las sociedades son entidades complejas que no mueren de la misma manera que los organismos: salvo las raras excepciones de extinción total, la discontinuidad siempre arraiga en algún tipo de continuidad. Si decimos que una sociedad ha terminado, queremos decir que ciertas características de su organización que consideramos consustanciales a ella han desaparecido; otras pueden haber sobrevivido. Propongo que para determinar si el capitalismo está vivo, moribundo o muerto, lo definamos como una sociedad moderna¹⁷ que asegura su reproducción colectiva como un efecto colateral no intencionado de la optimización racional individualizada de los beneficios competitivos en busca de la acumulación de capital, por medio de un «proceso de trabajo» que combina capital de propiedad privada con fuerza de trabajo mercantilizada, cumpliendo la promesa de Mandeville de convertir los vicios privados en beneficios públicos¹⁸. Sostengo que esta

¹⁷ O, tal como postula Adam Smith, una sociedad «progresiva», cuyo objetivo es en principio el crecimiento sin límites de la productividad y la prosperidad, según la medición del tamaño de su economía monetaria.

¹⁸ Otras definiciones del capitalismo destacan, por ejemplo, la naturaleza pacífica del intercambio mercantil y comercial capitalista: véase Albert Hirschman, «Rival Interpretations of Market Society: Civilizing, Destructive or Feble?», *Journal of Economic Literature*, vol. 20, núm. 4, 1982, pp. 1.463-1.484. Esta definición olvida el hecho de que el «libre mercado» no violento está generalmente limitado al núcleo del sistema capitalista, mientras que en su periferia histórica y espacial la violencia es rampante. Por ejemplo, mercados ilegales (drogas, prostitución, armas, etcétera) regidos por la violencia privada recolectan enormes cantidades de dinero para inversiones legales: una versión de la acumulación primitiva. Además, la violencia pública legítima y la violencia privada ilegal a menudo se funden entre sí, no solo dentro de los límites del capitalismo, sino también en el apoyo proporcionado por los países del

es la promesa que el capitalismo contemporáneo ya no puede cumplir: la de terminar su existencia histórica como un orden social que se autoreproduce, sostenible, previsible y legítimo.

Es poco probable que la desaparición del capitalismo así definido siga el camino marcado por alguien. Cuanto más avanza el declive, más provocará protestas políticas e intentos múltiples de intervención colectiva. Pero durante mucho tiempo es probable que sean de tipo ludita: locales, dispersas, descoordinadas, «primitivas», que incrementen el desorden sin ser capaces de crear un orden nuevo, ayudando en el mejor de los casos de manera no intencionada a que llegue. Se podría pensar que una crisis duradera de este tipo abriría no pocas puertas a la posibilidad de acciones reformistas o revolucionarias. Parece, sin embargo, que la desorganización del capitalismo no solo le está afectando a él mismo, sino también a sus opositores, privándoles de la capacidad de derrotarlo o de rescatarlo. Entonces, para que el capitalismo termine debe procurar su propia destrucción: que es, diría yo, exactamente lo que estamos observando hoy en día.

Una victoria pírrica

Pero, por muchas que sean sus deficiencias, ¿por qué tiene que estar en crisis el capitalismo si ya no tiene ninguna oposición digna de ese nombre? Cuando se produjo la implosión del comunismo en 1989, se consideró el triunfo final del capitalismo, el «fin de la historia». Incluso ahora, después de 2008, la Vieja Izquierda sigue al borde de la extinción en todas partes, y una nueva Nueva Izquierda sigue sin aparecer. Las masas, tanto las pobres y sin poder como las que son relativamente pudientes, parecen estar firmemente atrapadas por el consumismo; y los bienes colectivos, la acción colectiva y la organización colectiva, completamente pasadas de moda. Puesto que el capitalismo es el único superviviente, ¿por qué no va a continuar aunque solo sea por defecto? A primera vista existen muchas razones para no declarar muerto al capitalismo, a pesar de todas las señales históricas de mal agüero. Respecto a la desigualdad, la gente puede acostumbrarse a ella, especialmente con la ayuda de diversiones públicas y represión política. Además, abundan los ejemplos de Gobiernos que son reelegidos tras recortar el gasto social y privatizar los servicios públicos con el objetivo de aplicar una

centro a sus colaboradores en la periferia. También es necesario incluir en un lugar primordial la violencia pública contra los disidentes y contra los sindicatos, cuando todavía existían y tenían relevancia.

política monetaria ortodoxa beneficiosa para los propietarios del dinero. Respecto al deterioro medioambiental, tiene lugar con lentitud en comparación con la duración de la vida humana individual, así que se puede negar mientras se aprende a convivir con el mismo. Los avances tecnológicos con los que se compra tiempo, como el *fracking*, nunca pueden ser descartados, y si la capacidad pacificadora del consumismo tiene límites, está claro que estamos lejos de alcanzarlos. Además, la adaptación a regímenes de trabajo que ocupan más tiempo y consumen más vida puede ser interpretada como un desafío competitivo, una oportunidad para el desarrollo personal. Las definiciones culturales de la vida buena han sido siempre muy maleables y pueden perfectamente estirarse aún más para estar a la altura del progreso de la mercantilización, por lo menos mientras los desafíos radicales o religiosos a la reeducación procapitalista puedan ser suprimidos, ridiculizados o marginados de alguna forma. Para terminar, la mayoría de las teorías del estancamiento actual se aplican solo a Occidente, o solo a Estados Unidos, no a China, Rusia, India o Brasil: países a los que puede estar a punto de migrar la frontera del crecimiento económico, con extensas tierras vírgenes esperando a convertirse en los receptores del progreso capitalista¹⁹.

Mi respuesta es que para el capitalismo el hecho de no tener oposición puede constituir más un pasivo que un activo. Los sistemas sociales progresan gracias a la heterogeneidad interna, al pluralismo de los principios organizativos que los protegen de la dedicación exclusiva a un objetivo único, excluyendo otros que también deben ser perseguidos para que el sistema sea sostenible. El capitalismo tal como lo conocemos se ha beneficiado enormemente del ascenso de los movimientos contrarios al dominio del beneficio y el mercado. El socialismo y el sindicalismo, al poner un freno a la mercantilización, evitaron que el capitalismo destruyera sus fundamentos no capitalistas: la confianza, la buena fe, el altruismo, la solidaridad dentro de las familias y las comunidades y otras cosas similares. Con el keynesianismo y el fordismo, la

¹⁹ Aunque las últimas evaluaciones de su funcionamiento y perspectivas económicas son mucho menos entusiastas que hace dos o tres años. Últimamente, el análisis eufórico de los «BRIC» ha sido sustituido por el cuestionamiento angustioso de las perspectivas económicas de los «cinco frágiles» (Turquía, Brasil, India, Sudáfrica e Indonesia; *The New York Times*, 28 de enero de 2014). También se han hecho más frecuentes los informes sobre los problemas que se acumulan en el capitalismo chino, que señalan, entre otras cosas, el endeudamiento generalizado de los Gobiernos locales y regionales. Desde la crisis de Crimea, también hemos empezado a enterarnos de la debilidad estructural de la economía rusa.

oposición más o menos leal al capitalismo aseguró y ayudó a estabilizar la demanda agregada, especialmente durante las recesiones. Cuando las circunstancias eran favorables, las organizaciones de la clase obrera servían incluso como un «acicate a la productividad» al forzar al capital a embarcarse en conceptos de producción más avanzados. En esta misma línea, Geoffrey Hodgson ya ha defendido que el capitalismo solo puede sobrevivir mientras no sea completamente capitalista; ya que ni el capitalismo ni la sociedad que lo alberga se han desprendido de las «impurezas necesarias»²⁰. Desde este punto de vista, la derrota de la oposición al capitalismo puede que haya sido una victoria pírrica, que le libra de fuerzas de contrapeso que, aunque sean molestas a veces, lo habían apoyado en la práctica. ¿Podría ser que el capitalismo triunfante se haya convertido en su propio peor enemigo?

Fronteras de la mercantilización

Al explorar esta posibilidad, podríamos desear volver a la idea de los límites sociales contra la expansión del mercado de Karl Polanyi, subyacente a su concepto de las tres «mercancías ficticias»: el trabajo, la tierra (o la naturaleza) y el dinero²¹. Una mercancía ficticia se define como un recurso al que las leyes de la oferta y la demanda se le aplican solo de manera parcial y difícilmente, si es que se le aplican; por lo tanto solo, puede ser tratado como una mercancía de una manera regulada cuidadosa y limitadamente, ya que una mercantilización total la destruiría o la haría inutilizable. Sin embargo, los mercados tienen una tendencia inherente a expandirse más allá de su dominio original –el comercio con bienes materiales– a todas las otras esferas de la vida sin tener en cuenta si son apropiadas para la mercantilización: o dicho en términos

²⁰ «Cada sistema socioeconómico debe basarse en por lo menos un subsistema estructuralmente distinto para funcionar. Debe existir siempre una pluralidad coexistente de modos de producción para que la formación social en su conjunto tenga la variedad estructural necesaria para enfrentarse al cambio»: Geoffrey Hodgson, «The Evolution of Capitalism from the Perspective of Institutional and Evolutionary Economics», en Geoffrey Hodgson *et al.* (eds.), *Capitalism in Evolution: Global Contentions, East and West*, Cheltenham, 2001, pp. 71ss. Para una formulación menos funcionalista de la misma idea, véase mi concepto de «restricción beneficiosa»: «Beneficial Constraints on the Economic Limits of Rational Voluntarism», en Rogers Hollingsworth y Robert Boyer (eds.), *Contemporary Capitalism: The Embeddedness of Institutions*, Cambridge, 1997, pp. 197-219.

²¹ Karl Polanyi, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time* [1944], Boston, 1957, pp. 68-76 [ed. cast.: *La gran transformación*, Madrid, La Piqueta, 1989].

marxistas, la subsunción bajo la lógica de la acumulación de capital. La expansión del mercado, si no es retenida por las instituciones restrictivas, está así en riesgo permanente de autodebilitarse, y poner en peligro la viabilidad del sistema capitalista económico y social.

De hecho, las señales indican que la expansión del mercado ha alcanzado ya un umbral crítico respecto a las tres mercancías ficticias de Polanyi, al haber sido erosionadas en una variedad de frentes las salvaguardas institucionales que servían para protegerlas de la mercantilización total. Es la justificación de la búsqueda actual de un nuevo régimen en todas las sociedades capitalistas avanzadas con respecto al trabajo, especialmente una nueva distribución del tiempo entre las relaciones e intereses sociales y económicos; la búsqueda de un régimen energético sostenible en relación con la naturaleza; y la búsqueda de un régimen financiero estable para la producción y distribución del dinero. En las tres áreas, las sociedades tantean hoy en día unas limitaciones más eficaces a la lógica de la expansión²², institucionalizada como lógica del enriquecimiento privado, fundamental para el orden social capitalista. Estas limitaciones se centran en las exigencias cada vez más duras que el sistema de empleo impone al trabajo humano, que los sistemas de producción y consumo capitalista imponen sobre los recursos naturales finitos, y que el sistema financiero y bancario impone a la confianza de las personas en pirámides de dinero, crédito y deuda cada vez más complejas.

Analizando cada una de las tres áreas de crisis de Polanyi, podemos observar que fue la excesiva mercantilización del dinero lo que derrumbó la economía global en 2008: la transformación de una provisión ilimitada de crédito barato en «productos» financieros cada vez más sofisticados dio lugar a una burbuja inmobiliaria de un tamaño inimaginable en aquel momento. Desde la década de 1980, la desregulación de los mercados financieros de Estados Unidos había eliminado las restricciones a la producción y la comercialización privada de dinero diseñadas tras la Gran Depresión. La «financiarización», que es como se denominó el proceso, parecía la única forma disponible para que la economía de la desbordada potencia hegemónica del capitalismo global recuperase el crecimiento y la rentabilidad. Sin embargo, una vez desregulada, la industria de hacer dinero invirtió buena parte de sus enormes recursos

²² O incluso «transgresión», si nos atenemos al alemán: *Steigerungslogik* [lógica del incremento].

en presionar para conseguir todavía una mayor desregulación, por no mencionar la inversión efectuada para burlar las pocas normas que quedaban. A posteriori, es fácil ver los enormes riesgos implícitos en el paso del antiguo régimen de D-M-D' al nuevo de D-D', así como la tendencia hacia una desigualdad siempre en aumento asociada con el crecimiento desproporcionado del sector bancario²³.

Respecto a la naturaleza, hay un malestar creciente por la tensión, percibida ahora con claridad, entre el principio capitalista de expansión infinita y la provisión finita de recursos naturales. El neomaltusianismo de varios tipos se hizo popular en la década de 1970. Al margen de lo que se piense de ellos, y aunque algunos estén considerados ahora prematuramente alarmistas, nadie puede negar que los modelos de consumo energético de las sociedades capitalistas ricas no pueden ampliarse al resto del mundo sin destruir condiciones esenciales de la vida humana. Lo que parece que se está produciendo es una carrera entre el agotamiento progresivo de la naturaleza, por una parte, y la innovación tecnológica, por otra: sustituyendo con materiales artificiales los naturales, previniendo o arreglando los daños medioambientales, diseñando refugios contra la inevitable degradación de la biosfera. Una pregunta que nadie parece ser capaz de responder es cómo se logran los enormes recursos colectivos teóricamente necesarios para todo esto, en sociedades gobernadas por lo que C. B. Macpherson denominó «individualismo posesivo»²⁴. ¿Qué agentes e instituciones van a asegurar el bien colectivo de un medio ambiente habitable en un mundo de producción y consumo competitivo?

En tercer lugar, la mercantilización del trabajo humano puede haber alcanzado un punto crítico. La desregulación de los mercados de trabajo por la competencia internacional ha anulado cualquier posibilidad que pudiera haber existido nunca de una limitación general de las horas de trabajo²⁵. También ha precarizado el empleo de una

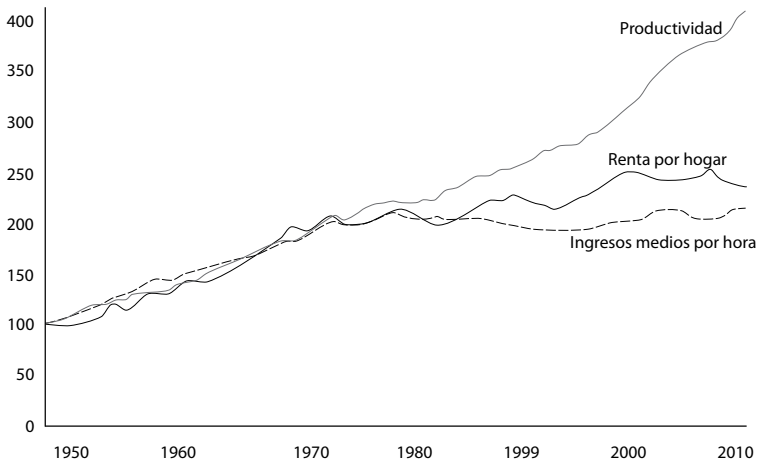
²³ Donald Tomaskovic-Debey y Ken-Hou Lin, «Income Dynamics, Economic Rents and the Financialization of the US economy», *American Sociological Review*, vol. 76, núm. 4, 2011, pp. 538-559.

²⁴ C. B. Macpherson, *The Political Theory of Possessive Individualism: Hobbes to Locke*, Oxford, 1962 [ed. cast.: *La teoría política del individualismo posesivo. De Hobbes a Locke*, Madrid, Trotta, 2005].

²⁵ Considérese el ataque a lo que quedaba de la semana de 35 horas en Francia, bajo los auspicios de un presidente socialista y su partido.

parte creciente de la población²⁶. Con el aumento de la participación de las mujeres en el mercado laboral, debido en parte a la desaparición del «complemento familiar», las horas al mes vendidas por las familias a los empresarios han aumentado, mientras que los salarios han caído respecto a la productividad, y de manera más radical en el corazón del capitalismo, Estados Unidos (véase la Figura 7). Al mismo tiempo, a pesar de la desregulación y de la destrucción de los sindicatos, los mercados de trabajo no consiguieron mejorar y el desempleo residual del orden del 7 al 8 por 100 se ha convertido en la nueva normalidad, incluso en un país como Suecia. Los centros de trabajo esclavo se han extendido por muchos sectores industriales, incluyendo a los servicios, pero principalmente en la periferia global, lejos del alcance de las autoridades y de lo que queda de los sindicatos en el centro capitalista, y fuera de la vista de los consumidores. Como el trabajo esclavo compite con los trabajadores de países con protecciones laborales históricamente fuertes, las condiciones de trabajo para los primeros se deterioran mientras que para los segundos el desempleo se hace endémico. Al mismo tiempo, se multiplican las quejas sobre la invasión del trabajo en la vida familiar, en línea con las presiones de los mercados de trabajo para alinearse con una competición interminable para mejorar el «capital humano» de cada uno. Además, la movilidad global permite a los empresarios reemplazar trabajadores locales poco dispuestos a la flexibilidad por trabajadores migrantes dispuestos a todo. También compensa una tasa de natalidad negativa para reemplazar trabajadores, debida en parte al cambio en el equilibrio entre trabajo retribuido y no retribuido y entre el consumo mercantil y no mercantil. El resultado es el debilitamiento secular de los movimientos de protesta social, provocado por la pérdida de la solidaridad de clase y social y acompañado de conflictos políticos catastróficos debidos a la diversidad étnica, incluso en países tradicionalmente liberales como los Países Bajos, Suecia o Noruega.

²⁶ Desde la frontera capitalista se informa de que los principales bancos de inversiones han comenzado a sugerir a sus empleados de los niveles más bajos que «deben intentar pasar cuatro días laborables al mes fuera de la oficina, como parte de un proyecto más amplio de mejorar las condiciones de trabajo»: «Wall St Shock: Take a Day Off, Even A Sunday», *The New York Times*, 10 de enero de 2014.

FIGURA 7: *El contrato social roto, Estados Unidos, 1947-presente.*

Fuente: Thomas Kochan, «The American Jobs Crisis and the Implications for the Future of Employment Policy», *International Labor Relations Review*, vol. 66, núm. 2, 2013.

La cuestión de cómo y dónde debe restringirse la acumulación de capital para proteger las tres mercancías ficticias de la mercantilización total ha sido debatida a lo largo de toda la historia del capitalismo. Pero el actual desorden mundial en las tres áreas al mismo tiempo es algo diferente: es la consecuencia de una arremetida de los mercados espectacularmente exitosa, expandiéndose más rápidamente que nunca, en una amplia variedad de instituciones y agentes que, bien heredados del pasado o establecidos por medio de prolongadas disputas políticas, habían mantenido el avance del capitalismo socialmente arraigado hasta cierto punto. El trabajo, la tierra y el dinero se han convertido simultáneamente en áreas de crisis después de que la «globalización» haya dotado a las relaciones y a las cadenas de producción del mercado de una capacidad sin precedentes para traspasar los límites de las jurisdicciones políticas y jurídicas de las naciones. El resultado es una desorganización fundamental de los agentes que, en la época moderna, han domesticado más o menos exitosamente los «espíritus animales» del capitalismo, en beneficio de la sociedad en general, así como del propio capitalismo.

La acumulación de capital podría estar llegando a su límite no solo con respecto a las mercancías ficticias. En apariencia, el consumo de bienes y servicios continúa creciendo y la premisa implícita de la economía moderna (que el deseo y la capacidad humana de consumo son

ilimitadas) parecería confirmarse con facilidad con una simple visita a cualquier gran centro comercial. Sin embargo, los temores de que los mercados para los bienes de consumo lleguen a saturarse en algún momento (quizá en el curso de un desencanche posmaterialista de las aspiraciones humanas con respecto a la adquisición de mercancías) son endémicos entre los productores que dependen de los beneficios. Esto refleja por sí mismo el hecho de que el consumo en las sociedades capitalistas avanzadas hace mucho tiempo que se ha disociado de las necesidades materiales²⁷. La mayor parte del gasto en consumo hoy en día, que sigue creciendo con rapidez, no se gasta en el valor de uso de los bienes, sino en su valor simbólico, su aura o halo. Es la causa de que los productores tengan que pagar más que nunca por el *marketing*, que incluye no solo la promoción, sino también el diseño del producto y la innovación. Sin embargo, a pesar de la sofisticación creciente de las campañas de ventas, los aspectos intangibles de la cultura hacen que el éxito comercial sea difícil de pronosticar: desde luego, mucho más que en la época en la que se podía conseguir el crecimiento a base de proporcionar gradualmente una lavadora a todos los hogares de un país²⁸.

Cinco problemas

El capitalismo, cuando no tiene oposición, campa a sus anchas, sin auto-restricciones. La búsqueda del beneficio capitalista no tiene límites, ni los puede tener. La idea de que menos pueda ser más no es un principio que pueda adoptar una sociedad capitalista; hay que imponérsela o, si no, no habrá límite para su progreso, aunque a la larga sea autodestructivo. Considero que actualmente ya hemos llegado a una situación en la que

²⁷ Consideremos el gigantesco festín que montan cada año antes de Navidad las industrias de los bienes de consumo y al por menor; o el día después del día de Acción de Gracias, denominado de manera inquietante en Estados Unidos «viernes negro» por las rebajas de precios omnipresentes y la histeria colectiva de compras que promueve. ¡Imaginen la desesperación si no se presentara nadie!

²⁸ No se puede subestimar la importancia vital de la cultura del consumismo para la reproducción del capitalismo contemporáneo. Los consumidores son los auténticos aliados del capital en su conflicto de distribución con los productores, incluso a pesar de que los productores y los consumidores suelen ser las mismas personas. En la caza de la mejor ganga, los consumidores se derrotan a sí mismos como productores, empujando al extranjero sus propios empleos; al apuntarse al crédito al consumo para aumentar su reducida capacidad de compra, complementan los incentivos consumistas con una obligación legal de trabajar, en la que entran como deudores, y que los prestamistas les hacen cumplir. Véase Lendol Calder, *Financing the American Dream: A Cultural History of Consumer Credit*, Princeton, 1999.

podemos observar al capitalismo a punto de fallecer por haber eliminado a su oposición: muriendo, como si dijéramos, de una sobredosis de sí mismo. Para ilustrar esta afirmación señalaré cinco problemas sistémicos del capitalismo avanzado de nuestros días; todos ellos consecuencia de la debilitación de las tradicionales restricciones institucionales y políticas al avance capitalista. Los llamo: estancamiento, redistribución oligárquica, saqueo del dominio público, corrupción y anarquía global.

Seis años después de Lehman, las predicciones de un estancamiento económico duradero están *en vogue*. Un ejemplo destacado es un ensayo muy discutido de Robert Gordon, que defiende que las innovaciones principales que han impulsado la productividad y el crecimiento económico desde el siglo XIX solo podían tener lugar una vez, como el aumento de la velocidad del transporte o la instalación de agua corriente en las ciudades²⁹. Comparado con ellas, el reciente desarrollo de la tecnología de la información solo ha producido efectos menores en la productividad, si es que ha producido alguno. Aunque el análisis de Gordon pueda parecer determinista desde el punto de vista tecnológico, es lógico pensar que el capitalismo solo puede aspirar a alcanzar el nivel de crecimiento necesario para compensar a una clase trabajadora no capitalista que ayuda a que otros acumulen capital si la tecnología descubre nuevas posibilidades de aumentar la productividad indefinidamente. En cualquier caso, en lo que parece una idea de última hora, Gordon apoya su predicción sobre el crecimiento reducido o nulo, enumerando seis factores no tecnológicos (los llama «vientos en contra») que producirían un estancamiento duradero «incluso si la innovación continuara [...] al ritmo de las dos décadas anteriores a 2007»³⁰. Incluye dos factores que en mi opinión hace tiempo que se hallan relacionados con el bajo crecimiento: la desigualdad y «el exceso de la deuda del consumidor y del Gobierno»³¹.

²⁹ Robert Gordon, «Is US Economic Growth Over? Faltering Innovation Confronts the Six Headwinds», *NBER Working Paper*, núm. 18.315, agosto de 2012.

³⁰ En opinión de Gordon, ese ritmo suponía el 1,8 por 100 anual. El impacto de las seis fuerzas adversas le haría caer hasta el 0,2 por 100 anual para el 99 por 100 inferior de la población estadounidense: *Ibid.*, pp. 18ss. (El crecimiento para el 1 por 100 es una cuestión distinta, por supuesto). Obsérvese que Gordon cree que, en la práctica, la tasa de crecimiento básico será inferior al 1,8 por 100.

³¹ Las predicciones de Gordon han sido y siguen siendo ampliamente debatidas. En especial se han puesto en duda en relación al progreso tecnológico futuro en inteligencia artificial y robótica. Aunque el progreso en este campo parece posible es, sin embargo, poco probable que sus frutos sean compartidos equitativamente. Sin protección social, los avances tecnológicos en estos campos destruirán empleo y aumentarán aún más la polarización social. Lo que el progreso tecnológico pueda aportar al crecimiento será probablemente anulado por lo que puede añadir a la desigualdad.

Lo más sorprendente es lo cercanas que están las teorías actuales sobre el estancamiento de las teorías marxistas del bajo consumo de las décadas de 1970 y 1980³². Recientemente, nada menos que Lawrence Larry Summers (amigo de Wall Street, principal diseñador de la desregulación financiera con Clinton, y primer candidato de Obama para presidir la Reserva Federal, hasta que tuvo que ceder ante la oposición del Congreso)³³ se ha sumado a los teóricos del estancamiento. El 8 de noviembre de 2013, en el Foro Económico del FMI, Summers confesó haber perdido la esperanza de que los tipos de interés cercanos a cero fueran a producir crecimiento económico significativo en el futuro inmediato, en un mundo que en su opinión padecía un exceso de capital³⁴. La predicción de Summers de que el «estancamiento secular» será la «nueva normalidad» encontró una aprobación sorprendentemente amplia entre sus colegas economistas, incluyendo a Paul Krugman³⁵. Lo que Summers mencionó solo de pasada fue que el evidente fracaso de los tipos de interés, que en realidad eran incluso negativos, para reavivar la inversión, coincidió con un aumento duradero de la desigualdad, en Estados Unidos y en otros lugares. Como Keynes habría explicado, la concentración de los ingresos en lo más alto menoscaba la demanda efectiva y hace que los propietarios del capital busquen oportunidades de ganancias especulativas al margen de la «economía real». De hecho, esta puede haber sido una de las causas de la «financiarización» del capitalismo que comenzó en la década de 1980.

³² Véase, entre muchos otros, Harry Magdoff y Paul Sweezy, *Stagnation and the Financial Explosion*, Nueva York, 1987 [ed. cast.: *Estancamiento y explosión financiera*, Madrid, Siglo XXI, 1988]. Para una evaluación interesante de la aplicabilidad de la teoría del bajo consumo al capitalismo posterior a 2008, véase John Bellamy Foster y Fred Magdoff, *The Great Financial Crisis. Causes and Consequences*, Nueva York, 2009 [ed. cast.: *La gran crisis financiera. Causas y consecuencias*, Madrid, FCE, 2009].

³³ Presumiblemente también porque habría tenido que declarar los sustanciosos ingresos que recibió de empresas de Wall Street tras su dimisión del gobierno de Obama a finales de 2010. Véase «The Fed, Lawrence Summers and Money», *The New York Times*, 11 de agosto de 2013.

³⁴ La misma idea había sido expuesta en 2005 cuando Ben Bernanke, que iba a suceder muy pronto a Alan Greenspan en la Reserva Federal, invocó un «exceso de ahorro» para justificar el fracaso de la estrategia de la Reserva Federal de «inundar los mercados de liquidez» para estimular la inversión. Casualmente, Summers suscribe ahora el punto de vista de los teóricos del estancamiento de izquierdas de que el «boom» de la década de 1990 y primeros años de la de 2000 era una quimera: «Demasiado dinero fácil, demasiados créditos, demasiada riqueza. ¿Hubo un gran boom? La utilización de la capacidad no sufría una gran presión, el desempleo no estaba destacadamente por debajo de ningún nivel. La inflación estaba absolutamente inactiva. Así que ni siquiera una gran burbuja era suficiente para producir algún exceso en la demanda agregada». Un video del discurso de Summers está disponible en la página *web* del FMI.

³⁵ Paul Krugman, «A Permanent Slump?», *The New York Times*, 18 de noviembre de 2013.

Las elites de poder del capitalismo global parecerían resignarse al crecimiento bajo o nulo total en el futuro inmediato, lo que no excluye ganancias altas en el sector financiero, básicamente por medio del comercio especulativo con dinero barato proporcionado por los bancos centrales. Pocos parecen temer que el dinero generado para prevenir que el estancamiento se convierta en deflación llegue a causar inflación, ya que los sindicatos que podrían reivindicar que se compartiese ya no existen³⁶. De hecho, ahora la preocupación se centra en que la inflación sea demasiado baja en lugar de demasiado alta, ya que la supuesta sabiduría emergente es que una economía sana necesita una tasa de inflación anual de, por lo menos, el 2 por 100, o quizá más. La única inflación en el horizonte, sin embargo, es la de las burbujas del precio de los activos, y Summers se esforzó en preparar a su público para unas cuantas de ellas.

Para los capitalistas y sus lacayos, el futuro parece deparar un itinerario con muchos baches. El crecimiento bajo les denegará recursos adicionales con los que solucionar los conflictos de distribución y apaciguar el descontento. Las burbujas están esperando a explotar, sin previo aviso, y no está claro que los Estados recuperen la capacidad de ocuparse de las víctimas a tiempo. La economía estancada que se está formando estará lejos de ser una economía estacionaria o estable; al descender el crecimiento y aumentar los riesgos, la lucha por la supervivencia será más intensa. En lugar de restaurar los límites protectores de la mercantilización que la globalización dejó obsoletos, se buscarán nuevas maneras de explotar la naturaleza, se ampliará e intensificará el horario laboral, y se apoyará lo que la jerga llama finanzas creativas, en un intento desesperado de mantener altos los beneficios y que continúe la acumulación de capital. El pronóstico de «estancamiento con posibilidad de burbujas» puede ser recreado muy probablemente como una batalla de todos contra todos, aderezado con situaciones de pánico ocasionales y con la interpretación de finales de partida convertida en un pasatiempo popular.

Plutócratas y saqueo

Pasando al segundo problema, no hay ninguna señal de que la tendencia duradera hacia una mayor desigualdad económica sea modificada en el futuro cercano, o, en realidad, nunca. La desigualdad deprime el crecimiento, por causas keynesianas y otras. Pero el dinero fácil que proporcionan actualmente los bancos centrales para recuperar el crecimiento

³⁶ Por supuesto, su ausencia fue una de las causas de que, en primer lugar, se diera el exceso de beneficios que deprimió la demanda.

(fácil para el capital, pero no, por supuesto, para los trabajadores) aumenta aún más la desigualdad, al inflar el sector financiero e invitar a la inversión especulativa en lugar de a la productiva. Así, la redistribución hacia arriba se hace oligárquica: en lugar de servir a un interés colectivo de progreso económico, como prometía la economía neoclásica, se centra en la extracción de los recursos de unas sociedades cada vez más empobrecidas y en declive. Los países que vienen a la mente en este caso son Rusia y Ucrania, pero también Grecia y España, y cada vez más Estados Unidos. Bajo la redistribución oligárquica, se rompe el lazo keynesiano que unía los beneficios de los ricos con los salarios de los pobres, separando el destino de las elites económicas del destino de las masas³⁷. Esto ya se anticipó en los infames memorándums de la «plutonomía» distribuidos por Citibank en 2005 y 2006 a un selecto círculo de sus clientes más ricos, para asegurarles que su prosperidad ya no dependía de la de los asalariados³⁸.

La redistribución oligárquica y la tendencia hacia la plutonomía, incluso en países que todavía se consideran democracias, invocan la pesadilla de las elites convencidas de que sobrevivirán al sistema social que les está haciendo ricos. Los capitalistas plutonómicos puede que ya no tengan que preocuparse por el crecimiento económico nacional, porque sus fortunas transnacionales crecen sin el mismo; de ahí la salida de los multimillonarios de países como Rusia o Grecia, que cogen su dinero (o el de sus conciudadanos) y corren, preferiblemente a Suiza, Gran Bretaña o Estados Unidos. La posibilidad de rescatarte a ti mismo y a tu familia escapando junto con tus posesiones, proporcionada por el mercado global de capital, ofrece la tentación más fuerte para el rico de apuntarse al estilo de vida de final de partida: sacar el dinero, quemar los puentes y no dejar nada detrás salvo la tierra quemada.

³⁷ En Estados Unidos y en otros lugares, los ricos se movilizan contra los sindicatos y las normas del salario mínimo, aunque los salarios bajos debilitan la demanda agregada. Aparentemente, pueden hacerlo porque la provisión abundante de dinero fresco sustituye a la capacidad de compra de las masas, al permitir a los que tienen acceso al mismo obtener su ganancia en el sector financiero. La demanda desde abajo haría atractiva para los «ahorros» de los ricos la inversión en servicios y productos manufacturados. Véase, en este contexto, la petición a finales del año pasado del director general de la Confederación de la Industria Británica, que representa a las empresas de productos manufacturados, para que sus socios pagaran mejor a sus trabajadores, puesto que demasiada gente está atascada en el empleo mal pagado. Véase «Companies urged to spread benefits widely», *Financial Times*, 30 de diciembre de 2013.

³⁸ Citigroup Research, «Plutonomy: Buying Luxury, Explaining Global Imbalances», 16 de octubre de 2005; «Revisiting Plutonomy: The Rich Getting Richer», 5 de marzo de 2006.

El saqueo del dominio público por medio de la infrafinanciación y la privatización, es decir, el tercer problema, está muy relacionado con lo anterior. En otro lugar he rastreado su origen en la transición en dos fases desde la década de 1970: del Estado fiscal al Estado endeudado y de este finalmente al Estado de consolidación o de austeridad. Entre las causas de este cambio, se encuentra en primer lugar la nueva posibilidad ofrecida por los mercados globales de capital desde la década de 1980 para la evasión fiscal, la huida fiscal, los impuestos diseñados a medida y la extorsión de recortes fiscales a los Gobiernos realizada por las empresas y los individuos que reciben grandes ingresos. Los intentos de disminuir los déficits públicos se basaron casi exclusivamente en recortes del gasto gubernamental: tanto en la seguridad social como en la inversión en infraestructuras físicas y en capital humano. Al mismo tiempo que los aumentos de los ingresos se acumulan cada vez más en el 1 por 100 de la población, el dominio público de las economías capitalistas se encoge, a menudo de forma radical, brutalmente reducido en beneficio de la riqueza oligárquica internacionalmente móvil. Parte del proceso ha sido la privatización, llevada a cabo sin tener en cuenta la contribución que la inversión pública en productividad y cohesión social podría haber supuesto para el crecimiento económico y la equidad social.

Incluso antes de 2008 se asumía de manera general que la crisis fiscal del Estado de posguerra tenía que ser solucionada a base de disminuir el gasto en lugar de subir los impuestos, especialmente a los ricos. La consolidación de las finanzas públicas por medio de la austeridad ha sido y sigue siendo impuesta a las sociedades incluso aunque sea probable que vaya a deprimir el crecimiento. Esto parecería ser otra indicación de que la economía de los oligarcas ha sido desligada de la economía de la gente corriente, ya que los ricos ya no piensan pagar un precio por maximizar sus ingresos a costa de los no ricos o por perseguir sus intereses a costa de la economía en general. Lo que podría estar saliendo aquí a la luz es la tensión fundamental descrita por Marx entre, por una parte, la naturaleza cada vez más social de la producción en una sociedad y una economía avanzadas y, por otra parte, la propiedad privada de los medios de producción. Puesto que el crecimiento de la productividad precisa más provisión pública, tiende a hacerse incompatible con la acumulación privada de beneficios, forzando a las elites capitalistas a elegir entre las dos. La consecuencia es lo que ya observamos hoy en día: estancamiento económico combinado con redistribución oligárquica³⁹.

³⁹ *Nota bene* que el capitalismo se basa en el beneficio, no en la productividad. Aunque ambos puedan ir juntos a veces, es probable que se separen cuando el

La corrosión de la jaula de hierro

Junto con el declive del crecimiento económico, la desigualdad creciente y la transferencia del dominio público a la propiedad privada, la corrupción es el cuarto problema del capitalismo contemporáneo. En su intento de rehabilitarlo recordando sus fundamentos éticos, Max Weber trazó una línea nítida entre capitalismo y codicia, señalando lo que pensaba que eran sus orígenes en la tradición religiosa del protestantismo. En opinión de Weber, la codicia había existido en todas partes siempre; no solo no era distintiva del capitalismo, sino que era capaz de pervertirlo. El capitalismo no se basaba en un deseo de hacerse rico, sino en la autodisciplina, el trabajo metódico, la dirección responsable, la dedicación serena a una tarea y una organización racional de la vida. Weber preveía que los valores culturales del capitalismo se difuminarían a medida que este madurase y se convirtiera en una «jaula de hierro» en la que la regulación burocrática y las restricciones de la competencia ocuparan el lugar de las ideas culturales que habían servido originalmente para desligar la acumulación de capital tanto del consumo materialista-hedonista como de los instintos primitivos de acaparamiento. Lo que no pudo prever, sin embargo, fue la revolución neoliberal del último tercio del siglo xx y las oportunidades sin precedentes que proporcionó para hacerse muy rico.

Pace Weber, el fraude y la corrupción han acompañado siempre al capitalismo. Pero hay buenas razones para creer que con el ascenso del sector financiero a los puestos de mando se han vuelto tan dominantes que la reivindicación ética del capitalismo de Weber parece ahora referirse a un mundo totalmente distinto. La finanzas son una «industria» donde la innovación es difícil de distinguir del retorcimiento o el infringimiento de las normas; donde los beneficios por actividades semilegales e ilegales son especialmente altos; donde el gradiente en conocimiento experto y pago entre las empresas y las autoridades reguladoras es extremo; donde las puertas giratorias entre ambos ofrecen oportunidades sin fin para la corrupción sutil y no tan sutil⁴⁰; donde las empresas más grandes no solo son

crecimiento económico comienza a necesitar una expansión desproporcionada del dominio público, tal como se anticipó con gran antelación en la «Ley de Wagner»: Adolph Wagner, *Grundlegung der politischen Oekonomie*, 3ª ed., Leipzig, 1892. Las preferencias capitalistas por el beneficio en vez de por la productividad, y con ellas el régimen de la propiedad privada capitalista en su conjunto, pueden entonces obstaculizar el progreso económico y social.

⁴⁰ Incluso al más alto nivel: tanto Blair como Sarkozy trabajan actualmente para fondos de inversión, y su periodo de líderes nacionales elegidos es considerado aparentemente por ellos y por sus nuevos patronos como una especie de aprendizaje hacia un puesto mucho mejor retribuido en el sector financiero.

demasiado grandes para caer, sino también demasiado grandes para ser encarceladas, dada su importancia para la política económica nacional y la recaudación tributaria; y donde la línea roja entre las compañías privadas y el Estado está más borrosa que en ningún otro sector, tal como lo demuestra el rescate de 2008 o el gran número de empleados antiguos y futuros de las empresas financieras en el Gobierno estadounidense. Después de Enron y de WorldCom, se señaló que el fraude y la corrupción habían alcanzado los niveles más altos de la historia de la economía de Estados Unidos. Pero lo que salió a la luz después de 2008 lo superó todo: agencias de evaluación que recibían pagos de los productores de bonos tóxicos para que les concedieran las notas más altas; operaciones bancarias opacas en el extranjero, blanqueo de dinero y asesoría para la evasión de impuestos a gran escala como actividades normales de los bancos más grandes emplazados en los mejores lugares; la venta a clientes incautos de valores elaborados de tal forma que otros clientes podrían apostar contra ellos; los bancos más importantes del mundo entero fijando de manera fraudulenta los tipos de interés y el precio del oro, y así sucesivamente. En los últimos años, varios grandes bancos han tenido que pagar miles de millones de dólares de multa por actividades de este tipo, y otros procesos similares parecen estar a punto de aparecer. Sin embargo, lo que a primera vista pueden parecer sanciones bastante significativas, son minúsculas cuando se las compara con los balances de los bancos: para no mencionar el hecho de que todas ellas han sido acuerdos al margen de los tribunales sobre casos que los Gobiernos no querían o no se atrevían a encausar⁴¹.

El deterioro moral del capitalismo puede tener relación con su declive económico y así la lucha por las últimas oportunidades de beneficios que quedan está haciéndose más sucia cada día y convirtiéndose en un pillaje de activos realizado a una escala verdaderamente gigantesca. Sea como sea, la percepción pública del capitalismo es ahora profundamente cínica, ya que todo el sistema se percibe generalmente como un mundo de trucos sucios para asegurar el enriquecimiento extraordinario de los que ya son ricos. Ya nadie cree en un renacimiento moral del capitalismo. El intento de Weber de evitar que se confundiera con la codicia ha fracasado finalmente, puesto que más que nunca se ha convertido en sinónimo de corrupción.

⁴¹ Informes sobre las multas que tienen que pagar los bancos por malas prácticas de diversos tipos aparecen casi a diario en la prensa de calidad. El 23 de marzo de 2014, el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* señaló que, desde el comienzo de la crisis financiera, los bancos estadounidenses por sí solos han sido multados con aproximadamente cien mil millones de dólares.

Un mundo fuera de quicio

Para terminar, llegamos al quinto problema. El capitalismo global necesita un centro para asegurar su periferia y proporcionarle un régimen monetario creíble. Hasta la década de 1920, este papel lo asumía Gran Bretaña y desde 1945 hasta la década de 1970, Estados Unidos; los años intermedios, cuando no existió un centro y diferentes potencias aspiraban a jugar ese papel, fueron una época de caos, tanto económica como políticamente. Las relaciones estables entre las divisas de los países que participan en la economía del mundo capitalista son esenciales para el comercio y para los trasvases de capital entre las fronteras nacionales, que a su vez son esenciales para la acumulación de capital; tienen que ser respaldadas por un banquero global de último recurso. Un centro eficaz se necesita también para apoyar regímenes en la periferia dispuestos a aprobar el bajo precio de extracción de las materias primas. Además, se necesita la colaboración local para someter a la oposición tradicionalista al *Landnahme* [acaparamiento de tierras] capitalista fuera del mundo desarrollado.

El capitalismo contemporáneo padece cada vez más la anarquía global, al no ser ya capaz Estados Unidos de cumplir con su papel de posguerra, y no aparecer en el horizonte un orden mundial multipolar. Aunque (¿todavía?) no hay enfrentamientos entre las grandes potencias, la función del dólar como divisa de referencia internacional se cuestiona: y no puede ser de otro modo, dados los resultados declinantes de la economía estadounidense, sus crecientes niveles de deuda pública y privada y la reciente experiencia de varias crisis financieras altamente destructivas. La búsqueda de una alternativa internacional, quizá bajo la fórmula de una cesta de monedas, no está dando resultado, ya que Estados Unidos no puede renunciar al privilegio de endeudarse en su propia moneda. Además, las medidas estabilizadoras tomadas por las organizaciones internacionales a instancias de Washington han tendido cada vez más a tener efectos desestabilizadores en la periferia del sistema, como en el caso de las burbujas inflacionistas provocadas en países como Brasil y Turquía por la *quantitative easing* en el centro.

Desde el punto de vista militar, Estados Unidos ha sido ya derrotado o neutralizado en tres importantes guerras en tierra desde la década de 1970, y en el futuro será probablemente más reacio a intervenir en conflictos locales con «las botas sobre el terreno». Nuevos y sofisticados medios de violencia se están desplegando para reasegurar a los

Gobiernos colaboradores e inspirar confianza en Estados Unidos como protector global de los derechos de propiedad de la oligarquía y como un refugio seguro para las familias oligárquicas y sus tesoros. Incluyen el uso de «fuerzas especiales» altamente secretas que descubran a enemigos potenciales para su destrucción individualizada; los aviones no tripulados capaces de matar a cualquiera en casi cualquier lugar del globo; el encarcelamiento y la tortura de un número desconocido de personas en un sistema mundial de campos de confinamiento secretos; y la vigilancia completa de la oposición potencial en todas partes con la ayuda de la tecnología de *big data*. Sin embargo, cabe dudar si todo esto será suficiente para restaurar el orden global, especialmente en vista del ascenso de China como rival económico real y, en menor grado, como rival militar de Estados Unidos.

En resumen, el capitalismo, como orden social sostenido por la promesa del progreso colectivo sin límite, está en una situación crítica. El crecimiento está dando paso al estancamiento secular; el progreso económico que pueda quedar es menor y menos compartido; y la confianza en la economía monetaria capitalista se apoya en una montaña creciente de promesas que cada vez es menos probable que se cumplan. Desde la década de 1970, el centro capitalista ha sufrido tres crisis sucesivas, una inflacionaria, otra de sus finanzas públicas y otra más del endeudamiento privado. Actualmente, en una complicada fase de transición, su supervivencia depende de que los bancos centrales le proporcionen liquidez sintética ilimitada. Paso a paso, el matrimonio a la fuerza del capitalismo con la democracia vigente desde 1945 se está rompiendo. En las tres fronteras de la mercantilización (el trabajo, la naturaleza y el dinero) las instituciones reguladoras que restringen el avance del capitalismo para su propio bien se han derrumbado, y tras la victoria final del capitalismo sobre sus enemigos no se vislumbra ninguna agencia política capaz de reconstruirlas. El sistema capitalista está actualmente afectado, por lo menos, por cinco problemas que empeoran y de los que no existe una cura inmediata: descenso del crecimiento, oligarquía, liquidación de la esfera pública, corrupción y anarquía internacional. Lo que se puede esperar, si nos atenemos al historial reciente del capitalismo, es un periodo largo y doloroso de decadencia acumulativa: de fricciones cada vez más intensas, de fragilidad e incertidumbre y de una sucesión regular de «accidentes normales», no necesariamente, pero con bastante probabilidad, a escala del desmoronamiento global de la década de 1930.

AMINATA TRAORÉ Y BOUBACAR BORIS DIOP

IMPOSTURAS AFRICANAS

Cartas desde una guerra por delegación

Bamako, 15 de enero de 2013

Mi querido Boris:

LA INTERVENCIÓN MILITAR francesa contra los islamistas, que muchos malienses han esperado y temido en los últimos meses, se ha puesto en marcha después de que el ataque yihadista sobre la ciudad de Konna los días 9 y 10 de enero precipitara los acontecimientos¹. Esas noticias nos causaron tal temor, que el sonido de las botas militares extranjeras, más que ira, ha provocado alegría y alivio entre la población. Lo que quizá sea menos evidente es un cierto grado de incomodidad o incluso de vergüenza. Los malienses saben que su ejército estaba enfrentándose a un adversario fuerte, pero también son conscientes de que la debacle militar tendrá un elevado precio que ha puesto a París en la posición de liberador. Yo estoy entre aquellos que querían a toda costa mantener a la hiena fuera del redil, pero ahí está; mis amigos y yo hemos perdido esta batalla por la paz.

Inmediatamente después de la caída de Konna se desplegó la Misión Internacional de Apoyo a Malí, supuestamente encabezada por nuestras fuerzas. Como si se tratara de una película, pudimos ver por televisión la llegada de un impresionante número de tanques, blindados, camiones y otros vehículos. Para completar nuestra humillación, todo lo que vemos de esta guerra que se despliega sobre nuestro suelo es lo que los medios de comunicación están dispuestos a mostrarnos. No es solo por

¹ Este artículo está formado por extractos de *La gloire des imposteurs. Lettres sur le Mali et l'Afrique*, París, 2014, reproducidos con permiso del editor, Philippe Rey. Las notas han sido incorporadas por la NLR.

una falta de medios o por razones de seguridad por lo que la televisión maliense se censura a sí misma: también está el orgullo por parte de nuestros periodistas, que encuentran difícil soportar la idea de que nuestros soldados sean objeto de burla para la prensa internacional, que no se está manteniendo al margen. «El inquietante ejército de Mali», dice el titular de *Libération*, que lo describe diciendo que está formado por un «batiburrillo» de elementos y que añade: «Un kalashnikov de segunda mano para cada cinco o seis soldados, falta de vendas y medicinas para los heridos en el mayor hospital militar en Kati». ¡Cómo han cambiado los tiempos! Los soldados africanos tenían una reputación mucho mejor cuando luchaban por Francia. En palabras del general Charles Mangin, un mando de las fuerzas coloniales francesas de principios de la década de 1900, «bajo la actual dirección de oficiales franceses, no hay enemigo, cualquiera que sea su número, color o armamento, al que no puedan enfrentarse con muchas posibilidades de victoria». Parece que nuestros soldados solamente pueden actuar bien bajo las órdenes de los blancos. Mangin estaba hablando en el siglo pasado, pero sus herederos, los estrategas de la Operación Serval, comparten las mismas convicciones.

Nadie me va a convencer de que la intervención no fue algo meditado. El 31 de mayo de 2012, dos semanas después de que François Hollande tomara posesión, un subcomité de defensa aprobaba un plan para la intervención militar. La idea era movilizar a la comunidad internacional a favor de una acción dirigida por los propios africanos. Como informaba *Le Figaro* el 24 de septiembre de 2012, Francia está «al frente de la futura operación cuyo esqueleto estará formado por fuerzas de la Comunidad Económica de Estados de África Occidental (ECOWAS)». El periódico señalaba que «Francia está cada vez más impaciente. Ya se han desplegado en la región varios cientos de soldados [...]. Se piensa que pronto serán reforzados por comandos de la marina». De ese modo, las semillas de la idea ya estaban plantadas cuando, el 20 de diciembre de 2012, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas adoptaba por unanimidad la resolución 2.085 que autorizaba el despliegue de una fuerza africana de 3.300 soldados por un periodo inicial de un año.

Como condición previa para cualquier intervención, la resolución 2.085 también estipulaba que el ejército de Malí debía ser nuevamente operativo. Gravemente afectado por los recortes presupuestarios que han diezmando los servicios públicos desde la década de 1980, sigue siendo la mayor fuente de empleo del país. Sin embargo, el proceso de

reclutamiento ha sido bastante opaco. Se reservaban puestos para familiares del presidente Amadou Toumani Touré y para dignatarios que sin ningún reparo los vendían al mejor postor. La práctica estaba tan extendida que los precios eran del dominio público: dos millones de francos de la Communauté Financière d'Afrique (CFA) por una plaza en el curso de formación para oficiales en la École Militaire Interarmes, y entre 250.000 y 500.000 para llegar a suboficial o soldado. Dicho sea de paso, el mismo sistema funcionaba en la policía y en el servicio de aduanas.

El deterioro de nuestras fuerzas armadas también explica el entusiasmo popular con que se saludó la Operación Serval. «Si no puedes contar con tus propios hijos para protegerte, no tiene sentido hacer demostraciones de orgullo cuando otros se encargan del trabajo, incluso aunque sepas que están actuando principalmente para defender sus propios intereses», decían los partidarios de la intervención francesa, y ello con independencia de que esta se produzca en Malí o en cualquier otra parte. Este argumento no soporta un análisis serio de las causas por las que nuestros Estados y nuestras fuerzas armadas sean tan frágiles. Además, el poderoso ejército francés también sufre recortes presupuestarios en nombre de la austeridad, pero todavía puede hacer una demostración de fuerza sobre nuestro suelo.

Lo que ha pasado es que nos han robado nuestro país, Boris, con el pretexto de protegerlo de los yihadistas. La verdad es que ellos no hubieran traído su reino de terror a Kidal, y menos aún a Konna, si Nicolas Sarkozy, flanqueado por personajes como Bernard-Henri Lévy, no hubiera decidido pasar Libia a cuchillo sin pensar en las trágicas y totalmente previsibles consecuencias. Algunas veces me parece que en esta guerra las cuestiones en juego se discuten más en Francia que en África. No entiendo por qué nuestras elites permanecen silenciosas cuando algunos de sus colegas franceses dicen alto y claro lo que piensan. Aparte de Oumar Mariko, del partido SADI (Solidarité Africaine pour la Démocratie et l'Indépendance), muy pocos políticos malienses han emitido juicios sobre la Operación Serval. El primero que habló sobre la actuación de Francia en África llamándola una «guerra poscolonial» fue Valéry Giscard d'Estaing. Su posición irritó a Michel Rocard, que declaró que, por el contrario, para él se trataba de una «cuestión de civilización». El anterior primer ministro Dominique de Villepin insistía incesantemente en que «la guerra contra el terror es un absurdo».

Solamente puedo lamentar el daño causado por *la pensée unique* cuando veo las posiciones que adoptan viejos amigos del movimiento por una globalización alternativa. Ahora están totalmente dispuestos a aprobar la Operación Serval aduciendo que había que hacer algo, que el presidente interino la había pedido y que el Consejo de Seguridad de la ONU había entregado un mandato a Francia. Samir Amin, por quien siento un profundo afecto y respeto, está entre esos activistas que consideran que la decisión de François Hollande es valerosa en una Europa incapaz de responder a las crisis árabe y africana. Por lo que respecta a Libia, Samir señala que el objetivo que perseguía la OTAN «no era la protección de civiles o de la democracia, sino controlar el petróleo y adquirir una importante base militar en el país». Sin duda tendremos muchas oportunidades de reflexionar sobre lo que diferencia a Sarkozy en Libia y a Hollande en Malí. Uno se da un baño de masas en Bengasi y el otro en Tombuctú, pero al final la misma bandera francesa ondea sobre dos ciudades devastadas.

Saint-Louis², 27 de junio de 2013

Mi querida Amy:

Ninguna intervención de una gran potencia sobre suelo extranjero ha sido saludada con tanto entusiasmo. Incluso Hollande podía permitirse cierta sorna en la ceremonia de entrega del premio de la paz Houphouët-Boigny en la UNESCO cuando dijo: «¡Empecé una guerra en Malí y eso me ha valido un premio por la paz!». También fue invitado de honor de la cumbre de la Unión Africana en Addis Abeba, que no era una cumbre cualquiera, sino la que celebraba los cincuenta años de la independencia africana. El compatriota de Talleyrand seguramente se sintió orgulloso de la manera en que fue capaz de presentar la cuadragésima novena intervención francesa en África como un acto de puro altruismo. Mientras tanto, muchos intelectuales africanos o de otros lugares que anteriormente nunca habían mostrado demasiada indulgencia hacia la *Françafrique* repentinamente empezaron a aplaudir —«con las diez manos», como dice un dicho wólof— la ofensiva francesa contra los yihadistas. La Operación Serval es la falsedad en todo su esplendor; su éxito ha superado los sueños más ambiciosos de sus estrategias. En cualquier caso, por ahora ha puesto fin a la soberanía maliense y a su relativa cohesión territorial. Habría que ser muy ingenuo para imaginar que, después de tomarse tantas molestias para liberar el norte, la Operación Serval

² Antigua capital colonial de Senegal, 320 km al norte de Dakar.

entregará las llaves del país y se conformará con una efusiva despedida. Francia se ha colocado en una buena posición en la carrera por los prodigiosos recursos naturales del Sahara. Debe asegurar por completo «su» uranio nigerino y parece poco probable que renuncie a la rebelión twareg, que sigue siendo una valiosa baza.

En la guerra global que libra Occidente contra el «terrorismo», para París es fácil pedir el apoyo de sus antiguas colonias, sobre las que siempre ha ejercido un completo control. La Operación Serval recuerda más a la intervención de Estados Unidos en Iraq que a operaciones clásicas como «Unicornio» o «Turquesa»³, ¡pero resulta difícil imaginar que Bush invadiera Iraq llevando en el equipaje a los ejércitos de los países de América del Sur! Algunas veces pienso que Portugal, Bélgica y Gran Bretaña a menudo se deben preguntar envidiosamente cuál es el brillante truco histórico que ha permitido que París conserve el control de sus antiguas colonias africanas, mientras ellas se consideran totalmente independientes. En cualquier caso, con la Operación Serval Francia hará su agosto. Anteriormente, podía lanzar paracaidistas en Yamena, Bangui o Kolwezi de manera esporádica y, por supuesto, sin aparecer en los titulares. Esta vez ha habido sonoras declaraciones, reuniones de guerra en el palacio del Elíseo, encuestas de opinión y editoriales periodísticos.

Me persigue la imagen de los niños malienses a los lados de las carreteras de Tombuctú y Gao, viendo pasar a los soldados *toubab*⁴, de la misma manera en que hace unos años admiraban a los motociclistas del rally París-Dakar. Pocas veces hemos visto una población tan anonadada por su propio destino, sin entender nada de lo que se supone que es su guerra de liberación. Era como si repentinamente tus paisanos estuvieran viéndose a sí mismos y a su propio país en la televisión. Pero los verdaderos propósitos de esta guerra no tardarán en salir a la luz y para los malienses bien puede ser un doloroso despertar. El ruido de botas extranjeras nunca es agradable de oír. Además, como sabes, la Operación Serval empezó justamente cuando la prensa de París estaba revelando cada vez más detalles que demostraban que las fuerzas armadas francesas desempeñaron un activo papel en el atentado del 6 de abril

³ La Operación Licorne (Unicornio) designa la presencia militar francesa en Costa de Marfil desde 2002; la Operación Turquesa fue la intervención para establecer una «zona de seguridad» en el suroeste de Ruanda en 1994, que casualmente proporcionó una retirada segura para muchos de los *génocidaires* hutus.

⁴ *Toubab* es un término que se utiliza en algunos países francófonos de África para referirse a los blancos.

en Kigali. La clara implicación francesa en el último genocidio del siglo XX es una mancha indeleble en su honor y los fugaces gritos de júbilo de los malienses no servirán para borrarla.

Bamako, 24 de julio de 2013

Queridísimo Boris:

Te envidio por tener la oportunidad de hacer tantos viajes entre Saint-Louis y Dakar. Vivir fuera de la capital significa tener dos ciudades por el precio de una. A pesar de todos nuestros mejores esfuerzos, es prácticamente imposible escapar de esta duplicación; todas las actividades intelectuales, desde las grandes conferencias a los más humildes talleres, se celebran en Bamako, Dakar o Abiyán, así que siempre estamos viajando a esas ciudades. Dicho eso, no voy a criticarte por apreciar cada vez menos a tu ciudad natal. Tanto en Dakar como aquí en Bamako, veo una dinámica encaminada a transformar nuestras capitales mediante grandes proyectos de construcción que no tienen ninguna base social o cultural real. ¿Cómo podemos apropiarnos, habitar, compartir y mantener una infraestructura que se crea con el único objetivo de equiparnos con algún otro país? Mientras tanto, nuestros dirigentes acumulan deudas para construir falsas versiones de Nueva York, París o Londres, aumentando aún más la ya enorme brecha entre las «medinas» y los enclaves urbanos europeizados con sus fuertes medidas de seguridad.

No se trata simplemente de una cuestión de diferencias arquitectónicas. También es un mundo en el que el deseo de «ser como los *toubabs*» se lleva tan lejos que los vecinos ni siquiera se saludan. Esta clase de historias de «convivencia» fueron las que en parte motivaron una de mis iniciativas de carácter público: la pavimentación de las calles de mi barrio en Missira. Un día, al salir de casa, oí a un grupo de jóvenes hablando y riéndose cordialmente, pero en cuanto me vieron se quedaron callados. Me acerqué a ellos y les pregunté la causa de su silencio. Uno de ellos me contestó: «Tú has sido ministra ¿no?». «¿Y qué?», pregunté. «No, por nada». Esa breve e incisiva conversación fue como una bofetada. En mi barrio me sentía como en casa, pero como había sido ministra no estaba totalmente integrada entre mi propia gente. La iniciativa que puse en marcha después de este encuentro se llevó a la práctica entre 2008 y 2012 y la pavimentación de las calles tuvo un gran apoyo. Pero esta maravillosa movilización urbana fue *antes*, antes de esta guerra por

delegación, antes de esta guerra que nuestro país –que tiene una necesidad tan grande de recursos para construir infraestructuras básicas– no tiene los medios para llevar a cabo. Tendrá que dedicar entre el 3 y el 4 por 100 de su presupuesto a la compra de armas para combatir a un enemigo que a menudo surge de las zonas urbanas hiperdegradadas donde tantas vidas están destrozadas por el desempleo.

Los franceses han realizado su labor tan estupendamente que piensan que su único problema es encontrar a alguien a quien puedan «entregar las llaves» de mi país. Eso es lo que dijo Hollande: «Estamos preparados para marcharnos, ¡pero no sabemos a quién entregar las llaves de Malí!». Dicho de esa manera casual, ese es el peor insulto. Es una frase que debería haber provocado la misma reacción hostil que el discurso de Sarkozy en Dakar, pero que, tristemente, ha pasado totalmente desapercibida⁵. ¿Qué decir del embajador francés en Malí, Christophe Rouyer? Está en todas partes, como su colega en Naciones Unidas Gérard Araud, que se ocupa en Nueva York de asegurar el éxito de resoluciones dirigidas a sellar nuestro destino sin nuestro conocimiento. Anteriormente, en los días en que había que convencerle para que tomara parte en la lucha contra el terrorismo, Rouyer siempre estaba listo para señalar lo que él llamaba la falta de debate democrático. Ahora que nuestro Gobierno ha quedado totalmente implicado en esa lucha, el mismo diplomático aparece constantemente en la prensa mientras que la discusión pública que solía defender nunca se ha llevado a cabo.

El embajador Rouyer mantiene estrechos –por no decir incestuosos– vínculos con nuestros políticos y con prácticamente todos los medios de comunicación, a los que al comienzo de la Operación Serval garantizó 20 millones de francos de la CFA para que pudieran «preparar» su cobertura de la guerra: en otras palabras, para comprar su silencio. Tristemente, esta modesta suma fue suficiente para amordazar a unos periodistas que tenían dificultades para llegar a fin de mes. Se ha hablado mucho de la extrema pobreza de nuestros soldados como una de las causas de su falta de profesionalidad. Hay muchas razones para decir lo mismo de nuestros periodistas. Mucho antes de la debacle militar maliense, estos autoproclamados guerreros en la lucha por la libertad de expresión se vendían al representante de una potencia extranjera directamente implicada en el conflicto.

⁵ En su infame discurso del 26 de julio de 2007, Sarkozy dijo que el desafío al que se enfrentaba África era «entrar en la historia» y que los africanos estaban encerrados «en la nostalgia por el paraíso perdido de la infancia».

¿Se comportaron los medios de comunicación occidentales, que estaban lejos del campo de batalla y de los que se podría haber esperado un mínimo de compostura, de un modo adecuado para salvar por lo menos el honor de su profesión? Lejos de ello. Sus informes sobre la Operación Serval se realizaron con el prisma de sus preconcebidas ideas sobre África y flirteando con un bondadoso racismo. Ninguno de ellos llegó al extremo de cuestionar la legitimidad de la intervención militar o de sugerir una visión más amplia de la crisis en Malí. Ningún ministro de Defensa ha estado tan unánimemente mimado como Jean-Yves Le Drian. «¿Qué es lo que se nos está ocultando?». Esta es la pregunta que a menudo me hago a mí misma cuando veo las noticias. Y me preocupa no solamente en relación a Malí. Tomemos el ejemplo de Siria. ¿Quién puede identificar con seguridad los orígenes del Observatorio Sirio sobre Derechos Humanos, cuyos informes de prensa se convirtieron de la noche a la mañana en la biblia de mil y un expertos? ¿Quién creó esa entidad? ¿Quién la está financiando? ¿Nos estamos poniendo del lado de Bashar al-Assad al hacer preguntas dictadas por el simple sentido común?

En Malí las autoridades interinas sistemáticamente cierran filas detrás de Francia. Si Francia acepta una resolución o una decisión, lo mismo hacen ellas. Si París cambia de opinión, Bamako reconoce modestamente su propio error y, sin duda por pura coincidencia, adopta exactamente la misma postura. Pero los hechos son obstinados. Laurent Fabius parece ser el único que no es consciente de los terribles sufrimientos de los malienses. Hace unos cuantos días declaraba con aplomo que «estamos ganando la guerra. También tendremos que ganar la paz». Puede resultar difícil de creer, pero en este país completamente devastado hubo una inyección de adrenalina cuando se estableció el 28 de julio como fecha límite para las elecciones presidenciales. Todas las conversaciones giraban en torno al nuevo registro electoral y sobre un posible cambio en la ley, la financiación y otras cuestiones electorales que sin duda son importantes, pero que realmente son muy secundarias respecto a las causas subyacentes del colapso del Estado maliense.

Nuestros refugiados en Argelia, Níger, Mauritania y Burkina Faso se sienten abandonados, igual que los desplazados. Su posición es particularmente humillante. A modo de ejemplo: un adulto tiene que hacerse una fotografía y registrarse antes de que se le permita recibir seis kilos de arroz y medio litro de leche por cada miembro de su familia. Muchos de ellos están convencidos de que sus fotografías se utilizarán para recaudar un dinero que ellos nunca verán. Pero lo más duro para los refugiados es el brazalete que

están obligados a llevar en todo momento. Lo ven como un signo de ignominia, incluso aunque se les explique que les da acceso a un lugar para vivir y a una cierta cantidad de alimentos. También fuera de los campos las cosas se están volviendo cada vez más difíciles. Aquí en Bamako, los tenderos y funcionarios públicos del norte están haciendo colas para conseguir cincuenta kilos de arroz. En sus caras se ve claramente la vergüenza que sienten. Aquellos que no pueden rehusar estas donaciones se sienten como si hubieran caído en la más profunda degradación y por este motivo muchos de ellos prefieren mandar a sus hijos en su lugar. A algunos, aunque no están en una situación mucho mejor, se les ve más a menudo ayudando a otros antes que extendiendo sus manos. Quienes tienen medios se han trasladado a Niamey, Uagadugú, Dakar, Nuakchot e incluso a Europa. Una vez allí, esperan a que las cosas se calmen.

Cuando escribo estas líneas, la radio está informando de choques entre tropas franco-chadianas y yihadistas en el Adrar de los Iforas, en la región de Kidal, y anuncia el arresto de soldados malienses acusados de llevar a cabo represalias contra los tuaregs. Espero que se abra una investigación imparcial. Para que la investigación fuera completa, también debería ocuparse de la masacre de soldados malienses en Aguelhok el 24 de enero de 2012. Pero no cuento con ello; los responsables fueron los aliados de los franceses, de modo que los labios quedarán sellados. Como todas las guerras modernas, este es por encima de todo un conflicto mediatizado, y las atrocidades que se condenan están cuidadosamente seleccionadas.

Saint-Louis, 4 de septiembre de 2013

Mi querida Aminata:

La semana pasada hice un breve viaje a París y, en cuanto regresé, me puse a leer los periódicos que me habían guardado. Normalmente es un ejercicio bastante decepcionante, pero de vez en cuando encuentras verdaderas perlas. Así descubrí que, por una vez, varios diarios estaban publicando una historia sobre las relaciones entre Senegal y Malí. La razón de este repentino interés por tu país no era el contingente de valerosos soldados senegaleses en la Misión de Apoyo en Malí. No, la respuesta está en un número, el 87. Para ser más preciso, 87 francos CFA. Según la prensa, esa era la asombrosa suma pagada en abril de 2003 por nuestros respectivos expresidentes, Abdoulaye Wade y Alpha Oumar Konaré, por el metro cuadrado de terreno en Saly Portudal, el centro

de vacaciones donde se congregan nuestros *nouveaux riches*. De Wade, que nunca hace nada a medias, se dice que se reservó 28.813 metros cuadrados. Konaré, eso dicen los periódicos, fue diez veces menos codicioso y se quedó con solo 2.117 metros cuadrados. Felicidades, querida, por la humildad y moderación de vuestro anterior presidente. Un amigo extranjero a quien le conté la historia exclamó. «¿Wade? Claro, ¡es su país! ¿Pero Konaré? ¿Por qué quería ensuciarse las manos con terrenos en Senegal?». Le contesté con una sonrisa: «Eso es lo que llamamos panafricanismo a la inversa. Nuestros amados líderes se reúnen en un grupo para destruir sistemáticamente África país por país».

Encuentras la misma locura de un jefe de Estado a otro, la misma megalomanía. A pesar de las diferencias de edades y de historias, Wade y Konaré estaban ambos deseosos de festejar sus reinados con monumentos costosos, feos y sin sentido. Los he visto en cada esquina de Bamako y el mundo entero se burló ante el gigantesco «Monumento al Renacer de África» de Dakar, terminado en 2010 y realizado por escultores de Corea del Norte, que, como todo el mundo sabe, se especializan en inmortalizar los delirios de grandeza de los tiranos.

La palabra «soberanía» ha aparecido más de una vez en nuestras cartas. Es una cuestión tan fundamental que hoy quiero detenerme en ella. Cuando alcanzamos la independencia, todo giraba en torno al «desarrollo». Devoraba a todo lo demás: el socialismo africano de Senghor y las vagamente autogestionadas cooperativas de Mamadou Dia en Senegal; los «pueblos *ujamaa*» de Nyerere en Tanzania, y por último, pero no menos importante, las variaciones sobre el modelo comunista en todo nuestro continente. Después, al comienzo de la década de 1990, nuevas generaciones decidieron que el principal obstáculo, o quizá el único, para la prosperidad era la falta de pluralismo. Y todos nos lanzamos a luchar por la libertad de expresión, la democracia multipartidista y el derecho a elegir a nuestros dirigentes mediante elecciones transparentes. Todas estas batallas merecen un gran respeto, especialmente porque en algunos países docenas, incluso centenares de personas dieron su vida para conseguir un sistema político más abierto.

Sin embargo, todo el mundo es plenamente consciente de que el sistema democrático también ofrece una posición ideal para fuerzas que acechan en la oscuridad y que a menudo tienen un poder económico y una capacidad de maniobra casi infinitos. Todas las elecciones, ya sean en Senegal,

Zimbabue o Malí, están supervisadas no solo por la sociedad civil, sino también por un batallón de observadores extranjeros que controlan las fuentes de financiación y que se han convertido en la principal fuente de legitimación de los resultados. Ciudadanos que han votado por la mañana están esperando por la noche con expectación las breves frases pronunciadas por la Unión Europea, el National Democratic Institute o la Carter Foundation; su opinión es mucho más decisiva que las declaraciones de los propios candidatos. Este es el talón de Aquiles de nuestros procesos electorales, que no obstante, despiertan grandes esperanzas entre nuestras gentes. También es la razón por la que los políticos africanos, que saben cómo funcionan las cosas, se preocupan menos por persuadir a sus compatriotas que por dar garantías de docilidad a distantes patrocinadores extranjeros.

¿Hay alguna comparación que hacer con la Primavera Árabe? Cuando en Túnez estalló la revuelta, escribí un artículo que acababa con las palabras: «¡Bienvenidos al club!», refiriéndome a que Túnez podía decir adiós a su soberanía. Te cito el siguiente pasaje de una carta abierta del escritor tunecino Mezri Haddad al actual embajador estadounidense en Túnez, Jacob Wallis:

Excelencia, vuestro predecesor Gordon Gray se quejaba de que tuvo que esperar seis meses antes de ser recibido por el ministro de Asuntos Exteriores de Ben Ali. Desde que se produjo la «Revolución de los Jazmines», saludada por Obama y bendecida por Bin Laden antes de su sincronizada eliminación, jóvenes y viejos, actuales y futuros ministros, miembros del Gobierno y de la oposición, periodistas, capitalistas, marxistas etcétera, están todos haciendo cola a las puertas de vuestra oficina. No reprocho vuestro nacionalismo ni vuestro entusiasmo por defender los intereses de vuestro país; lamento al falta de dignidad de mi propio pueblo y toda la energía que está empleando para destruir lo que queda del suyo.

Habiendo vivido en Túnez durante los años finales del régimen de Ben Ali, entiendo la amargura del autor de esas observaciones. Ahogada por una implacable red policial, Túnez sin duda estaba deseando respirar el aire de la libertad. Se produjo la necesaria ruptura histórica, pero nos podemos preguntar a nosotros mismos si el grado de implicación externa no la ha pervertido.

De todos modos, es imposible imaginar a los soldados tunecinos desfilando por los Campos Elíseos el 14 de julio, celebrando la Fiesta Nacional de la antigua potencia colonial. Esta es una infamia a la que parece que solamente nosotros, las excolonias africanas, somos capaces de resignarnos. Ninguno de nuestros jefes de Estado se atreve a declinar

una invitación dirigida a mostrar al mundo que París todavía es el amo absoluto de estas tierras. La oposición no está mejor situada para exigir un poco de respeto de los extranjeros: la mayor parte come en la mano del embajador francés. Ellos también saben que sus futuros personales y políticos –por ejemplo, un puesto como adlátere internacional con un elegante título– dependen de su capacidad para sonreír y aguantar. Hemos llegado hasta un punto en el que París, después de haber tomado el control de la clase política (gobierno y oposición) y de la sociedad civil (activistas de los derechos humanos, artistas, escritores, académicos y periodistas), está ahora en posición de mearnos encima abundantemente sin que nadie emita una palabra de protesta.

Pero nunca hay que renunciar a la esperanza. El tiempo histórico quizá va demasiado despacio para nuestra justificada impaciencia. Después de todo, no hace tanto tiempo que América Latina estaba bajo la bota de la CIA. Sus presidentes se elegían en la Casa Blanca de acuerdo con los intereses de Estados Unidos, tiranos como Stroessner, Pinochet y Videla. Pero mira cómo son las cosas ahora: en apenas tres décadas la situación se ha transformado. Hablo de esa experiencia solamente como una posible fuente de inspiración, no estoy diciendo que podamos o debamos copiarla. En última instancia, la América Latina de la actualidad es tanto hija de Simón Bolívar como del Che Guevara. Allí la memoria de las múltiples formas de resistencia al capitalismo estadounidense y a sus titeres se ha mantenido viva durante generaciones. No necesito hablarte del decisivo papel que escritores y artistas desempeñan en este profundamente asentado proceso. A posteriori, la amistad entre Gabriel García Márquez y Fidel Castro parece muy significativa. Todo el mundo puede entender esto mejor ahora que el «Líder Máximo» por fin ha pasado página sobre cincuenta años de soledad. Además, el patriarca cubano ha establecido un precedente: hace unos días, en Estados Unidos, Rafael Correa aseguró que Ecuador no negociaría con su orgullo, añadiendo con irritación que estaba dispuesto a facilitar fondos a Estados Unidos para programas de lucha contra la tortura, la pena de muerte y otros tratos inhumanos y degradantes. Las elites africanas, y especialmente aquellas de la llamada zona francófona, se dejan pisotear sin ninguna reacción semejante. ¿Qué podría ser más insultante que la audiencia *conjunta* concedida por Obama, y encima en dos ocasiones, a cuatro de sus colegas africanos en la Casa Blanca? Cualquiera que sea la manera de verlo, la única palabra para esto es desprecio.

Mi querido Boris:

¡Qué rápido pasa el tiempo! Ya han transcurrido casi tres meses desde la primera vuelta de las elecciones presidenciales. En mi familia todos estaban muy excitados. Me preguntaron varias veces si tenía mi carné de identidad, y como no me lo había sacado todavía, uno de mis sobrinos, se ofreció para hacerlo por mí: «Dame tu justificante del censo y yo recogeré tu carné»⁶. Temía que yo fuera a boicotear estas elecciones que, para él, significaban el fin de la crisis. En realidad, como la mayoría de los malienses, hasta el último momento él mismo dudaba de la viabilidad de las elecciones. Le hubiera gustado abstenerse aunque solo fuera para poner en su sitio a los políticos franceses. Hollande, Fabius y Le Drian nos han asombrado con sus repetidas advertencias y su indecente prisa para hacer que el tiempo militar coincida con el político. En abril de 2013, Le Drian declaraba abiertamente a Radio France Internationale:

Creo que estos rumores sobre la necesidad de retrasar la fecha están debilitando todo el trabajo militar que se ha realizado hasta ahora. Técnicamente, es posible celebrar estas elecciones y por eso habría que hacer todo lo necesario para celebrarlas. Porque está en juego la credibilidad de Malí, de la acción de los pacificadores de Naciones Unidas, del trabajo europeo para entrenar al ejército de Malí y de la intervención francesa.

Era una tentación preguntar a este caballero ¿Cuál es la conexión entre esta forzada precipitación y un normal y saludable ejercicio del proceso democrático? ¿No correspondía a nuestro pueblo decidir la fecha de las votaciones para permitir que todos –desplazados, refugiados y nuestros conciudadanos en el norte– tomaran parte?».

La participación, que normalmente oscila entre el 20 y el 30 por 100, subió hasta el 50 por 100 en la primera vuelta. Hubiera podido ser mayor si no hubiera sido por las terribles condiciones en las que se organizaron las elecciones y que fueron constantemente denunciadas. Cuando llegó el gran día, mis parientes y unos cuantos amigos y vecinos me vinieron preguntando si había votado o cuándo iba a ir al colegio electoral. Al final alguien dijo: «Nosotros nos adelantamos y te decimos cuándo puedes venir para que no tengas que hacer colas». Fui alrededor de las tres de la tarde Te voy a contar un pequeño secreto que puede que te sorprenda y que quizá asombre a esos ingenuos para los que unas elecciones son el

⁶ RAVEC (Recensement Administratif à Vocation d'État Civil): censo de población de Malí.

alfa y omega del sistema pluralista: estaba votando por primera vez en mi vida. No soy la única persona en Malí en esa situación. Si el grado de abstención es aquí muy elevado –el 70 por 100 de media–, es porque todo el mundo está convencido de que los datos están trucados y que aquellos a los que elijamos nunca tendrán más que una sombra del poder. Durante las elecciones presidenciales de 2007, por ejemplo, escuché a un hombre mayor en Djenné preguntarle a su hijo: «Dime, ¿a quién ha elegido Francia esta vez?». Y el joven contestó sorprendido: «¡Pero papá, si somos nosotros los que votamos!». El padre replicó con burla: «Sí, hijo, tú votas, pero Francia elige».

Para Francia se suponía que iba a ser una simple formalidad, la transferencia y legitimación del poder. El 19 de septiembre de 2013, el día de la ceremonia de investidura de Ibrahim Boubacar Keita, los titulares del grupo francés TFI decían con arrogancia: «Malí: siete meses después, Hollande regresa para invertir al nuevo presidente». Sin embargo, el pueblo maliense transformó la elección en una cierta clase de referéndum sobre Keita, algo que confieso que no me esperaba. Él tendrá que reconstruir el Estado y el ejército y hacer frente al radicalismo islámico. ¿Pero qué pasa con el sistema económico que nos llevó a este caos? Si nos atenemos a su hoja de ruta, la «comunidad internacional» enfoca el relanzamiento de la economía maliense puramente en términos de fondos de ayuda que hay que recaudar y de patrones de «buena gobernanza» que hay que imponer de acuerdo con los criterios e intereses de los que están en el poder. El 15 de mayo en Bruselas anunció la suma de 3,25 millardos de euros. Pascal Canfin, del Partido Verde, en aquel momento ministro de Estado para el Desarrollo –convencido de que la gestión responsable de la contribución de su país, una suma de 280 millones de euros, era clave para el éxito–, creó una página web para mantener informados a los ciudadanos franceses y malienses de lo que se estaba haciendo con el dinero. ¿Qué le hizo pensar que todos, o la mayoría, de los malienses tienen acceso a Internet? Fue una broma que no nos pareció graciosa. Además, sabemos que esta «ayuda» monetaria irá a parar mayoritariamente a hombres de negocios franceses que ya están compitiendo para sacar la mayor tajada. Una delegación de alrededor de treinta empresarios vino a explicar la situación bastante claramente. Incluso el concurso para la restauración de las tumbas de Tombuctú, de las que siempre se han ocupado familias de la ciudad, ha sido entregado a un arquitecto francés. Aquí es donde se cierra el círculo de la falsedad. Y dentro de él, nuestro pueblo baila hasta que no le queda aliento porque

una parte patética del botín le llegará a través de toda clase de turbios artificios. Lo más triste de todo es que el precio de nuestra seguridad, en cualquier caso ilusoria, será un letal nivel de endeudamiento, la otra cara de la misma malevolente moneda que llaman «ayuda».

SEAN STARRS

LA QUIMERA DE LA

CONVERGENCIA GLOBAL

ES HOY COMÚNMENTE aceptado que el poder económico global se está orientando inexorablemente hacia el Este y el Sur. Muchos insisten en que nos encontramos a punto de iniciar un reequilibrio histórico mundial que terminará con la dominación occidental e iniciará una nueva hegemonía. Concretamente, el surgimiento de China en el escenario mundial, o resurgimiento, si tenemos en mente una escala cronológica más larga, puede considerarse como los prolegómenos de un «siglo asiático». Sin embargo, este relato del declive de Occidente es engañoso, especialmente porque exagera enormemente el debilitamiento de Estados Unidos como la gran potencia capitalista mundial. De hecho, la aparición contemporánea de los denominados «mercados emergentes» plantea un reto bastante menor para el liderazgo de Estados Unidos que la recuperación económica de Europa Occidental y de Japón en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Ya puede constatararse que las tasas de crecimiento de estos mercados podrían haber alcanzado un nivel máximo alrededor de 2011, sin alterar su dependencia básica de las exportaciones de materias primas a las economías occidentales (con la excepción parcial de China). El camino hacia la convergencia entre Occidente y el Resto* del mundo se vislumbra mucho más incierto de lo que la mayoría de los comentaristas creen, y no existe ninguna certeza respecto al resultado final.

En la mayoría de los casos, los debates suscitados en torno a estas cuestiones carecen de un fundamento empírico sólido. Muchos de los especialistas que llevan a cabo investigaciones serias sobre esta materia sufren el lastre de una metodología que ha quedado obsoleta en la era del capitalismo global, metodología que equipara el poder nacional con la contabilidad nacional —el

* «The West and the Rest» en el original en inglés, juega con la rima de ambas palabras, de difícil traducción al castellano [N. de la T.].

PIB, principalmente, pero también las balanzas comerciales y de pagos, la participación en la producción mundial y otros indicadores similares— como si todavía viviésemos en un mundo de economías políticas nacionalmente diferenciadas. Con independencia de que la ecuación «PIB = poder» haya tenido sentido en la década de 1950, la globalización del capital que se ha producido durante las últimas décadas la ha vuelto claramente problemática. Cuando una proporción sustancial, a menudo creciente, de la actividad económica dentro de las fronteras de un país está dirigida por capitalistas extranjeros, es preciso que repensemos la forma en la que medimos el poder nacional, lo cual no quiere decir que el propio concepto sea ahora irrelevante, como algunos han afirmado, habida cuenta de que el poder sigue estando organizado y concentrado nacionalmente.

En este sentido resulta útil comparar el ascenso anterior de Japón con el que vive China actualmente. Cuando los productos electrónicos y los automóviles japoneses comenzaron a inundar los mercados occidentales en las décadas de 1960 y 1970, se produjo tanto un aumento del superávit comercial y del PIB japonés como un fortalecimiento de las principales compañías del país, muchas de las cuales se hicieron muy conocidas. Entre tanto, China ha asistido a un aumento vertiginoso de sus cuentas comerciales y de su PIB en la era de la globalización y desde 2004 se ha convertido en el mayor exportador mundial de productos electrónicos. No obstante, este crecimiento no ha coincidido con la aparición de empresas chinas líderes mundiales en este sector. El 90 por 100 de lo que las aduanas chinas clasifican como exportaciones de alta tecnología es producido en realidad por empresas extranjeras¹. Así, mientras una proporción cada vez mayor de la industria manufacturera global tiene lugar en la RPCh, buena parte de su producción está controlada, directa o indirectamente, por intereses extranjeros. El contraste con el previo ascenso japonés es patente. En este sentido, cualquier estudio sobre el poder económico global deberá tener en cuenta este cambio, lo cual implica centrar la atención en las empresas transnacionales líderes en la escena mundial.

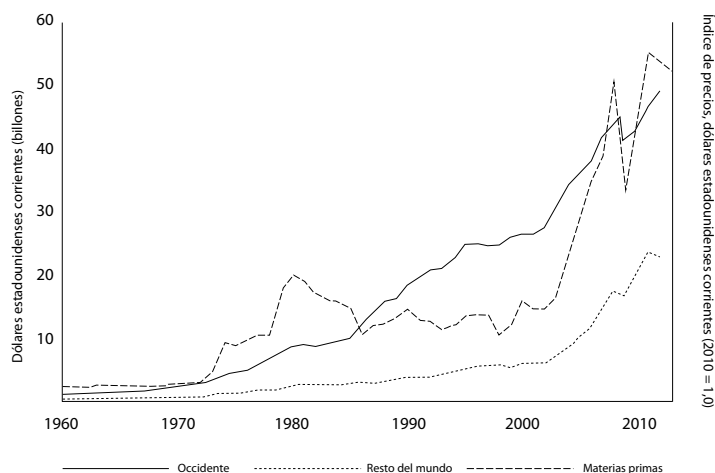
El auge de los BRIC

Si examinamos detenidamente las estadísticas, se revelan tres elementos destacados sobre el «auge del Resto». En primer lugar, buena parte del crecimiento experimentado por estos países está vinculado al denominado «superciclo de las materias primas» que se inició a comienzos de la primera década del siglo XXI (Figura 1). La mayoría de los analistas de la prensa financiera anglo-estadounidense no espera que esta subida exponencial y

¹ Michael Beckley, «China's Century? Why America's Edge Will Endure», *International Security*, vol. 36, núm. 3, 2011, p. 43.

sin precedentes de los precios (379 por 100 desde 2002 hasta 2011) continúe durante la segunda década del nuevo siglo, lo cual tendrá consecuencias alarmantes para la mayoría de estos países, ya que han sido incapaces de escapar a su dependencia de la exportación de materias primas². En segundo lugar, conviene no olvidar que cuatro países son responsables del grueso del progreso realizado por el Resto. Brasil, Rusia, India y China produjeron el 47 por 100 del PIB del Resto en 2002 y el 63 por 100 en 2012. Así pues, a pesar de la atención, a menudo caprichosa, prodigada a muchos mercados emergentes por la prensa financiera en su búsqueda de oportunidades para los inversores occidentales (de Chile a Indonesia, pasando por Turquía y Vietnam), cuando tratamos de cuantificar el cambio en el equilibrio del capitalismo global, resulta evidente que los BRIC son los únicos aspirantes serios. Finalmente, de acuerdo con la Figura 2, China es, sin lugar a dudas, el principal protagonista entre estos Estados: si bien todos ellos tenían niveles de PIB similares a principios de la década de 1990, en 2012 el PIB de China era cuatro veces mayor que el de cualquier otro BRIC.

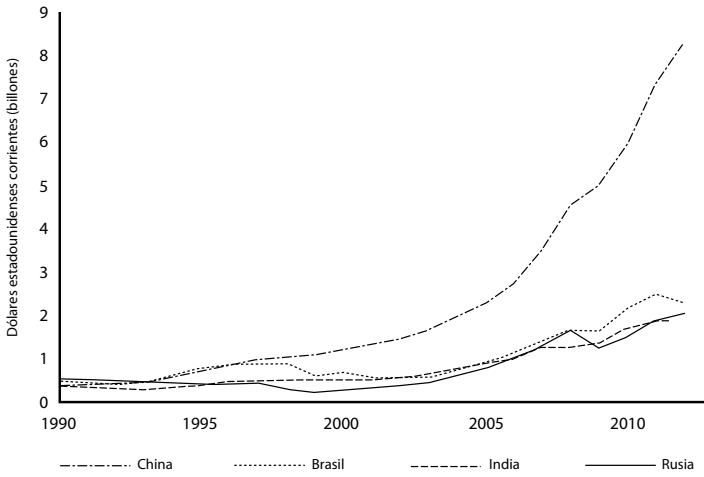
Figura 1: PIB de Occidente y del Resto versus índice de precios de las materias primas, 1960-2012.



Fuente: PIB de Occidente (países de rentas altas) y del Resto (rentas bajas y medias), procedente de data.worldbank.org; índice de precios de IHS, base de datos Global Insight, código de serie: JPRM\$NS@WD.M. Nota: las materias primas incluyen agricultura, energía y metales, pero con una ponderación del 75 por 100 hacia el crudo; el índice de precios incluye la primera mitad de 2013.

² Nótese también que este grado de reacción al índice de precios de las materias primas se remonta solamente a principios de este siglo: anteriormente, la mayoría de los países no desarrollados no estaban lo suficientemente conectados a la economía mundial mediante un crecimiento orientado a la exportación como para mostrarse sensibles a este tipo de fluctuaciones.

FIGURA 2: PIB de los BRIC, 1990-2012.



Fuente: data.worldbank.org.

Como hemos señalado, sin embargo, la contabilidad nacional nos proporciona muy poca información acerca de la estructura de cada economía política en un contexto de globalización y por ello es preciso profundizar mucho más al respecto. El Cuadro 1 muestra los datos recopilados en la lista anual *Forbes Global 2000* de las dos mil sociedades con cotización bursátil más importantes del mundo, clasificadas de acuerdo con una combinación de cuatro parámetros: activos, valor de mercado, beneficio y ventas. Para facilitar la comparación, estas empresas están organizadas en veinticinco grandes sectores, respecto a los que se desagrega el número de empresas y nacionalidades presentes en cada uno de ellos, así como la cuota de beneficio total que les corresponde (obviamente, algunos sectores cuentan más que otros). El Cuadro 1 desvela asimismo las dos principales participaciones nacionales en los beneficios totales, además de las participaciones en los beneficios de las empresas basadas en China y en el resto de los BRIC. En la mayoría de los sectores los datos se refieren a dos años, 2007 y 2013, incluyéndose 2010 cuando existe una variación significativa. Así pues, en cada sector podemos observar los cambios desde el último año completo previo al comienzo de la crisis financiera hasta el último año en el que se dispuso de datos en el momento de escribir este artículo: siete años cruciales durante los cuales se suponía que el Resto había crecido a costa de Occidente.

Antes de examinar atentamente estos datos, deberíamos interrogarnos sobre los criterios que determinan la «supremacía». La mayor parte de los comentaristas se muestra de acuerdo, por ejemplo, en que Estados Unidos ocupó una posición dominante en la economía global durante la década de 1950, una época en la cual su participación en el PIB mundial rondaba el 40 por 100. ¿Cabe deducirse de esto que cualquier proporción inferior a esta cifra no puede ser considerada como «dominante»? También es importante comparar la participación mayor con su inmediata seguidora y considerar el alcance de su ventaja. Si la participación estadounidense en los beneficios disminuye del 40 al 30 por 100 en un sector, mientras que la del segundo país se reduce del 20 al 10 por 100, ¿puede verdaderamente afirmarse que ello representa el «declive de Estados Unidos»? En el primer caso la participación estadounidense duplica la de su inmediato competidor en el segundo, la triplica. Los parámetros que determinan el «declive» y la «supremacía» pueden, por lo tanto, ser un tanto arbitrarios.

Cuadro 1: Participaciones en beneficios nacionales de las principales dos mil empresas, 2007, 2010 y 2013.

| Sector | Año | Núm. de empresas/ países | Beneficio total (millardos de \$.) | Núm. 1 (%) | Núm. 2 (%) | BRICS (%) | China (%/ ranking mundial) |
|--|------|-----------------------------|---------------------------------------|------------|--------------|------------|-------------------------------|
| Industria aeroespacial y defensa | 2007 | 19/8 | 21 | US 55 | R. Unido 25 | 1,4 (B) | 0 |
| | 2013 | 19/7 | 26 | US 54 | R. Unido 21 | 1,2 (B) | 0 |
| Automóviles, camiones y repuestos | 2007 | 41/11 | 54 | Japón 50 | Alem. 21 | 1,1 (IC) | 0,6/9 |
| | 2010 | 19/8 | 10 | US 42 | Japón 17 | 13,9 (IC) | 9/4 |
| | 2013 | 54/14 | 125 | Alem. 45 | Japón 16 | 8 (IC) | 5/5 |
| Banca | 2007 | 295/46 | 383 | US 28 | R. Unido 15 | 8 (BRIC) | 4,3/6 |
| | 2013 | 267/53 | 502 | China 32 | US 15 | 42 (BRIC) | 32/1 |
| Servicios empresariales y personales | 2007 | 56/12 | 26 | US 46 | Japón 21 | 0 | 0 |
| | 2010 | 42/14 | 18 | US 41 | Japón 14 | 12,6 (BIC) | 1/13 |
| | 2013 | 41/9 | 20 | US 54 | R. Unido 9 | 10 (BI) | 0 |
| Casinos, hoteles y restaurantes | 2007 | 31/12 | 23 | US 52 | R. Unido 16 | 0 | 0 |
| | 2013 | 25/10 | 23 | US 56 | HK 12 | 3 (C) | 3/7 |
| Productos químicos | 2007 | 53/17 | 43 | US 31 | Alem. 15 | 0 | 0 |
| | 2010 | 52/19 | 35 | US 27 | Alem. 18 | 8,1 (BRC) | 1,8/15 |
| | 2013 | 65/23 | 74 | US 25 | Alem. 18 | 3 (RC) | 0,5/21 |
| Hardware y software informáticos | 2007 | 80/14 | 97 | US 70 | Corea Sur 2 | 2 (IC) | 0,02/14 |
| | 2013 | 72/14 | 194 | US 72 | 10 | 5 (IC) | 2/4 |
| Conglomerados | | | | | Corea Sur 11 | | |
| | 2007 | 41/17 | 73 | US 50 | Holanda 10 | 0 | 0 |
| | 2010 | 39/17 | 53 | US 45 | HK 13 | 4,6 (B) | 0 |
| | 2013 | 38/18 | 64 | US 48 | HK 12 | 3 (B) | 0 |

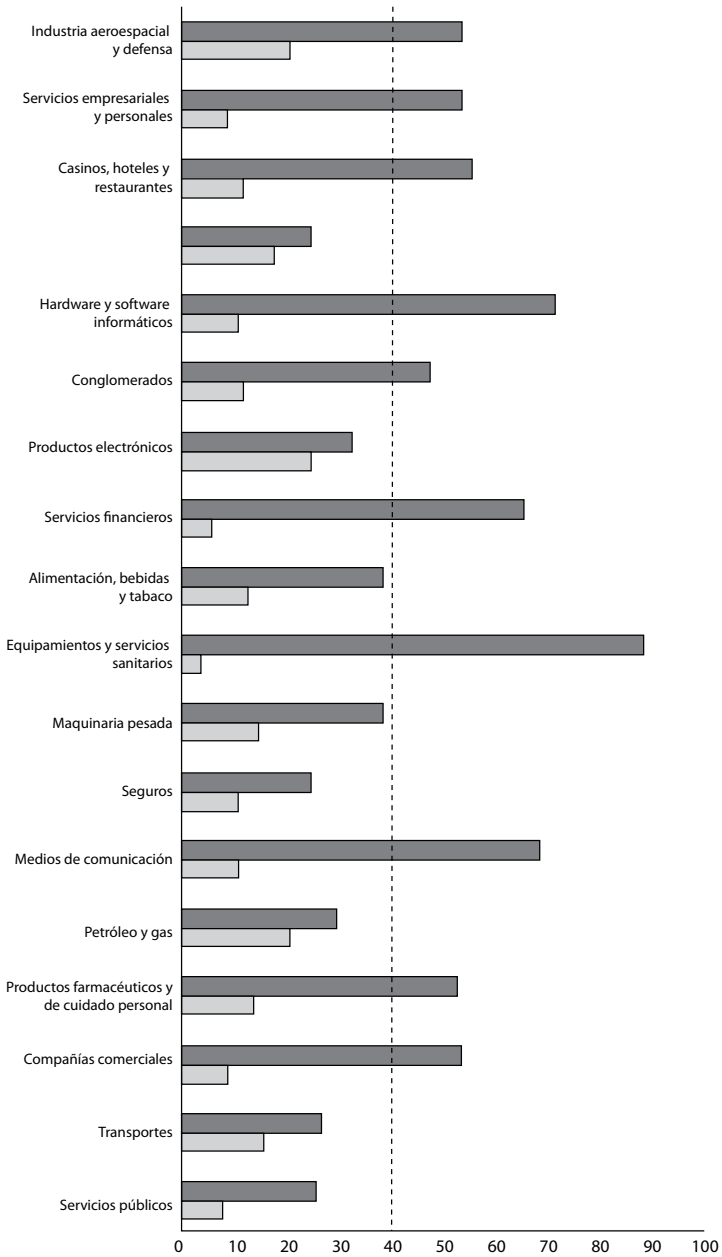
| | | | | | | | |
|--|------|--------|-----|-------------|-------------|------------|---------|
| Construcción | 2007 | 78/23 | 43 | Francia 18 | US 17 | 1 (C) | 0,6/19 |
| | 2013 | 69/23 | 37 | China 28 | Francia 15 | 32 (IC) | 28/1 |
| Productos electrónicos | 2007 | 50/11 | 42 | US 39 | Japón 22 | 0 | 0 |
| | 2013 | 49/12 | 52 | US 33 | Taiwán 25 | 3 (C) | 3/6 |
| Servicios financieros | 2007 | 119/25 | 157 | US 47 | Suiza 12 | 0,03 (C) | 0,02/25 |
| | 2010 | 91/30 | 87 | US 52 | Suecia 11 | 4,6 (BIC) | 3/5 |
| | 2013 | 87/26 | 106 | US 66 | Corea Sur 6 | 4 (BIC) | 2/6 |
| Alimentación, bebidas y tabaco | 2007 | 66/23 | 83 | US 43 | R. Unido 18 | 1 (IC) | 0,3/20 |
| | 2013 | 88/27 | 123 | US 39 | R. Unido 13 | 7 (BIC) | 5,3/6 |
| Silvicultura, productos metalúrgicos y minería | 2007 | 107/27 | 117 | R. Unido 14 | US 14 | 22 (BRIC) | 5,5/8 |
| | 2013 | 92/26 | 97 | China 20 | Aus. 19 | 41 (BRIC) | 20/1 |
| Equipamientos y servicios sanitarios | 2007 | 45/6 | 32 | US 89 | Japón 3 | 0 | 0 |
| | 2010 | 43/9 | 34 | US 86 | Suiza 3 | 0,3 (C) | 0,3/8 |
| | 2013 | 40/8 | 51 | US 89 | Irlanda 4 | 0 | 0 |
| Maquinaria pesada | 2007 | 53/12 | 36 | US 39 | Suecia 20 | 5 (IC) | 1,6/8 |
| | 2010 | 61/15 | 28 | US 21 | Suiza 16 | 16 (BIC) | 12/4 |
| | 2013 | 64/15 | 56 | US 39 | Japón 15 | 14 (BIC) | 11/4 |
| Seguros | 2007 | 112/21 | 146 | US 41 | Holanda 9 | 1 (C) | 1,2/10 |
| | 2013 | 99/25 | 109 | US 25 | Suiza 11 | 7 (BC) | 7/5 |
| Medios de comunicación | 2007 | 49/14 | 48 | US 60 | R. Unido 12 | 0 | 0 |
| | 2010 | 41/14 | 39 | US 69 | Francia 8 | 1,1 (B) | 0 |
| | 2013 | 39/10 | 49 | US 69 | R. Unido 11 | 0 | 0 |
| Petróleo y gas | 2007 | 116/32 | 340 | US 36 | Rusia 9 | 21 (BRIC) | 6,3/5 |
| | 2010 | 95/32 | 254 | Rusia 21 | US 19 | 40 (BRIC) | 8,5/4 |
| | 2013 | 115/32 | 410 | US 30 | Rusia 21 | 34 (BRIC) | 7/3 |
| Productos farmacéuticos y de cuidado personal | 2007 | 56/15 | 124 | US 54 | Francia 7 | 0 | 0 |
| | 2013 | 70/18 | 146 | US 53 | Suiza 14 | 1 (BIC) | 0,6/ |
| Bienes raíces | 2007 | 49/9 | 39 | HK 29 | US 22 | 0 | 0 |
| | 2010 | 35/7 | 15 | HK 42 | China 20 | 20 (C) | 20/2 |
| | 2013 | 80/15 | 72 | HK 34 | China 19 | 20 (BIC) | 19/2 |
| Compañías comerciales [trading companies] | 2007 | 115/22 | 88 | US 61 | R. Unido 11 | 0,12 (B) | 0 |
| | 2013 | 119/26 | 122 | US 54 | R. Unido 9 | 3 (BRC) | 1,6/10 |
| Telecomunicaciones | 2007 | 62/35 | 105 | US 18 | HK 9 | 5,3 (BRIC) | 3,3/9 |
| | 2013 | 62/36 | 131 | HK 16 | R. Unido 11 | 6 (BRIC) | 3/8 |
| Sociedades mercantiles | 2007 | 20/6 | 11 | Japón 84 | R. Unido 9 | 0,4 (C) | 0,4/5 |
| | 2013 | 17/6 | 23 | Japón 89 | Corea Sur 4 | 4 (IC) | 2,1/4 |
| Transportes | 2007 | 75/26 | 48 | US 31 | Japón 14 | 5,8 (BC) | 5,1/7 |
| | 2010 | 62/26 | 33 | Japón 22 | US 21 | 12,7 (BC) | 12/3 |
| | 2013 | 62/22 | 50 | US 27 | Japón 16 | 10 (BRC) | 8/3 |
| Servicios de agua, gas y electricidad | 2007 | 112/23 | 117 | US 28 | R. Unido 12 | 5,2 (BRIC) | 1,1/15 |
| | 2013 | 93/26 | 87 | US 26 | Francia 8 | 20 (BRIC) | 4,5/9 |

Fuente: Cálculos del autor a partir de Scott de Carlo (ed.), *Forbes Global 2000*, forbes.com, 2007; 2010; 2013. Nota: se incluyen las cifras correspondientes a 2010 en los sectores con fluctuaciones significativas entre 2007 y 2013; las cifras de beneficio total están redondeadas al millardo; abreviaturas: B = Brasil; C = China; Alem. = Alemania; HK = Hong Kong; I = India; Aus. = Australia; R = Rusia.

La característica más llamativa del Cuadro 1 podría ser el destacado número de sectores en los que las empresas estadounidenses aún mantenían el liderazgo en 2013: dieciocho de un total de veinticinco. De hecho, el liderazgo estadounidense se había *incrementado* en términos absolutos en cinco sectores (servicios empresariales y personales; casinos, hoteles y restaurantes; *hardware* y *software* informáticos; servicios financieros y medios de comunicación), y en términos relativos, como múltiplo de su inmediato competidor, en otros cinco (industria aeroespacial y defensa; alimentación, bebidas y tabaco; maquinaria pesada; comercio minorista y servicios públicos). En otros cinco sectores, el liderazgo estadounidense decayó con la llegada de la crisis financiera, para recuperarse después de 2010. Estos sectores fueron: conglomerados; servicios y equipamientos sanitarios; maquinaria pesada; petróleo y gas; y transportes. La Figura 3 presenta estos datos en forma gráfica y refleja la brecha existente en 2013 entre la participación en los beneficios de Estados Unidos y la de sus competidores más cercanos en los dieciocho sectores en los cuales se mantenía a la cabeza. Si definimos el 40 por 100 como parámetro de la supremacía, de acuerdo con los criterios establecidos anteriormente, las empresas estadounidenses dominan 10 sectores, especialmente los que se sitúan a la vanguardia tecnológica: industria aeroespacial y de defensa; servicios empresariales y personales; casinos, hoteles y restaurantes; *hardware* y *software* informáticos; conglomerados; servicios financieros; equipamientos y servicios sanitarios; medios de comunicación; productos farmacéuticos y de cuidado personal; y empresas comerciales³. Los únicos países restantes que dominan aunque sea un único sector son Alemania, en el sector de automóviles, camiones y piezas, si bien este sector acusa una enorme inestabilidad, y Japón, en el de compañías comerciales. Por otra parte, las posiciones ocupadas por Estados Unidos en los diez sectores restantes han descendido, terminando con la presencia estadounidense en este último sector, un sector que incluye una forma de empresa característica de Japón: el *sogo shosha*.

³ Además, la participación en los beneficios por parte de Estados Unidos asciende al 39 por 100 en alimentación, bebidas y tabaco y en maquinaria pesada.

FIGURA 3: Cuotas de Estados Unidos y de su inmediato competidor, sectores seleccionados, 2013 (%).



Fuente: Véase Cuadro 1.

Sin embargo, el número de sectores en los que las empresas domiciliadas en los BRIC han incrementado sus participaciones en los beneficios durante este periodo es asimismo notable: veintidós de veinticinco⁴. Existen seis sectores en los que el auge de los BRIC ha sido asombroso: la banca (del 8 al 42 por 100 entre 2007 y 2013; la construcción (del 1 al 32 por 100); la silvicultura, los productos metalúrgicos y la minería (del 22 al 41 por 100); bienes raíces (de cero al 20 por 100); agua, gas y electricidad (del 5,2 al 20 por 100); y petróleo y gas (del 21 al 40 por 100 en 2010, si bien en 2013 descendió al 34 por 100). Como era de esperar, China es responsable de buena parte del progreso realizado en los veintidós sectores, sobre todo en la banca (32 por 100), construcción (28 por 100) y bienes raíces (19 por 100). En cambio, los logros de Brasil, Rusia e India se concentran en los sectores vinculados al superciclo de las materias primas, concretamente en los de la silvicultura, los productos metalúrgicos y la minería; el petróleo y el gas; y la banca (en la medida en que los beneficios y las divisas procedentes de las exportaciones de materias primas son depositados en los bancos nacionales).

Al carecer de una diversificación sectorial, estos países continúan expuestos a las fluctuaciones de los precios. Rusia es el más vulnerable en este sentido, puesto que su reactivación económica ha estado impulsada casi completamente por el aumento de los precios de los combustibles fósiles. India y Brasil cuentan con varios nichos industriales aislados; la primera, en el sector de automóviles, camiones y piezas, así como en *hardware* y *software* informáticos (ambos con un 3 por 100); el segundo, en la industria aeroespacial y de defensa (1,2 por 100) y en los conglomerados (3 por 100). Estos bastiones menores apenas amenazan a Estados Unidos, menos aún a las economías occidentales en general. Por otra parte, China se clasifica entre las cinco primeras posiciones del mundo en doce sectores: automóviles, camiones y piezas; banca; *hardware* y *software* informáticos;

⁴ De las tres restantes, la participación de los BRIC ha disminuido en la industria aeroespacial y de defensa desde 2007, mientras que en equipamiento y servicios sanitarios su participación se incrementó desde cero en 2007 hasta 0,3 por 100 en 2010, para volver a caer hasta cero en 2013. Una fluctuación similar se ha producido en los medios de comunicación: desde cero hasta 1,1 por 100 para volver de nuevo a cero. Cabe destacar asimismo que en ocho de los veintidós sectores de «crecimiento» (automóviles, camiones y repuestos; servicios empresariales y personales; productos químicos; conglomerados; servicios financieros; maquinaria pesada; petróleo y gas; transportes) se ha producido un declive desde 2010, aunque la participación en los beneficios correspondiente a 2013 continúa siendo más elevada que la de 2007, lo cual debería invitar a una mayor cautela entre los economistas proclives a efectuar pronósticos lineales.

construcción; silvicultura, productos metalúrgicos y minería; maquinaria pesada; seguros; petróleo y gas; bienes raíces; telecomunicaciones (con China Mobile cotizando en Hong Kong, pero con sede en China); compañías comerciales; y transportes. Estos extraordinarios avances constituyen la verdadera historia que se oculta tras el «ascenso del Resto».

Los desafíos de China

Si examinamos, no obstante, el progreso realizado por China más detenidamente, su reciente poderío industrial podría no ser tan impresionante como sugieren las apariencias. La economía política del país presenta una serie de características peculiares. La inversión pública desempeña un papel excepcionalmente amplio: el Estado chino canaliza la financiación, por medio de sus principales bancos, hacia la construcción, la industria pesada y los productores de materias primas, todos los cuales son de propiedad pública, incrementando los beneficios de estas empresas hasta las cotas más altas a escala mundial. En 2008-2009, Pekín respondió a la crisis global introduciendo un estímulo solo superado por el de Estados Unidos, lo cual fortaleció aún más sus empresas públicas (como puede observarse en algunos sectores del Cuadro 1). Numerosos observadores, sin embargo, incluidas las propias elites del Partido Comunista de China, consideran que este modelo es insostenible, especialmente cuando la deuda china continúa creciendo y la sobrecapacidad se apodera de numerosos sectores⁵. Una de las grandes incertidumbres del capitalismo global actual es si China será capaz de inclinar la balanza de su economía desde la inversión estatal hacia el consumo interno sin provocar una grave agitación social (y sin desafiar los intereses profundamente arraigados de las elites que están detrás del actual modelo de crecimiento)⁶. Pero en cualquier escenario imaginable, desde la transición controlada hasta el colapso, es muy probable que los beneficios de las empresas públicas vinculadas al modelo de crecimiento impulsado por la inversión disminuyan a lo largo de los próximos cinco años y que, por consiguiente, también lo hagan sus posiciones globales.

⁵ Sobre el «reequilibrio», véase Nicholas R. Lardy, *Sustaining China's Economic Growth After the Global Financial Crisis*, Washington DC, 2012. El ratio total deuda/PIB de China (incluida la «financiación en la sombra») se incrementó desde alrededor del 120 hasta más del 200 por 100 entre 2008 y junio de 2013; Simon Rabinovitch, «China Pulls Back From Brink of Severe Cash Crunch», *Financial Times*, 21 de junio de 2013. En cuanto a la sobrecapacidad, véase Cámara de Comercio de Europa en China, *Overcapacity in China: Causes, Impacts and Recommendations*, Pekín, 2009; y Jamil Anderlini, «Chinese Industry: Ambitions in Excess», *Financial Times*, 16 de junio de 2013.

⁶ Véase Hung Ho-Fung, «China se estanca», *NLR* 81, mayo-junio de 2013.

Otra peculiaridad china radica en la siguiente paradoja: entre las principales economías, es al mismo tiempo una de las más cerradas y también una de las más abiertas al capital extranjero. Para ser más precisos, ciertos sectores son cerrados, autárquicos y, en su mayoría, públicos, mientras que otros se orientan en la dirección opuesta, combinando empresas públicas y privadas, tanto extranjeras como domésticas. Esta estructura de dos niveles explica por qué las empresas chinas están a la cabeza en ciertas áreas mientras que en otras están muy a la zaga. China rebasó a Estados Unidos en 2011 al convertirse en el mayor mercado mundial de ordenadores personales, pero, sin embargo, la participación china en los beneficios en el sector de *hardware* y *software* informáticos es de un mísero 2 por 100, apenas apreciable si lo comparamos con la participación estadounidense, que asciende al 72 por 100. Asimismo, a pesar de haberse convertido en 2009 en el mayor mercado mundial de automóviles, su participación en los beneficios del sector automovilístico, camiones y repuestos permanece estancada en el 5 por 100, en tanto que los tres grandes países productores (Alemania, Japón y Estados Unidos) engullen más de la mitad de los beneficios del mismo. Incluso en la propia China, las empresas extranjeras tienen una cuota de mercado conjunta superior al 70 por 100, siendo Volkswagen y General Motors los protagonistas absolutos⁷. De este modo, dos décadas de inversiones a gran escala en su industria automovilística por parte del Estado chino se han saldado con un fracaso.

No es este el único sector en el cual las empresas occidentales, sobre todo estadounidenses, dominan el territorio chino: Pepsi y Coca-Cola representan el 87 por 100 de las ventas de refrescos en este país; Google Android ha hecho desaparecer la competencia en los sistemas operativos de *smartphones* rivales, aumentando su cuota de mercado del 0,6 al 86,4 por 100 entre 2009 y 2012; y Wal-Mart, por su parte, controla el 8 por 100 del comercio minorista chino, con diferencia la porción más grande de un mercado altamente fragmentado, que cuenta con más de medio millón de empresas disputándose los primeros puestos. Boeing suministra solo más de la mitad de la flota aeronáutica comercial china⁸. Por consiguiente,

⁷ Patti Waldmeir, «China Reintroduces Historic Car Brands», *Financial Times*, 22 de abril de 2012.

⁸ Alan Rappeport, «Pepsi to Sell Chinese Bottling Operations», *Financial Times*, 4 de noviembre de 2011; Katherin Hille, «China Report Warns on Google Dominance», *Financial Times*, 5 de marzo de 2013; Woke Li, «Robust Domestic Market is Teeming with Competitors», *China Daily*, 25 de agosto de 2011; Simon Rabinovitch, «China's COMAC Confronts Aircraft Duopoly», *Financial Times*, 23 de septiembre de 2011. Véase también Edward Steinfeld, *Playing Our Game: Why China's Rise Doesn't Threaten the West*, Oxford, 2010.

si China verdaderamente logra reorientar su modelo de crecimiento hacia el consumo doméstico, muchas empresas estadounidenses se encontrarán en una posición ventajosa para beneficiarse de ello.

Como hemos señalado anteriormente, desde 2004 China es el mayor exportador mundial de productos electrónicos, incluidos los equipos informáticos. Sin embargo, su participación en los beneficios del sector electrónico solo alcanza un 3 por 100, muy lejos del 25 por 100 de Taiwán, y más lejos aún del 33 por 100 acumulado por las empresas estadounidenses. El caso de Hon Hai Precision Industry refleja hasta qué punto puede ser limitada la contabilidad nacional para medir el poder en la era de la globalización. A través de su filial Foxconn, de la que es su único propietario, Hon Hai es el mayor empleador privado de China, con más de un millón de trabajadores en nómina, y su mayor exportador. Es también el principal fabricante por contrato de la industria electrónica mundial. La empresa realiza el ensamblaje final para un grupo de empresas de alta tecnología, desde Cisco, Dell y Hewlett-Packard hasta Microsoft, Sony y Nintendo, sin olvidar los iPad y los iPhone de Apple, cuya gran mayoría se ensamblan en las instalaciones de Foxconn. Sin embargo, sus propios beneficios en 2013 fueron de «tan solo» 10,7 millardos de dólares; una cuarta parte de los obtenidos por Apple y una pequeña fracción del conjunto de beneficios obtenidos por las empresas occidentales y japonesas cuyos productos ensambla. Resulta fácil percibir por qué. En 2010, los componentes del iPhone 3 costaban a Apple 172,46 dólares (de los cuales, dos tercios estaban destinados a la japonesa Toshiba, la alemana Infineon y la surcoreana Samsung), mientras, el ensamblaje final costaba a la empresa solamente 6,50 dólares (que iban a parar en su totalidad a Foxconn)⁹. Dependiendo del precio de venta al público, el beneficio obtenido por Apple de cada teléfono podría alcanzar cientos de dólares. Esta posición dominante deriva del control que ejerce la empresa estadounidense sobre la cadena de suministro global, así como del hecho de ser propietaria de los «módulos» de mayor valor (marca, mercadotecnia, innovación, investigación y desarrollo). Los fabricantes por contrato como Hon Hai tratan de escalar la cadena de valor, puesto que su ventaja competitiva deriva en buena medida del recorte de costes, lo cual reduce su capacidad para asumir los riesgos asociados al desarrollo de sus propios diseños de marca y de sus campañas

⁹ Cálculos del autor a partir de Yuqing Xing y Neal Detert, «How the iPhone Widens the United States Trade Deficit with the People's Republic of China», *ADB Working Paper* 257, Tokio, Asian Development Bank Institute, 2010, p. 2.

globales de marketing¹⁰. Además, el propio control de Hon Hai no está en manos chinas: fue fundado por el multimillonario taiwanés Terry Gou, que continúa siendo su mayor accionista. Por consiguiente, es más que dudoso que China logre igualar los resultados de las empresas de alta tecnología taiwanesas o coreanas, por no mencionar a las estadounidenses, líderes del mercado. De acuerdo con las cifras de las aduanas chinas correspondientes a 2010, tres cuartas partes de las doscientas principales empresas exportadoras de la RPCh son extranjeras¹¹.

Propiedad e innovación

Aunque de lo que se ha dicho hasta ahora se desprende con claridad que las empresas estadounidenses todavía ocupan las cotas dominantes del capitalismo global, ello nos invita a plantearnos otra pregunta: ¿quién es el propietario de esas empresas? Otro debate suscitado a partir de la globalización del capital se refiere a la posible aparición de una «clase capitalista transnacional». Si asumimos que la propiedad de las empresas estadounidenses está diseminada globalmente, ¿en qué sentido puede afirmarse que la salud de esas empresas representa el «poder estadounidense»? Me limitaré a abordar un aspecto de esta controversia: la supuesta dispersión de la propiedad que proporciona el argumento definitivo a la mayoría de quienes propugnan que estamos asistiendo al nacimiento de una clase capitalista transnacional¹². De acuerdo con mis cálculos a partir de la base de datos Bloomberg Professional, en julio de 2013 un promedio del 85 por 100 de las principales cien empresas de Estados Unidos –de acuerdo con la clasificación de Forbes– eran de propiedad estadounidense. La naturaleza de los mayores accionistas varía considerablemente de una a otra empresa, y abarca individuos y fideicomisos familiares, fondos de inversión y otros gestores de patrimonios. Entre estos últimos, tan solo un 2 por 100 de los activos gestionados por las empresas de servicios financieros estadounidenses procedía de inversores sin residencia legal o domicilio fiscal en el país¹³.

¹⁰ Véase Peter Nolan y Jin Zhang, «La competencia global después de la crisis financiera», *NLR* 64, julio-agosto de 2010.

¹¹ «Foreign Firms Main Force Backing China's Export Recovery», *Xinhua News*, 20 de abril de 2010.

¹² Leslie Sklair, *The Transnational Capitalist Class*, Oxford, 2001, p. 142; William Robinson, *A Theory of Global Capitalism: Production, Class, and State in a Transnational World*, Baltimore, 2004, p. 131; Jerry Harris, «Outward Bound: Transnational Capitalism in China», *Race & Class*, vol. 54, núm. 1, julio-septiembre de 2012. Para una réplica esencial, véase Leo Panitch y Sam Gindin, *The Making of Global Capitalism: the Political Economy of American Empire*, Londres y Nueva York, 2012.

¹³ Boston Consulting Group, *Global Wealth 2013*, Boston 2013, p. 21.

Teniendo en cuenta que las empresas estadounidenses, que pertenecen mayoritariamente a residentes estadounidenses, asumen el liderazgo en tantos sectores diferentes, no es de extrañar que la mayor parte de los millonarios del mundo, con diferencia, proceda de Estados Unidos (Cuadro 2). China representa el único país del Resto que cuenta con una participación nacional significativa (y creciente), desafiando el puesto número dos que ostentaba Japón en 2012¹⁴.

CUADRO 2: *Participaciones nacionales de los hogares millonarios del mundo (%)*.

| | 2007 | 2010 | 2012 |
|-----|---------------------|---------------------|---------------------|
| 1. | Estados Unidos 45,6 | Estados Unidos 41,8 | Estados Unidos 42,5 |
| 2. | Japón 8,4 | Japón 12,2 | Japón 10,6 |
| 3. | Reino Unido 6,2 | China 8,9 | China 9,4 |
| 4. | Alemania 4,3 | Reino Unido 4,6 | Reino Unido 3,7 |
| 5. | China 3,7 | Alemania 3,2 | Suiza 2,9 |
| 6. | Francia 3,3 | Suiza 2,6 | Canadá 2,7 |
| 7. | Italia 3,1 | Taiwán 2,2 | Alemania 2,7 |
| 8. | Suiza 2,3 | Italia 2,2 | Taiwán 2,3 |
| 9. | Taiwán 2,2 | Francia 1,7 | Italia 2,0 |
| 10. | Australia 1,8 | Hong Kong 1,6 | Francia 1,9 |

Fuente: Cálculo del autor a partir de Boston Consulting Group, *World Wealth Report*, Boston, 2008, p. 23; 2010, p. 9; 2013, p.12. Nota: «Hogares millonarios» son aquellos con activos gestionados por valor de ≥ 1 millón de dólares, excluyendo la vivienda habitual.

Para identificar las futuras tendencias de la distribución del poder económico global, un factor importante que tendremos que considerar es si la balanza de la innovación se está inclinando de Occidente hacia el Resto. El Cuadro 3 muestra las participaciones nacionales en gasto I+D de las 1.402 empresas líderes mundiales en 2007 y de las principales 1.500 en 2011¹⁵. Mientras la participación estadounidense disminuyó, la de Japón se incrementó, asegurando que la suma de ambos países juntos representaban la misma proporción (56,8 por 100) tanto en 2007 como en 2011. De este modo, aunque el «Resto del mundo» (una categoría que incluye a Corea del Sur, Australia y Suiza) ha ampliado su participación desde un 10,9 hasta un 14,9 por 100 en el mismo periodo, ocupando China ahora

¹⁴ Sin embargo, buena parte de este movimiento puede atribuirse a las fluctuaciones monetarias y no a un crecimiento o un declive orgánicos.

¹⁵ No está claro por qué la Unión Europea solo agrupó a las principales 1.402 en 2007; en el momento de escribir este artículo, 2011 es el último año del que disponemos de datos.

el tercer puesto en este grupo de países, es muy poco probable que el liderazgo tecnológico de Japón y Estados Unidos esté amenazado en el futuro próximo. La Figura 4 ofrece una perspectiva más amplia, a través de una escala temporal de veinticinco años, utilizando patentes triádicas como sustitutas de la innovación¹⁶. Japón y Estados Unidos generaron el 60 por 100 de patentes en 2010, y si bien China ha logrado verdaderos avances en este ámbito (pasando del 0,46 hasta el 1,79 por 100 entre en 2004 y 2010) aún le queda un largo camino por recorrer antes de que podamos hablar de una convergencia verdaderamente significativa entre la economía china y sus rivales más avanzados.

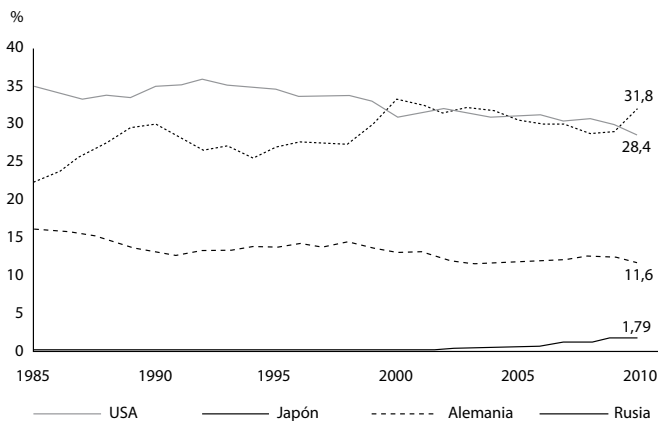
CUADRO 3: *Participación nacional en gasto total en I+D de las principales empresas del mundo.*

| 2007 (%) | | | 2011 (%) | | |
|-----------------|---------------|--------------------|-----------------|---------------|--------------------|
| Estados Unidos | 38,4 | | Estados Unidos | 34,9 | |
| Unión Europea | 32,2 | | Unión Europea | 28,3 | |
| De los cuales: | | | De los cuales: | | |
| | Alemania | 10,9 | | Alemania | 10 |
| | Francia | 6,7 | | Francia | 5 |
| | R. Unido | 5,2 | | R. Unido | 4,4 |
| | Holanda | 2,3 | | Holanda | 2,1 |
| | Suecia | 1,9 | | Suecia | 1,6 |
| Japón | 18,4 | | Japón | 21,9 | |
| Resto del mundo | 10,9 | | Resto del mundo | 14,9 | |
| De los cuales: | no disponible | | De los cuales: | | |
| | | | | Suiza | 4,2 |
| | | | | Corea del Sur | 2,9 |
| | | | | China | 2,7 |
| | | | | Taiwán | 1,4 |
| | | | | Australia | 0,6 |
| Total: | 372,9 | millardos de euros | Total: | 511 | millardos de euros |

Fuente: Joint Research Centre of the European Commission, EU R&D Scoreboard, 2008, p. 29; 2012, p. 39. Nota: La muestra de 2007 incluye a las principales 1.402 empresas y la de 2011, a las principales 1.500.

¹⁶ «Patentes triádicas» son aquellas registradas en la Oficina Europea de Patentes, la Oficina Japonesa de Patentes y la Oficina de Patentes y Marcas de Estados Unidos. Este criterio reduce el número de patentes secundarias en nuestra muestra, aunque no deja de ser un parámetro de innovación bastante aproximado, que mide la capacidad de encontrar aplicaciones comerciales para las tecnologías y la habilidad para sortear la legislación sobre patentes y no los avances técnicos per se.

FIGURA 4: Las tres cuotas principales de patentes triádicas más China, 1985-2010 (%).



Fuente: OCDE, «Patents», *OECD Facebook 2013*, oecd-ilibrary.org.

Perspectivas globales

Las conclusiones presentadas en este artículo dilucidan tres aspectos del sistema capitalista global actual: la supremacía ininterrumpida de Estados Unidos, el extraordinario auge del Resto (y de China en particular) y la estrecha correlación existente entre este auge y el índice de precios de las materias primas. La mayoría de los análisis se centran en el segundo aspecto, asumiendo erróneamente que este se produce a costa del primero. Sin embargo, las empresas estadounidenses lideran la participación en los beneficios de las principales dos mil empresas del mundo en dieciocho de los veinticinco sectores, y ostentan una posición dominante en diez, especialmente en aquellos situados en la frontera tecnológica. Como reflejo de esta hegemonía global, dos de cada cinco hogares millonarios en el mundo son estadounidenses. La disminución de la participación estadounidense en el PIB global (del 40 por 100 en la década de 1950 al 22 por 100 en 2012) no nos habría llevado a anticipar tales cifras. Por lo tanto, resulta esencial avanzar más allá de las cuentas nacionales y estudiar las principales grandes empresas del mundo para hacernos una idea de dónde se concentra verdaderamente el poder económico.

Podemos reconocer la persistencia de la hegemonía económica estadounidense, sin negar la notable expansión del Resto, especialmente de los BRIC, en veintidós de los veinticinco sectores. No obstante, China es el

único país que puede considerarse un serio aspirante a unirse al mundo capitalista avanzado, habida cuenta de sus progresos en una gran variedad de industrias y de su posición, entre las cinco más importantes globalmente, en doce sectores. Si bien algunos mercados emergentes tienen actualmente cierta presencia en ramas de la economía no vinculadas a las materias primas, ninguno puede alardear de la diversidad sectorial de China. Aún así, la RPCh carece de una presencia sustancial en una serie de áreas clave, algunas de las cuales ya están dominadas por empresas extranjeras en el propio país. Hemos analizado las barreras estructurales que impiden un mayor progreso en China, derivadas de su modelo de crecimiento impulsado por la inversión y las exportaciones. Naturalmente, también existen limitaciones de orden social y medioambiental, entre las cuales destacan la demografía y el sistema *hukou*¹⁷.

Asimismo, cabe esperar que se produzca una ralentización de los mercados emergentes, puesto que el superciclo de las materias primas parece haber alcanzado su punto máximo. Esto no quiere decir que el índice de precios de las materias primas vaya a derrumbarse o a permanecer estancado en su nivel actual. Sin embargo, es poco probable que aumente al mismo ritmo que anteriormente, al contrario de lo que suponían numerosas previsiones realizadas inmediatamente después de la crisis financiera global. Los analistas advierten ahora de la «trampa de la renta media»: el aparente techo de cristal con el que chocan los países de renta media cuando tratan de incorporarse al mundo capitalista desarrollado¹⁸. Las naciones con economías políticas diversificadas tendrán mejores oportunidades de escapar a esta ralentización. En este sentido, China es, con diferencia, el aspirante con más posibilidades, aunque deberá hacer frente a retos propios considerables. Así pues, es probable que el papel protagonista que desempeña el capital estadounidense en la economía global perdure algún tiempo más.

¹⁷ La población activa de China empezó a disminuir en 2012: Jamil Anderlini y Ed Cooks, «Chinese Labour Pool Begins to Drain», *Financial Times*, 18 de enero de 2013. Existen alrededor de 220 millones de residentes urbanos con *hukou* (registro de nacimiento) rural; esto quiere decir que están excluidos de servicios urbanos vitales, incluidos los de bienestar social. El auge económico de China ha estado motivado parcialmente por la explotación de esta mano de obra urbana marginada. Eliminar el *hukou* acabaría con un elemento clave del modelo de crecimiento orientado a la exportación del que dependen muchas elites: Kam Chan, «Crossing the 50 Percent Population Rubicon: Can China Urbanize to Prosperity?», *Eurasian Geography and Economics*, vol. 1, núm. 53, enero-febrero de 2012, pp. 63-86.

¹⁸ Barry Eichengreen, Donghyun Park y Kwanho Shin, «When Fast Growing Economies Slow Down: International Evidence and Implications for China», *NBER Working Paper 16.919*, marzo de 2011; Stefan Wagstyl, «IMF: How to Avoid the Middle-Income Trap», *Financial Times*, 29 de abril de 2013.

EL DOBLE AUSENTE

Representaciones de los desaparecidos

LA ÚLTIMA DICTADURA militar en Argentina fue responsable del asesinato violento, sistemático y clandestino de miles de ciudadanos entre 1976 y 1983, un suceso único en la historia del país*. Estos hechos han generado una necesidad social de comprender mejor lo que verdaderamente sucedió durante aquellos años, investigar las causas y las condiciones que hicieron posible este horror. El caso de Argentina constituye un ejemplo reciente de un fenómeno más general, la masacre histórica, que ha preocupado a los historiadores desde la antigüedad clásica, debido a la dificultad inherente a su relato. A continuación trataremos de identificar lo que calificamos como las «fórmulas representacionales» que se han venido empleando para representar las masacres históricas. En primer lugar, definimos lo que es una masacre histórica y presentamos las bases teóricas de nuestros argumentos. Posteriormente, hacemos un seguimiento de la evolución a largo plazo de tres de estas fórmulas –la caza, el martirio y el infierno– hasta el siglo XX. En tercer lugar, ofrecemos una serie de ejemplos que indican la posibilidad de una nueva fórmula: la multiplicación de siluetas y *Doppelgänger*. Finalmente, discutimos algunos de los riesgos asociados a un empeño de este tipo.

I

El concepto de «masacre» se utiliza de maneras diversas en el lenguaje cotidiano, siendo aplicado a situaciones tan dispares como el ataque asesino de un individuo trastornado o una aplastante victoria deportiva. El término «masacre histórica» hace referencia a un fenómeno diferente: el asesinato

* Una versión anterior de este artículo fue presentada en el Wissenschaftskolleg y en el Zentrum für Literatur-und Kulturforschung de Berlín. Quisiéramos agradecer al público sus comentarios y sugerencias.

masivo de un grupo numeroso de personas, generalmente desarmadas y con una capacidad limitada para defenderse. El origen de la palabra se remonta a la Francia del siglo XVI. En el panfleto de 1556 titulado *Histoire mémorable de la persécution et saccagement du peuple de Mérindol et Cabrières*, el término *massacre* fue empleado para describir una campaña de persecución religiosa contra los valdenses locales. Pronto se convirtió en la palabra elegida por los protestantes para narrar los peores episodios de las guerras de religión de Francia, incluido el acontecimiento más espectacular de todos, la masacre del día de San Bartolomé, perpetrada en agosto de 1572. Generalmente, en una masacre histórica, el responsable es un grupo y no un individuo y se emplean métodos excepcionalmente crueles¹. Es más, las víctimas, vivas o muertas, son tratadas con un completo desprecio, en tanto que los autores no tienen que hacer frente a graves riesgos físicos en su empeño. Aunque las masacres históricas resultan difíciles de explicar y las cadenas de causa y efecto aparecen rotas mientras se producen, este tipo de carnicerías se llevan a cabo en espacios físicos y temporales claramente delimitados y las personas responsables pueden identificarse.

Durante el siglo XX surgió un nuevo tipo de asesinato masivo vinculado a las masacres históricas, pero diferente en varios sentidos: el delito de genocidio. La Convención de Naciones Unidas para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio, aprobada en 1948, lo define en estos términos:

Cualquiera de los actos mencionados a continuación, perpetrados con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso, como tal: a) matanza de miembros del grupo; b) lesión grave a la integridad física o mental de los miembros del grupo; c) sometimiento intencional del grupo a condiciones de existencia que hayan de acarrear su destrucción física, total o parcial; d) medidas destinadas a impedir los nacimientos en el seno del grupo; e) traslado por fuerza de niños del grupo a otro grupo².

¹ El historiador francés Jacques Sémelin propone otras diferencias, como las que distinguen entre la «masacre de proximidad» y la «masacre a distancia» (bombardeos, armas incendiarias), la «masacre bilateral» (típica de las guerras civiles) y la «masacre unilateral» (ejecutada por un Estado contra su propio pueblo), la «masacre a gran escala» y la «pequeña masacre», así como la «masacre exhibida», en oposición a la «masacre oculta»: J. Sémelin, «Du massacre au processus génocidaire», *Revue Internationale des Sciences Sociales*, 174, diciembre de 2002, pp. 483-491.

² La definición de genocidio generó un amplio debate entre los especialistas. Dos cuestiones deberían mencionarse. En primer lugar, la omisión de grupos políticos de la lista de víctimas potenciales fue objeto de una intensa discusión; varios países temían poder ser acusados de genocidio si tales grupos eran incluidos. En segundo lugar, una consecuencia de la definición acordada es que tiene que haber una intención clara y verificable de destruir un grupo como tal para que un asesinato masivo sea legalmente considerado genocidio.

Naturalmente, el concepto de genocidio está estrechamente asociado al de la Shoah, pero hay indicios claros que atestiguan que Raphael Lemkin había empezado a desarrollar la idea con anterioridad, teniendo en cuenta el genocidio armenio³. Existen similitudes obvias entre una masacre histórica y un genocidio, pero también diferencias significativas. Entre ellas destaca el hecho de que en un genocidio suele haber un Estado criminal depositario de la responsabilidad colectiva. Por otro, la responsabilidad penal recae sobre los autores individuales y sobre aquellos que ordenaron las matanzas. Es posible que tengan lugar varias masacres históricas en un genocidio, pero la verificación de la existencia de una masacre histórica no significa que se esté produciendo un genocidio.

Las masacres históricas y los genocidios llevan al límite la relación existente entre hecho, verdad y narración en mayor medida que cualquier otro tipo de suceso. Siempre que se han producido intentos deliberados y sistemáticos por destruir a un grupo humano como tal, estos han sido considerados experiencias límite, que desafiaban el conjunto de las categorías éticas, retóricas y analíticas disponibles. Los autores han tratado de ocultar sus acciones, en tanto que los supervivientes y los defensores de las víctimas, tenazmente, han intentado dar testimonio de los hechos. Con ello, han tenido que hacer frente a lo que Saul Friedländer denominaba «los límites de la representación»⁴. En 1923, Aby Warburg sugirió que la magia, el arte y la religión proporcionan un *Denkraum*, un espacio de reflexión, donde podemos aproximarnos a objetos que nos obligan a afrontar nuestros miedos y angustias más profundos, principalmente nuestro miedo a la muerte⁵. A nuestro modo de ver, las representaciones de las masacres y los mecanismos retóricos y estéticos asociados a ellas permiten asimismo la creación de una cierta distancia o *Denkraum*. Estos mecanismos, a su vez, abren la posibilidad de abordar sucesos que de otro modo serían insoportables.

³ Raphael Lemkin, «The Evolution of the Genocide Convention», 1, *Lemkin Papers*, Librería Pública de Nueva York, rollo 2. El concepto de «crímenes contra la humanidad», cercano pero distinto del de genocidio, apareció por primera vez en una declaración conjunta realizada por los gobiernos de Gran Bretaña, Francia y Rusia en 1915, en relación a las masacres perpetradas por las tropas otomanas contra los armenios: Roger S. Clark, «Crimes against humanity at Nuremberg», en George Ginsburg y V. N. Kudriavtsev (eds.), *The Nuremberg Trial and International Law*, La Haya, 1990, p. 177.

⁴ Saul Friedländer (ed.), *Probing the Limits of Representation*, Cambridge (MA), 1992.

⁵ Aby Warburg, *Images from the Region of the Pueblo Indians of North America* [1923], Ithaca, 1995.

Hemos introducido el concepto «fórmulas representacionales» anteriormente, pero es preciso proporcionar una definición más exacta. En cierto modo, el concepto está en deuda con los *Pathosformel* de Aby Warburg, nunca definidos explícitamente, pero presentes en la mayoría de sus obras decisivas⁶. Los *Pathosformeln* no son ahistóricos, ni tampoco constantes antropológicas. Por el contrario, los periodos históricos específicos y las diferentes culturas se caracterizan por conjuntos coherentes de percepciones y sentimientos cuya expresión exige un enfoque formal de cierta consistencia, esto es, principios de configuración que surgen en diferentes ámbitos artísticos y encarnan una amplia variedad de inquietudes culturales. A su vez, estos *Pathosformeln* pueden cambiar y adaptarse, y son objeto de apropiación y posterior modificación. Las fórmulas representacionales son ligeramente diferentes de los *Pathosformeln* en tanto no tienen por qué referirse únicamente a las experiencias primarias históricamente determinadas de la humanidad; en este sentido, resultan más ágiles y más numerosas que los *Pathosformeln*. Desde nuestro punto de vista, una fórmula representacional constituye un conjunto de recursos culturales (palabras, imágenes, *performances*) que han sido configurados históricamente y son, al mismo tiempo, relativamente estables, de modo que resultan fácilmente reconocibles por parte del lector o del observador. Su objetivo consiste en mostrar y aludir a los objetos, figuras, hechos, así como a las relaciones existentes entre ellos, que una sociedad determinada considera elementos fundamentales de su vida y su experiencia común. Las fórmulas representacionales son también objeto de cambio en la medida en que pueden ser modificadas para representar nuevos y diferentes fenómenos y para transmitir significados novedosos, si bien generalmente estos están vinculados a los antiguos. Cuando los vínculos entre los nuevos hechos y las fórmulas existentes son difíciles de identificar o se tornan muy problemáticos, es precisamente cuando podemos encontrarnos ante los límites de la representación.

II

A partir de la investigación de las representaciones de las masacres realizadas en la antigüedad clásica y en la Europa moderna y contemporánea hemos identificado tres fórmulas recurrentes fundamentales, de las cuales solo podemos ofrecer aquí una visión general sintética. La primera es una forma representacional «cinagética» elaborada en la

⁶ Véase Carlo Ginzburg, «Le forbici di Warburg», en Maria Luisa Catoni (ed.), *Tre figure. Achille, Meleagro, Cristo*, Milán, 2013.

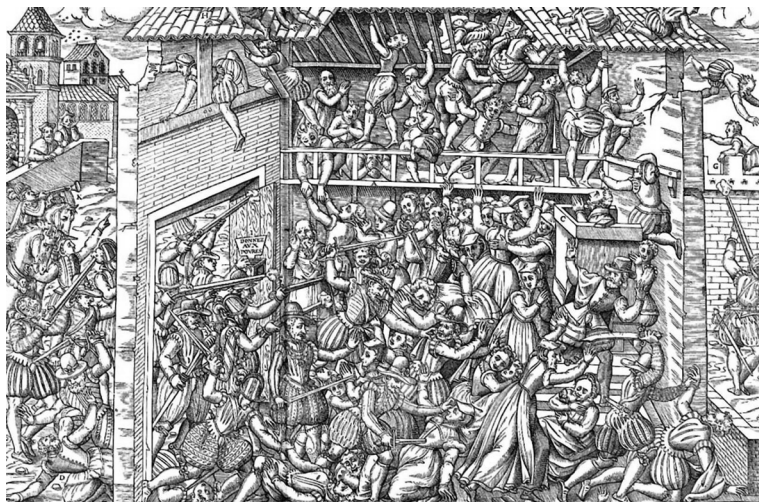
antigua Grecia, que ha sido utilizada para describir el comportamiento y el carácter de los autores y de las víctimas como cazadores y cazados. En la antigüedad clásica, por ejemplo, Apiano narró los asesinatos que se produjeron durante el Segundo Triunvirato en el año 43 a. C. y describió a los autores de la masacre como «perros de caza»⁷. La influencia del texto de Apiano es evidente en posteriores representaciones de estos sucesos. Por ejemplo, en las pinturas de Antoine Caron sobre este tema, realizadas entre 1560 y 1566, la brutalidad de los autores, la macabra acumulación de cabezas, las víctimas indefensas (todo ello presente en el texto de Apiano) reflejan la ferocidad animal de los tiranos. En 1573, el hugonote François Dubois pintó *La matanza de San Bartolomé*: las poses, los movimientos, la colocación, el espacio urbano de París, todo resulta sorprendentemente parecido a sus equivalentes romanos de la obra de Caron (véanse las figuras 1 y 2). En ambos casos, la metáfora cinagética reaparece en la descripción de los autores. Por otra parte, en 1516, en al menos dos pasajes de *De Orbe Novo*, Pedro Mártir de Anglería relata la huida de los indios, quienes escapaban de los conquistadores «como liebres perseguidas por perros de caza»⁸.

FIGURA 1: Antoine Caron, *Les massacres du Triumvirat (Beauvais version)*, 1560 (detalle).



⁷ Apiano, *Guerras civiles*, Libro IV, Cap. 3, § 14.

⁸ Pedro Mártir de Anglería, *De Orbe Novo*, Década I, Libro I; Década IV, Libro V. Gracias a Carlos Enrique Castilla por la traducción e interpretación de estos pasajes, que hemos tomado de su tesis doctoral, *La versión española de De rebus oceanicis et Novo Orbe Decades de Pedro Mártir de Anglería: Estudio de las operaciones discursivas del traductor*, Universidad Nacional de Tucumán, febrero de 2010, pp. 185-187.

FIGURA 2: François Dubois, *Le massacre de la Saint-Barthélémy*, 1573.FIGURA 3: Jacques Tortorel y Jean Perrissin, *Le massacre fait à Vassy*, en *Quarante Tableaux*, 1569-1570.

En la Edad Media apareció una nueva fórmula del martirio colectivo. En el siglo XIV, las escenas de martirios se convirtieron en la representación por antonomasia de la desesperación. Los asesinatos masivos bíblicos, especialmente la masacre de los Santos Inocentes, se utilizaron también como puntos de referencia a la hora de reflejar sucesos contemporáneos, como los horrores atribuidos a los turcos en Constantinopla o el saqueo de Otranto (por ejemplo en la *Masacre de los Santos Inocentes* de Matteo di Giovanni, de 1495). Esta fórmula se

convirtió en un modelo para la representación de masacres presentes y pasadas, como puede verse en la serie de veinticuatro *tailles-douces* sobre las guerras civiles francesas diseñadas por Jean Perrissin y grabadas por Jacques Tortorel en 1569 (Figura 3).

FIGURA 4: *Las matanzas de la Liga Católica en París, 1588, 1590.*



En tercer lugar, se ha utilizado una metáfora infernal, en algunos casos para identificar a las víctimas con demonios, y en otros para describir la experiencia de la propia masacre. Esta fórmula surgió en el siglo XVI y pronto se convirtió en una de las formas más potentes de representar los asesinatos masivos. En 1572, Giorgio Vasari fue contratado para finalizar la decoración de la Sala Regia en el Vaticano. El artista trató de representar los conflictos de su tiempo, en una época en la que estaba en juego la causa católica; por este motivo, junto a la vista panorámica de la batalla de Lepanto, incluyó tres frescos que mostraban escenas de las guerras religiosas de Francia. En este caso, la forma representacional cinagética no aparecía, sino que se veía sustituida por una infernal. Los frescos que representan el asesinato del almirante Coligny muestran al ángel exterminador del libro de Samuel sobrevolando la escena: los autores de la masacre no están animalizados, pero las víctimas son convertidas en demonios⁹. Sin embargo, existe también un uso diferente de la fórmula infernal, uno que condena a los autores y no a las víctimas, que es el que finalmente predominó. Un ejemplo de ello puede

⁹ Angela Böck, *Die Sala Regia im Vatikan*, Zúrich, 1997.

contemplarse en un pliego impreso que data de 1590, conservado en la Staatsbibliothek de Berlín, que muestra a figuras bestializadas de la Liga Católica masacrando protestantes en París durante las guerras francesas de religión (véase la Figura 4). La genealogía de esta fórmula se remonta a Bartolomé de las Casas, quien, en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552), describe varios aspectos de la conquista de México y Sudamérica con referencias al infierno. Un pasaje que hace referencia a las masacres que tuvieron lugar en Nueva España dice: «Tras numerosos ataques injustos contra la población nativa y masacres infernales en el transcurso de las cuales, y sin mediar provocación alguna, fue responsable de una carnicería a gran escala, [este capitán español] procedió a imponer en toda la zona el reino del terror tan del gusto de los carniceros españoles del Nuevo Mundo»¹⁰. Las metáforas empleadas por el dominico fueron reflejadas en los grabados de Theodore de Bry para la primera edición ilustrada de la *Brevísima relación* en 1598. Las Casas parece ser el primer escritor que describe sistemáticamente una experiencia terrenal como un infierno en vida, sin atribuir tacha moral alguna a las víctimas. Es posible que haya sido el comienzo de un proceso que habría de completarse solo en el siglo XVII, a lo largo del cual el infierno perdió sus cualidades sobrenaturales y se convirtió en una creación humana, carente de connotaciones teológicas y escatológicas¹¹.

Estas tres fórmulas no han desaparecido en la historia más reciente, pero se han tornado cada vez más inadecuadas para representar la enormidad de los delitos masivos y violentos. De hecho, podría afirmarse que las sucesivas apariciones de las fórmulas representacionales discutidas más arriba fueron provocadas por los límites a la representación que se alcanzaron en cada época. Frente al problema que suponía representar lo que era casi imposible representar, los artistas, escritores e historiadores recurrieron a nuevas metáforas en un intento por encontrar alguna forma de relatar y describir las masacres. Pero las fórmulas que utilizaron a su vez resultaron insuficientes al ser confrontadas con otros crímenes aún más graves. Los genocidios del siglo XX y las carnicerías que supusieron las guerras mundiales de nuevo pusieron a prueba los mecanismos existentes de representación: caza, martirio e infierno fueron utilizados, pero ya no eran capaces de transmitir la auténtica dimensión de las masacres.

¹⁰ Bartolomé de las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Londres, 1992, pp. 68-69; traducción modificada.

¹¹ Véase Daniel Walker, *The Decline of Hell*, Londres, 1964.

Dos ejemplos ilustran esta afirmación. *Maus*, de Art Spiegelman, regresó al antiguo género de la fábula para relatar el horror de la Shoah: los animales se convirtieron en los actores colectivos del genocidio judío en Europa¹². Los judíos fueron transformados en ratones, los nazis en gatos, los polacos en cerdos, los americanos en perros y así sucesivamente. Naturalmente, la familiaridad que nos une con el formato de la fábula ha provocado una estrecha identificación del mundo emocional de los animales con el de los humanos; el sufrimiento de los primeros representa el sufrimiento de los segundos y viceversa. En *Maus*, la asimilación de ambos desemboca en un arabesco paradójico (animal-humano-animal) cuando el hombre-ratón judío muere «extrañamente», «como ese perro». Pero hay dos momentos en la historia donde la fábula animal se interrumpe para incluir episodios con personajes humanos: el suicidio de Anja, la madre de Spiegelman, y la escena que muestra la cólera con la cual Art recibe el éxito de la primera parte de su libro. En ambas ocasiones, la fórmula infernal llega a dominar la representación. Posiblemente, también merece la pena destacar en este momento que la primera reacción de los soldados aliados que liberaron los campos de concentración al concluir la guerra fue describir lo que presenciaron como un «infierno». *Maus*, por lo tanto, parece oscilar entre dos fórmulas: la cinegética (gatos que cazan ratones) y la infernal, pero esta misma inestabilidad sugiere que ninguna de las dos es totalmente idónea.

Un segundo ejemplo, más reciente, es el de la película de animación *Vals con Bashir* (2008), de Ari Folman y David Polonski, que narra el intento de Folman por recuperar sus recuerdos de la invasión israelí del Líbano durante 1982, en la que participó como soldado cuando tenía 19 años. En un momento del relato, un psicólogo al que acude en el presente cuenta la historia de un soldado israelí, fotógrafo de profesión, que había logrado soportar la guerra convenciéndose a sí mismo de que estaba viendo todo a través de la lente de la cámara, creando una distancia que, en términos warburgianos, evitaba que los hechos le hicieran daño. Sin embargo, esta construcción se derrumba cuando asiste a la innecesaria masacre de unos caballos árabes en el hipódromo de Beirut. Los caballos han sido sacrificados por miembros de las milicias falangistas, aliados de los israelíes, cuando estos se dirigían hacia los campos de refugiados palestinos de Sabra y Shatila. La total inocencia de los animales que

¹² Art Spiegelman, *Maus: A Survivor's Tale: I. My Father Bleeds History, and II. And Here My Troubles Began*, Nueva York, 1986 y 1991. La primera versión del cómic apareció en 1972; lo que luego se convirtió en novela gráfica fue serializado en 1980-1991.

yacían en el suelo simboliza la inocencia de los refugiados que habrían de ser asesinados poco después. Desde tiempos remotos, las referencias a la caza han estado asociadas frecuentemente a una profunda simpatía por el dolor de los animales cazados, y ello en parte explica la atracción que ejerce la fórmula cinegética. Sin embargo, aunque la asociación del sufrimiento humano y animal presente en *Vals con Bashir* podría considerarse todavía como una reafirmación de la fórmula, las abrumadoras imágenes de la muerte no dejan lugar a un *Denkraum* [espacio de reflexión] ni a la posibilidad de una representación estable. Todo ello sugiere que ahora la fórmula es apenas capaz de contener el crimen.

Quizá sea exagerado afirmar que ha surgido una fórmula representacional completamente nueva; no obstante, se han realizado experimentos con otras posibilidades estéticas, principalmente a través del uso de siluetas. En Argentina, la dictadura militar estableció una maquinaria clandestina que reprimió brutalmente la disidencia social y política, en parte mediante lo que pronto habrían de llamarse *desapariciones*: el secuestro, encarcelamiento, tortura y asesinato de miles de personas, cuyo destino en muchos casos continúa siendo desconocido. Desde que se llevó a cabo una enorme manifestación conocida como *El siluetazo*, que tuvo lugar durante los últimos meses del régimen militar, el 21 de septiembre de 1983, las siluetas se han convertido en uno de los principales símbolos de los *desaparecidos*. Tres artistas, Rodolfo Aguerreberry, Guillermo Kexel y Julio Flores, contactaron con la asociación de madres de los desaparecidos, las Madres de la Plaza de Mayo, y juntos organizaron una *performance* en la que los transeúntes posaban como modelos de siluetas que simbolizarían a los *desaparecidos*¹³. Los habitantes de Buenos Aires prestaron sus cuerpos vivos de modo que los contornos de los ausentes pudieran dibujarse sobre papel y distribuirse por toda la ciudad (Figura 5). De acuerdo con los propios artistas, la idea fue inspirada por un póster publicado en el *Correo* de la UNESCO en octubre de 1978, donde el artista polaco Jerzy Skapski representaba a las personas que morían todos los días en Auschwitz como una cadena de siluetas. *El siluetazo* constituyó el punto de partida de una larga tradición, todavía viva, en la que los *desaparecidos* son representados de la misma forma. A modo de ejemplo, el edificio de la Escuela de Mecánica de la Armada, en el corazón de Buenos Aires, sirvió durante la dictadura como campo

¹³ Para consultar la colección de documentos, testimonios y debates sobre el legado del evento, véase Ana Longoni y Gustavo Bruzzone (eds.), *El siluetazo*, Buenos Aires, 2008.

de detención, tortura y asesinato. En 2005, fue convertido en un *lieu de mémoire*. Desde entonces, la valla que lo rodea ha quedado cubierta con docenas de siluetas, algunas coloreadas en tonos oscuros y otras grabadas con los nombres de desaparecidos.

FIGURA 5: *El siluetazo*, Buenos Aires, 1983.



Este mecanismo visual se ha extendido también al vecino Chile. En el sótano de un museo dedicado a los derechos humanos y la memoria de la dictadura de Pinochet, inaugurado en Santiago en 2010, los arquitectos brasileños construyeron una cámara subterránea en la cual Alfredo Jaar creó una instalación denominada *La geometría de la conciencia*. Tras descender a una habitación oscura, el visitante se enfrenta a un muro de siluetas luminosas, que representan tanto a las víctimas del régimen militar como a los supervivientes. De pronto, las luces se apagan, pero las figuras permanecen en las retinas de los espectadores. El paso de la luz a la oscuridad indica metafóricamente la relación existente entre presencia y desaparición, entre ausencia y memoria. La multiplicación de siluetas y la alternancia de luz y sombra producen una sensación abrumadora y siniestra, que refleja implícitamente la escala del asesinato masivo y el daño que supuso para la sociedad chilena. Al mismo tiempo, la ubicación de la obra de arte y su inclusión de las víctimas y de los supervivientes podría llevarnos a interpretar *La geometría de la conciencia* como un ritual funerario. La misma situación de los *desaparecidos* está definida por el hecho de que sus familias no pudieron identificar ni enterrar los cadáveres de sus seres queridos.

También el cine nos ofrece ejemplos relevantes. El título de la película de 1999, *Garage Olimpo*, dirigida por Marco Bechis, alude a uno de los centros de detención y tortura del régimen militar argentino. La protagonista es una activista política capturada por la junta. Al final de la película, vemos como es lanzada al océano desde un avión militar; pero no vemos su cuerpo, tan solo una sombra moviéndose apenas. La película de Patricio Guzmán de 2010, *Nostalgia de la luz*, ofrece otra muestra. Cerca del final, contemplamos docenas de fotografías de desaparecidos chilenos, algunos a la luz del sol y otros cubiertos por las sombras de los árboles que se mueven al viento. Guzmán cuenta la historia de algunas mujeres que han estado buscando a sus seres queridos durante décadas en el desierto de Atacama, personas que fueron secuestradas por la dictadura de Pinochet durante la «Caravana de la Muerte» de 1973. Todo lo que las mujeres pudieron encontrar de sus parientes fueron fragmentos de huesos. La película termina con una imagen que refleja la búsqueda interminable de las mujeres: la silueta de una de ellas frente a la puesta de sol en medio del desierto.

Hemos visto, pues, que un conjunto particular de sucesos (las desapariciones y los asesinatos asociados a ellas) han sido sistemáticamente representados mediante el uso de un recurso estético específico: la multiplicación de contornos de cuerpos humanos. Sin embargo, la destrucción de vidas e identidades individuales que constituye el núcleo del fenómeno de la desaparición de personas es también una de las principales características de otras masacres históricas que se han producido durante el último siglo. ¿Nos permite este denominador común lanzar la hipótesis de que la silueta podría ser una de las principales fórmulas para la representación de las masacres contemporáneas de manera más general? De hecho, este mecanismo se ha utilizado de manera amplia en los *lieux de mémoire* alemanes vinculados a la Shoah. En algunos casos, se ha empleado directamente. Józef Szajna, un superviviente polaco de Buchenwald, participó en la edición de 1970 de la Bienal de Venecia con su instalación *Reminiscencias*, en la que podemos ver siluetas íntegras, siluetas vacías, y otras pintadas con las rayas de los uniformes del *Lager*. A finales de la década de 1990, Szajna concibió diversas instalaciones que habrían de añadirse al Memorial de Buchenwald en las que un conjunto de siluetas de diferentes tamaños realizadas con cartón y madera formaban una multitud¹⁴. En Berlín, en la estación Grunewald S-Bahn, se levanta un monumento que rinde homenaje a las víctimas que fueron enviadas a los guetos, a los campos de concentración y a los campos

¹⁴ Ingrid Scheurmann y Volkhard Knigge (eds.), *Josef Szajna: Kunst und Theater*, Göttingen, 2002.

de exterminio desde aquel mismo lugar: *Gleis Siebzehn*. En 1991, el escultor polaco Karol Broniatowski excavó el muro delante de la estación creando siete formas humanas huecas que podrían muy bien describirse como siluetas tridimensionales.

Pero no son solamente siluetas, en el sentido estricto del término, lo que se ha utilizado a tal efecto en Berlín. El *Monumento a los judíos de Europa asesinados*, construido por Peter Eisenman y Buro Happold entre 2003 y 2004, es una vasta extensión de grises estelas de cemento cerca de la puerta de Brandenburgo. Puede producir un efecto fantasmal similar al que se crea cuando los visitantes alcanzan a ver a la gente caminando a lo largo de los senderos entre los bloques. No son siluetas, pero sus sombras fugaces nos las recuerdan vagamente. Tratamos de identificar a las personas, de reconocer sus cuerpos, pero es imposible. Esta experiencia nos sugirió la necesidad de ampliar la fórmula de las siluetas para incluir seres espectrales y otros tipos de imágenes. Un ejemplo sería *Fallen Leaves*, la instalación de 1997 de Menashe Kadishman en el Museo Judío de Berlín. El artista cubrió el suelo con miles de máscaras de metal de diferentes tamaños; los visitantes atravesaban este mar de máscaras que emitían sonidos angustiados y discordantes. De nuevo no nos enfrentamos en este caso con una multiplicación de siluetas, sino con máscaras, réplicas, fantasmas, que podrían considerarse como tipos de *Doppelgänger*.

En realidad, quizá podríamos describir la fórmula contemporánea empleada para representar masacres y genocidios como «la multiplicación de los *Doppelgänger*». Naturalmente, esta fórmula no ha sustituido totalmente a las anteriores, pero ha llegado a predominar. La extensión del concepto nos permite articular nuestros argumentos con representaciones de inquietantes dobles, así como de sombras ausentes. En este punto resulta quizá significativo que Sigmund Freud, en su elaboración del concepto de lo siniestro, cita en cuatro ocasiones fragmentos de la novela de Adelbert von Chamisso *Peter Schlemihl*, de 1814, en la que el protagonista vende su sombra al diablo sin darse cuenta de que, al perderla, también pierde su lugar en el mundo. El romanticismo alemán constituye también la fuente de la poderosa asociación existente entre sombras, siluetas y dobles: desde que Jean Paul Richter acuñó el término *Doppelgänger* en su novela *Siebenkäs*, de 1796, este motivo ha representado un asunto patológicamente dividido entre realidad y fantasía, lo que E. T. A. Hoffman definió como un «dualismo crónico»¹⁵.

¹⁵ E. T. A. Hoffmann, «Chronischer Dualismus», en *Werke, Band 5: Späte Werke*, Darmstadt, 1979, p. 311.

¿Es posible que sea esta capacidad de oscilación lo que otorga a las sombras y a los *Doppelgänger* su fuerza como componentes de una fórmula representacional contemporánea? El dualismo está presente, por ejemplo, en dos líneas del trabajo artístico de Christian Boltansky: los teatros de sombras, en los que pequeñas figuras hechas a mano son iluminadas de modo que proyecten extensas sombras sobre el muro y sus series de retratos de personas identificables. En estas obras, los sujetos fotografiados son en algunos casos víctimas de la Shoah, pero en otros no tienen conexión con el genocidio. No obstante, de acuerdo con el experto en literatura holandés Ernst van Alphen, el Holocausto está presente en ambos tipos de imagen, porque transforman a los sujetos en objetos, están envueltos en un clima de duelo y transmiten una triste normalidad ante la muerte¹⁶. La descripción es válida también para los monumentos y obras artísticas que hacen referencia a otras masacres. En el Museo de Tuol Sleng, en Phnom Penh, una multitud de fotografías y restos humanos, al verse desde cierta distancia, crean la ilusión de encontrarse frente a siluetas inidentificables. En Ruanda, el *Doppelgänger* deja de ser una creación estética para convertirse en un vestigio físico de vida y de muerte. En 1994, Gilles Peress fotografió a las víctimas ruandesas *in situ*; en una de sus imágenes, la descomposición del cuerpo asesinado de una persona ha dejado grabada en el suelo su silueta (Figura 6). En otra, una mortaja oculta la individualidad de un cadáver, que se convierte en una silueta tridimensional.

Las masacres históricas, no la guerra, constituyen el centro de nuestra investigación. Sin embargo, en algunos casos excepcionales, la disparidad de medios existente entre dos bandos en conflicto es tan enorme que los resultados pueden ser considerados masacres. Max Ernst utilizó tres siluetas completas idénticas en 1920 en un *collage* titulado *La masacre de los inocentes*. Son representaciones de mártires que, atormentados por el miedo, huyen de un monstruo, mitad animal, mitad máquina, que los ataca desde lo alto. En la antigua masacre cristiana a la que alude el título de la obra de Ernst, escuchamos ecos de la moderna matanza que se produjo durante la Gran Guerra. Los ataques nucleares contra Hiroshima y Nagasaki constituyen otro ejemplo obvio. El día de la explosión en Hiroshima, el periodista gráfico Yoshito Matsushige tomó una foto de la sombra que había dejado en unos escalones una persona que se había sentado en ellos. Pocos días después, otro fotógrafo, Eiichi Matsumoto,

¹⁶ Ernst van Alphen, *Caught by History: Holocaust Effects in Contemporary Art, Literature and Theory*, Stanford, 1997, pp. 103-109.

tomó fotos similares de la huella dejada por una persona apoyada contra un muro en Nagasaki. Varios artistas y supervivientes japoneses se han hecho eco de estas imágenes en su obra. Ogawa Sagami, que tenía 28 años en el momento de la explosión de Hiroshima, pintó un lienzo veinte años después en el que los muertos aparecen como siluetas; Rikuo Fukamachi, que tenía 13 años en agosto de 1945, dibujó la imagen de un niño convirtiéndose en una silueta con los bordes iluminados por el resplandor de la explosión. La repetición del recurso de las sombras en estos casos indica la amplia validez transcultural de la fórmula representacional de la silueta/*Doppelgänger*.

IV

¿Cuál es el objetivo de esta investigación? Quizá pueda crear una distancia, un *Denkraum* en términos warburgianos, entre los hechos traumáticos y la persona que trata de narrarlos o explicarlos. Esta separación no soluciona el problema de los límites de la representación, pero nos permite evitar el riesgo de parálisis, silencio y rechazo de cualquier tipo de comprensión de estos horrores. La búsqueda de las fórmulas históricas utilizadas para describir las masacres también puede ayudarnos a comprender dos cosas importantes. En primer lugar, nos acerca más al contexto de las masacres (las cadenas de causa y efecto que las rodean) aunque su núcleo siga estando fuera de nuestro alcance. En segundo lugar, nos proporciona herramientas para examinar los recursos simbólicos de los autores, que usaban estas fórmulas antes de que los defensores de las víctimas se las apropiaran para recordar y comprender lo que ocurrió.

Sin embargo, también existe un grave peligro en la búsqueda de tales fórmulas, puesto que implica un proceso de generalización que, sin querer, podría reproducir la uniformidad que el perpetrador trató de imponer sobre las víctimas. Este es el origen de las identidades colectivas imaginarias que los asesinos, a su vez, transforman en una fuente de legitimación para el exterminio de miles de vidas y experiencias. ¿Cómo podemos evitar tales distorsiones? Equilibrando, siempre que sea posible, el uso de categorías globales con una búsqueda de personas concretas, individuales y de sus sufrimientos y destinos específicos. El Centro de Documentación que se encuentra bajo el *Monumento a los judíos de Europa asesinados*, en Berlín, ofrece un ejemplo. Las estelas que se extienden sobre la tierra son uniformes, indistinguibles y señalan la enormidad del delito que fue cometido sin dar ningún detalle. Pero

la documentación disponible bajo tierra altera la escala abruptamente. Allí, los visitantes tienen acceso a una colección de pequeños testimonios, precisos, profundamente emocionales, expresados por personas identificables. Contemplamos su escritura, aprendemos sus nombres, descubrimos detalles sobre sus vidas.

FIGURA 6: Gilles Peress, *Rwanda*, 1994.



El genocidio nazi ha sido objeto de varias descripciones contemporáneas. Por ejemplo, dos fotógrafos profesionales de las SS, Ernst Hoffman y Bernard Walter, capturaron imágenes de Auschwitz que supuestamente iban a ser destruidas una vez que el campo de concentración fuera abandonado. Pero ciento noventa y tres de esas fotografías fueron encontradas fortuitamente y valientemente conservadas por Lilly Jacob, una superviviente. Muchas de estas imágenes tratan de representar a las víctimas como alimañas, revirtiendo la metáfora cinegética que se había venido utilizando para describir las masacres desde la antigüedad clásica, animalizando a los asesinados y no a los asesinos. No obstante, en otras instantáneas, la humanidad de las víctimas resiste cualquier intento de suprimirla; la inmediatez de la imagen frustra cualquier tentativa de manipularla por parte del fotógrafo. Los investigadores de Yad Vashem han identificado al menos a seis personas de una de estas imágenes (Figura 7). De derecha izquierda, la niña que está de pie es Gerti Mermelstein, de Mukacheve, en lo que ahora es Ucrania; la niña que está sentada en el suelo a su derecha es su hermana y la mujer detrás de la niña es la madre

de ambas; a su izquierda, la anciana con el pañuelo en la cabeza es Tauba Mermelstein, la abuela de Gerti; la mujer del gorro de lana a su lado es su hija, Laja Mermelstein-Vogel y los dos niños que permanecen de pie en primer plano son Reuven y Gershon, los hijos de Laja. Todos ellos murieron en las cámaras de gas de Auschwitz, entre mayo y junio de 1944.

FIGURA 7: Birkenau, Polonia, mayo-junio de 1944.



Quizá deberíamos finalizar donde empezamos, con un ejemplo de Argentina que refleje la misma lucha por conservar la identidad propia. Víctor Bastera trabajaba en una imprenta de Buenos Aires. Fue encarcelado en la Escuela de Mecánica de la Armada, pero sobrevivió. En 1980, Bastera tomó algunas fotografías en secreto de varios desaparecidos. Quería sacar clandestinamente las imágenes del campo y llevarlas a las familias de las víctimas. Graciela Alberti, que fue secuestrada el 17 de marzo de 1980, parece profundamente triste. Fernando Brodsky, en cambio, sonríe confiadamente, aunque su rostro muestra claros signos del tormento que ha sufrido (Figura 8). Los cuerpos de Graciela y de Fernando fueron probablemente lanzados al mar desde un avión, quizá mientras todavía estaban vivos. Aún están desaparecidos.

FIGURA 8: Víctor Bastera, retratos de Graciela Alberti y Fernando Brodsky, 1980.



SVEN LÜTTICKEN

SOBRE LA REVOLUCIÓN CULTURAL

Del punk al nuevo provotariado

«QUIENES QUIERAN SUPERAR el viejo orden establecido en todos sus aspectos no pueden aferrarse al desorden del presente, ni siquiera en la esfera de la cultura. En la cultura, como en el resto de las áreas, es necesario luchar sin esperar por más tiempo alguna apariencia concreta del orden cambiante del futuro». Así decía Guy Debord, en sus «Thèses sur la révolution culturelle» de 1958¹. Apropiándose de un término que Lenin empleó en 1923 para señalar la necesidad de una auténtica cultura socialista en la URSS, Debord afirmaba su creencia en una remodelación de arriba a abajo de la vida social de los sentidos, más que una simple toma del Estado. En su intento de desenterrar la promesa estética original del comunismo, las vanguardias de la década de 1960 adoptaron también este término, que tendría un recorrido importante durante y después de las revueltas de 1967 y 1968. Para entonces ya había adquirido connotaciones maoístas que eran difíciles de sortear y que para algunos viciaron el concepto, mientras que para otros, sencillamente, aumentaron su atractivo.

En algunos sentidos obvios, se diría que la noción de revolución cultural pertenece en exceso a su época y que está inextricablemente enredada con esperanzas que pronto se desvanecieron. Y, aun así, me gustaría volver a analizarla en tanto concepto problemático y, por lo tanto, potencialmente productivo. Como tal, tiene el potencial de dislocar las teorías e historias dominantes de la práctica artística «política» que *grosso modo* encajarían en las genealogías de la crítica institucional, por una parte, y en el activismo estético al margen de las instituciones, por otra. En un momento

¹ Guy Debord, «Thèses sur la révolution culturelle», en *Internationale Situationniste* 1, junio de 1958, p. 21; agradezco a Alexander Galloway los comentarios a una primera versión de este texto.

histórico en el que la práctica cultural está atrapada entre las formas fordistas de distribución y las formas posfordistas de producción —entre el compartir archivos y los *paywalls* (barreras de pago), entre las redes de activistas-artistas y la construcción de McGuggenheims para alojar gigantes esculturas de acero inoxidable—, ¿puede la noción de revolución cultural ayudarnos a comprender las antinomias que conforman nuestro presente? Mi opinión es que es un concepto sin duda útil más allá del apogeo de su uso, entre el final de la década de 1950 y el principio de la de 1970, y que se puede emplear para sondear la lógica histórica y las contradicciones de la práctica radical en el periodo intermedio. Pero, en primer lugar, podría ser de ayuda el desembalar algunas de las interpretaciones de la revolución cultural que emergieron durante la década de 1960.

Estructural y manifiesta

Raymond Williams, que tanto contribuyó a esclarecer la historia de la noción de cultura, proponía en 1961 que una «revolución cultural», que él definía en términos de una «extensión de las comunicaciones», era una de las principales manifestaciones de lo que había denominado la Revolución Larga, junto con la revolución industrial y la «revolución democrática»². En este momento comparativamente temprano, Williams ya perseguía una crítica del modelo base/superestructura y de su tendencia a reducir la cultura a un mero reflejo ideológico, cuya apariencia de relativa autonomía es en sí pura ideología. A finales de la década de 1960, Williams ya no estaba en absoluto solo en este empeño. Teóricos como Hans-Jürgen Krahl y los *operaistas* italianos resucitarían las ideas de Marx sobre el crecimiento del poder científico y el consiguiente establecimiento de un *general intellect*, argumentando que el *wissenschaftliche Intelligenz* [inteligencia científica] se integraba ahora en las fuerzas productivas³. El hecho de que el trabajo intelectual fuera tan castrante y tan especializado como el trabajo manual formaba parte de las condiciones para la acción revolucionaria. Krahl, que colaboró con Rudi Dutschke en el famoso *Organisationsreferat* [informe de la organización] de 1967, desarrolló la formulación teórica más completa, basándose en las nociones marxianas del *general intellect* y de la subsunción real para

² Raymond Williams, *The Long Revolution* [1961], Cardigan, 2011, pp. 9-15. [ed. esp.: *La larga revolución*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003.]

³ Véase Hans-Jürgen Krahl, «Thesen zum allgemeinen Verhältnis von wissenschaftlicher Intelligenz und proletarischem Klassenbewusstsein» (1969), en *Konstitution und Klassenkampf. Zur historischen Dialektik von bürgerlicher Emanzipation und proletarischer Revolution*, Frankfurt, 2007, pp. 336-351.

argumentar que la revolución contemporánea no podía ya basarse exclusivamente sobre la clase obrera tradicional, el proletariado industrial⁴.

Los provos holandeses proporcionaron un impulso importante. En 1966-1967 emplearon el término «provotariado» –refiriéndose a una heterogénea combinación de estudiantes, intelectuales, artistas, bohemios y holgazanes– para denominar a una nueva clase, fundamento de la acción revolucionaria. El concepto de revolución cultural fue adoptado con entusiasmo por quienes querían bien propulsar, bien analizar el cambio social radical, o hacer ambas cosas. En 1969, el *Kursbuch* editado por Hans Magnus Enzensberger, empleaba esta noción como palanca teórica para su análisis de la revuelta en curso⁵.

Alrededor de 1970, Herbert Marcuse redactó un ensayo, que no publico en vida, sobre el tema de la revolución cultural. En él señalaba que, incluso si por ahora el movimiento era una rebelión más que una revolución en toda regla, «esta revolución cultural no solo precede y prepara el terreno para la revolución política (incluyendo los cambios económicos) [...], sino que, en el estadio actual, ha absorbido la revolución política»⁶. Marcuse apuntaba que, en el capitalismo contemporáneo, la clase obrera se ha ampliado para «incluir (como fuentes de plusvalor y, por lo tanto, como “mano de obra productiva”) a una gran fracción de la “clase media”: trabajadores de oficina, empleados asalariados, técnicos, especialistas de todo tipo, incluso en las puras “industrias de servicios”, publicistas, etcétera. Esto supone la extensión de la explotación en tanto condición objetiva a una parte de la población cada vez más amplia»⁷. De este modo, Marcuse registraba la integración creciente de la superestructura en la esfera productiva. Una revolución en la esfera cultural correría el riesgo de ser únicamente superestructural o ideológica si fuera meramente una ocurrencia de artistas e intelectuales proclamando su solidaridad con la gran revolución proletaria; las cosas adquieren una cualidad diferente si la esfera de la producción cultural se percibe en sí misma como una zona de lucha antagonista; si

⁴ Véase Hans-Jürgen Krahl, «Produktion und Klassenkampf» (1970), en *Konstitution und Klassenkampf*, pp. 392-414. Sobre la noción de Krahl y Marx de *general intellect*, véase Franco Berardi «Bifo», *The Soul at Work: From Alienation to Autonomy*, New York, 2009, pp. 58-70.

⁵ *Kursbuch*, núm. 16, 1969; véase especialmente Peter Schneider, «Die Phantasie im Spätkapitalismus und die Kulturrevolution», y Walter Kreipe, «Spontaneität und Organisation. Lehren aus dem Mai-Juni 1968», pp. 1-37, 38-76.

⁶ Herbert Marcuse, «Cultural Revolution», n. f., c. 1970, en *Towards a Critical Theory of Society: Collected Papers*, vol. 2, Londres, 2001, p. 123.

⁷ H. Marcuse, «Cultural Revolution», cit., p. 127.

el conflicto de clases no se localiza ya exclusivamente en otra parte. Al mismo tiempo, sin embargo, este desplazamiento vuelve el antagonismo mucho más amorfo y hace mucho más difícil dilucidar cómo puede un conflicto difuso convertirse en una lucha articulada. Este problema dual –la imbricación de la cultura en la producción y el desdibujamiento de la acción– ha sido, en cierto modo, el marco de trabajo determinante en el que la contracultura y los movimientos críticos han tenido que operar en las décadas de 1970 y 1980.

Si aplicamos los términos que emplean Alexander Kluge y Oskar Negt, podríamos afirmar que, durante este periodo, los proyectos que aspiraban a crear una revolución manifiesta corrían constantemente el riesgo de ser reabsorbidos por la revolución estructural en marcha, o de convertirse en la vanguardia de esta última. Kluge y Negt diferencian, por un lado, revoluciones estructurales en la esfera productiva y en las relaciones sociales –como en la Revolución Industrial– y, por otro, revoluciones manifiestas en las que la acción social colectiva se despliega en respuesta a las antinomias insoportables que produce la ininterrumpida revolución estructural⁸. En el caso de la «revolución cultural», sin embargo, las dos maneras se entrelazan de forma mucho más estrecha, y la revolución estructural se articula repetidamente como un proyecto manifiesto, y el proyecto manifiesto a menudo se ve reabsorbido por la revolución estructural. En 1972, cuando Negt y Kluge señalaron que había una revolución cultural capitalista, así como había una socialista, argumentaron que la primera consistía precisamente en el reordenamiento estructural burgués de la producción y el consumo cultural y de la vida afectiva e intelectual⁹.

Si en la década de 1960 la idea de la revolución cultural había emergido al final de un periodo de posguerra de crecimiento y prosperidad, los años siguientes se caracterizaron por una crisis económica prolongada y una implacable remodelación de las economías occidentales siguiendo las directrices neoliberales. Hoy estamos demasiado familiarizados con la versión estructural, capitalista, de la revolución cultural, con las universidades financiarizadas y empresarializadas y las políticas de los espacios artísticos dictadas por la dependencia del público masivo y de los contratos de patrocinio. Algunos políticos e ideólogos tienden a subsumir el arte y la cultura bajo la rúbrica de «industrias creativas»,

⁸ Oskar Negt y Alexander Kluge, *Geschichte und Eigensinn*, Frankfurt am Main 1981, p. 660.

⁹ O. Negt y A. Kluge, *Öffentlichkeit und Erfahrung: Zur Organisationsanalyse von bürgerlicher und proletarischer Öffentlichkeit*, Frankfurt am Main, 1972, pp. 267-268.

sugiriendo así que la clave es un giro productivo que considera que la «creatividad» es una industria, que puede compensar en parte el declive de los puestos de trabajo fabriles en Occidente. Una cuestión que se suscita inmediatamente es: si el trabajo artístico es, en cierto sentido, el modelo del trabajo «culturalizado» de hoy en día, ¿cuál es el potencial de la práctica artística para marcar alguna diferencia de cualquier tipo? ¿La revolución estructural se habría tragado por completo a la revolución manifiesta? En las páginas que siguen recordaré cómo algunos pensadores, artistas, músicos y otros respondieron al avance de la revolución estructural, para ver qué estrategias adoptaron en los movedizos terrenos políticos y culturales y qué lecciones pueden retenerse para el presente.

Después del futuro

En 1973, en uno de sus ensayos para la revista *Utopie*, Jean Baudrillard buscaba arrancar la idea de revolución cultural de las garras de lo que él percibía como ortodoxia marxista. Señalando el «carácter imperialista “en profundidad”» de la «lógica radicalizada del capital», Baudrillard defendía que la única forma de revolución cultural que tenía sentido bajo las actuales circunstancias no era «la forma desarrollada de la revolución económico política», sino, por el contrario, una práctica que «actúe en función de un criterio de trastrocamiento de la lógica “materialista”»¹⁰. A lo largo de esa década (y después), Baudrillard teorizó diversas manifestaciones de *art maudit* y de acción cultural excesiva como nuevas formas de antiproducción, de antiacumulación y de erupciones de intercambio simbólico primitivista en el ámbito del código. Estos actos radicales saboteaban las nuevas formas de acumulación, intensificadas, «culturalizadas», que habían saltado a la palestra.

Con su rechazo del marco de referencia marxista y su valorización de lo simbólico y del exceso, el enfoque de Baudrillard de la revolución cultural era un indicador temprano de un desplazamiento hacia las «economías libidinales» y, en la obra de otros autores, hacia la micropolítica. La idea del partido como vanguardia revolucionaria dejó paso a un(a) idea(l) de multiplicidad, traducida en diferentes tipos de formaciones sociales y sexuales. La revolución se hizo molecular. Un indicador de este giro micropolítico fue el cambio en la política editorial de Merve Verlag, una pequeña editorial berlinesa que había comenzado en 1970 con un catálogo que incluía

¹⁰ Jean Baudrillard, «Marxism and the System of Political Economy» (1973), in *Utopia Deferred: Writings from Utopie (1967-1978)*, Nueva York, 2006, p. 157.

obras de Althusser y de la Nueva Izquierda y que, a finales de la década de 1970, tenía un catálogo en el que figuraban destacadamente Foucault, Baudrillard, Lyotard, Deleuze y Guattari. En muchos sentidos, Merve jugó en Alemania el papel que Semiotext(e) tuvo en Estados Unidos. Como ha subrayado Diedrich Diederichsen, Merve ayudó a conducir una transformación de la filosofía en una forma de «teoría», que se compraba y se consumía como las novedades discográficas¹¹. Títulos característicos fueron *Das Patchwork der Minderheiten* (1977) e *Intensitäten* (1978), ambos de Lyotard. Diederichsen parte de este último título para argumentar el papel crucial del concepto de intensidad en la «autoconcepción de las contraculturas hedonistas durante las décadas de 1970 y 1980, años que yo describiría como los años de formación para el desarrollo de un fenómeno que hoy vemos emerger: la reevaluación de este modo de vida derrochador como una forma de trabajo que no es simplemente productiva, sino un modelo de productividad»¹². Esta intensificación del trabajo es sin duda crucial; es una forma clave de la acumulación primitiva contemporánea en las economías occidentales.

Si las micropolíticas fueron un momento determinante de la nueva interpretación de la revolución cultural, el punk fue otro. Aunque es cierto que las genealogías dominantes del punk son reductivas¹³, para los fines presentes las hipercanonizadas escenas primarias en Nueva York y Londres en 1976-1977 son, sin embargo, cruciales, pues fue aquí donde el punk se convirtió en un (mediático) acontecimiento (burlón) histórico. Fue el manáger ocasional de los New York Dolls, Malcolm McLaren, que había estado en los márgenes del grupo postsituacionista King Mob, quien había mezclado con éxito la música y los comportamientos extravagantes, en una especie de activismo mediático nihilista, creando *performances* escandalosas para la prensa. En Europa, Merve fue una vez más un nexo importante, proporcionando una plataforma para la escena (pos)punk, como lo había hecho para la teoría francesa; publicó el libro de Martin Kippenberger *Frauen*, en 1980, y el volumen colectivo *Geniale Dilletanten*, en 1982, dominado por Die tödliche Doris y Einstürzende Neubaten, que investigaban y festejaban la noción de diletantismo en un contexto donde

¹¹ Diedrich Diederichsen, «Intensity, Negation, Plain Language: Wilde Maler, Punk, and Theory in the German 80s'», en Dominic Molon (ed.), *Sympathy for the Devil: Art and Rock and Roll Since 1967*, Chicago y New Haven 2007, pp. 143-144.

¹² Diedrich Diederichsen, «People of Intensity, People of Power: The Nietzsche Economy», *e-flux journal* 19, octubre de 2010.

¹³ Para una crítica mordaz, véase Mimi Thi Nguyen y Golnar Nikpour, *Punk*, núm. 4 de la serie de panfletos *Guillotine*, Nueva York, 2013.

los «tres acordes» del punk se aliaban con un cageanismo industrializado, en el que todo ruido era en principio aceptable como música. En Nueva York, una concatenación similar de punk y Cage se produjo en la escena No Wave y en particular con Sonic Youth.

Mientras tanto, en el mundo del arte de finales de la década de 1970, el conceptualismo dejaba paso a una obra que de nuevo era tangible, sensual y rentable. De hecho, muchos cimientos del inflado mercado del arte contemporáneo de hoy en día se colocaron en aquel momento, con el «Nuevo Espíritu de la Pintura», que traía una afluencia de dinero nuevo¹⁴. En aquel momento y después, la «nueva pintura» se ha considerado a menudo como el contrapunto visual del punk: ambas implicaban una forma de primitivismo, con los «enérgicos» brochazos que supuestamente eran el equivalente de los tres acordes del punk¹⁵. Sin embargo, la nueva pintura estaba incómodamente encaramada entre el credo callejero del punk y las pretensiones del gran arte, entre las reivindicaciones de ser una vuelta al «verdadero arte» y el cultivo de la fama instantánea. Las interacciones más productivas entre las distintas ramas artísticas tuvieron lugar sobre todo en el ámbito de la *performance*. En el punk y el postpunk, la *performance* como espacio intermedio permitió nuevas formas de autopresentación femenina/feminista, así como proyectos artísticos colaborativos con grupos como Die tödliche Doris o colaboraciones como las que se produjeron entre Sonic Youth y Mike Kelley o entre The Fall, Michael Clark, Charles Atlas y Leigh Bowery¹⁶.

El final de la década de 1970 fue también el momento de los *autonome-dios*. A medida que avanzaba la década, los teóricos italianos, alemanes y franceses desgajaban cada vez más la noción de autonomía de la limitada base de clase que tenía en la noción de autonomía obrera de finales de la década de 1960. La autonomía italiana y la confrontación en torno a Radio Alice en 1977 fue el detonante de varios textos de Félix Guattari en los que desarrollaba una nueva teoría de los contramedios. Un *collage* de textos de Guattari prologaba el libro de Merve sobre Radio Alice, mientras que su ensayo más elaborado de 1978, «Radio libre popular»,

¹⁴ Este fue el título de una exposición de masas en la Royal Academy de Londres, seguida en 1982 por *Zeitgeist* en la Martin-Gropius-Bau de Berlín.

¹⁵ D. Diederichsen nos ofrece una versión sutil y dialéctica de este argumento, véase: «Intensity, Negation, Plain Language», cit., pp. 142-153.

¹⁶ Los proyectos clave son *Plato's Cave*, *Rothko's Chapel*, *Lincoln's Profile*, de Mike Kelley, interpretados en 1985 con Sonic Youth, y *I Am Curious, Orange*, colaboración de 1988 entre Michael Clark y The Fall (el título del álbum correspondiente de The Fall es *I am Kurious Oranj*).

refundía con eficacia «Constituyentes de una teoría de los medios», de Enzensberger, en términos autónomos-micropolíticos¹⁷. Aquí Guattari defendía que los medios monolíticos de comunicación de masas estaban generando un impulso «hacia sistemas cada vez más miniaturizados que crean la posibilidad de una apropiación colectiva de los medios, que proporcionan verdaderos canales de comunicación, no solo para las “grandes masas”, sino también para las minorías, para los grupos marginales y desviados de todo tipo», creando «la perspectiva de un nuevo espacio de libertad, autogestión y la realización de las singularidades del deseo». Ninguna propiedad técnica del medio de la radio impone la naturaleza unidireccional de las retransmisiones convencionales y ahora era el momento de regresar a la evolución «natural» de la tecnología, que había sido restringida, y adaptarla a la formación de «sujetos grupo»¹⁸.

Estos desarrollos no deberían considerarse, sin embargo, como la «expresión» superestructural accesible de una transformación en la base, en mitad de la transición al neoliberalismo espoleada por la crisis. Más bien las micropolíticas, el punk y los autonomedios participaban en una transformación que era *tan económica como cultural*. En un momento «después del futuro» –en línea con el argumento posterior de Bifo de que 1977 fue el año en el que murió el futuro¹⁹– la revolución cultural no podía seguir considerándose como un único empujón revolucionario. La revolución estructural del capitalismo no mostraba señales de cansancio, solo de aceleramiento, como si fuera una burla triunfalista de las ideas de Marx y Trotski sobre la «revolución permanente». En medio de esta versión neoliberal de la «revolución en permanencia» la actividad radical manifiesta se convierte en una permanente contrarrevolución. Cuando se compara con la revolución estructural en marcha de la que forman parte, y contra la que reaccionan, tales manifestaciones pueden parecernos irregulares, vacilantes y contradictorias, pero en su esplendor excesivo y maldito forman constelaciones que iluminan, fuegos artificiales benjaminianos.

¹⁷ Félix Guattari *et al.*, «Vorwort: Millionen und Abermillionen potentieller Alices», en Kollektiv A/traverso, *Alice ist der Teufel: Praxis einer subversiven Kommunikation*, Berlín, 1977, pp. 5-14; y «Popular Free Radio», en Neill Strauss y Dave Mandl (eds.), *Radiotext(e)*, Nueva York, 1993, pp. 85-98. «Constituents of a Theory of the Media», de H. M. Enzensberger se publicó en la *NLR* 1/64, noviembre-diciembre de 1970, pp. 13-36.

¹⁸ F. Guattari, «Popular Free Radio», cit., pp. 85-86. Este llamamiento a favor de una radio diferente no cayó en saco roto; por dar solo un ejemplo, la legendaria radio pirata Radio Rataplan, en la ciudad holandesa universitaria de Nimega, emitía programas por y para okupas, gays y lesbianas, feministas, etcétera.

¹⁹ Franco Berardi «Bifo», *After the Future*, Edimburgo, 2011, pp. 44-50 [ed. cast: *Después del futuro. Desde el futurismo al cyberpunk. El agotamiento de la modernidad*, Madrid, Enclave de Libros, 2014].

Cosechando disciplina

A finales de la década de 1970 y principios de 1980, con el giro neoliberal de Thatcher y Reagan, la revolución estructural del capitalismo había entrado en una nueva era. Aunque el *ethos* del punk se oponía al thatcherismo, por supuesto, y aunque grupos como The Clash hacían estandarte de su política de izquierdas, la ética *hazlo tú mismo* del punk era, en muchos sentidos, una aplicación estrafalaria de la utopía neoliberal. Esto se haría explícito por completo más tarde, cuando los artistas británicos de la década de 1990 adoptaran la costumbre de hacer exposiciones autoorganizadas para promocionarse como emprendedores culturales: como recuerda Lane Relyea, «a mediados de la década de 1990, a los *young british artists* emprendedores de Londres se les etiquetaría como “los niños de Thatcher”»²⁰. Incluso mucho antes había habido momentos en los que surgía una complicidad elemental, como en el tema «Tempo House», de The Fall (1983), en cuya letra se metían con un «hombre serio que necesita un trabajo estable» que, sin embargo, depende del sistema del Estado del bienestar y «reclama a Tempo House» (que es, según los exégetas de The Fall, la dirección de una oficina del paro). En último término, sin embargo, con sus característicos finales en «uh» y sus versos crípticos, Mark E. Smith no pretende tanto transmitir un mensaje como descomponer y recomponer el lenguaje, entregando una serie de burlas *non sequitur* y arengas cuyos referentes son, en el mejor de los casos, crípticos («Nieva el Domingo de Pascua/ Jesucristo a la inversa; los holandeses lloran/ al menos en cuatro idiomas»).

La ambigüedad marca también la figura del *nuevo puritano*, el sujeto epónimo de una canción de la década de 1980, que parece encapsular la ética punk obrera autoconstruida, en ocasiones estrafalaria, de Smith. Por una parte, su personaje parece ser un fanático y mojigato censurable pero, por otra parte, encarna el punk en tanto un puritanismo más elevado, como una disciplina que emanara de la decadencia («Todos los pecados decadentes cosecharán disciplina»). La canción figura en la película para televisión de 1986, dirigida por Charles Atlas, *Hail the New Puritan*, que es, en lo esencial, un día ficcionalizado de la vida de la Michael Clark Company. El fragmento inicial nos muestra una escena onírica en la que los bailarines ejecutan sus movimientos mientras otros posan y se pavonean. Leigh Bowery, *performer queer* por excelencia y el diseñador de vestuario de Clark, abre su boca para mostrar una señal estática de televisión y esa

²⁰ Lane Relyea, *Your Everyday Art World*, Cambridge (MA), 2013, p. 114.

señal estática se convierte en la emisión de una pantalla de televisión junto a la cama de Michael Clark; vemos cómo se despierta Clark en su estudio/apartamento, y comienza un día de ensayos y entrevistas. Tras fragmentos filmados en estudio de los bailes de Clark, coreografiados con canciones de The Fall, el día finaliza con una forma de baile diferente: Clark y los demás salen a bailar a los bares y la práctica incesante necesaria para ejecutar sus bailes se reemplaza por las poses estilizadas de moda. Curiosamente, parte de este fragmento final muestra a la multitud imitando los movimientos de Clark; aparentemente él los «controla» desde el escenario. La escena sugiere que el día mediático nunca termina y que la distinción entre interpretar y observar se erosiona.

A mundos de distancia de este especial escenario pospunk, en Estados Unidos, Joe Strummer y The Clash se convierten en importantes modelos a seguir para Chuck D., de Public Enemy, que aprecia el eclecticismo musical de Strummer, su generosidad hacia sus fuentes de inspiración, así como su politización del pop. Chuck D., que, como es sabido, consideraba el rap como «la CNN de los negros», fundió el punk con la estética radical de Malcolm X y los Panteras Negras. Public Enemy fue una interrupción autónoma y sin duda extraña en el *continuum* del pop cultural de finales de la década de 1980 y principios de 1990, en términos de su estética militante, pero especialmente por su sonido y sus letras, con la voz de barítono de Chuck D. entonando severas lecciones morales y políticas, aunque con un gusto por las rimas juguetonas, los chistes y los trabalenguas («lies buried in a lie-brary»).

A sus respectivas maneras, tan distintas y sin duda incompatibles, tanto Public Enemy como la escena que rodeaba a Michael Clark representaban la guerra cultural contra el retroceso conservador que encarnaban Thatcher y Reagan. En la década de 1980, Estados Unidos en particular se convirtió en el escenario de la «guerra cultural» más que de la revolución cultural; o, mejor dicho, de la revolución cultural disfrazada de guerras culturales. Con los ataques de Jesse Helms y similares a todo arte que no se conformara con la visión de América que defendía el cinturón bíblico, especialmente a la obra de Robert Mapplethorpe y Andrés Serrano, efectivamente fue la derecha la pionera de una nueva forma de activismo cultural: producir, recontextualizar y rechazar las imágenes como una forma de efectuar un cambio social. Como señaló en su momento el crítico Brian Wallis, «una paradoja de esta lucha por la representación es que fueron los políticos e intelectuales conservadores

quienes colonizaron con más eficacia la cultura en tanto escenario de lucha ideológica en la década de 1980. Esto es especialmente paradójico, puesto que ellos suelen defender que la cultura debería no ser ideológica, debería independizarse de la política»²¹.

En su respuesta a dicho «activismo», la izquierda –o cualquier colección de grupos micropolíticos que ocupe ahora el puesto de «la izquierda»– corría el peligro de revertir a una definición puramente superestructural de cultura. Sin embargo, proyectos como las muestras de la Dia Foundation de 1988-1989 *If You Lived Here*, de Martha Rosler, que se centraba en la crisis de vivienda de Nueva York, y *Democracy*, de Group Material, buscaban producir intervenciones que reflejaran la relación entre la práctica artística y el contexto social y político. Las cuatro muestras *Democracy* incluían una serie de debates y secciones sobre educación, política electoral, «participación cultural» y la crisis del sida. A finales de la década de 1980, incluso se hacía productivos a los cuerpos dolientes del sida, aunque se desplomaran; el gigante farmacéutico Wellcome cobraba precios estratosféricos por las primeras medicaciones contra el sida y los políticos ganaban puntos recurriendo a la homofobia.

Para los grupos activistas como ACT UP o Gran Fury, el arte gráfico era crucial, como en el famoso lema/logo «Silencio = Muerte»; el videoactivismo era igualmente importante. El 24 de marzo de 1987, ACT UP escenificó su primera protesta, en la Bolsa de Nueva York, con Wellcome como objetivo. El artista Gregg Bordowitz cogió una cámara de vídeo y registró el acontecimiento; este fue el principio de su implicación con el activismo y la televisión comunitaria en Nueva York, por ejemplo, con su programa por cable «Living with AIDS», para el que Raymond Williams era un punto de referencia teórica²². Para Bordowitz y el resto esto era el activismo después del futuro, por citar una vez más la formulación de Berardi. La revolución estructural, en su fase reaganita, estaba en su apogeo y literalmente se estaba comiendo a sus hijos.

Cultura de clase

Adelantemos dos décadas esta historia. Algunas de las estrategias desplegadas por los movimientos contrarrevolucionarios culturales pospunk se

²¹ Brian Wallis, «Democracy and Cultural Activism», en B. Wallis (ed.), *Democracy: A Project by Group Material*, Seattle, 1990, p. 8.

²² Gregg Bordowitz, «Operative Assumptions» (1996), en G. Bordowitz, *The Aids Crisis is Ridiculous and Other Writings, 1986-2003*, Cambridge (MA), 2004, pp. 76-77.

han incorporado suavemente al mundo del arte establecido. Como cantaba Mark E. Smith, arrastrando las sílabas, en «New Puritan», «lo experimental es ahora convencional». En 2010-2011, Michael Clark presentó unos ensayos de baile y representaciones en la Turbine Hall de la Tate Modern. Como parte de este proyecto, «no bailarines» del público eran invitados a participar en los talleres e interpretar una pieza escrita especialmente para ellos; este proyecto convertía el *ethos* punk de «cualquiera puede hacerlo» en un acontecimiento de masas participativo contemporáneo en el corazón de la industria cultural, con mano de obra gratuita proporcionada por gente feliz de tener esa oportunidad única. Presentarse voluntario para la explotación es algo endémico en la economía culturalizada contemporánea. La vida se convierte en un *casting* permanente. Vuelven las colas; el año pasado hubo 1.600 solicitantes para un empleo de guardarropa en el Rijksmuseum de Ámsterdam y en el Museo del Prado de Madrid 19.000 personas aspiraban a uno de los once empleos de bedel²³. En Berlín los artistas se alinearon alrededor de una manzana de viviendas para una muestra «abierta» en el Kuntshalle del Deutsche Bank.

Este último ejemplo lo he tomado de la conferencia-*performance* de Hito Steyerl *I Dreamed a Dream: Politics in the Age of Mass Production* (2013). Steyerl comienza con un guerrillero kurdo encarcelado, «Camarada X», que sueña con escribir una secuela de *Los miserables*, esa escena primaria del *Sozialkitsch*. En contraste con el Camarada X, Steyerl se centra no tanto en el contenido pseudorrevolucionario de la obra sino en la lógica productiva que su forma manifiesta, que estaba determinada por los seriales de la prensa del siglo XIX y por los modos de producción y consumo que generaban. Como los «auténticos» escritorzuelos de folletón con los que tenía que competir, Hugo «divaga a comisión» y toca todas las teclas para conservar el interés del lector: el resumen publicitario se hace parte del drama. A partir de aquí, Steyerl hace un montaje con la interpretación que hizo Susan Boyle de la canción *I Dreamed a Dream*, de la versión musical de *Los miserables*, en un concurso de talentos televisivo británico, y forja una relación entre la revolución fallida de 1832 que retrata la novela de Hugo y la situación de 2011. Continúa imaginando y presenta un proyecto basado en el sueño del Camarada X, que ella lee frente a una pantalla de karaoke, que muestra la letra de *I Dreamed a Dream* (con la música de acompañamiento). Su proyecto implica un montaje sobre fondo verde de gente rodeada por arquitecturas de museo, del siglo XIX

²³ «In het Rijksmuseum werken “prachtige hertjes», nrc.nl, 18 de mayo de 2013; «Casi 19.000 parados se presentan para 11 plazas de bedel en El Prado», *El confidencial*, 23 de mayo de 2013.

y contemporáneas, con una «chusma» de extras posfordistas que están a punto de ser masacrados en las barricadas. En esta extraña situación en la que la artista nos presenta un proyecto para su financiación, el público de la *performance* se convierte prácticamente en un jurado, cómplice en la cultura del *casting* permanente. Vivimos en una economía del *casting*, en la que continuamente presentamos nuestros proyectos.

¿Qué formas de praxis artística son posibles en esta situación? Las cuestiones de colaboración y autoorganización vuelven a primera fila del debate, pero aquí como en cualquier otro lugar la revolución estructural en marcha ha complicado la búsqueda de posibles sujetos revolucionarios. Como dice Steyerl:

La fuerza de trabajo del arte contemporáneo consiste en su mayor parte en gente que, a pesar de trabajar constantemente, no se corresponde con ninguna imagen tradicional del obrero. Resisten tozudamente el amoldarse a cualquier entidad lo suficientemente reconocible como para ser identificada como una clase. Mientras que la salida fácil sería clasificar este contingente como multitud o masa, sería menos romántico preguntarse si no serían unos lumpenautónomos globales, desterritorializados e ingrátidos ideológicamente: un ejército de reserva de la imaginación que se comunicaría mediante el traductor de Google. En lugar de conformar una nueva clase, esta contingencia frágil podría perfectamente consistir –como una vez lo formuló Hannah Arendt con malicia– en el «rechazo de toda clase»²⁴.

Este rechazo podría sin duda exhibir una negativa irritante a asumir el papel de una multitud insurgente. ¿Y qué hay de las incompatibilidades entre los diferentes grupos que «rechazan»? En una instalación de 2012 titulada *Join Us*, Sharon Hayes reunió seiscientos folletos que anunciaban distintas protestas y manifestaciones, incluyendo algunas en defensa de los derechos civiles de gays y negros. De la misma manera que uno no se imagina fácilmente una colaboración a finales de la década de 1980 entre Public Enemy y Michael Clark, algunos de los grupos detrás de los folletos que recogía Hayes tendrían sin duda muchos problemas para juntarse.

La clase siempre fue un asunto superestructural tanto como infraestructural, en tanto las antinomias y luchas económicas se articulaban en forma de conciencia de clase. Pero el declive de las viejas clases y la emergencia de nuevas o de formaciones micropolíticas semejantes a clases –tal vez basadas

²⁴ Hito Steyerl, «Politics of Art: Contemporary Art and the Transition to Post-Democracy», *e-flux journal* 21, diciembre de 2010.

sobre el género o la raza— ¿dónde deja a la clase en tanto que *proyecto*, como poseedora de agencia histórica? Perry Anderson ha diferenciado entre tres tipos de agencia: la consecución de fines puramente privados; los proyectos públicos que pueden ser individuales o colectivos y que actúan en la historia gracias a que se han hecho públicos, pero que no transforman las relaciones sociales; y finalmente aquellos «proyectos colectivos que buscan convertir a sus iniciadores en autores de su modo colectivo de existencia globalmente considerado, mediante un programa consciente que pretende crear o remodelar estructuras sociales completas»²⁵.

Occupy Wall Street fue un nuevo «provotariado» en el que muchos artistas e intelectuales convirtieron la precariedad en una forma de *performance* mutante. Durante un determinado periodo, los lumpenautónomos de Steyerl desarrollaron un horizonte compartido más allá de su propia supervivencia. Sin embargo, la base de clase siguió siendo comparativamente reducida. Tomando como referencia el surtido de folletos inconmensurables de Hayes, se podía argumentar que lo que importa es precisamente la reunión o el montaje. Las diferentes subclases, ex clases y clases potenciales han de conectarse al menos parcial y momentáneamente. Esto no es fácil ni imposible: es el problema productivo de la estética y de la actividad política contemporáneas. Al efectuar un montaje entre las diferentes formas de explotación, el punto no es, por supuesto, que «los artistas son los nuevos solicitantes de asilo», como lo expresó un iluso novelista holandés. Más bien, en oposición a una determinada tendencia *posoperaista* a centrarse exclusivamente en el trabajo inmaterial en el contexto metropolitano occidental, se debería precisamente insistir en las discrepancias así como en las semejanzas, y en la solidaridad a partir de la inmensa disparidad de privilegios entre los no privilegiados.

«Potlatch» global

Implicado en una economía de crecimiento espurio y de real destrucción social y ecológica, el arte contemporáneo se ha vuelto excesivo y *maudit* en un sentido diferente: un *potlatch* global para el 0,1 por 100. En las palabras de Andrea Fraser, «hoy debería quedar bastante claro que lo que ha sido bueno para el mundo del arte ha sido desastroso para el resto del mundo»²⁶. Hay quien mantiene, Fraser incluida, que otro mundo del

²⁵ Perry Anderson, *Arguments within English Marxism*, Londres, 1980, pp. 19-20.

²⁶ Andrea Fraser, «Le 1%, C'est Moi», *Texte zur Kunst*, núm. 83, septiembre de 2011, p. 122.

arte es posible. Muchas prácticas y proyectos en el mundo del arte actual exploran alternativas a este *potlatch*: formas más sostenibles de intercambio y colaboración y alianzas con otros grupos fuera del sector cultural. Para dar un ejemplo, en 2011 un grupo de artistas que trabajaban bajo el nombre de Gulf Labor iniciaron una campaña contra la explotación de obreros migrantes en la construcción del Guggenheim de Abu Dabi; en Europa; otros artistas han colaborado con trabajadoras domésticas y limpiadoras migrantes sin papeles y con solicitantes de asilo que esperaban su deportación. Estas actividades asumen a menudo la forma de redes informales o improvisadas; es difícil mantenerlas durante periodos prolongados; los artistas e intelectuales precarios siempre tienen la opción de seguir su camino. Sin embargo, la necesidad de alianzas y colaboraciones se impone una y otra vez como casi una necesidad, incluso aunque a menudo se revele como casi una imposibilidad.

Citando un comentario de Andrea Fraser de que «estamos atrapados en nuestro campo», Gerald Raunig ha identificado «un problema recurrente en el arte: el de reducir y encerrar cuestiones mucho más generales en el campo propio»²⁷. Este diagnóstico es pertinente, pero un campo social como el mundo de arte es potencialmente un mundo sin fronteras si emplea portátiles y teléfonos inteligentes procedentes de las fábricas chinas, o si el último McGuggenheim se construye mediante algo que se acerca peligrosamente al trabajo esclavo. En las artes visuales, las prácticas que se han venido conociendo como crítica institucional han trabajado para abrir este campo del arte supuestamente autónomo, destacando no solo los enredos políticos y económicos de las instituciones del arte –como en las mordaces presentaciones de Hans Haacke de las prácticas empresariales neocoloniales de los patrocinadores–, sino también la propia implicación del sujeto crítico en las estructuras institucionales y en su remodelación. Este último aspecto se vuelve mucho más pronunciado en las obras más recientes, especialmente en la de Fraser. Hay que admitir que algunas corrientes de la crítica institucional terminan siendo una especie de *biedermeier* de la criticidad, cómodamente acurrucados en ámbitos institucionales, a los que rinden el supremo homenaje de «reflejarlos críticamente». Pero ¿no habría también, en un giro paradójico posterior, un sentido en el cual la crítica institucional, como una práctica incrustada y relacional, contribuyera a la reconstrucción de la institución y del «trabajo artístico»? Las colaboraciones y los proyectos

²⁷ Gerald Raunig, «Instituent Practices: Fleeing, Instituting, Transforming», en Gerald Raunig y Gene Ray (eds.), *Art and Contemporary Critical Practice: Reinventing Institutional Critique*, Londres, 2009, p. 5.

de hoy en día a menudo están sustentados en redes de instituciones pequeñas y relativamente informales, hasta el punto que puede ser difícil decir dónde acaba el «proyecto» y dónde empieza la «institución». (¿Acaso un grupo o una red como Gulf Labor no es también un ejercicio práctico de autoorganización, así como una contra-institución informal?). Además, los participantes de estas cuasi instituciones se explotan a sí mismos en un grado incluso superior y se convierten en los pioneros de la acumulación primitiva «informativa». En las sociedades occidentales, el crecimiento del trabajo «creativo» y «afectivo» ha colocado nuevas exigencias sobre los obreros, que pueden tanto ser parte de una elite pequeña y bien pagada o, en mucha mayor cantidad, de un «precariado» en aumento. Muy poco tiempo y a la vez mucho tiempo; el sujeto ya no puede compartimentar y el trabajo artístico o el trabajo intelectual pierde sus límites.

Revelación y autoimplicación

Comenzábamos este ensayo con las tesis de Debord sobre la revolución cultural. «El arte puede dejar de ser un informe sobre las sensaciones y convertirse en una organización directa de sensaciones más avanzadas», postula la Tesis 2. «El punto es producirnos a nosotros más que producir cosas que nos esclavizan». La afirmación está sin duda expuesta a acusaciones de esencialismo o binarismo. ¿«Producirnos a nosotros mismos»? ¿«Cosas que nos esclavizan»? Hoy estamos acostumbrados a pensar sobre las redes con agentes humanos y no humanos, y a menudo nos contenemos para no suscitar la pregunta de si algún *agenciamiento* particular de las subjetividades y los cuasi objetos es deseable o aceptable. Las operaciones de recogida de datos y de reconocimiento de patrones proliferan por todas partes, pero la acción crítica «clásica» de «revelar» tales hechos parece cada vez más problemática.

En su conferencia-performance *Walkthrough*, Walid Raad –uno de los impulsores de Gulf Labor– examina a Moti Shniberg, el empresario responsable del recopilador de contenidos MutualArt y de un proyecto llamado *The Artist Pension Trust*, y sus vínculos con la inteligencia militar israelí. Sin embargo, al final de la investigación Raad se pregunta: «¿Realmente necesitamos otra red artística para mostrarnos (como si ya no lo supiéramos) que las esferas culturales, financieras y militares están íntimamente ligadas? No. No lo necesitamos. Puede ser algo inteligente, pero no es insidioso y ciertamente no merece que le dedique más palabras»²⁸.

²⁸ Walid Raad, «Walkthrough, Part I», *e-flux journal*, núm. 48, octubre de 2013.

En una *performance* anterior, Raad había cuestionado la eficacia de «revelar» el patrón de los vuelos de la CIA, puesto que estas revelaciones producen fácilmente la indiferencia²⁹. Tiene que haber una posibilidad de una concatenación, de una coalición, que lleve las cosas más allá del gesto ilustrado de revelar la verdad a un «público generalista». Gulf Labor es un caso pertinente: lo que hace no es tanto mostrar o criticar un estado de cosas como sacar consecuencias directas de este estado.

Algunos de los actos culturales más significativos de los últimos años han tomado la forma de revelaciones espectaculares y de ahí se derivan tanto sus fortalezas como sus debilidades. Sus perpetradores proceden más del lado tecnocientífico del «trabajo inmaterial» que del artístico o cultural, pero, de hecho, esto solo demuestra la creciente integración de los dos. Durante las décadas de 1960 y 1970, los artistas tenían dificultades de acceso a los nuevos medios de producción e incluso les resultaba más difícil controlarlos activamente; pero la cultura hacker siempre se ha nutrido de unas determinadas costumbres contraculturales californianas y, en Europa, de la cultura *hazlo tú mismo* del punk. A mediados de la década de 1990, con la creación de la lista de correo Nettime, surgió una cultura *hacker* autónoma que incluía a teóricos y activistas de los medios de comunicación así como *net artists*. McKenzie Wark habla del *hacker* como el héroe popular colectivo contemporáneo, el que abraza y trabaja con la abstracción en lugar de destrozarla a la manera ludita:

¿Quiénes son los agentes que luchan a favor y en contra de las formas productivas emergentes que pueden moldear las *affordances* [potencialidades] de aquellas tecnologías y procesos de trabajo? Una de las respuestas es: el obrero. Pero otra es: el *hacker*. El obrero es el que lucha dentro y en contra de un régimen productivo. El *hacker* es quien contribuye a diseñar nuevos regímenes o, al menos, a poblar los existentes con nuevos conceptos, nuevas ideas, recuperadas por las nuevas formas de propiedad denominadas «propiedad intelectual». Estos son los aceleradores de la modernidad: los que trabajan dentro y contra ella³⁰.

¿Es el *hacker* el nuevo revolucionario cultural por excelencia, precisamente en virtud de estar situado en la vanguardia tecnológica de la revolución estructural capitalista? Las prácticas activistas/estéticas como las del colectivo de diseño Metahaven, que ha producido varios ensayos,

²⁹ W. Raad, «I Feel a Great Desire to Meet the Masses Once Again», conferencia/*performance*, 2008-2009.

³⁰ McKenzie Wark, «#Celerity: A Critique of the Manifesto for an Accelerationist Politics», disponible en el blog Synthetic Edifice.

instalaciones y vídeos sobre la nube y sobre la vigilancia de los datos, buscan reflexionar sobre algunas de las consecuencias de estos desarrollos para su trabajo de diseño y para la praxis cultural en general³¹. La acción de Edward Snowden, mientras tanto, podría verse como una forma de crítica institucional ampliada. No era sencillamente una revelación abstracta sobre malas prácticas en alguna otra parte que no tiene una conexión directa con las vidas del «público»: nos implicaba a todos. Y, aun así, este hecho fue generalmente repudiado. En una sorprendente letanía colectiva los periódicos publicaban comentarios de honorables ciudadanos que repetían sus mantras: «Sabíamos o sospechábamos algo así, en cualquier caso», «Nada nuevo», «Todos los Estados los hacen», «No tengo nada que esconder, así que ¿de qué preocuparme?». Al contrario que los activistas de ACT UP, muchos ciudadanos contemporáneos de los países del Primer Mundo están felices de tener dueño, felices de que se les hurgue buscando datos y metadatos, siempre que eso ayude a combatir el terrorismo, es decir, ayude a prolongar las desigualdades globales y ralentice el declive de Occidente.

La promesse de bonheur de la política liberal se convierte en la propiedad exclusiva de una clase alta y media alta cada vez más reducida, satisfecha de vivir en una sociedad de vigilancia paranoica en la que el número de Otros amenazadores crece y crece. Cuando el sano y rico directivo de Google Larry Page afirma que no entiende por qué alguien podría objetar que sus datos médicos se hicieran públicos, parece anunciar una nueva ola de acumulación de datos, una con potencial para crear una clase de parias biopolíticos³². Si el nivel actual de recogida de datos de la NSA y la GCHQ se considera aceptable, ¿quién podría decir que la próxima ola se topará con una oposición masiva? En respuesta a estos fatales mecanismos de repudio, que hasta ahora se han demostrado extraordinariamente difíciles de contrarrestar, la acción estética y política contemporánea necesita subrayar que *nosotros somos los otros*; que la revolución estructural terminará comiéndonos a (casi) todos nosotros; que terminará por envenenar, privar de derechos y mutilar a mucha, mucha más gente.

³¹ Véase, por ejemplo, el artículo en tres partes «Captives of the Cloud», en *e-flux journal*, núm. 37, septiembre de 2012; núm. 38, octubre de 2012; y núm. 50, diciembre de 2013.

³² Discurso ante la convención de desarrolladores de Google I/O, 15 de mayo de 2013, disponible en TechHive.com.

CRÍTICA

Rob Colls, *George Orwell: English Rebel*,
Oxford University Press, Oxford, 2013, 330 pp.

FRANCIS MULHERN

FOREVER ORWELL

Eric Blair empezó adoptando el nombre del santo patrón inglés y terminó asumiendo ese papel. 1984, cuando finalmente llegó, fue el año de San George. Dicho de esta manera se corre el riesgo de menospreciar la magnitud de la fama de Orwell, su aceptación a escala mundial y el poder de talismán que ha tenido su nombre desde su muerte en 1950, a la edad de 46 años. Pero en cambio se pone el acento en algo que se ha dicho mucho sobre él, normalmente en tono admirativo o empático: que para él ser inglés no era únicamente una procedencia entre otras, sino una piedra de toque, un asunto de constitución moral. En esta línea, el retrato intelectual de Rob Colls, *George Orwell: English Rebel*, se une a un corpus crítico ya sustancial: en su introducción cita unos veinte predecesores, que a su vez son solo un subgrupo de un corpus mucho mayor dedicado al hombre, a su obra y a su suerte posterior. En lo que Colls difiere de todos ellos es en su interés particular por su «inglesidad», que ha sido su especialidad como historiador en los últimos treinta años. Ese aspecto ha sido también muy trabajado y el resultado es un libro de evidente erudición, en el que más de una cuarta parte de su extensión se dedica al aparato académico. Es también, dentro de su esquema cronológico sencillo, un libro digresivo, que en un momento dado explora algún aspecto de la situación general para luego detenerse en alguna circunstancia o consideración, como si quisiera encontrar un hueco para todo. Colls se mantiene fiel a su concepción general de la inglesidad como una formación histórica: el título de su obra principal sobre este tema,

una ágil discusión que abarca desde la Edad Media hasta el presente, es un epítome incómodo y elocuente de su postura. *Identity of England* (2002) encuentra su forma mediante la negación de expresiones más obvias y armoniosas con las que se podría haber encabezado el libro: omite el artículo *The...* que le daría un carácter esencialista o estipulativo, a la vez que evita un plural facilón y evasivo o la engañosa tranquilidad que expresaría *English Identity*. El carácter nacional es un singular, no un plural y, aun así, es indeterminado y cambiante. La interpretación que hace Colls de Orwell coincide con esto. «No digo que la inglesidad sea la clave de Orwell [...]. No hay “clave” de Orwell», escribe en su introducción, «puesto que no es una “caja” que haya que abrir». Pero, después, en una frase de despedida, cuya forma y emplazamiento merece la pena que ahora señalemos para un estudio posterior, dice: «Su inglesidad, sin embargo, merece la pena rastrearse».

Esta es la óptica a través de la cual Colls repasa la trayectoria ya familiar de la vida de Orwell: la escolarización privada y el servicio en la Policía Imperial India (1922-1928), el rechazo del Imperio y el regreso a Inglaterra con la ambición de convertirse en escritor; la vida precaria en París, su trabajo recogiendo lúpulo y el vagabundeo por el sur de Inglaterra, el modo en que un «*tory* anarquista a su manera» descubre a los pobres (1928-1931), las primeras novelas y el decisivo encuentro con la clase obrera del norte de Inglaterra (1932-1936), la lucha por el socialismo en España, la lucha en casa contra el fascismo, el estalinismo y la guerra (1937-1939), el heraldo del patriotismo revolucionario (1940-1943), el fabulador de la traición política (1943-1950). El punto de inflexión de esta secuencia se sitúa en 1936, y se traduce en que, tal y como lo lee Colls, durante los dos meses de trabajo de campo previos a la publicación del encargo que se convertiría en *The Road to Wigan Pier*, Orwell, «por primera vez en su vida, encontró una Inglaterra en la que podía creer», una inglesidad popular, proletaria que, de ahora en adelante, le serviría como estímulo político y como una piedra de toque y que inspiraría su defensa del patriotismo revolucionario en tiempos de guerra.

La prueba de la inglesidad se aplica en dos sentidos. A Orwell le sirvió para justificar la incansable campaña que emprendió contra *la intelligentsia* de izquierdas, a quien retrataba como una panda de excéntricos grotescos y desenraizados con una debilidad fatal por la abstracción y la doctrina programada, presas fáciles de la propaganda soviética y nihilistas en su actitud hacia las instituciones inglesas. Colls transmite estos temas con una actitud afín, tan despreciativa como la de Orwell, aunque no tan inventivamente insultante en su rapapolvo a las abstracciones, sistemas, «escuadras y ecuaciones» y dogmas que se afirman sin tener en cuenta la experiencia personal y todo lo que «razonablemente se puede suponer que sea la cuestión»: todo lo que le sugiere la palabra «ideología». Sin embargo, Colls da un paso más y le aplica la prueba al propio Orwell. El «ridículo» antiintelectualismo del escritor era,

en su opinión y al menos en parte, una proyección de los sentimientos de desarraigo que Orwell reconocía y temía en sí mismo. El personaje de Gordon Comstock, de *Keep the Aspidistra Flying*, de 1935, el año anterior al viaje al norte, puede leerse como una apreciación burlona de Eric Blair, el escritor, por parte de George Orwell. El potente atractivo de la inglesidad que encontró en la clase obrera de Lancastershire y Yorkshire radicaba en su promesa de pertenencia. Pero esa inglesidad se sustentaba y se articulaba mediante la forma organizativa y la cultura del movimiento obrero, sus sindicatos y su partido, objetos que, hasta finales de la década de 1930, no parecían figurar en las percepciones y razonamientos políticos de Orwell.

El meridiano político de Colls es 1945. Admite la ineficacia del laborismo en los últimos años de la década de 1920 y durante la de 1930, rechaza su política puramente de gestos hacia la Guerra Civil española y tiene palabras muy duras sobre el partido en los momentos actuales; pero la senda ascendente que traza, desde la promulgación del *Immediate Programme* en 1937, pasando por la radicalización popular de los tiempos bélicos hasta la victoria aplastante en el primer verano de la paz europea, es numinoso. La visión de Orwell era muy diferente. Colls ha decidido ignorarla, pero *The Road to Wigan Pier* concluye con una llamada para la formación de un movimiento socialista popular basado en un concepto extenso de clase obrera (que incluya los oficios no manuales) y que esté preparado para recurrir a la violencia «revolucionaria» en la lucha contra el fascismo, que Orwell consideraba una potencialidad inherente al capitalismo industrial. Su lema principal, «Giustizia e libertà», se hacía eco, tal vez no por accidente, del nombre de la organización de resistencia italiana dirigida por Carlo Rosselli, el teórico del «socialismo liberal» y, poco después, voluntario de las milicias anarquistas en España. Era un esquema ecléctico, que venía precedido de la filípica de Orwell contra los intelectuales de izquierda, y que era deudora en gran medida de su experiencia en los círculos marxistas del Independent Labour Party, en los que se había movido durante varios años. Sin duda hubo evaluaciones más juiciosas sobre las posibilidades inminentes, pero esta destaca como una vívida muestra de la distancia imaginativa entre Orwell y la esfera de pensamiento oficial del Partido Laborista.

De la misma manera, Colls tiene una actitud que le cualifica para transmitir el periodo español de Orwell, tanto de la contienda misma como del polémico episodio que siguió a esta en Londres, incluyendo *Homage to Catalonia*. Odia la Comintern de Stalin casi tanto como llegó a odiarla Orwell, pero no siente simpatías políticas por las milicias revolucionarias del POUM. Aplauda los logros del ejército centralizado de Rojo y, desafiando la afirmación de Orwell de que la República se estaba volviendo «fascista» en su ataque difamatorio y brutal a la izquierda revolucionaria, defiende al Gobierno de Negrín por su realismo y competencia en circunstancias

desesperadas. Orwell finalmente reconsideró la tesis del POUM de que la defensa de la revolución española era una condición necesaria para ganar la guerra, pero lo hizo únicamente después de un periodo de varios años, durante los cuales, en absoluto contraste, la sostuvo como una verdad que podía aplicarse extensamente, entendiendo, en palabras de Colls, las «lecciones españolas como lecciones inglesas». Lo que significa, más bien, que los errores extranjeros provocaron los errores nativos, en tanto Orwell, el antifascista, persistió en su creencia de que la guerra europea que ahora amenazaba, como la guerra que había acontecido veintiún años antes, sería un conflicto estrictamente interimperialista, al que la izquierda debía oponerse por principio.

Llegó la guerra; Orwell dimitió del Independent Labour Party y se presentó voluntario para el servicio activo, asumiendo posteriormente un papel en el Home Guard y en la Sección India del Servicio Imperial de la BBC. La incompatibilidad de los impulsos de los últimos dos años ahora se resolvía, nos dice Colls; «la gran reconciliación de Orwell con Inglaterra, su Inglaterra» había comenzado en Wigan en 1936 y pronto sería completa. La obra definitoria de este periodo es *The Lion and the Unicorn: Socialism and the English Genius*, que reinventaba la estrategia del POUM sobre el terreno de los esfuerzos de guerra nacionales, argumentando que solo una revolución socialista podría compensar las debilidades del capitalismo y de la elite política británica, creando así las condiciones psicológicas y materiales para vencer en la lucha contra el fascismo. La gran diferencia en este caso era la centralidad de la idea y de la imaginaria de la nacionalidad. Los ingleses eran una familia, pero una en la que «el control lo tenían los miembros equivocados», escribía Orwell. La revolución sería «fundamental», empujaría mucho más allá de lo que él llamaba el «reformismo tímido» del Partido Laborista, pero no por ello sería menos inglesa en sus medios y resultados. Pues Inglaterra siempre es Inglaterra y nunca Gran Bretaña, en las propias palabras de Orwell, «un animal eterno que se estira hacia el futuro y el pasado y que, como todas las cosas vivas, tiene el poder de cambiar hasta quedar irreconocible y, aun así, seguir siendo el mismo». Colls expresa su cálida admiración por la afirmación de Orwell del tema nacional, pero rápidamente cuela una defensa a favor del Parlamento de Westminster por su papel a la hora de propulsar el programa revolucionario e igualmente defiende que Orwell fue un partidario del Gobierno de Attlee hasta el fin de sus días.

El momento culminante duró poco. A finales de la década de 1940, y sería muy defendible que incluso antes, las preocupaciones inglesas de Orwell habían sido enterradas por la política internacional, por encima de todo, por la nueva geopolítica de la Guerra Fría. En esto, más que en otros aspectos, Orwell estaba sin duda en sintonía con el Gobierno laborista, secundando la política exterior de Bevin y llegando tan lejos como para ofrecer a la unidad

de propaganda del Foreign Office (en secreto) el beneficio de sus valoraciones políticas sobre sus colegas escritores. El anticomunismo había sido una constante del pensamiento político de Orwell desde 1935 (la fecha es suya) y ahora asumía un significado objetivo nuevo e ineludible. Fuera lo que fuera que hubiera pretendido hacer Orwell, y por muy desalentador que fuera el resultado, esta fue la coyuntura en la que se publicaron tanto *Animal Farm* (1945) como *Nineteen Eighty-Four* (1949). La primera de las dos novelas, en la lectura de Colls, ofrece una evaluación radicalmente pesimista tanto de la clase obrera tradicional como de la nueva clase media, de los profesores, técnicos, periodistas y otros obreros no manuales que habían jugado un papel central en la visión de Orwell de un bloque socialista popular. Su fábula animal no dice por qué los animales permiten que se les roben sus ganancias o por qué los cerdos actúan como actúan. Su desarrollo implica que es un designio de la naturaleza. Esta sátira sobre la revolución rusa, como la describió Orwell en una ocasión, se posiciona también, según el juicio de Colls, «en contra de las revoluciones en general». En cuanto a *Nineteen Eighty-Four* podría decirse que proyecta los resultados de una revolución en particular, la que se anuncia en *The Lion and the Unicorn*. La novela «imagina el fin de Inglaterra»: el nombre, la historia, la identidad y el idioma. Lo que sobrevive de la inglesidad se encuentra entre los prolos, de quienes, sin embargo, el partido se ha abstraído ahora por completo, creando una realidad paralela. El personaje de O'Brien se lleva intelectualmente a su extremo antiinglés de «absurdo solipsista idealista». Colls no llega a decir tanto, pero la inferencia que se puede trazar es que, en último término, la oposición fundamental en la imaginación política de Orwell era Inglaterra versus Comunismo. Especulando sobre los futuros que el novelista de *Nineteen Eighty-Four* no vivió para definir por sí mismo, escribe: «Hay señales de que se habría convertido en un guerrero de la Guerra Fría». En 1949, las señales decían que ya lo era.

Orwell es un objeto de estudio crítico complicado. Los problemas habituales de equilibrio y exactitud se vuelven más agudos en su caso, en parte por sus propios y discutibles hábitos críticos, que incluyen un arraigado reflejo contrariador que no debería idealizarse, y por sus muchos cambios de opinión; y también, en igual medida, por la gravedad histórica de las situaciones en las que se encontró en momentos decisivos de su vida y el destino de las causas que abrazó o combatió. Visto desde una determinada óptica, «George Orwell» ha sido durante mucho tiempo un fardo de tópicos convencionales, un repertorio de piezas de época esperando su siguiente puesta en escena. Robert Colls reconoce todas estas dificultades y las convierte en los principios de su procedimiento histórico. «Casi todas las afirmaciones generales sobre quién o qué era [Orwell] pueden emparejarse con afirmaciones iguales y opuestas», escribe. «Con todos sus dones de claridad y precisión, y a pesar de toda su seriedad, es difícil de clasificar, es un escritor que sostuvo muchos

puntos de vista, algunos dos veces». El imperativo crítico, por lo tanto, no es reducirlo o totalizarlo, sino asumir a Orwell en su conjunto, con todas sus contradicciones, y tomárselo «paso a paso». Así, Colls repasa todo lo que Orwell, «en el fondo un literato y *liberty man*», tenía en común con las tradiciones del liberalismo, aunque no fuera «realmente un liberal». Considera los gustos y reflejos del joven que se presentó en la revista *Adelphi* como un «anarquista *tory*» y quien, en opinión de muchos de sus amigos y conocidos, nunca llegó a ser completamente otra cosa. Traza las paradojas del intelectual que escribió con fobia acerca de la *intelligentsia*, del hijo autoexiliado de la clase media alta que «nunca llegó a dejar Eton del todo», del «protestante sin Dios» que reflexionaba sobre la importancia de una falta general de creencia en la inmortalidad personal y, sobre todo, del socialista que descargó la mayor parte de su munición polémica en contra de la izquierda. Orwell era todo eso, insiste Colls. No se puede encontrar una postura política coherente en su obra, solo políticas de «una época, un lugar y una convicción».

La argumentación de Colls está plagada de juicios, los suyos y los de Orwell, y se muestra hostil a las resoluciones habituales de las tensiones que reconstruye. Por el contrario, su procedimiento parece diseñado para dificultar la interacción crítica y lectora. Un libro que se mueve paso a paso, en una especie de parataxis, se arriesga a perder en consistencia y proporciones generales lo que gana en efecto local. Hay momentos en *George Orwell: English Rebel*, en los que parece que sus afirmaciones tienen una vida muy breve, tan dependientes del contexto como son, según el autor, las posiciones políticas de Orwell. Los resultados del debate son desiguales. Colls rebosa de conocimientos e informaciones sobre la escritura de Orwell pero, en momentos decisivos, se atreve a desafiar sus propios informes («¿Dónde estaría yo sin mis prejuicios?», se pregunta, en un momento autoindulgente. Y la respuesta que nadie le ha pedido es «en algún otro lugar»). Su indudable complacencia en su propia elocuencia le conduce demasiado a menudo a giros en los que la claridad y el equilibrio de juicio, o incluso el sentido, juegan un papel secundario frente a una frase ostentosamente equilibrada. (Un ejemplo, entre muchos: «La vieja izquierda nunca pudo perdonar a Orwell por estar tan equivocado y la nueva izquierda nunca pudo perdonarle por tener tanta razón»). El criterio al que aspira para leer a Orwell se queda en suspenso cuando se vuelca en la teoría marxista, en pasajes que son sencillamente indignos de lo mejor de este libro. (Y sin duda alguien, si no el autor, al menos un amigo o un editor, debería haber sabido que el revolucionario Victor Serge no era un «disidente conservador», que Ignazio Silone era italiano, no eslavo, que Maurice Merleau-Ponty no era estalinista y que Jürgen Habermas, nacido en 1929, difícilmente habría sido el mentor de la «nueva sociología marxista de la década de 1930».) Más importante para el libro en su conjunto, sin embargo, es que el procedimiento favorito de Colls es un argumento sustantivo en sí mismo, cuyo propósito no

es meramente reconocer las contradicciones presentes en Orwell, sino ponerlas en valor. El procedimiento es la tesis, que a su vez requiere una retórica a su servicio. La frase con la que finaliza la introducción lo ilustra, representando la principal pretensión del libro como si fuera una idea tardía tentativa, un mero calificativo: una vez más, «sin embargo, merece la pena seguir su inglesidad». Las primeras frases ofrecen un segundo ejemplo: «George Orwell era lo que se solía llamar un “socialista”. Compartía también algunas de las actitudes ante la vida que se solían denominar *toy*». «Estas» aún se llaman así y todavía están ahí, la verdad, pero en esta curiosa obertura el hábito de nombrar y de clasificar se interrumpe momentáneamente, como si se sintiera desafiado, y esa es la cuestión. Se trata de una retórica cuyo propósito central es desarmar.

Las maneras de Colls podrían considerarse prudentes, dubitativas, tentativas y, sin duda, son preferibles al estilo «ideológico» al que reprende tan abundantemente. «Por otro lado» es el astuto subtítulo que abre su capítulo final. Pero, alternativamente, se podría considerar como metódicamente elusivo, como una obra de evasión deliberada. Colls protege a Orwell, en un sentido especializado. Él critica su objeto de estudio con bastante libertad y no censura, pero adopta una actitud irritada y superficial en sus concesiones cuando se enfrenta a las críticas más severas de los demás, especialmente de las feministas. Pero a lo que se resiste, como una cuestión previa no negociable, es a cualquier intento de clasificación, cualquier gesto crítico que busque alcanzar una conclusión, trazar una línea o indicar un orden y, al hacer esto, limita el juego «del otro lado». El Orwell de Colls no puede «realmente» ser ninguno de los seres culturales o políticos que fue o que aparentaba ser. Debe conservar su infinita variedad o, podríamos decir, cambiar mientras sigue siendo el mismo, como el animal eterno de *The Lion and the Unicorn*. Este Orwell no es simplemente inglés: es la inglesidad misma.

Este Orwell ha llegado a «escuchar a Inglaterra», a «creer en el pueblo», la clase obrera, y Colls se esfuerza mucho en moderar tales diferencias de implicación, como las que podría haber entre el carácter de esta creencia y el que se representaba en el Gobierno de 1945. Minimiza los desacuerdos y decepciones políticas de Orwell y prefiere enfatizar su continuo apoyo crítico al Gobierno laborista (una posición que compartiría con la mayoría de la izquierda marxista), y trata de ensombrecer la diferencia cualitativa entre su programa de acción de 1941, que pedía la nacionalización general de la propiedad capitalista y una reducción radical del diferencial de ingresos, y las medidas limitadas de los años de Attlee, de los que habla como «la revolución de Orwell hecha realidad». El socialista que emerge de esta controlada representación era, en la frase reverberante de Colls, un «laborista», comprensivo en casa, alerta y preparado en el extranjero, frente a una imaginaria amenaza comunista.

De hecho, esta sería una conclusión suficientemente banal si no fuera por el *pathos* de una muerte lenta y temprana y el estatus oracular que sobrevino con la publicación de *Nineteen Eighty-Four*, pues es fácil olvidar lo alejado que Orwell estaba de los típicos intelectuales literarios ingleses de su época. Aunque nunca fue el esteta estereotipado de la década de 1920, su admiración ferviente y masoquista por el *Ulises* de James Joyce nos revela a alguien agudamente consciente de las potencialidades no explotadas de la forma literaria. Su pasión política más temprana fue su repugnancia por el Imperio, y ahí siguió el camino que habían abierto Leonard Woolf y E. M. Forster, cuya novela *A Passage to India* se publicó durante su estancia en Birmania. Las cuestiones sociales se trasladan al centro de sus preocupaciones mientras las economías capitalistas se desplomaban, inspirando las exploraciones que conformaban *Down and Out in Paris and London* («visitas barriobajeras» era el nombre despectivo que Q. D. Leavis daba a este género). Las legendarias preocupaciones de la literaria década de 1930, que asociamos con los nombres de W. H. Auden y Stephen Spender entre muchos otros menos conocidos, eran la pobreza, el paro, la amenaza del fascismo y de otra guerra europea, y todo ello contribuía a un giro más o menos pronunciado a la izquierda y a un espíritu de resistencia que se aglutina en la campaña por la defensa de la España republicana.

Con el posterior estallido de la guerra y la crisis militar de la década de 1940, comienza la labor, perseguida de distintas maneras, emprendida de distintas maneras, de crear un nuevo consenso social patriótico, en apoyo de lo que ahora se celebraba como «guerra popular», para reconstruir Gran Bretaña, una labor en la que los escritores que ahora se reunían en el Departamento de Conferencias de la BBC asumieron el papel representativo que antaño se había asignado a los Poetas de los Años Treinta. La Segunda Guerra Mundial llegó a su fin o, más bien, «se detuvo en seco en medio de Europa», nos cuenta Colls, sin «un claro ganador», un juicio extraordinario en un conflicto en el que el Eje había sufrido una «clara» derrota, pero, a su manera, una repetición verbal de lo que realmente ocurrió cuando los claros ganadores se revolviéron para enfrentarse a sus aliados soviéticos, cuya supervivencia, parece decir Colls, no estaba entre los resultados deseados por las potencias imperialistas victoriosas. Ahora comenzaba la lucha contra el comunismo «totalitario» y una movilización intelectual sin precedentes, que se prolongó durante décadas, a medida que la CIA financiaba a las denominadas izquierdas no comunistas en el Congreso Internacional por la Libertad Cultural y en periódicos como *Encounter*, publicado en Londres. El principal pelele intelectual en este caso particular, nos revelarían un día, fue el poeta emblemático de los comunistas de la década de 1930, Stephen Spender. Pero el héroe del momento fue el autor de *Nineteen Eighty-Four*, quien, de hecho, había escrito previamente el papel de su personaje, en su ensayo sobre Dickens:

Hasta nuestros días, para el inglés medio, la Revolución francesa evoca poco más que una pirámide de cabezas cortadas. Es extraño que Dickens, mucho más partidario de las ideas de la Revolución que la mayoría de los ingleses de su época, haya jugado un papel tan importante a la hora de crear esta impresión.

Encuadrado en las sucesivas coyunturas político-intelectuales generales de su carrera como escritor, encuadrado en planos generales o medios, Orwell no era en absoluto la voz solitaria de la leyenda. Los primeros planos son engañosos. Pero aunque, a su modo, era típico, ese modo suyo no era habitual. Su distinción era su extremismo. Educado para ser un leal funcionario, se enroló para vigilar el puesto fronterizo más lejano y menos estabilizado del Imperio indio. De vuelta en Inglaterra, preocupado ahora por aprender más sobre la mayoría social de la que le habían mantenido en cuarentena cuando niño, se hizo «nativo en su propio país» (en las famosas palabras de V. S. Pritchett), insistiendo en el contacto directo con lo más pobre y menos seguro, con los invisibles y los rechazados. Para él, la oposición al fascismo, que compartía con muchos miles de personas, intelectuales o no, significaba irse a España pocos días después de terminar *Wigan Pier*, no como periodista, sino para luchar y matar a los enemigos políticos. Al reflexionar sobre las necesidades y potencialidades de una guerra popular contra Hitler, radicalizó los cánones de los frentes populares de inspiración comunista para pedir un programa que fundiera la unidad patriótica con el derrocamiento de una clase dirigente en bancarrota, así como del sistema de propiedad que esta defendía. Tenía sus buenas razones para impacientarse con el marxismo oficial (más allá y por encima de su rechazo romántico de toda abstracción excepto la suya) y de rechazar la política y la cultura de la dictadura del partido ruso y de su regimentada Internacional. Había llegado a tener sus razones personales para odiar y temer a los sicarios de Stalin. Pero su última novela superaba todo esto en su visión de una casta burocrática colectivista autopropulsada psicóticamente hacia la perfección de su propia norma, en la que, en palabras de Colls, «el objeto del poder es el poder y el objeto del asesinato es el asesinato».

Este extremismo se acompaña de sus constantes temáticas. Una de ellas, tal vez sorprendente en alguien capaz de un activismo impulsivo, era una convicción imaginativa de un probable fracaso. Orwell podía afirmar la posibilidad de una transformación liberadora en sus recuerdos de la Barcelona revolucionaria o sus proyectos de una Inglaterra socialista, pero todas y cada una de sus seis novelas narran el fracaso de un intento de plenitud o de liberación, ya sea pública o privada, individual o colectiva, temporal o permanente. Otro rasgo asociado de su escritura es una vena sadomasoquista. Este es un tema delicado en círculos orwellianos y las concesiones de Colls en el asunto son ambivalentes. Cuando escribe, en un aparte malhumorado, que

su protagonista no necesitaba a Isaak Deutscher para que le dijera cómo ser «trotskista», se refiere presumiblemente a un ensayo sobre *Nineteen Eighty-Four*, fechado en 1954, en el que el marxista polaco, antaño colega en el periódico *The Observer*, dice de hecho relativamente poco sobre Trotski, pero mucho más sobre la «mística de la crueldad» de Orwell, sobre esa gran abstracción del «hambre de poder» que le sirvió como llave maestra para entrar en la historia moderna. «Si quieres una imagen del futuro», escribió Orwell, «imagina una bota pateando una cara humana, para siempre». Esto no puede desdeñarse simplemente como una afirmación interna en el mundo inventado de Ingsoc. Había sido pergeñada una década antes, en la última de las novelas de la década de 1930, *Coming up for Air*. El protagonista, otro George, ha estado en una charla política:

Vi la visión que él veía... Lo que él decía era simplemente que Hitler va a por nosotros y que todos debemos unirnos y odiarlo en condiciones [...]. Pero lo que ve es algo muy diferente. Es una imagen de sí mismo aplastando las caras de la gente con una llave inglesa. Caras fascistas, por supuesto. Yo sé qué es lo que él ve. Es lo que yo vi durante el segundo o los dos segundos que estuve en su interior. ¡Zas! ¡En toda la cara! Los huesos se quiebran como la cáscara de un huevo y lo que hace un minuto era una cara es ahora un gran pedo de mermelada de fresa. ¡Zas! ¡Ahí va otra!

El acontecimiento no es una concentración de la Semana del Odio, es un debate sobre antifascismo en la reunión local del Left Book Club. La irrupción de esta fantasía de extremada violencia es gratuita y, posiblemente, sintomática, y sugiere una compulsión que en parte conformaría la visión política del último Orwell, con su radical separación del poder de las relaciones de propiedad.

La convicción de una posible derrota es otra presencia conformadora —que en este caso adopta la forma de la próxima extinción de la inglesidad— que había sido durante mucho tiempo, o tal vez desde siempre, el criterio de la evaluación moral de Orwell. Colls acierta al otorgar un papel crucial a la cuestión de la identidad nacional en la constitución de Orwell y, precisamente por esa razón parece adecuada una duda crítica. ¿Podiera ser que «en un principio, Orwell no tuviera demasiada inglesidad como para creer en ella»? Podiera ser, por el contrario, que tuviera un exceso de ella. El joven Blair era un hijo del colonialismo por ambos lados, ya que en la familia había un alto funcionario, un comerciante de madera, un misionero en la India y un dueño de esclavos en el Caribe. Él mismo nació en Bengala. A los ocho años entró en la privilegiada red inglesa de escuelas preparatorias y las exclusivas *public schools* de la época, en las que el régimen incluía entrenamiento militar, y continuó en ellas hasta que se fue a Birmania, otro Blair al servicio del Raj. Fue sin duda una educación de clase media alta, que implicaba formas estrictas de segregación social. Pero envuelto en condiciones

coloniales, su lazo vinculante más significativo había sido nacional: británico, o más adecuadamente, invocando el país ideal que insufla la vida en la maquinaria funcional británica, «inglés». Esa sola palabra lo diría todo. Sin embargo, el corolario fue que, una vez que la relación de clase colonial se rechazó en tanto que injusta, la identificación se volvía incoherente. La inglesidad se reducía a un significante sin referente. Tras presentar su dimisión mientras estaba de permiso en casa de sus padres, Blair ya no podía ser el inglés que había sido entrenado para ser, pero no sabía ser de otra manera lo que solamente podía ser, es decir, inglés. Esta fue la crisis que tuvo que superar, con resultados que solo aparecieron unos años antes de Wigan. «Un vagabundo es solo un inglés sin empleo», declaró en *Down and Out in Paris and London*, señalando que el privilegio de la normatividad se había extendido, si bien no se había transferido totalmente, a las clases populares. Con ese desplazamiento, que se confirmaría en los años siguientes, la identificación nacional recuperaba su vieja plenitud de implicación social: la inglesidad se reconfirmaba como la prueba de la virtud pública.

Esta condensación de valores era la utopía personal de Orwell, que defendía con una tozudez apasionada en la que nunca reconoció el fanatismo que tan rápidamente denunciaba en sus compañeros socialistas. Su inglesidad hiperbólica inspiró sus excursiones característicamente malencaminadas, simplistas, en busca de un lenguaje «llano», le permitió un apego acrítico al buen sentido de una nación y un antiintelectualismo fóbico a juego. Fue también el pequeño milagro que fundó su culto póstumo, una comunidad de fieles que abarca cualquier intensidad de adhesión, desde el ardor misionero a los modales convencionales, y un espectro de fidelidad política que se extendía desde la derecha hasta la extrema izquierda. Colls concluye su libro con un breve repaso de esta religión, ensayando la letanía de los atributos de Orwell y de la variedad de sus encarnaciones: una sociedad, una fundación, un fondo y un premio en su memoria..., un tesoro nacional y (casi) una estatua. El tono es irónico, casi juguetón, de esa manera que los lectores han aprendido ya a esperar después de más de trescientas páginas, con un toque de nostalgia por Inglaterra y por una socialdemocracia ya difunta. Pero ironía es todo lo que hay y los recuerdos son de otros (Colls nació en 1949). Es Orwell para posmodernos, un modo particular de adhesión al culto.

El Laborismo Profundo, como se le podría bautizar, ha quedado impreso en la imaginación de Colls como una fase en la historia política de la clase obrera y, más fundamentalmente, como la encarnación, en instituciones y en estrategias, de una duradera disposición hacia lo concreto, lo familiar, lo demostrado y lo compartido y una desconfianza paralela hacia la abstracción y los sistemas. Esa formación histórica, basada en la clase obrera industrial del norte en la que nació, es cosa del pasado, aunque no el compromiso con el «conocimiento local, el *habitus*» que, fiel a su forma retórica,

él probablemente declinaría llamarlo «el genio inglés». Pero ¿qué vectores estarían a su disposición para una política del futuro anterior? Las señales son ambiguas o peor. Aunque las reflexiones de Colls han comenzado en el terreno de la izquierda (no marxista), no queda en absoluto claro que alcancen sus conclusiones en ese mismo rincón político. Su breve recorrido por los sucesores de Orwell se cierra en un cuadro con dos figuras. Una es Christopher Hitchens, que juega el papel de un «segundo Orwell» más de lo que él habría previsto, terminando sus días alejado de la izquierda. El otro, «hoy el mayor exponente de la mejor escritura política de Orwell», es otro *tynesider* de origen obrero, su compañero de clase John Gray. Un filósofo de la derecha, comprometido con las ideas del conocimiento local, un crítico liberal de la ilustración liberal, un canario en la jaula de la cultura política británica, que abandonó el laborismo por los conservadores en la década de 1970 y después regresó en la década de 1990, Gray es quien Colls se «resiste» a nombrar como «el Orwell de nuestros tiempos», otro avatar de aquello que cambia pero permanece igual.

CRÍTICA

Richard Huzzey, *Freedom Burning: Anti-Slavery and Empire in Victorian Britain*, Cornell University Press, Ithaca, 2012, 303 pp.

ROBIN BLACKBURN

LA CAÑONERA DEL ABOLICIONISMO

Richard Huzzey abre su estudio de la cruzada contra la esclavitud en la Gran Bretaña victoriana con el relato de la quema de una aldea por parte de una fuerza naval británica en el río Gallinas, en África Occidental, en 1845; una ilustración de este suceso realizada por un testigo sirve de imagen para la portada del libro. El comandante creía que los comerciantes africanos habían estado utilizando el lugar para el tráfico de esclavos. No se trataba de un hecho aislado: el bombardeo de Lagos en 1850 seguiría este mismo patrón. Durante casi medio siglo, Gran Bretaña mantuvo una gran escuadra en la costa de África Occidental con el fin de hacer cumplir la «abolición», una política comercial antiesclavista que, propuesta inicialmente por los pacifistas, más tarde sería adoptada por los gobernantes del país como parte de una nueva forma de hacer la guerra. De esta manera, Gran Bretaña respondía a los desafíos ideológicos de la época redefiniendo la base moral de sus conflictos con la Francia revolucionaria y napoleónica y los Estados Unidos de Thomas Jefferson. El libro de Huzzey se propone explorar la forma en que Gran Bretaña podía presentarse a sí misma –y creer en sí misma– como una «nación antiesclavista», sin dejar de ser el centro metropolitano, y árbitro marítimo, de una economía y un imperio atlántico basados en la esclavitud.

En el relato de Huzzey, estas vocaciones aparentemente divergentes y contradictorias encajan con bastante comodidad. Mientras que gran parte de la bibliografía anterior sobre el tema ha venido centrándose en el surgimiento del abolicionismo británico a finales del siglo XVIII y principios del XIX y su impacto

en el continente americano, *Freedom Burning* dirige su atención a un tema relativamente descuidado: ¿qué fue del antiesclavismo británico una vez que se hubo convertido en política oficial de Estado? Huzzey, que vive en Liverpool, uno de los centros más importantes en el comercio de esclavos del siglo XVIII, y es codirector del Centre for the Study of International Slavery, entiende la época victoriana como una era de «pluralismo antiesclavista», en la que coexistieron «diversos intereses y agendas que conformaban una compleja red». Su preocupación no es tanto impugnar los motivos como explorar las mentalidades, y más que en la emancipación de los esclavos en América se centra en el proyecto abolicionista en África. Con un enfoque temático amplio, *Freedom Burning* describe en sus primeros capítulos las orientaciones estratégicas del movimiento contra la esclavitud, su relación multifacética con el mercado interno y con la reforma social, así como su incorporación a los marcos jurídicos y diplomáticos oficiales. La segunda mitad del libro, la más poderosa, trata de las historias convergentes del antiesclavismo y la expansión imperial, especialmente en lo tocante a su relación con la construcción de un interés nacional: el crecimiento económico y el poder mundial de Gran Bretaña.

Freedom Burning no se ocupa de los orígenes del abolicionismo anteriores a la década de 1830, pero dado que muchos de los fenómenos que Huzzey plantea se perfilaron por entonces, es oportuno mencionar algunos puntos preliminares. La cuestión de la abolición británica del comercio de esclavos en 1807 se trata a menudo en un espléndido aislamiento, más allá del contexto en que se produjo. Lo cierto es que la decisión fue adoptada en un momento crítico; en este sentido, ayudó al Gobierno a flanquear la agitación creciente promovida por las Societies for Peace y, por otra parte, a movilizar a una población cansada de la guerra en pro de sacrificios renovados. La abolición se esgrimió como un objetivo de guerra noble, un ideal con que simbolizar una marítima *Pax Britannica*. La idea de detener el tráfico de esclavos se había planteado por primera vez durante la Guerra de Independencia de Estados Unidos, cuando los rebeldes anunciaron un boicot temporal y algunas voces en Gran Bretaña exigieron la abolición permanente. Después de la humillación de la derrota en América del Norte, un ala reformista de la oligarquía británica vino a considerar que la abolición del comercio de esclavos en el Atlántico era un objetivo apropiado de la política imperial. El pánico antijacobino, sumado a una gigantesca revuelta de esclavos en Santo Domingo, condenó por un tiempo todas las iniciativas reformistas, y persuadió a William Wilberforce para dejar de presionar con la causa en el Parlamento. Sin embargo, la reanudación de la guerra con Francia en 1804 convirtió al Reino Unido en aliado de facto de Haití, fundado en ese mismo año por los abolicionistas negros que acababan de frustrar el intento de Napoleón de restablecer la esclavitud en Santo Domingo. La victoria en Trafalgar disipó la amenaza de invasión, sellando

la supremacía naval de Britannia a escala mundial. En 1807 Westminster supo que el Congreso de Estados Unidos se proponía terminar con la importación de esclavos al año siguiente, y quiso negar a los estadounidenses el capital moral en un tema de tanta resonancia. El abolicionismo oficial de Gran Bretaña sirvió también de complemento immaculado y necesario a la preocupación ordinaria de la diplomacia del país, esto es, el libre comercio.

Después de 1807, la cuestión de la trata de esclavos se convirtió en un ingrediente fundamental de la política nacional e internacional británica. En 1811, el Parlamento declaró que la complicidad en el tráfico de esclavos por parte de un mercante británico se consideraría un delito equivalente al de piratería, que se castigaba con la horca. En 1814 se filtró la noticia de que las potencias victoriosas estaban planeando devolver «Santo Domingo» (Haití) a Francia, en un intento por impulsar la restauración y fomentar el apego francés al comercio, que era visto como un antídoto contra el militarismo. Hubo una protesta masiva en contra de la idea, y Whitehall la abandonó apresuradamente. En cambio, los diplomáticos británicos en Viena lograron una declaración general de las potencias contra la trata de esclavos en el Atlántico que, a ojos británicos, hacía del abolicionismo la nueva moneda de la legitimidad. Por otra parte, las sucesivas revueltas de esclavos en Barbados (1815) y la Guayana Británica (1823) animaron a los abolicionistas británicos a dirigir su atención a las colonias esclavistas de su propio país, lo que condujo no solo a una nueva y más amplia campaña abolicionista, sino también a una convergencia entre la revuelta de esclavos y el antiesclavismo metropolitano que culminaría en la Emancipation Act de 1833. Incluso después de aprobada la ley, continuó vigente la imposición de un «aprendizaje» no remunerado y obligatorio para los libertos, que no sería abolido hasta 1838. Aunque los británicos decretaron la emancipación cuarenta años después de que lo hiciera la Convención francesa y treinta años después de la fundación de Haití, esta ley permitió a los Gobiernos de Londres presentarse a partir de ese momento como los árbitros del comercio civilizado.

El objetivo del ataque británico no fue la esclavitud en sí, sino el comercio internacional de esclavos. Una vez que este último fuera derribado, se afirmaba, la esclavitud se marchitaría y moriría, noción que, sin embargo, era desmentida por el rápido crecimiento de la población esclava en Estados Unidos. La estrechez de un enfoque centrado únicamente en la trata de esclavos minó la pretensión oficial británica de erigirse en «nación abolicionista», y generó contradicciones que atravesaron el periodo analizado en el libro de Huzzey. La renuncia formal británica a la trata de esclavos se produjo en el contexto de un tráfico persistente en el Atlántico. Los Gobiernos de Madrid y Río de Janeiro fueron conminados con intimidaciones a firmar tratados que daban a los cruceros británicos un «derecho de visita», que les permitía abordar a los buques que consideraran sospechosos y sacar a los

esclavos que pudieran transportar. (Algunos fueron llevados a las colonias y asentamientos británicos, pero los que fueron entregados a las autoridades españolas o brasileñas y enviados a Cuba o Brasil –los conocidos como *libertos*– fueron tratados como una especie de propiedad estatal cuya naturaleza no distaba mucho de la de los esclavos propiamente dichos). Entre 1831 y 1865 la escuadra de África Occidental de la Royal Navy, compuesta por entre veinte y treinta barcos y media docena de bases costeras, con una fuerza combinada de hasta 4.000 hombres, se incautó de 486 buques que transportaban 145.000 esclavos, y registraron un millar más. Por impresionante que pueda parecer este esfuerzo, el reto de extinguir el comercio de esclavos en el Atlántico planteó problemas graves. El océano era enorme, y los socios con los que Gran Bretaña había firmado tratados eran poco fiables: las autoridades españolas y brasileñas, que no veían con gusto una política que les venía impuesta por Whitehall, se confabularon para continuar con la trata. La prepotencia británica alienó también a Gobiernos que, como el de Luis Felipe en las décadas de 1830 y 1840, fueron muy eficaces en la supresión del comercio. Entre 1808 y 1865 se compraron unos dos millones de esclavos en la costa de África que fueron trasladados al continente americano, principalmente por comerciantes luso-brasileños e hispano-cubanos. Los comerciantes británicos se mantuvieron a distancia, pero siguieron comprando el azúcar y el algodón cultivados por esclavos, y vendiendo textiles y manufacturas a los traficantes de esclavos cubanos y brasileños. Por lo tanto, la represión militar permitió a los Gobiernos británicos presentarse en el país y en el extranjero como los campeones de la abolición, aun cuando Gran Bretaña siguió comerciando con productos cultivados y elaborados por esclavos.

Freedom Burning reconoce las anomalías manifiestas de la posición británica, y discute sus implicaciones tanto para la política exterior (la supresión de la trata de esclavos se entrelaza con el despliegue planetario del poder militar de Gran Bretaña) como en el ámbito doméstico, donde las actitudes antiesclavistas hubieron de toparse con realidades económicas. Huzzey cita una observación de lord Clarendon en 1846: «Para cubrir nuestras necesidades vitales y nuestros lujos, para proveer de empleo a nuestro pueblo, para asegurar nuestros ingresos y nuestra posición en el mundo como nación, requerimos de los productos de la mano de obra esclava». Esta realidad no había sido alterada en gran medida por la emancipación de las Antillas, ya que a mediados del siglo XIX Gran Bretaña seguía dependiendo tanto como siempre de los «productos esclavos», sobre todo, del algodón del sur de Estados Unidos (que constituía la materia prima para su principal industria de exportación) y del azúcar de sus rivales Brasil y Cuba (su principal producto de importación). Las diferencias en cuanto a los aranceles sobre el azúcar constituían el centro en torno al que giraban las luchas políticas entre los defensores del libre comercio y los que, por diversas razones, estaban a favor de alguna forma de

proteccionismo comercial. Después de la emancipación, el Gobierno británico aumentó los aranceles sobre el azúcar para financiar un plan de indemnización de veinte millones de libras destinado a los plantadores de las Antillas. Pero a medida que la producción descendía al reducirse la oferta de trabajo, la afirmación de que los aranceles encarecían el azúcar parecía de sentido común a ojos de una población preocupada por el creciente coste de la vida; este razonamiento, como nos recuerda Huzzey, dio al libre comercio un gran atractivo popular. Aunque la mayoría de los abolicionistas dudaban de que el trabajo asalariado pudiera hacer frente a la competencia de las plantaciones esclavistas cubanas y brasileñas, el ala favorable al libre comercio, dominante entre las clases propietarias británicas, insistió en que el proteccionismo colonial era un error y que, con un poco de paciencia, no tardarían en proliferar los empleadores de trabajadores libres. Esto último, argumentaban, sucedería sin necesidad alguna de favores especiales, y desde luego sin necesidad de unas protecciones arancelarias que distorsionaban las relaciones de mercado. (El dogma del libre comercio, sin embargo, no impidió que se diera un trato favorable a las exportaciones textiles británicas a la India).

Al incidir en la pluralidad de abolicionismos, Huzzey se abstiene de definir la postura de la *British and Foreign Anti-slavery Society* [Sociedad Británica e Internacional contra la Esclavitud], que apoyó los aranceles al azúcar, como más auténtica que la de los partidarios del libre comercio, que creían que era un error excluir el azúcar cubano y brasileño. Desafía a los que sostienen que «la consigna del azúcar barato» ahogó el «grito contra la esclavitud», y en lugar de ello habla de «dos tradiciones antiesclavistas» «que habían coexistido felizmente hasta la emancipación, y que ahora entraban en conflicto». Huzzey cree que el «extraño maridaje» entre los abolicionistas y sus oponentes de antaño (los propietarios de las plantaciones antillanas) «debilitó» la «coherencia de la causa abolicionista». Pero durante algunos años lo cierto es que esta alineación táctica funcionó: la embestida de los partidarios del libre comercio se pudo contener. La falta de coherencia no derivó de la alianza con los antiguos propietarios de esclavos de las Antillas para mantener fuera del mercado el azúcar cultivado por esclavos de Cuba y Brasil, sino del hecho de no hacer campaña para imponer un arancel similar sobre las importaciones de algodón cultivado por esclavos. Si bien es cierto que esta es una postura que sí adoptaron algunos abolicionistas radicales, aquellos otros que tenían opciones de atraer más votos, ya fuera en las elecciones o en el Parlamento, conscientes de que el algodón barato era un componente vital de la supremacía manufacturera británica, fueron demasiado cautos. Los partidarios del libre comercio en el Parlamento insistían sin descanso en esta contradicción flagrante en la corriente principal del abolicionismo, y al mismo tiempo acusaban a las políticas proteccionistas de elevar el coste de la vida a los trabajadores de a pie. En este contexto, los

sucesivos Gobiernos británicos comenzaron a bajar los aranceles sobre el azúcar extranjero, fuera o no cultivado por esclavos. En 1853 el azúcar «libre» de las Antillas ya no gozaba de protección alguna en el mercado nacional. Así que a la hora de enfrentar las dificultades sociales en el país los políticos optaron por el azúcar barato, si bien, a modo de compensación, ofrecieron cañoneras abolicionistas: la escuadra de África Occidental vio aumentado su tamaño y su ámbito de actuación. El abolicionismo organizado frunció el ceño ante ambas políticas. La British and Foreign Anti-slavery Society se opuso al despliegue de barcos de guerra, instando al comercio pacífico con las naciones africanas y señalando el fracaso de la escuadra de África Occidental a la hora de frenar un tráfico transatlántico clandestino masivo.

En la década de 1830 el abolicionismo había sido un gran movimiento, que de manera creíble habló en nombre de una concienciada «opinión pública». Una vez que la emancipación británica fue un hecho oficial en las colonias de las Antillas, el movimiento abolicionista perdió su foco primario de actuación. El continuado vigor de la esclavitud en el sur de Estados Unidos, Cuba y Brasil constituía un desafío no menor, y es cierto que los abolicionistas estadounidenses recibieron un valioso apoyo y sustento de sus homólogos británicos; pero estos ahora se contaban por miles, ya no por cientos de miles. Las décadas de 1850 y 1860 mostraron que todavía se podía llegar a círculos más amplios, y el enorme éxito de *La cabaña del tío Tom*, de Harriet Beecher Stowe, es buena prueba de ello. En 1862, Lincoln esperaba que la Proclamación de Emancipación le hiciera imposible a Londres conceder el reconocimiento a la Confederación o continuar permitiendo la venta a los rebeldes de acorazados y buques con que romper el bloqueo.

Tal vez los pasajes más notables de *Freedom Burning* sean aquellos en los que Huzzey analiza hasta qué punto abolicionismo e Imperio estaban entrelazados: incluso cuando Gran Bretaña se convirtió oficialmente en un «Estado antiesclavista», argumenta, los sentimientos abolicionistas alimentaron aventuras coloniales en África y en otros lugares. En efecto, en el seno de la ideología antiesclavista hubo una corriente importante que preparó el terreno para el colonialismo, como explica Huzzey. Los abolicionistas, especialmente los menos radicales, a menudo condenaron el efecto embrutecedor de la esclavitud en unos términos que ensombrecían la percepción que se tenía del esclavo liberado, rebajando con ello las expectativas que se depositaban en él. Este fue un argumento que algunos extendieron a todos los africanos y a las «razas menores», a los que era necesario transmitir la religión verdadera y los rudimentos de la civilización. Huzzey argumenta que el antiesclavismo no era un mero pretexto ideológico con que perseguir intereses económicos, sino una «razón sustancial» en sí misma considerada: tanto la elite victoriana como los grupos subalternos de la época creían que a largo plazo la supresión de la esclavitud sería de por sí una clave del crecimiento económico.

Aunque es cierto que algunos imperialistas manipularon el abolicionismo para respaldar su avaricia material, los criterios de racionalidad económica modernos no pueden explicar el atractivo popular y ético de la política de lucha contra la esclavitud. Los británicos continuaron persuadidos de que los fines morales, tales como el abolicionismo, regían la prosperidad nacional y mundial.

La misma lógica y la confianza en la superioridad de las razones y las instituciones británicas motivaron toda una variedad de proyectos coloniales.

La afinidad entre el abolicionismo y el colonialismo se manifestó por vez primera en Sierra Leona, en un asentamiento organizado en 1787 por una compañía concesionaria instituida por Inglaterra con la intención de ofrecer un nuevo hogar a los afroamericanos que habían permanecido leales a la Corona durante la Guerra de Independencia de Estados Unidos. Muchos de ellos eran antiguos esclavos que habían respondido a los llamamientos británicos a abandonar a sus amos y a luchar contra los rebeldes. Los abolicionistas británicos reunieron la impresionante suma de dos millones y medio de libras (al menos dos mil quinientos millones de dólares al cambio actual) para financiar el asentamiento. Su gobernador iba a ser asesorado por una asamblea elegida, que más tarde se disolvió cuando sus dirigentes —entre ellos un tal George Washington, que había adoptado el nombre de su antiguo amo, el primer presidente estadounidense— demostraron ser casi tan levantiscos como sus antiguos propietarios. Los abolicionistas también destacarían en los esfuerzos colonizadores posteriores, guiados por la creencia de que la mejor manera de suprimir el tráfico de esclavos era alentar a los africanos a cultivar y exportar artículos agrícolas producidos por el trabajo libre. Sin embargo, los asentamientos costeros británicos tenían problemas para encontrar personal dispuesto a trabajar por salarios, por lo que terminaron alquilando o adquiriendo «peones» africanos a través de los jefes locales. La expedición del Níger de 1840-1841 fue una iniciativa del destacado abolicionista y banquero Thomas Fowell Buxton y respaldada por la ultrarrespetable African Civilization Society —que tenía al príncipe Alberto como presidente y a cuatro arzobispos como vicepresidentes— para establecer una colonia «modelo» en África Occidental, basada en el trabajo libre, el autogobierno y la exportación de aceite de palma y cacao. Whitehall apoyó el proyecto mediante la construcción de tres vapores de ruedas de hierro y dos barcos más grandes, el *Albert* y el *Wilberforce*. La expedición fue un desastre: la mayoría de los blancos murieron a causa de la fiebre, y los responsables de la «granja modelo» alquilieron a trabajadores controlados a través de jefes locales que solo trabajaban cuando eran obligados a ello por supervisores armados con látigos.

El descrédito de esta y otras iniciativas filantrópicas privadas del mismo tipo contribuyeron a hacer avanzar la idea de que el Gobierno debía asumir más responsabilidad en estos asuntos. Fue en este contexto cuando el Slave Trade Department [Departamento de Comercio de Esclavos] pasó a convertirse en

una embrionaria *Colonial Office* [Ministerio de las Colonias], eventualmente rebautizado como Africa Department, que a mediados del siglo XIX era responsable de una quinta parte de toda la correspondencia que manejaba el Foreign Office. En todos los rincones del mundo, los embajadores y los cónsules británicos controlaban el cumplimiento de los tratados contra el comercio de esclavos o exploraban nuevas iniciativas diplomáticas contra la esclavitud. También en este sentido los abolicionistas jugaron un papel destacado: tal y como observa Huzzey, en la primera mitad del siglo XIX varios de ellos se convirtieron en expertos en cuestiones imperiales y cultivaron lazos con los administradores coloniales. El prolongado intento de reprimir el tráfico del Atlántico fue dirigido por un grupo especializado de funcionarios del *Foreign Office*, que iba a desempeñar poco después un papel central en la configuración de la estrategia colonial de Gran Bretaña. James Bandinel, jefe del Slave Trade Department, y como tal, responsable de la negociación de docenas de tratados con gobernantes africanos que tenían por objeto la supresión de las exportaciones de esclavos, transmitió su experiencia y sus contactos a aquellos que emprendieron proyectos coloniales en África.

Gran parte de *Freedom Burning* se centra en África, pero en el penúltimo capítulo Huzzey aborda la cuestión de por qué las condiciones contractuales de trabajo en las Antillas y el crecimiento de la emigración procedente de la India en régimen de servidumbre por deudas «no alarmaron, salvo muy raramente, a las conciencias antiesclavistas». La Emancipation Act 1833 era de aplicación exclusivamente en las Antillas, o Indias Occidentales, no a las Indias Orientales, que se hallaban por entonces bajo la jurisdicción de la East India Company. Esta región siguió un proceso de «deslegalización» en 1843, en lugar de la manumisión. El trabajo en régimen de servidumbre fue promocionado en tanto que paso intermedio y gradual hacia el trabajo asalariado. Los contratos de trabajo en régimen de servidumbre por deudas con migrantes indios compensaron la escasez de mano de obra de origen africano –y bajaron los salarios– a medida que los libertos iban dejando las plantaciones en todo el Imperio. Se calcula que entre 1838 y 1922 emigraron un millón y medio de indios –muchos de ellos, a lugares tan lejanos como la Guayana Británica, Fiyi y Mauricio– con contratos de trabajo en régimen de servidumbre por deudas. Huzzey explora la paradoja que representa la aceptación victoriana de este sistema generalizado de explotación y esclavitud en beneficio de los tiranos locales, en tanto que «motor adecuado de un mundo contrario a la esclavitud». En su opinión, lo que «hizo posible esta lógica perversa» fue la confluencia del pensamiento abolicionista oficial y del pensamiento racial, evidente en la propagación de un racismo pseudocientífico y de prejuicios estereotipados.

El vínculo entre el abolicionismo británico y las preocupaciones imperiales siguió siendo evidente durante la «rebatía por África». En la década

de 1880, algunos miembros de la British and Foreign Anti-slavery Society estrecharon lazos con misioneros y empresarios que promovían la construcción del Ferrocarril Imperial del África Oriental Británica, cuya mera existencia, en su opinión, contribuiría a la lucha contra la esclavitud. Los partidarios del proyecto lo presentaron en el Parlamento como la redención del infeliz africano, que proporcionaría nuevos mercados y medios de abastecimiento a los campesinos. Algunos observadores se mostraron escépticos y advirtieron de que este tipo de iniciativas por lo general empleaban a trabajadores coaccionados y producían impuestos que los agricultores no podrían pagar. Aquellos críticos fueron denunciados como «cuáqueros maniáticos» por el grupo de presión ferroviario, pero en poco tiempo los pueblos disconformes serían incendiados por expediciones enviadas para recaudar impuestos o reclutar trabajadores. Del mismo modo, cuando las grandes potencias se repartieron África en las conferencias de 1884-1885 y 1890 de Berlín y Bruselas, que adjudicaron el Congo al rey Leopoldo de Bélgica, se alegó que se actuaba para erradicar el comercio de esclavos africanos. Gracias a la tardía cooperación anglo-estadounidense, el tráfico del Atlántico fue finalmente erradicado en las décadas de 1860 y 1870, si bien se aplicó un doble rasero a formas más «tradicionales» de esclavitud en los nuevos protectorados africanos. La preservación de este tipo de instituciones domésticas fue considerada necesaria para la estabilidad política y económica: según la recomendación del Foreign Office, «la desaparición del estatuto de la esclavitud se debe realizar sin alterar más allá de lo necesario las relaciones existentes entre amos y esclavos».

Freedom Burning contiene gran cantidad de material valioso sobre la apropiación y la explotación colonial del abolicionismo. Tal y como observa Huzzey, «el camino al infierno se empedraba con intenciones antiesclavistas»; estas no fueron meros pretextos o justificaciones, sino que desencadenaron por sí mismas «impulsos de expansión y dominación». Sin embargo, cuando llega a conclusiones más amplias, hace una serie de afirmaciones que van bastante más lejos, y que no hallan respaldo en su propia investigación y razonamiento, ni en los de otros. No cabe ninguna duda de que las cuestiones «antiesclavistas» ocuparon un papel destacado en la política exterior victoriana y en la opinión pública del momento, pero ¿justifica eso describir a Gran Bretaña como una «nación antiesclavista» (o Estado antiesclavista)? Huzzey utiliza estos términos sin distanciarse mediante comillas o mayúsculas y, presumiblemente, ve en ello una forma de subrayar su idea de que el compromiso con la lucha contra la esclavitud era sincero, a la vez que estaba cargado de presupuestos raciales. En varias ocasiones defiende la «sinceridad» del abolicionismo, tanto del oficial como del de los librecambistas, pero esta insistencia se antoja innecesaria dada la imagen que él mismo ofrece del imperialismo británico: un sistema y una

estructura que incorpora una demanda estratégica de lucha contra la esclavitud y contra la trata de personas, acompañada de una perspectiva racial estereotipada, estigmatizante, nativista y excluyente. Allí donde los poderes coloniales introdujeron elementos propios de una revolución mercantil permitieron que terratenientes, empresas mineras y ferroviarias explotaran identidades racializadas y una mano de obra servil.

El énfasis que hace en el carácter plural de la lucha contra la esclavitud lleva a Huzzey a defender la moderación calculada de la corriente principal del abolicionismo británico, basándose en que consiguió la emancipación antes de lo que de otro modo habría sido concebible: «El no radicalismo inherente a la corriente predominante de la ideología antiesclavista anterior a 1833 es lo que logra la emancipación». Pero la emancipación británica fue tardía en comparación con el decreto de la Revolución francesa de 1794 o la libertad garantizada a todos los ciudadanos por Haití en 1804. En 1832-1833 el abolicionismo británico era moderado, pero la coyuntura política del momento amenazaba revolución tanto en las colonias como en la metrópoli, con revueltas de esclavos masivas, la crisis de la Ley de Reforma, el Capitán Swing, el descontento en Irlanda, gigantescas manifestaciones de las autodenominadas «clases trabajadoras» y un desfile público de milicias ciudadanas organizado por los radicales de Birmingham, todos ellos contrarios a la esclavitud.

Si bien es cierto que Huzzey alude a veces a la distinción entre antiesclavismo popular y de elite –o entre los que culminaban su antiesclavismo con el igualitarismo racial y los que no–, en otros pasajes del libro esas diferencias fundamentales se dejan a un lado. El abolicionismo radical de Elizabeth Heyrick, Joseph Sturge, Wendell Phillips y William Lloyd Garrison, de africanos y afroamericanos como Olaudah Equiano, Mary Prince, Frederick Douglass y Harriet Jacobs, y el neoabolicionismo de E. D. Morel y Roger Casement contribuyeron a construir una tradición antiesclavista en la que sería absurdo incluir a Palmerston, a lord Rosebery o al rey Leopoldo. Huzzey, en última instancia, se niega a distinguir las variedades auténticas del abolicionismo de las falsas, y prefiere hacer hincapié en la forma en que todas ellas contribuyeron, cada una a su manera, a la hegemonía de un amplio discurso antiesclavista. Sin embargo, tal y como Catherine Hall ha observado en su brillante estudio *Macaulay and Son: Architects of Imperial Britain* (2012), el hecho de que el antiesclavismo se hubiera convertido en «la ortodoxia generalizada» en la Gran Bretaña victoriana da una impresión engañosa de homogeneidad. Incluso alguien con impecables credenciales abolicionistas como T. B. Macaulay podía en privado (y no tan en privado) expresar la opinión de que la mayoría de los esclavos no estaban preparados para la plena emancipación. A la edad de 23 años, Macaulay había defendido la emancipación en la primera reunión de la reconstituida Abolitionist

Society en 1824, pero más tarde, siendo ya diputado, se opuso a cualquier intento de impedir la entrada de bienes producidos por esclavos por respeto a los principios del libre comercio. Hall cita su diario de 1858: «Odio la esclavitud desde el fondo de mi corazón y, sin embargo, me ponen enfermo los sermones y las razones ridículas y obtusas de los abolicionistas [...], tanto el negrero como el negrófilo son figuras que me resultan odiosas». Huzzey hace pocas referencias a Macaulay, aunque este encarna muchos de los argumentos del libro.

Este estudio detallado, a menudo vívido y convincente, del papel que jugó el abolicionismo oficial en la colonización británica de África es una aportación bienvenida a la historia de la lucha contra la esclavitud. Sin embargo, algunas de las afirmaciones de Huzzey sobre el carácter y el resultado de la emancipación en el continente americano son excesivamente negativas, como si los antiguos esclavos fueran completamente indolentes y no apreciaran beneficio alguno en su liberación. Esta línea argumental es a veces respaldada por referencias al «enfoque de las capacidades» de Amartya Sen, atendiendo a las condiciones de vida reales de los antiguos esclavos:

Resulta evidente que muy pocos británicos pensaron nunca en promover las oportunidades sociales o la acción política de los pueblos esclavizados. Además de Gran Bretaña, si observamos la experiencia de otros países, veremos que la emancipación no desencadenó automáticamente un movimiento más amplio de fuerzas progresistas y tolerantes, sino que de hecho coexistió felizmente con el racismo [...] Ni en Estados Unidos ni en Gran Bretaña la emancipación se concretó en oportunidades generalizadas para los negros, que les permitieran participar plenamente en el trabajo libre, en una sociedad libre o en un mercado libre.

Esta cuidadosa afirmación parece bastante plausible, pero es engañosa. No fueron unos «pocos», sino cientos de miles, los que presionaron para lograr la emancipación de los esclavos británicos. Tras la vacilación inicial, muchos abolicionistas británicos reaccionaron ante las revueltas de esclavos y la insurgencia negra exigiendo que se escucharan las demandas de los rebeldes. Esto fue cierto incluso en el caso de algunos parlamentarios, como Brougham, por no hablar de todos los manifestantes y peticionarios que presionaron por el fin inmediato de la esclavitud y el «aprendizaje». En las Antillas británicas los ministros de las iglesias disidentes apoyaron —y a veces hasta promovieron— huelgas para exigir el pago de salarios adecuados y el derecho de los libertos a sus huertos. En Jamaica la emancipación supuso el final del látigo, el regreso de las mujeres de las plantaciones en las que trabajaban, la libertad de movimiento y de culto y, para algunos, el acceso a la educación. Las graves privaciones y desigualdades que aún afligían a los antiguos esclavos fueron denunciadas en la Underhill Letter, que inspiró protestas masivas y condujo a la rebelión de Morant Bay en 1865,

su represión sangrienta, la posterior abolición de la Asamblea y la presentación de cargos por asesinato contra el gobernador Eyre. En la propia Gran Bretaña, el líder abolicionista radical Joseph Sturge apoyó el movimiento de corte radical-democrático cartista, y Bronterre O'Brien y el resto de líderes cartistas volvieron a poner de moda la retórica contra la esclavitud.

El impacto radicalizador de las luchas en torno a la emancipación fue aún más patente en el caso de Estados Unidos, especialmente durante los años de la Reconstrucción, que fueron testigo de la lucha de los libertos por la tierra y el voto, y de su histórica *Declaration of Rights and Wrongs* [Declaración de derechos y agravios]. Jim Crow, el Ku Klux Klan y la ley de Lynch iban a anular muchas conquistas negras, pero esta horrenda reacción no era sino eso, una respuesta ante el aumento del abolicionismo negro. La década de la Reconstrucción radical (1867-1877) estableció precedentes importantes: la elección de quinientos funcionarios negros, la educación pública y gratuita en muchas zonas del sur, la proliferación de las iglesias negras, y muchas cosas más. En la costa de Carolina del Sur, los antiguos esclavos se apoderaron de las grandes plantaciones y establecieron el trabajo autogestionado, defendido por una fuerza policial negra. Este periodo vio también cómo en el norte crecía el apoyo a los sindicatos y a la jornada de ocho horas. Tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña, las mujeres abolicionistas estuvieron tras las primeras campañas por los derechos de la mujer. Karl Marx y la Primera Internacional agitaron Londres exigiendo la emancipación de los esclavos y el voto para los libertos; en 1868 la Internacional tenía cincuenta sucursales en América del Norte, y en diciembre de 1871 cien mil neoyorquinos marcharon en memoria de la Comuna de París y de sus mártires.

En resumen, la idea de que la causa de la emancipación no estaba conectada a «un conjunto más amplio de fuerzas progresistas» parece insostenible. El abolicionismo, incluso en sus más auténticas y radicales formas, no siempre rompió con el racismo de la forma limpia en que debería haberlo hecho. Pero a fin de cuentas, el antiesclavismo radical se define por su compromiso con los derechos sociales y políticos negros. En ese sentido fue un precursor del «enfoque de las capacidades», no su antítesis, y no debe ser confundido con el abolicionismo farsa de los estadistas imperiales y los empresarios coloniales. Con todo, todavía podemos estar de acuerdo con la conclusión general de Huzzey de que «muchas concepciones victorianas de libertad tenían consecuencias profundamente trágicas y opresivas, deliberadas y no deliberadas». Sin ser una observación completamente novedosa, se descuida con demasiada frecuencia en determinadas conmemoraciones del abolicionismo o en narrativas revisionistas del Imperio. La crítica se aplica en particular a quienes depositan en las autoridades una confianza que está fuera de lugar, y a los que no registraron que la clave de esta historia era el concepto de «autoemancipación».

CRÍTICA

Jacques Rancière, *Aisthesis: Scenes from the Aesthetic Regime of Art*, Verso, Londres y Nueva York, 2013, 288 pp.

BARRY SCHWABSKY

TÉRMINOS DE DISPARIDAD

En un homenaje a Edouard Manet en 1932, Paul Valéry se refirió a un *contretemps* a propósito de la obra del pintor protagonizado por sus dos grandes defensores literarios, Zola y Mallarmé: un desacuerdo tan violento que Valéry se confesaba «incapaz de informar de él»; «cortesía y crudeza venían a ser los términos de su disparidad». La modernidad en las artes ha sido y ha significado muchas cosas, algunas de ellas ferozmente antitéticas entre sí, tal y como lo ilustra el inenarrable altercado verbal entre el novelista y el poeta, el naturalista y el simbolista. Incluso en retrospectiva, las viejas querellas continúan, como vienen a recordarnos los intentos recurrentes de distinguir las verdaderas modernidades de las falsas, o –según otra articulación muy extendida del problema– las simples modernidades de lo que son las verdaderas vanguardias. Considerando lo anterior, quizás lo más sorprendente de *Aisthesis: Escenas del régimen estético del arte* de Jacques Rancière sea su pretensión de articular «el modo de la experiencia conforme al cual, desde hace dos siglos, percibimos muy diversas cosas» cuando contemplamos pinturas y esculturas, leemos novelas o poesía, vemos películas u obras de teatro; su pretensión, por lo tanto, de definir el terreno mismo sobre el que pudo mantenerse la disputa entre un Zola y un Mallarmé, y que a su juicio separa por completo ambas posiciones de cualquiera de las que eran posibles antes de finales del siglo XVIII.

Como Rancière ha argumentado en estas páginas, lo que él llama el régimen estético del arte encarna una mentalidad distinta a la del régimen representativo precedente, al que reemplazó gradualmente, y diferente

también de la del régimen ético que estuvo en vigor antes de él. En el régimen ético, cuyo exponente más poderoso es Platón, las artes no se distinguen como una forma de actividad específica, de acuerdo con la genealogía cuasi foucaultiana de Rancière; antes bien, las imágenes son interpeladas por el efecto que ejercen en la ética de individuos y comunidades. El régimen representativo, por su parte, se identifica con la era clásica de las academias literarias y artísticas del siglo XVII; como ya explicó en su libro *Sobre políticas estéticas*: «La primacía representativa de la acción sobre los personajes o de la narración sobre la descripción, la jerarquía de los géneros de acuerdo con la dignidad de su objeto y la propia primacía del arte de hablar, del discurso en acción, todos estos son elementos de una analogía con una visión totalmente jerárquica de la comunidad». Es tal vez a través de esta idea de un régimen estético que desmantela otro anterior de naturaleza explícitamente jerárquica que podemos entender el giro en la obra de Rancière, que comienza con un libro sobre Mallarmé en 1996 y prosigue haciendo énfasis en la literatura, la estética y la imagen. Se trata de un giro no especialmente previsible del filósofo que debutó como socio de Louis Althusser (su contribución a *Lire Le capital* fue omitida en la traducción inglesa de 1970), antes de pasar a demoler la teoría de la ideología de su maestro en su primer libro, *La leçon d'Althusser* [*La lección de Althusser*], publicada en francés en 1974, disponible en castellano desde 2014 y en inglés desde 2011. No es tampoco un giro que uno hubiera esperado del Rancière de la década de 1980, el que rastrea los archivos de los movimientos obreros franceses en *La nuit des prolétaires. Archives du rêve ouvrier* [*La noche de los proletarios: archivos del sueño obrero*] en la Francia del siglo XIX, y el apóstol de la pedagogía radical del olvidado pensador del siglo XVIII Joseph Jacotot en *Le maître ignorant : cinq leçons sur l'émancipation intellectuelle* [*El maestro ignorante: cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*]; ni del autor, en la primera mitad de la década de 1990, de meditaciones sobre los temas políticos más amplios, tales como la igualdad y la democracia, en libros como *Aux bords du politique* [*En los bordes de lo político*] y *La Méésentente. Politique et philosophie* [*El desacuerdo: política y filosofía*]. Sin embargo, en los últimos años Rancière ha producido varios libros sobre el tema de la estética y la literatura (entre ellos, *L'inconscient esthétique* [*El inconsciente estético*], *Malaise dans l'esthétique* [*El malestar en la estética*] y *Le destin des images* [*El destino de las imágenes*]) que han sido acogidos con entusiasmo por parte del mundo del arte. Muchos de estos volúmenes son compilaciones reducidas de conferencias y ponencias. *Aisthesis*, por el contrario, es una obra plenamente concebida y, como tal, representa el fruto de lo que ahora es un compromiso sostenido.

Partiendo de ejemplos en lugar de argumentos, *Aisthesis* logra transmitir la idea de Rancière de cómo una esfera autónoma del arte, constituida desde finales del siglo XVIII, de un modo paradójico se concreta precisamente

«difuminando las particularidades que definen las artes y las fronteras que las separan del mundo prosaico» (en contraposición a la noción de Greenberg de la modernidad como un proceso de delimitación por el cual, tal y como Greenberg lo expuso en «Towards a Newer Laocoon», «las artes [...] han sido arrojadas de vuelta a sus propios entornos, y una vez allí han sido aisladas, concentradas y definidas»). Las catorce «escenas» que ha elegido para ilustrar la progresiva desdefinición –por utilizar el término de Harold Rosenberg– y redefinición del arte no son necesariamente los momentos estelares representados por obras maestras reconocidas. Tal y como el propio Rancière anuncia con lo que suena como un cierto orgullo, «el lector buscará en vano hitos que se han convertido en ineludibles en la historia de la modernidad artística: ni *Olympia*, ni *Composición suprematista: blanco sobre blanco*, ni *Fuente*, ni *Igitur*, ni *El pintor de la vida moderna*». A lo que podría añadir: ni tercera *Crítica*, ni *Memorias del subsuelo*, ni *La consagración de la primavera*, ni *Godot*. Y aun con todo eso, no estamos ante un ejercicio revisionista que trate de plantear un canon alternativo, ni tampoco ante un catálogo ostentadamente «personal» de favoritos excéntricos. Después de leer estos capítulos, que nos llevan de la descripción que hace Johann Joachim Winckelmann del Torso de Belvedere en su *Historia del arte en la antigüedad* (1764), a la descripción de los muebles de la cabaña de un aparcerero de Alabama en *Elogiemos ahora a hombres famosos* (1941), de James Agee, uno siente que la narrativa implícita de la modernidad que ofrece Rancière es a la vez clara y exhaustiva, y que si fácilmente podría haber abarcado los textos y objetos más familiares que deliberadamente omite, su carácter incluyente queda mejor expresado por la elección de los objetos expuestos, más inesperados. Además, de esta forma Rancière ha seguido la misma lógica que él atribuye al régimen estético del arte, que consiste en incorporar constantemente todo lo que ha sido excluido y pasado por alto.

Sin embargo, llama la atención que, a pesar de que Rancière afirme que este régimen estético «no tiene nada que ver con la cuestión de la “recepción” de las obras de arte», sino con «el tejido sensible de la experiencia en cuyo seno se producen», casi todos los pasajes que aduce consisten, precisamente, en lo que normalmente se entiende por recepción, en lugar de ser obras primarias en sí mismas: del canto de Winckelmann a la impassibilidad trascendente de la belleza griega, encontramos, entre otras, alusiones a Hegel y sobre los mendigos de Murillo (de sus póstumas *Lecciones sobre estética*), a los recuerdos de Théodore de Banville sobre el grupo de pantomima The Hanlon-Lees, a Mallarmé sobre Loie Fuller; y ya bien entrado el siglo xx, al Rodin de Rilke, al Chaplin de Viktor Shklovsky, al Stieglitz de Paul Rosenfeld, y así sucesivamente. Es solo de pasada, por así decirlo, que Rancière se involucra directamente con una estatua, una pintura, una película o una fotografía; y en ningún momento trata de conjurar para el

imaginario actual una danza o vodevil hace tiempo extinguidos. De hecho, solo dos de sus pasajes escogidos fueron conscientemente compuestos como obras autónomas en sí mismas. Uno es un pasaje de *Rojo y negro*, en el que Stendhal muestra cómo Julien Sorel ha aprendido lo que es la satisfacción y el contento a través de la prisión; el otro es el fragmento final del libro de Agee, una apreciación entre fascinada y al mismo tiempo casi llena de aversión de un buró («muy amplio y muy pesado, chapado en oscuras maderas rojas de grano rico, con placas de metal intrincadamente entreveradas en los tiradores de los tres cajones, con un espejo de al menos tres pies de altura enmarcado en madera tallada a máquina») y de los diversos objetos y chismes que descansan sobre él, por ejemplo, «ese conejo de porcelana de color crema con sombras marrones, de tres o cuatro pulgadas de alto, con dos luces azuladas en la porcelana y una oreja torcida: roto por detrás, las piezas han sido dispuestas como sujeción, sin pegamento, en delicado equilibrio».

Para Rancière el texto de Agee es, si no la culminación, sí una ilustración ejemplar del «sueño moderno del arte, capaz de prestar su resonancia infinita al instante más fugaz de la vida más corriente». Rara vez este sueño ha sido rearticulado de forma tan rica y apasionada como en esta visión retrospectiva de Rancière. Lo que quizá no esté tan claro como él parece dar a entender es que el sueño sea específico de la modernidad o del «régimen estético», como él dice. La genealogía tripartita de Rancière (ética, representativa, estética, que no deja de ser un curioso eco atenuado de las tres «etapas en el camino de la vida» de Kierkegaard: estética, ética, religiosa) es históricamente discutible: ¿realmente no ha habido, en el periodo comprendido entre la Grecia clásica y el siglo XVII francés, ningún cambio radical ni significativo en el «tejido sensible de la experiencia» donde el arte occidental ha venido produciéndose? Como mínimo, este planteamiento no tiene en cuenta el culto a la imagen como era concebido en la Edad Media, y que aún predomina en la religiosidad popular. Además, incluso en su apogeo, ¿llegó el modelo clásico a prevalecer en la medida en que Rancière asume que lo hizo, al menos en algún lugar fuera de Francia? Solo citar las dicotomías estéticas convencionales (¿Racine o Shakespeare? ¿Poussin o Caravaggio? O, en la *querelle des bouffons* de la década de 1750, ¿Rameau o Pergolesi?) es sugerir lo contrario. Por otra parte, como sabemos por *Le maître ignorant*, Jacotot sabía que el propio Racine, epítome del régimen representativo, ya era lo que todavía nadie podría haber llamado un simbolista, cuyo esfuerzo conjunto fue dirigido a «crear el aura en torno a cada palabra, cada expresión», más que a desplegar un discurso eficaz como una forma de acción.

Rancière reconoce que la forma de su libro —una serie de breves extractos, cada uno seguido de un comentario minucioso pero de amplio alcance— está inspirado en la de la gran obra de cuyo título se hace eco, *Mímesis: la representación de la realidad en la literatura occidental*, de Erich Auerbach (el

subtítulo de Rancièrre, por otro lado, recuerda el título de otro de los libros de Auerbach, *Scenes from the Drama of European Literature*). Sin embargo, aunque la historia de Auerbach de la mimesis literaria termina casi coincidiendo con la *aesthesis* de Rancièrre de los veinte fragmentos de Auerbach, los tres últimos son de Stendhal, los Goncourt y Woolf, él presenta este desarrollo como parte de un proceso que comenzó en la antigüedad, en lugar de en el siglo XVIII. Para Auerbach, como Edward Said señaló en una ocasión, el desarrollo del realismo literario es «ideológicamente ininteligible sin la doctrina cristiana de la Encarnación». Lo mismo puede decirse de las artes plásticas, tal y como sugiere, por ejemplo, el desarrollo de la pintura de bodegones en la España del siglo XVII. Al omitir esta larga historia, junto con sus fundamentos teológicos, Rancièrre distorsiona el sentido de la estética. El realismo de Auerbach está fundamentalmente conectado con la *aesthesis* de Rancièrre, una cultura que, según sus palabras:

estaba constituida y transformada por imágenes acogedoras, objetos y *performances* que parecían oponerse diametralmente a la idea de las bellas artes: figuras vulgares de la pintura de género, la exaltación de las actividades más prosaicas en verso liberado de métrica, trucos y gags de *music-hall*, edificios industriales y ritmos maquinales, humo de los trenes y los barcos reproducido mecánicamente, inventarios extravagantes de accesorios de la vida de los pobres.

En una palabra: todo el reino de lo profano, lo insignificante y lo abyecto, que ha de ser llevado a un plano de igualdad con el de los objetos y las personas de prestigio. Como el propio Auerbach señaló, «el realismo moderno, en la forma que alcanzó en Francia a principios del siglo XIX, se caracteriza como fenómeno estético por la emancipación completa respecto de aquella doctrina», a saber, la de la distinción entre tipos de representación adecuadas a las distintas clases sociales. En contraste con Rancièrre, él siempre dejó claro que esta idea, «que fue retomada sucesivamente por cada movimiento clasicista», nunca fue la única en funcionamiento.

En muchos aspectos, sin embargo, las páginas más brillantes y atractivas de Rancièrre son precisamente aquellas en las que rastrea el acomodo estético de todo cuanto se opone a lo que podría llamarse su «opción preferencial por los pobres». Su segundo capítulo, que parte de las reflexiones de Hegel a propósito de la divina «desatención y falta de cuidado» de los niños harapientos pintados por Murillo, muestra cómo esta sorprendente visión de la pobreza como «fuente de infinito potencial» («son personas todas de una misma pieza, sin sombra de pesadumbre ni hostilidad; y como poseen los fundamentos de toda capacidad, nos quedamos con la idea de que de estos muchachos podemos esperar cualquier cosa») fue precedida y en cierto sentido facilitada por el saqueo cultural, en el sentido de que la pintura española solo alcanzó verdadera difusión y encontró su lugar en el museo gracias a la

incautación de numerosas obras por parte de los ejércitos napoleónicos. «La brutalidad misma de la operación acentúa la paradoja constitutiva del nuevo lugar del arte», según explica Rancière. «La distribución de las escuelas», es decir, el reconocimiento tardío de una «Escuela Española» allí donde antes no había existido, «no viene determinada por la distribución de criterios de excelencia académica, sino más bien porque viene a encarnar la libertad de un pueblo». Pero ¿cómo iba el museo posrevolucionario, con su nivelación de las viejas jerarquías de escuelas y géneros, a instruir adecuadamente al ciudadano republicano? Las pinturas de la vida cotidiana, como las de los holandeses, eran poco edificantes, pero quizá fueran preferibles a las representaciones de los grandes temas, que no dejaban de ser más que fábulas bíblicas o adulación de los tiranos. «El patrimonio de la libertad», como los curadores del Louvre tuvieron que admitir, «lo componían obras que eran el producto y la consagración de la servidumbre». La solución a este problema radica en lo que Rancière denomina «un cierto republicanismo sociológico del arte», una «conjunción entre la vida que anima la superficie pictórica y la igualdad de todos los individuos», de tal manera que pudiera extraerse un contenido más profundo de lo que cualquier motivo explícito podía de por sí transmitir.

Un siglo después, dirigiéndose a una audiencia de trabajadores, el crítico Roger Marx (una figura ahora pasada por alto a la que un historiador ha llamado «uno de los partidarios más ilustrados de las artes visuales durante la Tercera República») proclamó al vidriero *art nouveau* Emile Gallé como la fuente de «una estética regenerada y de todo un sistema de doctrina filosófica dentro de ella». Estaba llamando a un arte incorporado a la vida cotidiana, en vez de apartado de ella, y que fuera también un arte que reflejara la vida del trabajador que lo producía. Un arte hecho, como nos dice Rancière, «de la sensación que el artista ha sentido ante la vida impersonal de flores, insectos y paisajes», que es lo que constituye la base de sus formas. Lo paradójico es que «aquello que brilla tenuemente sobre el busto de una dama de la alta sociedad» —una joya de Lalique— «es, así, esta vida impersonal, igualitaria, y no la marca de su clase». La idea es tan sorprendente como difícil de asumir. Precisamente porque se antoja como secuestrada en un reino separado dedicado a la reflexión, la pintura que adorna la pared de la mansión de un financiero parece menos en contradicción con su propio destino igualitario que el florero en el que su esposa coloca las flores o el broche que se pone para ir al baile. Y, sin embargo, es cierto, esta contradicción no refuta, en principio, la «manifestación de una sensibilidad extrema ante el espectáculo de la naturaleza, la inflorescencia de las plantas, las formas de los insectos [...], la expresión singular de la vida impersonal» con la que Marx quería despertar a sus oyentes.

El gran logro de Rancière en *Aisthesis* es el de haber exhibido con éxito la estética no como un impulso constante hacia el interior, sino como un proyecto en continuo desarrollo y despliegue, que se contradice y se revisa

a sí mismo. Las paradojas que lanza como chispas –subproductos de la servidumbre como patrimonio de la libertad, emblemas de la igualdad como adornos de los ricos– son la sustancia misma de ese proyecto. La energía en este campo se emplea sobre todo en la forma en que las cosas se transforman en su contrario: a partir del teatro supuestamente naturalista de Ibsen, Maurice Maeterlinck construye un manifiesto a favor del simbolismo; y para Ismail Urazov, escribiendo sobre Dziga Vertov en 1926, «una palabra nueva en el cine, una victoria del hecho sobre la invención», se convierte en la «fantasmagoría» de una vida común que «no puede ser probada por invención alguna». Y aunque hablo de energía (una energía expresada por el entusiasmo con que Rancièrè se zambulle en su polifacético objeto), se trata de una energía que se manifiesta con mayor elocuencia en el silencio, cuando está estática, en potencia. Este es el reverso inesperado de la estética de Rancièrè, a saber, su repetido encomio de la inacción: desde el autoconfinamiento sin extremidades que es el Torso del Belvedere, que Winckelmann imaginó que representa a Hércules en reposo, al divino *für niente* que Hegel revela en los niños vagabundos de Murillo, y en adelante, «la modernidad, artística y política, no es la afirmación gozosa de la grandeza del trabajo, la electricidad, el cemento y la velocidad». No hay futurismo alguno en este libro, aunque seguramente Marinetti y compañía habrían respaldado la comedia funambulista de los Hanlon-Lees y para Rancièrè Whitman sea una influencia más destacada en el gran cine soviético que Marx. La actividad «sin rumbo y sin sentido» del mimo constituye en sí misma una especie de inacción, y Loie Fuller logra, a través de la magia de la iluminación, bailar casi sin moverse («ella no baila, sugiere», decía Mallarmé). Para Maeterlinck, «*Solness, el constructor* es un drama casi sin acción», y Hamlet «tiene tiempo de vivir porque no actúa»; Edward Gordon Craig podía imaginar un «teatro del silencio», en el que el «destino» de una escalera cuenta más que el de los hombres y mujeres que andan por ella.

A diferencia de *Mimesis* de Auerbach, *Aisthesis* de Rancièrè termina sin un epílogo o resumen. Es particularmente significativo que no llegue a pronunciarse sobre si su «escena» final, ambientada en un Estados Unidos a punto de entrar en una guerra de la que surgiría como potencia dominante en el mundo, es la verdadera conclusión al drama que ha estado rastreando, o simplemente un receso provisional en el mismo. ¿Es el mundo de la posguerra el escenario donde se forjaría una posmodernidad que sería tan diferente del régimen estético del arte como este lo fue del régimen de representación? ¿O sucede que la estética ha desplegado sus posibles variaciones sin que haya sido reemplazada por un «tejido de la experiencia» genuinamente nuevo? ¿O podría Rancièrè fácilmente haber continuado el drama, añadiendo nuevas escenas igual de convincentes que las anteriormente expuestas? La respuesta es que, para él, el inventario líricamente objetivo

que hace Agee de las posesiones de un agricultor arrendatario se encuentra en el otro lado de una divisoria representada por la publicación en 1939 de *Vanguardia y kitsch*, de Greenberg, con su visión hostil de una modernidad obsesionada con su propia pureza. La modernidad de Greenberg, y hasta lo que era en ese momento su marxismo (no muy diferente al de Althusser tantos años después, parece insinuar Rancière), significaba un retorno al orden, a la vigilancia de las fronteras entre los diferentes medios artísticos y, sobre todo, entre el arte con mayúsculas y la lengua vernácula de la vida cotidiana. Con su insistencia en el silencio y la inacción que se hallarían en el corazón de la estética, en «la sabia potencialidad que se oculta en la inexpresividad, la indiferencia o la inmovilidad», Rancière podría parecer estar proponiendo una especie de misticismo del arte. Probablemente su respuesta sería que el reproche es simplemente una expresión de «la voluntad de reafirmar tanto el rigor del análisis marxista del capitalismo como el arte sin concesiones», ante una estética que busca tocar las fuentes más profundas de la vida común. Rancière puede reconciliar todas las antinomias de la modernidad, excepto esta. Aquí se bifurca la trama; ahora, al parecer, los términos de la disparidad han pasado a ser inconmensurables, y no puede haber ya una sola historia de la modernidad.